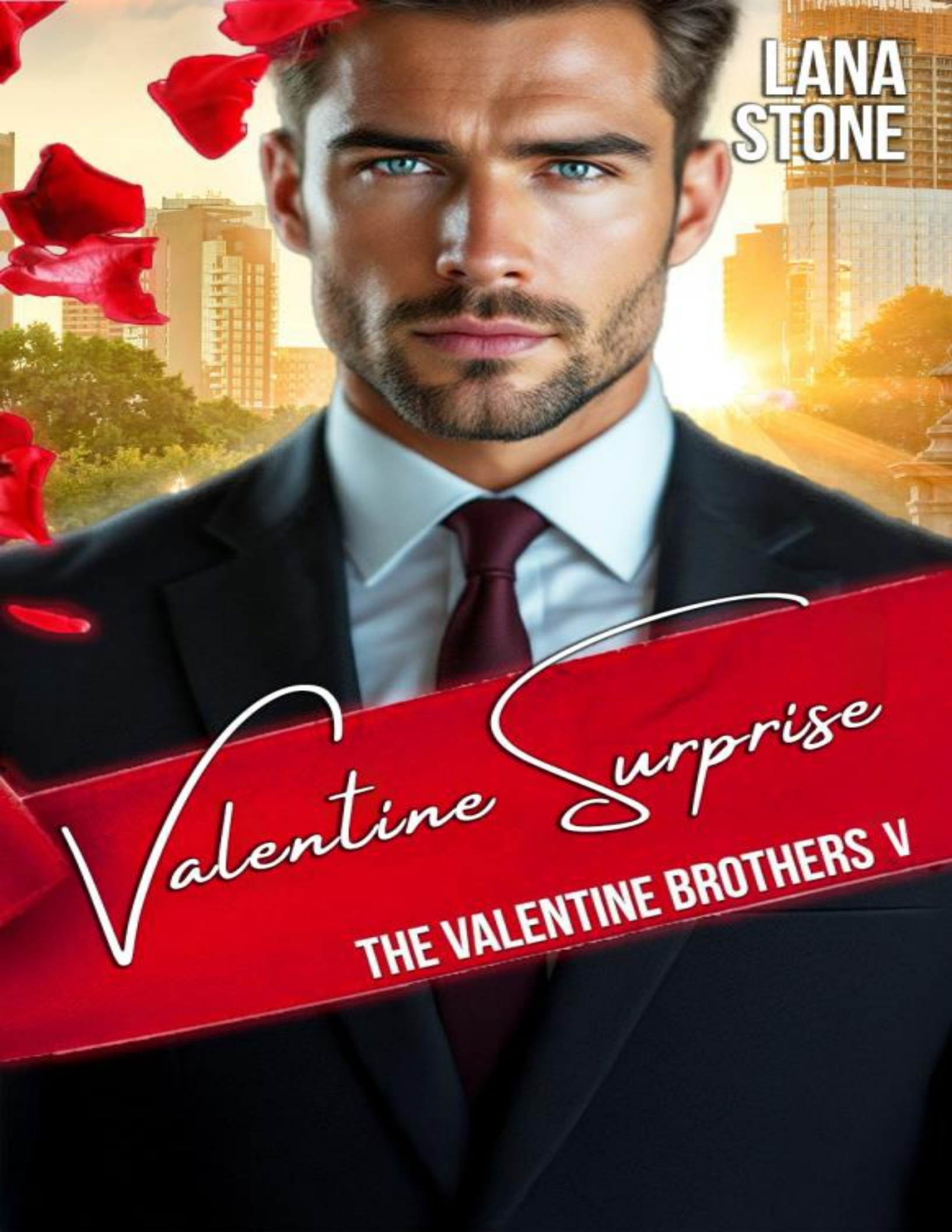

LANA
STONE
Valentine Surprise
THE VALENTINE BROTHERS V

Valentine Surprise – Castellano

Lana Stone

Copyright

Copyright © 2024 by Lana Stone

Loving Hearts Publishing LLC

2880W Oakland Park Blvd

Suite 225C

Oakland Park, FL 33311

If you would like to receive a free novel and be alerted when my next book is published, visit: https://lana-stone.com/. There, like over 9000 fans before you, you can sign up for my newsletter.

Sinopsis:

CREÍA TENER MI VIDA bajo control. Se suponía que mis nuevas prácticas en Valentine Industries serían la guinda del pastel antes de despegar por mi cuenta. Pero cuando mi novio rompe conmigo a distancia el día de San Valentín —por mensaje de texto, por supuesto— todo se tambalea.

En un arrebato de autocompasión, irrumpo en la Gala Valentine, un elegante baile de máscaras organizado por mi nuevo jefe. Enmascarada, alegre y lista para olvidar mis preocupaciones, me dejo llevar por un coqueteo ardiente con un encantador desconocido. ¿La revelación a la mañana siguiente? ¡Mi beso de medianoche no es otro que Ethan Valentine, mi nuevo jefe!

Ahora estoy atrapada en el romance de oficina más candente (y complicado) de todos los tiempos. Con una asistente intrigante, un vicepresidente financiero superambicioso y mis confusos sentimientos en la mezcla, todo es más caótico que un elefante haciendo claqué en una tienda de porcelana.

Justo cuando empiezo a conciliar la loca química con Ethan y mis prácticas, una pequeña varilla con un signo más lanza una bomba sobre mis planes. Bum. Y tres varillas más con signos positivos después, tengo que aceptar que la noche sin compromiso con mi jefe no fue tan sin compromiso como pensaba.

Índice

1. Una chica como yo podría hacerse ideas equivocadas.
2. Ahora podría tener una razón para quedarme.
3. Quiero conocer desesperadamente al Ethan sin restricciones.
4. Vaya.
5. La vieja excusa de «mi despertador no sonó».
6. Bienvenida al equipo.
7. Un desastre total.
8. ¡Rápido, rápido!
9. ¿Qué le pasa? ¿Y qué me pasa a mí?
10. Eso suena a algo que diría tu hermano pequeño, no tú.
11. Relájate, jefe.
12. Me importa un bledo la política de la empresa ahora mismo, jefe.
13. Te he echado de menos, Lindsey.
14. ¿Por qué me miras así?
15. He oído que Florida es hermosa en esta época del año.
16. Míster Valentine.
17. Eso es... extrañamente encantador.
18. A esto podría acostumbrarme fácilmente.
19. ¿Recuerdas aún las noches sin consecuencias?
20. Oh, santa piñata.
21. Un caballero de reluciente Armani
22. Un asunto privado
23. ¿Qué podría salir mal?
24. Esto no es un paraíso vacacional, sino una empresa de miles de millones de dólares.

25. Solo me estoy adaptando a algunos cambios en mi vida.

26. La fruta es fruta, hijo mío.

27. Tengo una extraña definición de comodidad.

28. Para alguien tan inteligente, puedes ser notablemente obtuso.

29. Si no es el mismísimo señor Tenebroso-Grande-y-Desesperanzadamente-Romántico.

30. Ya era hora.

31. Los perritos calientes son la única constante en mi vida.

32. No puedo ver más perritos calientes por el resto de mi vida.



Una chica como yo podría hacerse ideas equivocadas.



Capítulo 1 - Lindsey

Hotel Royal Empire, Gala de San Valentín, Boston, 14 de febrero.

RECORRÍ CON LA MIRADA el gran salón de baile del Hotel Royal Empire. Mi corazón latía bajo el delicado encaje de mi vestido prestado. La gala de San Valentín se extendía ante mí en todo su opulento esplendor: un mar de máscaras relucientes, champán fluyendo y suficientes diamantes como para deslumbrar a cualquiera. Todo gritaba dinero, más dinero y aún más dinero.

—Santo helado de melocotón con nata —susurré, aferrándome a mi collar—. Estoy tan fuera de lugar aquí.

Las arañas de cristal colgaban de los altos techos, proyectando prismas de arcoíris sobre los suelos de mármol. Esculturas de hielo de cupidos y corazones brillaban en cada mesa, derritiéndose lentamente en medio de elaborados arreglos florales. El aroma de las rosas flotaba pesadamente en el aire, mezclándose con perfumes y colonias caras. Parecía un baile sacado de un cuento de hadas o como si lo hubieran organizado los Bridgerton. Pero yo no me sentía ni como una princesa ni como parte de la alta sociedad.

Intenté calmar mis nervios, recordándome que me había ganado mi lugar aquí. Pero el mensaje de Jake aún me quemaba en la mente: *'La relación a distancia no funciona para mí. Lo siento, Linds.'*

Abandonada. El día de San Valentín. Por mensaje de texto. ¿Podía ser más humillante?

Parpadeé para contener las lágrimas, decidida a no estropear el maquillaje cuidadosamente aplicado que se veía bajo la máscara.

—Contrólate —murmuré—. Estás aquí para causar una buena impresión, no para lamentarte.

Pero no era tan fácil mantener la calma cuando sentía el peso de cientos de miradas de juicio. Incluso detrás de las elaboradas máscaras que me recordaban a los bailes de Venecia, podía sentir las miradas furtivas y las cejas levantadas de las otras mujeres. Mi vestido bien podría haber sido un cartel de neón parpadeante que anunciara "No pertenece aquí". Era prestado, de la penúltima temporada y un poco demasiado holgado en los hombros. Pero no podía permitirme más para una sola noche.

Para escapar de las miradas, me dirigí directamente al bar en un rincón tranquilo. Afortunadamente, estaba vacío. Me dejé caer en un taburete tapizado de terciopelo y suspiré aliviada.

—¿Qué le sirvo, señorita? —preguntó el camarero.

—Eh... ¿algo festivo? ¿Y tal vez fuerte? —jugueteé con mi bolso de mano—. En realidad, olvídelo, probablemente no debería...

Una voz profunda me interrumpió a mi lado. —Dos whiskys, solos. Del bueno.

Me giré, sorprendida de ver una figura alta sentándose en el taburete de al lado. Incluso con la mayor parte de su rostro oculto por una elegante máscara negra, pude ver que era atractivo. Y olía fantástico: a cedro y algo masculino.

—Oh, no tiene que... —empecé a protestar.

Él descartó mi objeción con un gesto. —Considérelo un regalo de San Valentín para una compañera fugitiva en el bar.

No pude evitar sonreír. —¿Es tan obvio que me estoy escondiendo?

Sus labios se curvaron en una media sonrisa. —Digamos que pareces tan feliz como yo me siento en estos eventos.

—¿En serio? —pregunté sorprendida. Ciertamente parecía encajar con su esmoquin perfectamente cortado—. Pensé que todos menos yo se lo estaban pasando en grande aquí.

Exhaló suavemente. —Apenas. La mayoría de la gente está aquí para ser vista, hacer contactos o adular a la familia Valentine. Nadie realmente disfruta de estas galas.

—Gracias a Dios —suspiré aliviada—. Pensé que era la única que preferiría estar en casa comiendo helado en pijama.

Sus hombros se sacudieron con una risa silenciosa. —Eso suena como una celebración de San Valentín más apropiada.

El camarero deslizó nuestras bebidas, y yo tomé un trago más grande. El whisky quemó agradablemente, calentándome desde dentro. O tal vez era solo el efecto de la presencia de mi misterioso acompañante.

—Entonces —me aventuré, animada por el alcohol—. ¿Cuál es tu historia? ¿Arrastrado aquí por tu esposa? ¿Adulando por un ascenso?

Vaciló, pareciendo elegir sus palabras cuidadosamente. —Digamos que tengo... obligaciones. Expectativas familiares que cumplir.

Asentí sabiamente. —Ah, sí, el viejo truco de la culpa familiar. Lo conozco.

Sus cejas se alzaron sobre su máscara. —¿De verdad?

—Bueno, tal vez no exactamente así —admití—. Pero me sentí obligada a venir esta noche. Quiero causar una buena impresión, ¿sabes? —Eso era cierto. De lo contrario, ni siquiera habría aparecido.

—¿Y cómo va hasta ahora? —Sonaba genuinamente curioso.

Me encogí, dándome cuenta de que había revelado más de lo que pretendía. —Um, sí. Eso creo, de alguna manera. Pero no hablemos de trabajo, ¿de acuerdo? Preferiría fingir que soy alguien mucho más glamuroso de lo que soy esta noche.

Sus labios se curvaron en una sonrisa genuina. —De acuerdo. Aunque tengo la sensación de que ya destacas bastante tal como eres.

Un cálido rubor se extendió por mi cuello, y por primera vez me sentí agradecida por la máscara que ocultaba mi sonrojo. Había algo en este hombre —su voz, su presencia— que me hacía sentir vista de una manera que nunca antes había experimentado. Irónico, considerando que me escondía detrás de una máscara literal.

—Si no quieres hablar de trabajo, hablemos de otra cosa. ¿Me dirás tu nombre? —preguntó, levantando su vaso.

—¿Habría alguna razón para no decirte mi nombre? —pregunté, inclinando la cabeza, curiosa por su respuesta.

—Bendito anonimato —respondió, arrancándome una risita—. Soy Ethan.

—Encantada, Ethan —dije, extendiendo la mano—. Lindsey.

—Lindsey. Un hermoso nombre para una hermosa mujer —respondió Ethan. La forma en que pronunció mi nombre hizo vibrar todo mi cuerpo. Tomó mi mano con un firme apretón e insinuó un beso. Se sintió como una descarga eléctrica que subió por mi brazo. Cielos, mis mejillas no dejaban de arder.

Para distraerme, levanté mi copa para un brindis. —Por el dichoso anonimato, Ethan.

Él chocó su copa con la mía. —Por eso brindo.

Mientras sorbíamos nuestras bebidas, me incliné más cerca, atraída por su embriagador aroma y el calor que irradiaba su cuerpo. La máscara que llevaba solo aumentaba el misterio y dejaba volar mi imaginación.

—Así que, señor Misterioso —dije con un tono juguetón que apenas reconocí—. ¿Hay algún talento oculto que quieras compartir en tu anonimato?

Él se rio, un sonido profundo que me envió un escalofrío por la espalda.

—Preparo un condenado buen martini. Y dicen que soy un excelente bailarín.

—¿Ah, sí? —lo desafié, sintiéndome más valiente con cada segundo—. ¿Es así?

—Sí. —Sus ojos brillaban divertidos y algo más oscuro, más intenso yacía en ellos—. Pero odio bailar. E intento evitarlo a toda costa.

—¿Y qué hay de los martinis? ¿También los odias? —¿Qué estaba haciendo? Esto no era nada propio de mí. Pero tampoco me había visto envuelta en una conversación así antes, y mucho menos con un hombre como este.

—No. —Ethan me miró con una profundidad que no pude interpretar correctamente.

Me puse tan inquieta que uno de mis tacones se enganchó en el reposapiés del taburete y casi me caigo de la silla. De no ser por la mano de Ethan que me sujetó por la parte baja de la espalda.

—Ups —murmuré avergonzada. No solía usar zapatos que en algunos estados se considerarían un arma. La mano de Ethan permaneció en mi espalda baja y me sorprendí a mí misma inclinándome un poco hacia su toque.

El calor de su cuerpo y el embriagador aroma de su aftershave hicieron que mi cabeza diera vueltas, ¿o era solo el whisky?

—Entonces, Lindsey —murmuró, su aliento me hacía cosquillas en el oído—. Ahora me debes una respuesta. ¿Por qué estás aquí?

Me tensé ligeramente, el recuerdo de por qué estaba allí empañó mi estado de ánimo. —Ya te dije que estoy aquí para causar una buena impresión. Eso, y los elegantes canapés.

—Eso explica por qué estás en el evento —comenzó Ethan. Su mirada se volvió más penetrante y de repente me sentí demasiado expuesta—. Pero no explica por qué estás sentada sola en el bar y pareces que preferirías estar en cualquier otro lugar menos aquí.

Suspiré y decidí que la honestidad era la mejor estrategia. —Mi ex terminó conmigo. Por mensaje de texto. Hoy.

El agarre de Ethan alrededor de mi cintura se intensificó casi imperceptiblemente. —¿En el día de San Valentín? Eso es frío.

—Bueno —me encogí de hombros e intenté que mi voz sonara ligera—. Dijo que "no podía mantener una relación a distancia". Es que me acabo de mudar a Boston.

—Qué idiota —dijo Ethan, su voz teñida de una ira genuina que me sorprendió—. Te mereces alguien mejor que un tipo que termina por mensaje de texto. Si un hombre ni siquiera tiene la decencia de enfrentarte en persona, deberías alegrarte de haberte librado de él.

Lo miré, sorprendida por la intensidad en sus ojos. Incluso a través de la máscara podía ver la sinceridad en ellos. —¿Lo dices en serio?

—Sí —dijo suavemente, su pulgar dibujaba pequeños círculos en mi espalda—. Cualquier hombre sería afortunado de tenerte, Lindsey.

Sentí una calidez expandirse en mi pecho, mi estado de ánimo mejorando por primera vez en el día. —Gracias, Ethan. Es amable de tu parte decir eso. —Por supuesto, la parte racional de mí sabía que Ethan solo lo decía para animarme y que le diría lo mismo a cualquier otra mujer en la misma situación. Aun así, se sentía bien.

Nos sentamos en un cómodo silencio por un momento antes de que decidiera cambiar las tornas. —¿Y tú? ¿Qué trae a un hombre tan encantador como tú al bar?

Por una fracción de segundo, vi algo pasar por su rostro, ¿sorpresa? ¿incomodidad? Pero desapareció tan rápido que podría haberlo imaginado. Sonrió, esa sonrisa increíblemente atractiva que me hacía temblar las rodillas.

—¿Me creerías si te dijera que vine por las hermosas mujeres con máscaras? —respondió guiñando un ojo.

Me reí y le di un golpecito juguetón en el hombro. —Lo creería si no te hubieras escondido aquí conmigo mirando fijamente tu vaso de whisky.

—Te estoy viendo a *ti*. —La forma en que Ethan me miró mientras decía eso me hizo estremecer. Este hombre era realmente un peligroso rompecorazones.

—Cuidado —susurré, mi corazón acelerado—. Una chica como yo podría hacerse ideas equivocadas.

Sus ojos se oscurecieron detrás de la máscara. —¿Y qué ideas serían esas?

Miré desesperadamente mi vaso de whisky vacío. De alguna manera necesitaba ganar tiempo para pensar en una respuesta, pero mi cerebro ya no funcionaba.

—¿Qué tal otra copa? —sugirió Ethan y agradecí la salida que me ofrecía. Su mano aún descansaba en la parte baja de mi espalda, lo que no hacía las cosas más fáciles.

Asentí, sin confiar en mi voz. Mientras el camarero servía, me pregunté involuntariamente en qué me estaba metiendo, y por qué lo estaba disfrutando tanto.

Para ocultar mi nerviosismo, alisé mi vestido. Solo entonces Ethan pareció darse cuenta de que su mano seguía en mi espalda y la retiró. El calor de su toque aún hormigueaba en mi piel, y me sorprendí anhelando más.

Mientras tomaba otro sorbo de whisky, la mirada de Ethan se dirigió a mis joyas. Sus ojos siguieron una línea desde mis pendientes hasta mis brazos, deteniéndose en mi pulsera y anillos.

—Tus joyas son exquisitas —murmuró, su voz profunda y plena—. Nunca he visto nada parecido.

Sentí el rubor subir por mi cuello. —Gracias. Las hice yo misma.

—¿En serio? —Ethan se inclinó más cerca, su aliento cálido en mi oído—. Pensé que no hablaríamos de trabajo.

Mi corazón se saltó un latido cuando me di cuenta de lo que debía estar pensando. Él suponía que yo dirigía un imperio de joyería de alto nivel, no que armaba estas piezas en el garaje de mis padres, con las herramientas que mamá y la abuela habían usado.

—Oh, realmente no es trabajo... cuando amas lo que haces —dije rápidamente, buscando una forma de cambiar de tema—. Pero tienes razón. Nada de hablar de trabajo ni de las cosas que odiamos. Simplemente... seamos nosotros mismos, la versión optimista y positiva de nosotros.

Los ojos de Ethan se arrugaron con una sonrisa. —Me gusta eso. De acuerdo.

El alivio me invadió. No tendría que admitir que solo era una pasante sin sueldo, que estaba aquí solo porque la jefa de recursos humanos pensó que se vería bien.

Tomé un sorbo de mi bebida, esperando que no pudiera ver lo agitada que estaba. El agradable calor del whisky se extendió por mi interior. Pero, ¿era realmente el alcohol que finalmente hacía efecto, o el efecto que Ethan tenía en mí?

—Entonces, mujer misteriosa —murmuró Ethan con voz aterciopelada—. ¿Quieres saber más secretos?

Me mordí el labio, sintiéndome repentinamente valiente. —¿Qué tal... cuál es tu forma favorita de pasar una noche de domingo como esta?

Sus labios se curvaron en una sonrisa que hizo que mi corazón latiera más rápido. —¿Idealmente? Buena compañía, buen whisky y una vista de las luces de la ciudad. —Se inclinó más cerca, su aliento haciéndome cosquillas en el oído—. En realidad, bastante parecido a esta noche.

No pude evitar reírme, una mezcla de nerviosismo y emoción burbujeando dentro de mí. —Siempre sabes qué decir, ¿verdad?

—Solo cuando estoy verdaderamente inspirado —respondió, sin apartar la mirada de mí.

La tensión entre nosotros era palpable, eléctrica. Me sorprendí inclinándome hacia él, atraída por una fuerza invisible. —¿Y qué te inspira, Ethan?

Su mano rozó la mía mientras alcanzaba su vaso, enviando chispas por todo mi cuerpo. —La inteligencia. La creatividad. Una mujer que puede hacer su propia joyería y mantener el tipo en una gala llena de la élite de Boston.

Tragué con dificultad, mi garganta de repente seca.

—Apenas soy de la élite —admití, pensando en mi vestido prestado y mi bajo estatus como pasante.

Los dedos de Ethan levantaron suavemente mi barbilla. —Brillas más que cualquier otra mujer en esta sala, Lindsey. No te menosprecies.

Por primera vez en mi vida, me sentí realmente vista, realmente deseada. Era embriagador. Aquí, en el baile de máscaras, en una ciudad extraña, un extraño me hacía sentir más especial que nunca antes.

Ahora podría tener una razón para quedarme.

Capítulo 2 - Ethan

Hotel Royal Empire, Boston, Gala de San Valentín, en ese mismo momento.

AGITÉ EL LÍQUIDO AMBARINO en mi vaso, observando cómo los cubos de hielo tintineaban entre sí. Detrás de mí, los bailarines seguían la música de la orquesta, mientras los presentes intentaban irradiar tanto prestigio como fuera posible. Había planeado pasar por allí, tomar una copa y desaparecer. Los eventos de este tipo no eran lo mío; ya tenía suficiente con mantener la cara de póker en mi familia. No quería tener que llevar una máscara aquí también.

Pero entonces ella apareció en el bar. *Lindsey.*

A medida que mantuvimos una conversación cada vez más larga, me relajé por primera vez en la noche. La presencia de Lindsey era refrescante: parecía estar tan fuera de lugar aquí como yo. Y, para variar, no era una mujer que se me echara encima por mi apellido. De hecho, cada vez estaba más convencido de que no tenía idea de quién era yo. Y, para ser honesto, disfrutaba de este tipo de anonimato.

—Entonces, Ethan —dijo Lindsey, inclinándose de manera conspiratoria—. ¿Cuál era tu plan de escape original y cuánto lo he frustrado?

Levanté una ceja. —¿Plan de escape?

—Oh, vamos —me provocó—. Un hombre como tú debe tener un plan inteligente para escabullirse temprano de estos eventos.

Me reí, sorprendido por lo fácil que me había calado. —Normalmente, paso una vez por delante de la gente importante, les hago un gesto con la cabeza y sigo caminando hasta llegar a la salida. Pero ahora... —Me detuve, mi mirada se detuvo en su rostro enmascarado—. Ahora podría tener una razón para quedarme.

Un rubor subió por su cuello, visible incluso bajo la tenue luz del bar.

Mientras sorbíamos nuestras bebidas, me abrí a ella de una manera que rara vez hacía con nadie. Mucho menos con una desconocida en una gala tan grande. Hablamos de todo y nada, y mi mirada se desviaba constantemente hacia sus labios carnosos. A diferencia de la mayoría de las mujeres aquí, no llevaba un lápiz labial rojo chillón. Lindsey había optado por un rosa mate, para que nada distrajera de sus hermosos ojos azules.

Estaba tan absorto en nuestra conversación que casi no me di cuenta cuando Lance se acercó desde el otro lado de la sala. Pero años como diplomático de la familia habían agudizado mi visión periférica. Capté un vistazo de la expresión infeliz de mi hermano menor e internamente suspiré. Sin duda, él y papá habían tenido otra pelea.

Por un momento, sentí el peso familiar de la responsabilidad sobre mis hombros. Debería acercarme, calmar las aguas, ser una vez más el mediador entre los bandos.

Pero entonces miré a Lindsey, sus ojos brillaban detrás de su máscara mientras me contaba una historia sobre su catastrófico intento de bailar salsa. Y de repente, no quise ser el hijo del medio responsable. No quería estar constantemente resolviendo los problemas de todos los demás.

Quería bailar con la fascinante mujer frente a mí. Maldita sea, incluso estaba dispuesto a bailar con ella solo para tenerla más cerca. Y así podría asegurarme de que Lindsey no se me escapara.

—Lindsey —dije, interrumpiéndola a mitad de frase—. ¿Te gustaría bailar conmigo?

—¿No me estabas escuchando? —preguntó, mirándome con los ojos entrecerrados—. ¿El desastre del tacón, la decoración destrozada y el dedo del pie roto de mi instructor de baile?

—Me gustan los desafíos —respondí secamente. No era mentira, constantemente me enfrentaba a desafíos, me gustaba este tipo de variedad. Para ser honesto, no podía recordar la última vez que tuve que convencer a una mujer de algo. Hacía mucho tiempo que no me encontraba con una mujer que no dijera que sí a todo solo para complacerme.

—Pero dijiste que odiabas bailar —replicó Lindsey, ahora pareciendo casi avergonzada.

—Lo dije. Pero ¿no quieres descubrir si soy tan buen bailarín como afirmo ser? —La miré desafiante.

Lindsey dudó. —¿Es eso una invitación?

—Depende de ti averiguarlo —respondí con calma. Si había algo en lo que era bueno, era en tener paciencia. Era una virtud que probablemente había heredado de mi madre. O al menos no había heredado el temperamento impetuoso de mi padre.

Lindsey parpadeó sorprendida. —¡Oh! Yo, eh...

Me levanté y le ofrecí mi mano a Lindsey antes de que pudiera rechazar de nuevo.

—Tal vez también mentí y soy el peor bailarín del mundo —mentí sin problemas—. Podríamos ser terribles juntos.

Dudó un momento, luego tomó mi mano con una sonrisa. —Bueno, si lo pones así...

Mientras la conducía a la pista de baile, capté la mirada de Lance al otro lado de la sala. Frunció el ceño. Con razón, porque yo no bailaba en estos eventos. Al menos no voluntariamente. Mi hermano menor parecía tan irritado por mi intención que su expresión se suavizó y obviamente olvidó la razón por la que quería hablar conmigo en primer lugar. Me encogí de hombros a modo de disculpa y me di la vuelta.

Por una vez, pensé, que alguien más juegue el papel de pacificador de la familia Valentine. Ryan, por ejemplo, que sin duda estaba merodeando entre los mayores inversores, esperando cerrar un trato. Esta noche tenía cosas más importantes que hacer.

Llevé a Lindsey a la pista de baile, su mano suave en la mía. La orquesta tocaba un vals lento. Cuando llegamos al centro de la pista, Lindsey se volvió hacia mí, sus ojos azules muy abiertos detrás de su máscara.

—No estaba bromeando cuando dije que era mala en esto —susurró—. Cuando digo "no muy buena", me refiero a que soy un desastre andante. Palabra clave: salsa.

Me reí suavemente y la acerqué más. El aroma de su perfume —algo floral y embriagador— me envolvió.

—Simplemente sigue mi guía —murmuré y coloqué mi mano en la parte baja de su espalda—. Te prometo que no dejaré que este baile termine en desastre.

Cuando empezamos a movernos, pude sentir la tensión en el cuerpo de Lindsey. Estaba rígida, sus movimientos eran bruscos mientras intentaba anticipar los pasos. Reforcé ligeramente mi agarre y la acerqué aún más.

—Relájate —dije suavemente—. No pienses en ello. Simplemente siente la música.

Lindsey se rio nerviosamente. —Es fácil decirlo. Tú no eres el que está a punto de pisarle el pie a algún pobre bailarín desprevenido. Quizás incluso a los bailarines que nos rodean.

Sonreí y la hice girar suavemente. —Protegeré a los otros bailarines. Es mi deber cívico.

Mientras seguíamos bailando, pude sentir cómo Lindsey se iba relajando gradualmente en mis brazos. Sus movimientos se volvieron más fluidos, su cuerpo se balanceaba en armonía con el mío. El resto del salón de baile pareció desvanecerse, dejando solo a nosotros, la música y la electricidad que chisporroteaba entre nosotros.

—Entonces —dijo Lindsey, su voz baja e íntima—. ¿Qué te motivó a llevarme a la pista de baile?

—Digamos que simplemente se me ocurrió —respondí.

—Claro. —Lindsey asintió—. Alguien como tú está en su elemento aquí. No importa si es voluntariamente o no.

—¿Alguien como yo? —repetí con curiosidad.

Lindsey se sonrojó, el rosa era visible incluso bajo su máscara. —Ya sabes, apuesto, encantador, obviamente cómodo en un traje que probablemente cuesta más que un alquiler mensual normal.

Me reí, extrañamente complacido por su evaluación. —Las apariencias pueden engañar.

—¿Ah, sí? Entonces ilumíname —respondió Lindsey, sonriendo desafiante.

—Quizás en otra ocasión —repliqué—. Ya sabes más secretos sobre mí que el resto de la alta sociedad.

Lindsey vaciló brevemente y perdió el ritmo por un momento. Luego tragó saliva, se aclaró la garganta y volvió a encontrar la melodía.

—De acuerdo, la próxima vez. —Algo en sus palabras sonaba extrañamente definitivo.

—La próxima vez —repetí las palabras de nuevo. Y por primera vez en mi vida, tenía una razón para esperar con ansias la próxima gala benéfica a la que me arrastraran.

Caímos en un silencio que no era incómodo. Pero había otra cosa que me molestaba y empeoraba cuanto más bailábamos. Todo el tiempo era muy consciente del cuerpo de Lindsey presionado contra el mío, de cómo su cabello rozaba mi mejilla cuando la hacía girar, del calor de su aliento en mi cuello. La atracción que había sentido en el bar se hacía más fuerte con cada momento.

Había venido a esta gala para hacer acto de presencia y marcharme lo antes posible. Ahora quería que la música nunca se detuviera.

Ni siquiera me di cuenta de cómo pasaba el tiempo hasta que miré alrededor y vi que el salón de baile se había vaciado considerablemente. La pista de baile, antes abarrotada, ahora solo albergaba a un puñado de parejas que se mecían al son de las suaves melodías de la orquesta.

Lindsey pareció notarlo también. Se echó ligeramente hacia atrás, sus ojos azules encontrándose con los míos a través de su máscara. —Supongo que debería irme pronto —dijo con un toque de renuencia en su voz.

Mi corazón se hundió. No estaba listo para terminar esta noche.

—Déjame llevarte a casa —ofrecí, y añadí rápidamente—: O a tu limusina, si lo prefieres.

Ella se mordió el labio y dudó. —En realidad, tengo una habitación aquí para esta noche. Pensé

que sería más seguro que conducir a casa tarde.

—Pensamiento inteligente —asentí, sintiendo alivio—. ¿Qué te parece si te acompaño hasta el ascensor y luego me voy a mi propia habitación?

La sonrisa de Lindsey fue cálida. —Me encantaría, Ethan.

Mientras cruzábamos el ahora tranquilo salón de baile, mis pensamientos corrían. ¿Cómo podía prolongar nuestro tiempo juntos sin parecer demasiado insistente? No quería presionarla, pero tampoco soportaba la idea de decir *buenas noches* tan pronto.

Llegamos a los ascensores y presioné el botón de llamada. El hotel estaba silencioso a esta hora tardía, el bullicio habitual reemplazado por una calma pacífica.

Cuando las puertas se abrieron, entramos. Lindsey presionó el botón del tercer piso, mientras yo, por costumbre, presioné el del piso superior: tenía una de las suites de lujo allí para la noche. Supuse que Lindsey había reservado tarde y por eso había terminado en el tercer piso.

Cuando las puertas se cerraron, dejándonos solos en el espacio confinado, el aire pareció chisporrotear de electricidad. Lindsey estaba tan cerca que podía oler su perfume, algo ligero y floral que me hacía querer hundir mi rostro en su cabello.

—Entonces —dije, rompiendo el silencio cargado—. ¿Tienes algún plan para mañana? Aparte de dormir hasta tarde, quiero decir.

El ascensor comenzó a moverse, y era dolorosamente consciente de la presencia de Lindsey a mi lado. No pude evitar lanzar miradas furtivas a su perfil, admirando cómo su máscara acentuaba sus llamativos ojos azules, enmarcados por pómulos altos. Llevaba su ondulado cabello rubio oscuro suelto, y quería enmarcar su rostro con mis manos, inclinar su cabeza hacia atrás y besarla.

—En realidad —comenzó Lindsey, su voz ligera y alegre—, mañana es mi primer día de trabajo en Boston. Estoy ansiosa por-

De repente, cuando llegamos al segundo piso, las luces parpadearon amenazadoramente. El ascensor se sacudió violentamente, haciendo que Lindsey perdiera el equilibrio sobre sus tacones altos. Sin pensar, extendí los brazos y la atrapé.

—No tan rápido —dije, mi corazón acelerado al darme cuenta de que Lindsey estaba en mis brazos—. ¿Estás bien?

Lindsey me miró, su respiración agitada. —Estoy bien, creo.

No me moví ni un centímetro y Lindsey permaneció inmóvil en mis brazos. Cuando nuestras miradas se encontraron, el intercambio juguetón que había iniciado murió en mis labios. La innegable atracción que había estado ardiendo toda la noche de repente se avivó. El cuerpo de Lindsey estaba cálido contra el mío, y pude sentir un ligero temblor recorrer su cuerpo.

—Ethan —susurró ella, su voz apenas audible.

Tragué saliva con dificultad, luchando por mantener la compostura. Cada fibra de mi ser quería cerrar el minúsculo espacio entre nosotros, presionar mis labios contra los suyos. Pero me contuve. No era mi estilo precipitar las cosas.

—Lindsey —murmuré, mi voz ronca de deseo.

Nos quedamos allí, como congelados en el tiempo, nuestros rostros a solo centímetros de distancia. Podía sentir el rápido latido del corazón de Lindsey, que reflejaba el mío. El aire se volvió más denso, haciendo difícil respirar.

Lentamente, casi imperceptiblemente, comenzamos a inclinarnos el uno hacia el otro. Mis ojos se desviaron hacia los labios de Lindsey, entreabiertos e invitantes. El impulso de besarla era abrumador y nublaba mis pensamientos y mi juicio. Lindsey estaba tan cerca que prácticamente podía saborearla. Dulce, embriagadora, con un toque de whisky. Una mezcla que haría flaquear a cualquier hombre hecho y derecho. Y sabiendo que Lindsey estaba soltera, había una razón menos para contenerme.

Pero eso era exactamente lo que necesitaba en ese momento. Contención. Sin embargo, parecía que Lindsey había borrado esa palabra de mi vocabulario, porque nuestros labios se acercaron aún más... y más.



Quiero conocer desesperadamente al Ethan sin restricciones.



Capítulo 3 - Lindsey

Hotel Royal Empire, Boston, Gala de San Valentín, en ese mismo momento.

MI CORAZÓN LATÍA COMO un martillo neumático y amenazaba con estallar en mi pecho mientras me encontraba presionada contra el cuerpo amplio y firme de Ethan. Sus brazos me rodeaban para estabilizarme después de mi tropiezo, pero ahora se sentían como una jaula de la que no podía escapar. No es que quisiera hacerlo. Mi mirada se fijó en sus labios, a solo centímetros de los míos, y me invadió un hambre que nunca antes había experimentado.

Mis pensamientos corrían, al igual que mi corazón. Simplemente no podía encontrar un argumento razonable para separarme del abrazo de Ethan.

—Ethan —logré decir finalmente, mi voz apenas un susurro.

—Lindsey —la voz profunda de Ethan resonó a través de mí, enviando escalofríos por mi espalda.

Asentí, sin confiar en mi voz. De repente, mi vestido se sentía demasiado caliente, demasiado restrictivo. Quería besarlo. Cielos, ¡cómo quería besarlo! Pero esa no era yo. Yo no besaba a extraños en ascensores, sin importar lo increíblemente atractivos que fueran bajo sus máscaras.

El agarre de Ethan a mi alrededor se apretó ligeramente. —¿Qué estamos haciendo aquí?

—No tengo idea. —Sacudí la cabeza, mis ondas sueltas rozaron su traje.

El ascensor sonó anunciando nuestra llegada a mi piso. Las puertas se deslizaron con un suave siseo y rompieron el hechizo. Ethan me ayudó a ponerme de pie, nos separamos, y de inmediato me sentí despojada sin su calor.

Me aclaré la garganta, de repente avergonzada. Aquí estaba yo, una chica de pueblo pequeño, disfrazada en una elegante gala y prácticamente arrojándome a un hombre que claramente jugaba en una liga fuera de mi alcance.

—Bueno, este es mi piso —dije, gesticulando vagamente hacia el pasillo—. Gracias por... atraparme.

Los ojos de Ethan, oscuros e intensos detrás de su máscara, se fijaron en los míos. —Fue un placer, Lindsey.

Salí del ascensor, mis mejillas ardiendo. Cuando las puertas comenzaron a cerrarse, me volví, queriendo decir algo —cualquier cosa— para prolongar este momento. Pero las palabras murieron en mis labios. Simplemente no pude hacerlo. El anhelo por un beso que nunca sucedió sofocó cada una de mis palabras.

Sin embargo, antes de que las puertas se cerraran por completo, Ethan interpuso un pie y las puertas se abrieron de nuevo. Su mirada estaba fija en mí, su expresión ilegible detrás de la máscara. Pero en sus ojos había una intensidad que me dejó sin aliento.

—La noche no tiene por qué terminar —dijo, su voz profunda y áspera.

Mi corazón se saltó un latido. —¿Qué quieres decir? —pregunté, mi voz temblando ligeramente.

En un movimiento fluido, Ethan se estiró hacia mí, sus dedos envolviendo suavemente mi muñeca. Con un suave tirón, me atrajo de vuelta al ascensor. Antes de que pudiera procesar lo que estaba sucediendo, mi espalda estaba presionada contra la pared y el cuerpo de Ethan estaba presionado contra el mío.

Sus labios se encontraron con los míos, al principio suaves e inquisitivos. Era como si estuviera pidiendo permiso, dándome la oportunidad de retroceder. Pero oh, cuánto quería esto. Me incliné hacia el beso, abriendo mis labios ligeramente y permitiéndole besarme de manera áspera y feroz.

Eso fue todo el aliento que Ethan necesitó. El beso se profundizó, volviéndose salvaje e intenso. Su lengua exploró mi boca mientras sus manos acunaban mi rostro, sus pulgares acariciando mis mejillas. Podía sentir el raspado de su sombra de barba en mi piel, enviando escalofríos por mi espalda.

Gemí suavemente, mis manos encontrando su camino hacia su pecho. Podía sentir su corazón latiendo bajo mis palmas, constante y rápido. Su sabor —un toque de whisky y algo únicamente Ethan— era embriagador.

A medida que el beso continuaba, sentí que mis rodillas se debilitaban. El brazo de Ethan se envolvió alrededor de mi cintura, manteniéndome en pie y acercándome aún más. Podía sentir

cada superficie dura de su cuerpo tonificado contra el mío, y enviaba oleadas de calor a través de mí.

Cuando finalmente nos separamos, ambos jadeando en busca de aire, me sentí mareada de deseo. Los ojos de Ethan estaban oscuros, su pecho subiendo y bajando pesadamente. Podía sentir la evidencia de su excitación contra mi cadera, y me recorrió como una descarga eléctrica saber que lo afectaba tanto como él a mí.

—Lindsey —exhaló, su voz ronca—. No tienes idea de lo malditamente difícil que es contenerme.

—¿A esto llamas contenerte? —pregunté sin aliento. Y su mirada me dijo que había dicho la verdad. Ethan se había estado conteniendo, lo que me hizo sentir aún más mareada. Si este era el Ethan contenido, estaba desesperada por conocer al Ethan *sin restricciones*.

Las puertas del ascensor se cerraron con un suave tintineo, y comenzamos a subir de nuevo. Apenas podía respirar, mi corazón latía con fuerza mientras miraba a los ardientes ojos marrones de Ethan.

—El ascensor —susurré contra sus labios, mi voz temblando.

Los dedos de Ethan se deslizaron a lo largo de mi barbilla, enviando escalofríos por mi espalda.

—Podrías venir a mi habitación —murmuró, mientras su pulgar acariciaba mis mejillas.

Mi cabeza daba vueltas ante su sugerencia. Dios mío, ¿esto estaba realmente sucediendo? Nunca había sentido una atracción tan intensa, especialmente no por alguien que acababa de conocer. Mi cuerpo gritaba *sí*, anhelando explorar cada centímetro de este hombre magnético. Pero una pequeña voz en mi cabeza vacilaba. Esto no era para nada como yo —no tenía encuentros de una noche, ¡y mucho menos con extraños enmascarados de elegantes galas!

Mientras luchaba con mis sentimientos contradictorios, Ethan me presionó más firmemente contra la pared del ascensor. Su cuerpo musculoso me mantuvo en mi lugar mientras se inclinaba cerca de mí, su aliento caliente en mi oído.

—Te deseo, Lindsey —gruñó en voz baja—. Completamente. Toda la noche.

No pude contener el pequeño jadeo que se me escapó.

—Yo... yo también te deseo —admití vacilante, mientras mis mejillas ardían.

Ethan se retiró ligeramente, su frente arrugándose mientras estudiaba mi rostro. —¿Qué sucede?

Me mordí el labio y evité su mirada. —Es solo que... no soy así. Nunca he tenido una aventura de una noche.

—¿Nunca? —preguntó Ethan, aunque no parecía realmente sorprendido. Se notaba a kilómetros que yo no era *ese tipo de chica*.

Negué con la cabeza y jugué nerviosamente con una de mis pulseras. —No.

Los labios de Ethan se curvaron en una leve sonrisa.

—La solución es simple —murmuró, mientras sus dedos acariciaban mi mandíbula—. Te deseo. Tú me deseas. Ni más, ni menos.

Mi corazón se aceleró mientras reflexionaba sobre sus palabras. ¡Vaya dilema! Por un lado, la Lindsey responsable —esa que siempre iba a lo seguro y tomaba decisiones sensatas— agitaba frenéticamente banderas rojas. Yo tenía principios sencillos que seguía. ¡Santo Frank Sinatra, ni siquiera sabía el apellido de este hombre!

Pero luego estaba la Lindsey atrevida, a la que había mantenido encerrada durante demasiado tiempo y que estaba lista para lanzarse a estas aguas desconocidas. Con solo pensarlo, mi cuerpo hormigueaba de pies a cabeza, únicamente por la presencia de Ethan.

Realmente estaba considerando tirar toda precaución por la borda y vivir el momento. Es decir, ¿cuándo volvería a tener una oportunidad así? ¿Pasar una noche con un hombre impresionante y exitoso que me miraba como si fuera la mujer más deseable del mundo?

Intenté pensar con lógica, pero era casi imposible con Ethan tan cerca de mí. Tan cerca que mi vestido aún olería a su colonia mañana. Cada roce de su cuerpo contra el mío enviaba escalofríos por mi espalda. Y esos ojos... incluso parcialmente cubiertos por su máscara, parecían mirar directamente a través de mí, hasta mi alma.

El ascensor sonó, sacándome de mis pensamientos. Habíamos llegado al último piso.

Ethan retrocedió, deshaciendo nuestro abrazo. Mi cuerpo extrañó inmediatamente el contacto. Salió del ascensor, luego se giró y me tendió su mano.

—La decisión es tuya, Lindsey —dijo con voz suave y seria—. O vuelves a tu piso, y probablemente nunca nos volvamos a ver. O... —Sus ojos brillaron al encontrarse con los míos —. Pasas la noche conmigo. Porque ambos sabemos que es lo que queremos.

Me quedé paralizada, mi corazón latía tan rápido que temía que tropezara. Tenía que decidir. ¿Volver a la Lindsey segura y predecible? ¿O arriesgarme a tener una noche salvaje e inolvidable?

Respiré hondo, mi decisión tomada. Con un destello de audacia que no sabía que poseía, extendí la mano y tomé la mano tendida de Ethan.

—Tienes razón —dije, mi voz apenas un susurro.

Una lenta y satisfecha sonrisa se extendió por el rostro de Ethan mientras me sacaba suavemente del ascensor. Sus dedos se entrelazaron con los míos, enviando chispas por mi brazo.

—Esperaba que dijeras eso —murmuró.

Caminamos por el pasillo, el único sonido eran nuestros pasos amortiguados sobre la alfombra. Mi corazón latía con fuerza, una mezcla de emoción y nerviosismo burbujeaba en mi estómago. ¿Realmente estaba haciendo esto?

Ethan se detuvo frente a una puerta al final del pasillo. Sacó una tarjeta llave, sus movimientos tranquilos y deliberados. Yo, por otro lado, sentía que podía estallar de tensión en cualquier momento.

Mientras insertaba la tarjeta en la cerradura, Ethan se volvió hacia mí. —Última oportunidad de cambiar de opinión —dijo en voz baja.

Tragué saliva con dificultad, luego negué con la cabeza. —No quiero cambiar de opinión.

La cerradura emitió un pitido y Ethan abrió la puerta. Se hizo a un lado y me indicó que entrara primero. Respiré hondo y crucé el umbral, mis ojos se agrandaron al absorber la lujosa suite.

Escuché la puerta cerrarse detrás de mí con un suave clic. La cálida mano de Ethan se posó en la parte baja de mi espalda.

—Aquí estamos —dijo, su aliento haciéndome cosquillas en el oído.

Me giré hacia él, repentinamente muy consciente de que estábamos solos. Realmente solos.

Vaya.

Capítulo 4 - Lindsey

Hotel Royal Empire, Boston,

Gala de San Valentín

, en ese mismo momento.

SOLTÉ UN JADEO AL darme cuenta de lo que estaba haciendo aquí. Aquí. A solas. Con Ethan, sus hombros bastante anchos y su mano en mi espalda. La suite estaba bañada en una cálida luz, pero justo cuando mis ojos se habían acostumbrado, las luces se apagaron de golpe y nos quedamos en completa oscuridad.

Mi corazón latía con fuerza, el repentino apagón intensificaba cada sensación que Ethan despertaba en mí.

—¿Ethan? —susurré, tanteando ciegamente a mi alrededor.

Su cálida mano se deslizó hasta mi cintura y me acercó más. —Estoy aquí —murmuró, su aliento me hacía cosquillas en el oído.

Su toque me provocó un escalofrío por la espalda. La oscuridad nos envolvía y aumentaba la tensión entre nuestros cuerpos. No podía verlo, pero sentía la firmeza de su pecho y escuchaba su respiración acelerada. Mi propio pulso retumbaba en mis oídos.

—No puedo creer que se haya ido la luz —dije sacudiendo la cabeza.

—Deberíamos estar agradecidos de que volviera cuando aún estábamos en el ascensor —respondió Ethan.

Ay, Dios mío. El solo pensamiento de quedar atrapada en un ascensor me hizo jadear en busca de aire. Porque ya no podía luchar contra los sentimientos que mi cuerpo producía. Necesitaba a Ethan.

—Sin luz es mucho más romántico, ¿no crees? —Sus labios me hacían cosquillas en la oreja y su mano se deslizó hacia la parte baja de mi espalda, dejando un hormigueo a su paso.

Incliné mi rostro hacia arriba, en la dirección donde suponía que estaba el suyo.

—¿Tú crees? —suspiré. Cada nervio de mi cuerpo parecía estar vivo, hipersensible a su cercanía.

—Mmm —murmuró en señal de aprobación. Sus dedos dibujaban círculos perezosos en mi espalda—. Agudiza los otros sentidos.

Asentí, olvidando que no podía verme. —Todo se siente... más intenso —admití. Mis manos encontraron sus brazos, que recorrían los costados de mi cuerpo, y se maravillaron con los firmes músculos bajo su camisa. Me giré hacia él, pues la oscuridad me hacía valiente y me permitía explorar su torso sin pudor.

El pulgar de Ethan acarició mi mejilla, su toque ligero como una pluma.

Su frente descansaba contra la mía. —Dime qué sientes —pidió suavemente.

Tomé aire temblorosamente e intenté poner en palabras las sensaciones que me invadían. —Emoción. Nervios. Como si cada centímetro de mi piel fuera muy sensible a ti. —Hice una pausa —. Y estoy realmente, realmente excitada —añadí con una risa entrecortada.

Ethan gimió suavemente. —No tienes idea de lo que me haces, Lindsey —murmuró.

El aire entre nosotros chispeaba. Anhelaba cerrar la última distancia entre nosotros, sentir sus labios sobre los míos otra vez. Pero me contuve, disfrutando de la deliciosa anticipación.

—¿Por qué no me lo muestras? Muéstrame lo loco que te vuelvo —lo desafié en voz baja, mis manos subiendo hasta sus hombros.

Su única respuesta fue atraerme con fuerza hacia él mientras su boca descendía sobre la mía.

Los labios de Ethan se encontraron con los míos con una suave presión, pero la contención en su toque era palpable. Sus dedos recorrieron mi mandíbula, inclinando mi rostro hacia arriba mientras profundizaba el beso. Un suave gemido se me escapó cuando su lengua rozó juguetonamente mis labios, pidiendo permiso para entrar.

Me derretí en sus brazos, los míos se enroscaron alrededor de su cuello. La máscara que aún llevaba puesta de repente se sentía sofocante. Como si hubiera leído mis pensamientos, las manos de Ethan se movieron hacia las cintas que la sujetaban.

—¿Puedo? —murmuró contra mis labios.

—Por favor —susurré.

Con movimientos hábiles, desató la máscara y la retiró. El aire fresco besó mis mejillas acaloradas mientras los dedos de Ethan reemplazaban la máscara, trazando los contornos de mi rostro.

—Hermosa —susurró.

Mi corazón latía con fuerza mientras levantaba la mano y mis dedos encontraban la suave superficie de su propia máscara. Con cuidado, se la quité y la dejé caer al suelo junto a nosotros.

Pasé mi pulgar por su pómulo. La ligera aspereza de su barba de tres días bien cuidada raspaba mi piel y enviaba escalofríos por mi espalda.

Sin previo aviso, Ethan volvió a apoderarse de mi boca. Esta vez no fue gentil. Su beso era hambriento, exigente, y encendió un fuego en lo más profundo de mi ser. Respondí con igual intensidad, mis dedos hundiéndose en su espeso cabello.

Los labios de Ethan abandonaron los míos para recorrer mi mandíbula y luego bajar por mi cuello. Incliné la cabeza, ofreciéndole mejor acceso cuando encontró un punto particularmente sensible justo debajo de mi oreja.

—¡Oh, cielos! —jadeé, mis caderas presionándose instintivamente contra las suyas.

Sus manos agarraron mi cintura, manteniéndome firme mientras continuaba su sensual asalto a mi cuello.

—Sabes delicioso —gruñó Ethan, su voz profunda y ronca de deseo.

Apenas podía pensar con claridad, abrumada por la avalancha de sensaciones.

—Ethan —gemí, tirando de él hacia arriba para besarlo apropiadamente.

Nuestros labios se encontraron de nuevo, y me perdí completamente en el beso. La oscuridad intensificaba cada toque, cada caricia. No existía nada más que Ethan: su sabor, su aroma, la sensación de su cuerpo contra el mío.

Por primera vez en mi vida, no me preocupaba por el futuro ni analizaba cada decisión. Vivía

completamente en el momento, y era embriagador.

Mis manos recorrían el amplio pecho de Ethan, sintiendo los músculos definidos bajo su camisa. Incluso a través de la tela podía sentir el calor de su piel, y me hacía desear más. Profundicé nuestro beso, mi lengua jugueteando con la suya mientras me apretaba más contra él.

El aliento de Ethan se entrecortó, y sentí un temblor recorrerlo. Sus manos se deslizaron por mi espalda, con los dedos extendidos como si quisiera tocar cada centímetro de mí a la vez. Me atrajo aún más cerca, hasta que no quedó ni un ápice de espacio entre nosotros.

—Lindsey —murmuró contra mis labios, su voz ronca de deseo—. Me estás volviendo loco.

Sonreí, aunque él no pudiera verlo en la oscuridad.

—Bien —susurré en respuesta, mordisqueando suavemente su labio inferior—. Entonces ya somos dos.

Sus manos encontraron la tela sedosa de mi vestido y comenzó a acariciarme a través de ella. Su toque era tortuosamente lento, sus dedos recorriendo mis costados y luego bajando hasta mis caderas. El suave roce de la seda sobre mi piel dejaba un rastro de piel de gallina.

Me arqueé hacia su caricia, suplicando silenciosamente por más. Mis caderas se elevaron ligeramente, una invitación que Ethan no pasó por alto. Sus manos se deslizaron más abajo, ahuecando mi trasero y atrayéndome fuertemente contra él.

—¡Oh, Dios mío! —suspiré al sentir la prueba de su excitación presionada contra mí. Darme cuenta de cuánto me deseaba solo avivó mi propio deseo.

Un gruñido escapó de Ethan.

—Eres impresionante —dijo, encontrando mi oreja con sus labios—. Y obviamente, estás que ardes.

—¿Obviamente? Está oscuro como boca de lobo —respondí.

—Cada hombre en la gala te estaba desnudando con la mirada, cariño.

—Ya, claro —dije con una risa nerviosa—. Nómbrame al menos un hombre que haya hecho eso.

—Yo, Lindsey. Yo te estaba desnudando con la mirada en la gala —murmuró Ethan. Sus palabras me provocaron un escalofrío por todo el cuerpo. Nunca me había considerado realmente sexy. Pero aquí estaba Ethan, diciéndome que lo estaba volviendo loco. Era embriagador.

Dejé que mis dedos siguieran recorriendo el pecho de Ethan, sintiendo los firmes músculos bajo su camisa. Debía hacer ejercicio; nadie conseguía un cuerpo así de esculpido sin más.

—Lindsey —susurró Ethan, su voz profunda y ronca. La forma en que decía mi nombre me derretía. Nunca mi nombre había sonado tan hermoso.

—Ethan —murmuré, y mis dedos encontraron los botones de su camisa. No era fácil en la oscuridad, pero logré desabrocharlos uno por uno.

Mientras trabajaba en desvestirlo, las manos de Ethan se movieron hacia la espalda de mi vestido. El suave sonido de la cremallera pareció imposiblemente alto en el silencio de la habitación. Mi corazón latía con fuerza mientras sentía la tela aflojarse a mi alrededor.

Con su camisa ahora abierta, deslicé mis manos dentro y jadeé al sentir el calor de su piel y los músculos definidos de su abdomen.

—Vaya —exhalé involuntariamente.

La risa de Ethan fue profunda y rica. —¿Te gusta lo que sientes?

—Mucho —admití, sintiendo el calor subir a mis mejillas.

Sus manos se movieron a mis hombros y lentamente bajaron los tirantes de mi vestido. El aire fresco golpeó mi piel, haciéndome estremecer. Pero no era de frío; cada terminación nerviosa se sentía electrificada.

Ya no pude contenerme más, necesitaba hacerle saber que me quemaría si no me ayudaba a liberar este calor. Alcé las manos, atraje el rostro de Ethan hacia el mío y tomé posesión de sus labios en un beso apasionado. Él respondió de inmediato, sus brazos rodeándome y atrayéndome con fuerza hacia él.

La sensación de su pecho desnudo contra el mío era embriagadora. Pasé mis dedos por su cabello, disfrutando de la suavidad y la forma en que gimió contra mis labios en respuesta.

Las manos de Ethan encontraron su camino hacia mi espalda desnuda, su toque dejando rastros de fuego en mi piel. Me presioné más cerca de él, anhelando más contacto. El deseo que ardía dentro de mí era diferente a todo lo que había sentido antes.

—Oh, Dios —susurré, mi voz temblorosa—. Ethan, yo...

—Lo sé —respondió él, su voz profunda y ronca—. Lo sé.

Tropezamos hacia atrás, nuestros labios aún cerrados en un beso ardiente. Sentí la fría pared en mi espalda, pero no hizo nada para amortiguar el calor que corría por mi cuerpo. Las manos de Ethan ahora vagaban libremente sobre mí, cada toque enviando chispas a través de mi ser.

—¿Quieres más? —preguntó, su aliento caliente en mi oído.

—¡Oh, sí! —le aseguré, deslizando mis manos por su pecho—. Quiero *mucho* más.

Nos movimos a lo largo de la pared, acercándonos poco a poco a lo que supuse era la cama. Oí el suave susurro de la tela mientras Ethan se quitaba el resto de su ropa. Mis dedos forcejeaban con los cierres de mi ropa interior, desesperados por sentir su piel contra la mía.

—Déjame ayudarte —murmuró Ethan, y sus manos reemplazaron las mías. Con suave

eficiencia, eliminó las últimas barreras entre nosotros.

Cuando llegamos a la cama, hice una pausa. —Siento que debería estar más segura de mí misma, pero no lo estoy. ¿Es raro eso? —No estaba segura de qué hacer ahora.

El aliento de Ethan era cálido y reconfortante en mis labios justo antes de besarme. —No es nada raro. Eres perfecta. Y todo lo que haces me vuelve loco.

Mi corazón dio un vuelco con sus palabras, y lo atraje hacia abajo para otro beso. Su mano acunó mi mejilla, y aun en la oscuridad pude sentir la intensidad de su mirada mientras me besaba y seguíamos tanteando a lo largo de la pared.

Solté un jadeo cuando la parte posterior de mis rodillas chocó contra el borde de la cama. Las fuertes manos de Ethan me estabilizaron.

Con una suave presión, Ethan me guió hacia el suave colchón. Me hundí en su suave abrazo y mi corazón se aceleró cuando Ethan se posicionó sobre mí. Un relámpago iluminó brevemente la habitación, dándome una tentadora visión de su silueta musculosa.

—Ahora cierra los ojos, Lindsey —susurró Ethan suavemente contra mi oído.

—Está completamente oscuro —respondí parpadeando.

Su gruñido hizo que las mariposas revolotearan en mi estómago. —Aun así. Quiero que te dejes llevar completamente, Lindsey.

Mientras otro estruendo de trueno se escuchaba a lo lejos, me maravillé de lo segura que me sentía a pesar de la oscuridad, a pesar de lo novedoso de todo.

Me arqueé hacia él, anhelando más de su calor, más de su toque. Ethan se tomó su tiempo. Tan tortuosamente lento que sentía que iba a arder.

Me estremecí cuando los labios de Ethan trazaron un camino por mi cuello, su barba incipiente creando una deliciosa fricción en mi piel sensible. Los únicos sonidos en la habitación eran nuestra respiración jadeante y el suave golpeteo de la lluvia contra las ventanas, que había comenzado. Mis dedos se entrelazaron en su cabello, manteniéndolo cerca, mientras olas de placer me recorrían. Frotó mi entrada y cuando sintió lo lista que estaba para él, dejó escapar un suave gruñido.

—Lindsey —susurró Ethan, su voz ronca de deseo—. No sé cuánto tiempo más puedo contenerme.

Mi corazón se hinchó ante su consideración y me hizo desearlo aún más. Ethan era un verdadero caballero.

—No quiero que te contengas —respondí, levantando mis caderas para encontrarme con las suyas.

Un gemido se le escapó cuando abrí más mis piernas para él. Sentí su dureza presionando contra mi centro, y una corriente eléctrica me atravesó. Ethan entró en mí y yo jadeé. *Él* era enorme. Pero Ethan me dio un momento para acostumbrarme a su tamaño.

—¡Oh, cielos! —suspiré y envolví mis piernas alrededor de su cintura—. Por favor, Ethan. ¡Tómame de una vez!

Comenzó a moverse, en un ritmo que me hizo ver estrellas detrás de mis párpados cerrados. Cada embestida enviaba chispas de placer por mi cuerpo. Su dureza se sentía increíble. Me aferré a él, tratando de posicionar mis caderas para que pudiera follarme aún más profundo.

—¡Maldición! —gruñó Ethan cuando encontró mi punto más sensible y me apreté aún más alrededor de él.

Solo pude responder con gemidos sin aliento, perdida en las sensaciones que estaba provocando en mí. Ethan tenía razón en que con los ojos cerrados podía dejarme llevar mucho mejor. Solo éramos él y yo, y la deliciosa fricción entre nosotros que me estaba volviendo loca.

No pasó mucho tiempo antes de que cada terminación nerviosa en mi cuerpo vibrara. El toque de Ethan me estaba incendiando, y no podía tener suficiente.

Nuestros labios colisionaron mientras los movimientos de Ethan se volvían más urgentes. Me adapté a su ritmo, arqueándome hacia él y gimoteando, esperando que me tomara aún más fuerte, aún más profundo. Él cumplió mi petición. Ethan me dio todo, y más.

—Lindsey —suspiró en mi cuello—. Me estás volviendo loco.

Sus palabras enviaron un escalofrío a través de mí. Pasé mis manos por su espalda, sintiendo los músculos trabajar bajo mis dedos.

—Dímelo —murmuró Ethan—. Dime lo que quieres.

Mi respiración se entrecortó. —Quiero que me tomes.

—Sigue, cariño, dime lo que *realmente* quieres —respondió Ethan. Su aliento rozó mis mejillas.

—Te quiero a ti, cuando pierdes el control —contesté, agradecida de que la oscuridad ocultara el calor que subía a mis mejillas.

Un gemido se me escapó cuando golpeó un punto particularmente sensible. Y entonces dejó caer el último vestigio de su autocontrol.

Ethan se volvió aún más duro dentro de mí y gemí contra su pecho, mientras mis uñas se clavaban en su espalda. Estaba casi segura de que estaba dejando marcas en su piel y esperaba que tal vez incluso estuviera llegando bajo su piel.

Otro relámpago iluminó brevemente la habitación antes de sumirnos nuevamente en la oscuridad. En ese breve instante, vislumbré los ojos de Ethan, oscuros de deseo.

Sentí cómo se acumulaba la presión, una deliciosa tensión que se apretaba cada vez más dentro de mí. Mi respiración se volvió entrecortada mientras los movimientos de Ethan se volvían más intensos, más enfocados.

—Estoy a punto de llegar —gimoteé entre varias bocanadas de aire.

Él gimió en respuesta, su frente presionada contra la mía. Me follaba aún más fuerte y me tomaba tan profundo que casi me obligaba a correrme para él. Ethan no me dejaba otra opción.

—Déjate ir, Lindsey —murmuró, su voz ronca de emoción—. Córrete para mí.

Esas palabras fueron mi perdición. La tensión se rompió, y grité cuando un orgasmo arrasó mi cuerpo como un tsunami. Temblé incontrolablemente y un dulce hormigueo se disparó hasta la punta de mis dedos.

—¡Ethan! —jadeé y me aferré a él mientras la intensidad de mi liberación fluía a través de mí.

Sentí cómo él también se ponía más duro, llenándome aún más. Entonces Ethan me siguió. Enterró su rostro en la curva de mi cuello y ahogó su gemido contra mi piel. El sonido y la sensación de él perdiendo el control desencadenaron una réplica en mí.

Se dejó caer pesadamente a mi lado, jadeando, antes de agarrarme y atraerme hacia él. Los brazos de Ethan me rodearon con más fuerza. Me acurruqué más cerca de él y disfruté del calor de su cuerpo contra el mío. En la oscuridad, casi podía imaginar que este momento duraría para siempre.

—Guau —susurré, incapaz de ocultar la sonrisa en mi voz—. Eso fue... guau.

—Un resumen muy elocuente —murmuró Ethan, y su aliento hizo vibrar todo mi cuerpo.

—¿Y cómo lo describirías tú? —pregunté, mientras poco a poco iba recuperando la calma.

Me dio un tierno beso en la frente. —Guau.

Capítulo 5 - Ethan

Torre Valentine, vestíbulo principal, Boston, a la mañana siguiente.

ENTRÉ EN EL RELUCIENTE vestíbulo de Valentine Industries con la cabeza martilleándome como un taladro neumático. El alto atrio de cristal se extendía sobre mí, la débil luz de la mañana brillaba en los suelos de mármol pulido y en los esbeltos accesorios cromados. Normalmente me gustaba la esterilidad desprovista de adornos, pero hoy solo intensificaba mi resaca.

—Vaya, mira quién nos honra finalmente con su presencia —resonó una voz familiar.

Entrecerré los ojos y miré hacia el mostrador de recepción, donde mi hermano menor Lance holgazaneaba con una sonrisa de suficiencia, mirando fijamente el reloj. Me di cuenta de que se estaba burlando de mi impuntualidad; normalmente no llegaba tarde al trabajo.

—Siempre hay una primera vez para todo —gruñí—. Por ejemplo, que tú aparezcas antes de las 9:00.

Lance se llevó la mano al pecho fingiendo estar ofendido. —Me hieres, hermano mayor. Siempre soy puntual... para el almuerzo.

A pesar de mi mal humor, la comisura de mi boca se crispó. Lance tenía ese efecto: la habilidad de hacerme sonreír incluso en mis peores días. Se tomaba las cosas menos en serio que Ryan o yo. Me tomé el tiempo de acercarme a Lance y me apoyé pesadamente en el mostrador de recepción.

—¿Noche dura? —Los ojos oscuros de Lance bailaban de diversión—. Parece que hubieras peleado diez rounds con una botella de whisky.

Gemí. —Algo así. —Recuerdos fugaces de la noche anterior atravesaron mi mente: piel suave, cabello rubio oscuro ondulante, ojos azules. Rápidamente aparté el pensamiento.

—¿O acaso la belleza con la que bailaste te mantuvo despierto? —siguió provocando Lance.

—Solo fue un baile —respondí secamente.

—Exacto. —Lance se encogió de hombros—. Para alguien que odia bailar, eso es una declaración bastante clara.

Mantuve mi cara de póker e ignoré su observación bastante acertada. El baile con Lindsey no había sido la única declaración de esa noche, como había tenido que constatar amargamente. La mitad vacía de la cama esta mañana había sido jodidamente clara.

—Mi batería se agotó —dije sobriamente—. Por el corte de energía en el hotel.

—Ah, la vieja *excusa de «mi despertador no sonó»*. —Lance movió las cejas sugestivamente.

Me tensé. ¿Por qué mi hermano tenía que lanzarse como un sabueso sobre mi vida privada justo ahora?

—No sé de qué hablas —murmuré, evitando su mirada conocedora.

La sonrisa de Lance se ensanchó. —Vamos, al menos admite que ayer te divertiste por una vez.

—Déjalo, Lance —gruñí, pero sin verdadera dureza detrás. Por molesto que pudiera ser y sin importar lo infantil que se comportara a veces, sus observaciones daban sorprendentemente en el blanco.

—¿Qué hay de ti? —pregunté, esperando así dirigir el tema en otra dirección.

—¿Hm? —Lance me miró interrogante.

—Ayer no parecías muy feliz. ¿Volviste a discutir con papá? —Después de hacer mi pregunta, Lance pareció por un momento como si lo hubiera pillado haciendo algo prohibido, y lo había hecho varias veces. Como adolescente, Lance era un verdadero rebelde que siempre buscaba sacar de quicio a nuestro padre.

—Ah, eh. Sí, claro. Ya nos conoces —dijo Lance encogiéndose de hombros.

—¿Y de qué se trataba? —Automáticamente adopté un tono diplomático. Generalmente podía resolver las cosas entre papá y mis hermanos simplemente escuchando. La mayoría de los problemas surgían por simples malentendidos. Mosquitos que se convertían en elefantes porque un Valentine con el orgullo herido rápidamente se convertía en un león, a mí no me pasaba nada diferente que a papá o mis hermanos.

—Lo de siempre. Ya sabes. —De nuevo, Lance parecía como si lo hubiera pillado en algo. Lentamente se estaba volviendo realmente sospechoso, porque cuando Lance había hecho algo malo, nunca lo mantenía en secreto. Al menos no de Ryan o de mí.

—No, no sé a qué te refieres —insistí. Fuera lo que fuese, parecía preocupar a Lance más de lo que quería admitir.

Lance levantó las manos rindiéndose. —Está bien, está bien, hermano, puedo manejarlo yo solo.

Antes de que pudiera replicar, Lance me interrumpió de nuevo.

—Por cierto, tu secreto con la hermosa bailarina también está a salvo conmigo. —Me pasó una botella de agua y algo de aspirina—. Aquí tienes. Parece que lo necesitas más que yo.

—Gracias —dije, sin referirme a Lindsey, y me tragué las pastillas—. Te debo una.

Lance me dio una palmada en el hombro. —¿Para qué están los hermanos? Anda, ve a trabajar antes de que papá se dé cuenta de que llegaste tarde. No podemos arriesgarnos a que tú también caigas en desgracia.

Abrí la boca para decir algo, pero luego la cerré. Lance sabía lo que siempre decía a eso, y yo sabía que él negaría mis palabras.

En lugar de eso, simplemente asentí y me dirigí a los ascensores. Cuando las puertas se abrieron y entré, me apoyé contra la pared con un suspiro. Por mucho que lo intentara, no podía sacudirme el recuerdo de Lindsey: su sonrisa, su calidez, la forma en que había desaparecido sin dejar rastro. ¿Qué diablos me pasaba? Solo había sido una aventura de una noche. ¿Por qué entonces no podía sacarla de mi cabeza?

Miré con desánimo mi smartphone a medio cargar y desplacé distraídamente los correos electrónicos en un intento inútil de distraerme. Pero el rostro de Lindsey seguía apareciendo en mi mente, no invitado y no deseado. El aroma de su piel, como el verano y el cálido sol, parecía permanecer en mi nariz. El sabor de sus labios, dulce y embriagador, me perseguía.

—Maldita sea —murmuré, pasándome la mano por el pelo. ¿Por qué me aferraba tanto a una mujer a la que apenas había conocido durante unas horas? ¿Y por qué me molestaba tanto su desaparición? Conocía la respuesta. Normalmente, despachaba a las mujeres inmediatamente después del sexo, de manera educada, diplomática, pero sin excepción.

Justo cuando las puertas del ascensor empezaban a cerrarse, una mano con manicura se extendió para detenerlas. Mi estómago se hundió cuando Isabella entró, con una sonrisa depredadora en sus labios.

—Buenos días, Ethan —ronroneó, apartándose el largo cabello oscuro detrás de la oreja. Sus ojos me recorrieron, deteniéndose demasiado tiempo para mi gusto—. Hoy te ves... arrugado. ¿Larga noche en la gala?

Me arreglé la corbata, esforzándome por mantener la compostura.

—Nada emocionante.

Se acercó e invadió mi espacio personal.

—¿Oh? En el próximo evento podría acompañarte. Te prometo que entonces no sería una noche aburrida.

De repente, el ascensor se sintió demasiado pequeño. Di un paso hacia un lado, anhelando estar en cualquier otro lugar menos aquí. Cuando el perfume de Isabella abrumó mis sentidos, me sorprendí añorando en su lugar el aroma sutil y natural de Lindsey.

Apreté los dientes, deseando que el ascensor se moviera más rápido.

—Sabes que separo el trabajo y la vida privada, Isabella. Todo lo demás solo distrae.

Ella soltó una risita, su voz bajando a un susurro seductor.

—Todo el mundo necesita un poco de distracción de vez en cuando —sus ojos brillaron con picardía mientras se acercaba aún más—. Me encantaría ayudarte con eso.

Obviamente, Isabella. Obviamente.

Me quedé inmóvil, mi rostro una máscara de indiferencia, pero por dentro mi irritación crecía con cada segundo. Lo último que necesitaba eran los intentos de coqueteo de Isabella sumados a todo lo demás.

—Agradezco la oferta, pero estoy bien —dije secamente, esperando que captara la indirecta.

No lo hizo. En su lugar, Isabella puso su mano sobre mi brazo, su toque ligero pero inequívoco.

—¿Estás seguro?

Arqueé una ceja, mi paciencia peligrosamente delgada. La resaca martilleando detrás de mis ojos, la culpa por haberme quedado dormido, los confusos sentimientos por Lindsey y ahora los avances de Isabella... era demasiado.

—Isabella —dije, con voz baja y controlada—, creo que estás malinterpretando la situación. Mantengamos las cosas profesionales, ¿de acuerdo?

Ella hizo un puchero, sus dedos deslizándose por mi brazo.

—Pero, ¿dónde está la diversión en eso?

Rechine los dientes, luchando por mantener la compostura. Iba a ser un largo viaje hasta el piso 72. Hoy realmente no tenía paciencia para Isabella, estaba exhausto, con migraña y luego estaba Lindsey... maldita sea.

Di un paso deliberado hacia un lado y quité firmemente la mano de Isabella de mi brazo.

—Isabella, escúchame —dije, mi voz lo suficientemente afilada como para cortar a través de su niebla coqueta.

Parpadeó, momentáneamente desconcertada por mi rechazo directo. Aproveché la oportunidad para continuar, manteniendo mi tono calmado pero sin dejar espacio para discusiones.

—Mira, lo que pasó entre nosotros hace unas semanas fue un error condenadamente grande —expliqué, manteniendo su mirada.

Dios, me sentía como un completo idiota. Un solo momento insignificante que apenas recordaba e Isabella se pegaba a mí con más tenacidad que un chicle a la suela de un zapato. Simplemente no podía librarme de ella.

Los ojos de Isabella se estrecharon, un toque de desafío cruzando su rostro.

—Pero Ethan, yo puedo...

—No —la interrumpí, levantando una mano para detenerla—. No hay ningún *"pero"* aquí, Isabella. Necesitamos mantener una relación profesional. Eso significa no más coqueteos, no más comentarios sugestivos y definitivamente no más... contactos físicos.

Observé cómo una serie de emociones cruzaron su rostro: sorpresa, decepción y finalmente aceptación reacia. El ascensor se sentía incómodamente estrecho, la tensión entre nosotros era palpable.

—Quiero que entiendas esto —continué, suavizando un poco mi tono—. Eres una excelente asistente, Isabella. Me disgustaría perderte por dramas como este. Pero si no puedes respetar estos límites, no me dejarás otra opción que trasladarte.

Normalmente no amenazaba, lo que hacía que estas palabras debieran sonar aún más claras para Isabella. Había trabajado para mí el tiempo suficiente como para saber cómo funcionaba y que hablaba en serio.

Los hombros de Isabella se hundieron ligeramente, pero pude ver que su mente trabajaba detrás de sus ojos. Era lo suficientemente inteligente y ambiciosa como para entender que estaba diciendo la verdad, pero también lo suficientemente obstinada como para que fuera difícil encaminarla de nuevo una vez que se le metía algo en la cabeza.

—De acuerdo —dijo finalmente con voz tensa—. Mensaje recibido, jefe.

Asentí, el alivio me invadió cuando el ascensor sonó, señalando nuestra llegada al piso 72. Mientras las puertas se abrían, solo podía esperar que este fuera el final del asunto. Pero algo en los ojos de Isabella me dijo que esta conversación no había terminado ni de lejos, simplemente se había pospuesto indefinidamente.

Suspirando, entré en el piso. El área de recepción ofrecía una vista panorámica del horizonte de Boston y normalmente me tomaba un momento para admirarla. Pero hoy apenas percibía su belleza.

Caminé por el área abierta hasta el pasillo que conducía a mi oficina. Como siempre, estaba bastante tranquilo. Aparte de mí, solo Ryan y Lance tenían oficinas aquí, por lo que había un generoso espacio para áreas de recepción y salas de descanso. Sin duda, era el segundo piso más elegante del edificio, superado solo por el piso 73, el piso de papá.

—Estaré en mi escritorio si necesitas algo, jefe —dijo Isabella fríamente, caminando delante de mí con pasos rápidos.

Reprimí un suspiro. Genial, ahora tenía una asistente enfurruñada además de todo lo demás.

Estaba casi en mi puerta cuando la vi a *ella*.

Mi corazón se saltó un latido. Esos ojos de un azul resplandeciente, ese cabello ondulado rubio oscuro... no podía ser. Era prácticamente imposible. Pero era ella. Reconocería a esta chica en cualquier parte.

Lindsey.

Estaba de pie en la zona de recepción frente a mi oficina, mirándome con los ojos muy abiertos. Luego, la mirada de Lindsey se desvió hacia Isabella, quien se había detenido en medio del pasillo y alternaba su mirada entre Lindsey y yo.

Forcé mis facciones en una expresión que esperaba fuera neutral, mientras mi mente trabajaba a toda velocidad. ¿Qué hacía Lindsey aquí? ¿Cómo había pasado la seguridad? Y, por el demonio, ¿por qué no se había quedado en mi cama?

—¿Señor Valentine? —La voz suave y cálida de Lindsey rompió el silencio—. Soy Lindsey Carter. El departamento de recursos humanos me ha enviado, soy la nueva pasante.

La miré fijamente, mi mundo cuidadosamente construido se desmoronaba. La mujer con la que había pasado una noche apasionada, aquella que había desaparecido sin dejar rastro, ahora estaba en mi oficina. Como mi pasante.

Mierda.



Capítulo 6 - Lindsey

Torre Valentine, piso 72, Boston, en ese mismo momento.

MI CORAZÓN SE DETUVO cuando lo vi frente a mí.

Alto, imponente, imposiblemente atractivo. El extraño enmascarado de anoche, ahora sin máscara. Ethan Valentine. Mi nuevo jefe.

Me quedé petrificada en la elegante recepción, mis dedos jugueteando distraídamente con el collar artesanal en mi cuello. Nuestras miradas se cruzaron a través del suelo pulido y contuve la respiración. Pero donde esperaba ver un destello de reconocimiento, no había nada. Su expresión permaneció neutral, seria. Profesional. Incluso cuando me presenté, pronunciando mi nombre en voz alta, su semblante siguió dolorosamente neutral. Tragué saliva y mi garganta se secó de repente cuando la fría mirada de Ethan me recorrió.

—¿Señorita Carter? —dijo, su voz profunda desprovista de calidez—. Soy Ethan Valentine, CFO. Bienvenida al equipo.

—Gracias, señor Valentine —logré decir, forzando una sonrisa—. Estoy emocionada por la pasantía.

Asintió brevemente y miró a su asistente. Así de simple, despachada.

—Isabella, ocúpate de nuestra nueva pasante. Tengo trabajo que hacer. —Ethan se apartó completamente de mí, casi como si hubiera dejado de existir.

Mis pensamientos se aceleraron. ¿Realmente no me reconocía? ¿O solo estaba fingiendo para mantener las apariencias? De cualquier manera, el frío rechazo dolía aún más que el hecho de que no me hubiera escrito.

Pensé en cómo nos habíamos besado apasionadamente hace apenas unas horas, cómo sus fuertes manos habían acariciado mi cuerpo. Ahora me miraba como si fuera una extraña.

Tal vez eso era para él: un encuentro fugaz, fácil de olvidar. Mis mejillas ardían de vergüenza. ¿Cómo pude ser tan ingenua? Había sido una idea tonta siquiera considerar que Ethan guardaría mi número. Y si no hubiera querido llegar puntual a mi nuevo trabajo, habría estado encantada de quedarme más tiempo en sus brazos.

¿Cómo podía Ethan actuar tan indiferente después de nuestra noche juntos? ¿Realmente no me recordaba? ¿O me estaba ignorando?

Antes de que pudiera decir algo más, su asistente, una mujer hermosa de largo cabello oscuro, se interpuso entre nosotros, sus ojos afilados examinándome críticamente. Era unos años mayor que yo, pero poseía ese *aspecto de semana de la moda*, junto con un *cuerpo de semana de la moda* por el que algunos matarían. Su mirada volvió a Ethan, luego a mí. Y tuve la inquietante sensación de que algo estaba pasando.

Entonces, de repente, la mirada de Ethan volvió a posarse en mí.

—Isabella te familiarizará con tus tareas —dijo brevemente.

Mi corazón se hundió al observar su interacción relajada. La forma en que los hombros de Ethan se relajaron ligeramente, la expresión casi imperceptible de suavidad en su rostro: claramente había algo entre ellos.

Sentí una punzada de celos, seguida de vergüenza. ¿Qué derecho tenía yo de estar celosa? Solo era la ingenua pasante que casualmente había tenido una aventura de una noche con su jefe.

—¿Hola? —Los ojos agudos de Isabella me examinaron críticamente, sacándome de mis pensamientos.

—Disculpe. ¿Sí? —pregunté, recuperando el aliento.

—Por aquí —dijo eficientemente, girándose sin dignarse a mirarme de nuevo—. Te mostraré tu lugar.

Asentí en silencio y traté de mantener el ritmo de sus largos pasos, pero lancé una última mirada a Ethan. Por un momento, pensé que lo había pillado observándome. Pero cuando volví a mirar, estaba absorto en su smartphone.

Definitivamente, esta sería una larga pasantía.

Mientras Isabella me guiaba a una pequeña habitación donde se almacenaban todo tipo de artículos de oficina, no pude evitar preguntarme si había cometido un terrible error al venir aquí.

Pero enderecé los hombros, decidida a no dejar que mis sentimientos se notaran. Después de todo, tenía un trabajo que hacer. Incluso si eso significaba trabajar junto a un hombre increíblemente atractivo para quien yo era invisible. Necesitaba esta pasantía en mi currículum, de lo contrario no tendría ninguna oportunidad. Y se lo había prometido a mamá y a la abuela. Les había prometido que crearía mis propias joyas.

Después de que Isabella me cargó con grapadoras, clips y otras cosas, volvimos al escritorio frente a la oficina de Ethan. Para mi sorpresa, la puerta de su despacho estaba entreabierta.

Junto al escritorio de Isabella había una mesa más pequeña, obviamente destinada para mí, donde dejé todas las cosas que me habían hecho cargar.

—Empecemos con lo básico, ¿de acuerdo? —La voz de Isabella goteaba condescendencia mientras comenzaba a explicar tareas de oficina simples—. Esta es la fotocopiadora. Presionas este botón para hacer copias. —Señaló la fotocopiadora que estaba contra la pared. Me mordí el labio, tratando de no mostrar mi irritación. ¿Me creía completamente incompetente?

—¿Tienes alguna experiencia en una oficina? —preguntó, arqueando una ceja perfectamente formada con escepticismo.

Respiré hondo y me obligué a mantener la calma.

—Acabo de terminar mis estudios y estoy aquí para ganar experiencia —expliqué educadamente —. Es parte de mi plan para mi propio negocio.

Isabella me miró aún con más desdén, si es que eso era posible. ¿Qué tenía esta mujer contra mí?

—¿Tu propio negocio? Ajá —se burló, recorriéndome con la mirada de pies a cabeza.

Sus ojos se detuvieron en el delicado collar artesanal en mi cuello. Normalmente, me enorgullecía de mis propias joyas. Pero ahora, bajo la mirada fulminante de Isabella, sentí que mi confianza flaqueaba.

—¿Y qué tipo de empresa será esa? —El escepticismo en su voz era palpable.

Tragué saliva con dificultad y luché contra el impulso de juguetear con mi collar. Había llegado a Boston llena de esperanza y emoción, ansiosa por hacer amigos y comenzar mi nueva vida. Pero enfrentada a la actitud hostil de Isabella, sentí cómo mis sueños se encogían y se volvían tontos e infantiles bajo la dura luz de la realidad.

Sin embargo, me negué a mostrarle cuánto me dolían sus palabras. Forcé una sonrisa y reuní cada pizca de optimismo que pude.

—Me encanta hacer joyas —dije, mi voz firme a pesar de la inseguridad en mi estómago—. Esta pasantía es una oportunidad para aprender el lado empresarial de las cosas.

Los labios de Isabella se curvaron en una sonrisa burlona, y me preparé para cualquier comentario hiriente que tuviera reservado.

—Joyas —Isabella hizo una larga pausa—. Sabes que Valentine Industries es una empresa de tecnología, ¿verdad?

Respiré hondo y me armé de valor. —Sé que puede sonar poco convencional, pero estoy aquí precisamente para aprender. —En esencia, le estaba repitiendo a Isabella exactamente las palabras que había escrito en mi solicitud. Valentine Industries era una empresa enorme que se esforzaba por producir todos los recursos en América, sin depender de fábricas en el extranjero o largas rutas de transporte para la fabricación.

Y el hecho de que me aceptaran aquí significaba que Valentine Industries también creía que podía aprender mucho.

—¿O hay alguna razón por la que crees que no debería estar aquí? —pregunté, esperando que Isabella mordiera el anzuelo y finalmente me revelara su problema conmigo.

—He visto cómo miras a Ethan.

Dijo *Ethan*. Ajá. De repente, todo quedó claro. Isabella estaba celosa de mí, por alguna razón. Era increíblemente hermosa, estaba en la flor de la vida y tenía piernas por las que muchas mujeres matarían.

Respiré profundamente y esperé que pudiera transmitir mis siguientes palabras de manera convincente. —No busco problemas ni... ni nada inapropiado con el Sr. Valentine. —Sentí que mis mejillas se sonrojaban. El solo hecho de tener que decirlo en voz alta me parecía casi ridículo—. Solo quiero entender cómo funciona una empresa exitosa.

La ceja de Isabella se elevó tanto que pensé que desaparecería en su línea del cabello. Soltó una risa corta y aguda que me hizo estremecer.

—Oh, cariño —ronroneó, su voz destilando condescendencia—. Créeme, no eres el tipo de Ethan. Él prefiere mujeres con un poco más de... sofisticación.

Mi corazón se hundió, aunque intenté recordarme que no estaba aquí por Ethan. Aun así, sus palabras dolían más de lo que quería admitir. Como si yo misma no supiera que estaba muy lejos de la liga de Ethan.

La mirada de Isabella me recorrió una vez más, sus labios se torcieron en una sonrisa burlona. —¿Sabes qué? ¿Por qué no te sientas junto a la impresora? Cuando salgan papeles, simplemente tráemelos. ¿Crees que puedes manejar eso?

Me mordí la lengua y me forcé a asentir.

—Por supuesto —logré decir, mi voz apenas un susurro. Mientras me giraba hacia la impresora, capté un vistazo de mí misma en la superficie reflectante de una pantalla cercana. Mi broche de mariposa hecho a mano brillaba bajo la luz de neón, un pequeño recordatorio de quién era yo y por qué estaba aquí.

Enderecé mis hombros, decidida a no dejar que las palabras de Isabella aplastaran mi espíritu.

Podría estar sentada junto a la impresora hoy, pero algún día tendría mi propia empresa. Y me aseguraría de que fuera un lugar donde todos se sintieran bienvenidos. Un lugar sin Isabellas que te trataran como basura... o Ethans para quienes fueras invisible.

Me dejé caer en la silla junto a la impresora, alisé mi blusa amarilla e intenté ignorar el nudo en mi estómago. El zumbido y el clic de la máquina a mi lado se sentían como un recordatorio constante de mi posición actual. Pero no dejaría que eso me derrotara.

Mientras jugaba con el colgante de mi collar, intenté aferrarme a los aspectos positivos de Valentine Industries. Todo esto era solo temporal. No era para siempre, solo hasta que hubiera absorbido suficiente conocimiento de fondo para valerme por mí misma.

Mientras estaba sentada allí, tratando de mantener una actitud positiva, mis ojos se desviaron hacia la oficina de Ethan. La puerta estaba entreabierta, y por un breve momento, podría jurar que lo vi observándome. Mi corazón dio un pequeño salto, pero rápidamente lo descarté.

¡No seas tonta, Lindsey!

El CFO de Valentine Industries tenía cosas mucho más importantes que hacer que mirar fijamente a la nueva pasante. La pasante con la que se había acostado ayer y de la que parecía no acordarse. Sí, ambos habíamos llevado máscaras, pero aun así, para mí solo había dos opciones. Primero, sufría de una forma severa de prosopagnosia. O segundo, era el jefe calculador y frío al que simplemente no le importaba pisotear mis sentimientos.

Antes de que pudiera perderme en mis pensamientos, la impresora cobró vida y escupió un montón de papeles. Me levanté de un salto, ansiosa por demostrar mi utilidad. Mientras recogía los documentos, eché otro vistazo a la oficina de Ethan. Esta vez estaba segura de haberlo visto apartarse rápidamente.

Mis mejillas se sonrojaron y sentí un cosquilleo de emoción a pesar de todo. Pero mientras me dirigía al escritorio de Isabella con los papeles en la mano, me reprendí severamente. Necesitaba concentrarme en mis objetivos. ¡No estaba aquí para suspirar por mi jefe!

Sin embargo, no pude evitar preguntarme qué pasaba por esa atractiva cabeza. Y mientras le entregaba los papeles a la ceñuda Isabella, me di cuenta de que mi pasantía en Valentine Industries podría ser mucho más complicada —y mucho más dramática— de lo que jamás había imaginado.

Capítulo 7 - Ethan

Torre Valentine, oficina de Ethan, Boston, esa misma mañana.

SENTÍ SU PRESENCIA ANTES de verla. El aroma de Chanel No. 5 flotó por mi oficina, seguido del staccato de tacones sobre el mármol. Mis hombros se tensaron, pero mantuve los ojos fijos en el informe trimestral frente a mí, con la esperanza de que Isabella simplemente desapareciera si la ignoraba.

Pero no tuve tanta suerte.

Isabella se sentó en la esquina de mi escritorio, una mano manicurada descansando a pocos centímetros de la mía. Podía sentir su mirada clavándose en mí, prácticamente quemando un agujero a través de mi traje a medida de Tom Ford.

Con un suspiro resignado, finalmente levanté la vista. Los labios color rubí de Isabella se curvaron en una sonrisa depredadora cuando nuestras miradas se encontraron. Maldita sea, era un idiota por haber permitido que las cosas llegaran tan lejos. Debería haberla transferido hace semanas.

—¿Qué ocurre? —pregunté bruscamente, sin ánimos para juegos. Estaba atrasado en mi agenda, simplemente no podía concentrarme. La aparición de Lindsey me había descolocado por completo.

—Estaba pensando en nuestra conversación en el ascensor. Y creo que deberíamos hablar de ello. —Su mano se movió hacia mi hombro.

Me recliné, poniendo algo de distancia muy necesaria entre nosotros.

—Isabella, fui lo suficientemente claro, no hay nada de qué hablar. —Mi tono era áspero y distante, pero a Isabella no pareció importarle en absoluto.

Sus dedos rozaron mi bíceps. —Vamos, Ethan. No lo dices en serio. Ambos sabemos que hay algo entre nosotros.

—Sí, hay una relación laboral entre nosotros, nada más —respondí, intentando mantener un tono calmado.

Los ojos de Isabella se entrecerraron, sus labios se apretaron en una fina línea. Casi podía ver los engranajes girando en su cabeza mientras procesaba mis palabras.

Dios, ¿cómo pude malinterpretar tanto la situación? Lo que había sucedido hace semanas después de una reunión de equipo, evidentemente había tenido un significado muy diferente para Isabella que para mí. Esta realización hizo que mi estómago casi se contrajera de culpa. El énfasis está en *casi*. Porque Isabella era de un calibre muy diferente a la mayoría de las asistentes. Isabella era calculadora, ambiciosa y tomaba lo que quería.

Isabella me miró en silencio. Casi como si esperara que me retractara. Pero podía esperar sentada.

—Escucha, me parece que has malinterpretado algunas cosas entre nosotros —comencé diplomáticamente—. Lo que pasó el otro día entre nosotros debe quedar en el pasado. Trabajamos juntos, Isabella. No es apropiado ni siquiera pensar en continuar con esto.

Cruzó los brazos, irradiando dolor y enojo. —¿Así que eso es todo? ¿Simplemente quieres fingir que nunca sucedió?

Me pellizqué el puente de la nariz, sintiendo que se avecinaba otro dolor de cabeza que la aspirina ya no podía contener. Esta era exactamente el tipo de situación caótica y emocional que siempre trataba de evitar.

—¿Cómo podemos resolver esto profesionalmente para que entiendas a dónde quiero llegar? —pregunté.

—¿Profesionalmente? —se burló—. Eso sí que es el colmo, Ethan. ¡Como si yo fuera poco profesional! Nunca has tenido una mejor asistente que yo.

Su repentina franqueza no me sorprendió en absoluto. Isabella era calculadora y casi dolorosamente predecible cuando se trataba de sus propios objetivos. Y aparentemente se había propuesto envolverme alrededor de su dedo.

—Maldita sea, Isabella. —Poco a poco empezaba a sentirme como un disco rayado. ¿Cuántas veces más tendría que explicarle que no estaba interesado en ella?

Suspiré y me pasé la mano por el pelo. Todo esto se estaba dirigiendo bastante rápido hacia el

drama.

—Simplemente no estoy interesado en continuar con esto. Entiéndelo de una vez.

La expresión de Isabella se endureció aún más, una mezcla de dolor y enojo cruzó su rostro. —¿Así que es por mí? ¿O es porque has encontrado a alguien más?

Se me cayó el alma a los pies. Lo último que necesitaba era que empezara a husmear en mi vida privada.

—Eso no es relevante —dije, tratando de mantener mi voz calmada. De repente, era aún más difícil no mirar hacia afuera, donde estaba Lindsey.

Isabella arqueó una ceja, obviamente no creyendo mis palabras.

—¿No es relevante? —repitió mis palabras con sarcasmo—. ¿Qué ha cambiado en ti, Ethan? Tú no eres *así*.

Isabella me miró desafiante y supe que ya no podía seguir evitando esta confrontación. Tenía que aclarar esto de una vez por todas, de lo contrario solo conduciría a más complicaciones y más drama. No podía permitirme ninguna de las dos cosas.

Negué con la cabeza, mi voz era seca cuando respondí: —Isabella, esa no es la pregunta correcta.

Su expresión se endureció, su orgullo visiblemente herido. Observé cómo la comprensión se dibujaba en sus ojos: esto ya no era un juego. Pero podía ver el gesto terco alrededor de su mandíbula, la forma en que sus dedos se aferraban al borde de mi escritorio. No iba a dejar las cosas así tan fácilmente.

—¿Y qué pregunta debería hacer entonces? —La voz de Isabella se quebró ligeramente. En sus ojos brilló la confusión, mezclada con celos.

Me recliné en mi silla y la miré intensamente, para poder ver cada pequeño cambio en su expresión.

—Isabella, ¿estás enamorada de mí? —La pregunta quedó suspendida en el aire entre nosotros. Observé cómo abría la boca y luego la cerraba. Su vacilación era toda la confirmación que necesitaba.

Mi pecho se contrajo. Esto era exactamente lo que había temido y lo que había intentado evitar. Por eso no me acostaba con empleadas, solo llevaba al drama. No podía darle a Isabella lo que quería y ella tenía que aceptarlo de una maldita vez. Y si no podía mantener la compostura —y parecía que no podía—, tendría que encontrar otra solución.

—Me debes una respuesta —dije, después de que simplemente me mirara fijamente y guardara silencio.

El comportamiento de Isabella cambió abruptamente. Se irguió, una sonrisa coqueta jugaba en

sus labios.

—¿Amor? No sea ridículo, Ethan —ronroneó, dejando que sus manos se deslizaran lentamente por sus curvas—. Solo quiero que entienda lo que podría tener.

Apoyé los codos sobre la mesa y la observé atentamente. A pesar de su actitud deliberadamente despreocupada, podía ver las grietas en su fachada. Sus dedos temblaban ligeramente mientras trazaban sus caderas, y sus ojos se movían nerviosamente por la habitación, nunca encontrando del todo mi mirada. En parte, incluso le creía. Si Isabella fuera la asistente de Ryan o Lance, probablemente habrían recibido el mismo espectáculo que yo estaba presenciando ahora. Isabella no era el tipo de mujer que buscaba el gran amor o creía en las almas gemelas. Veía algo que quería y luchaba con todas sus fuerzas para conseguirlo. Como la mayoría de las mujeres que conocía, solo que Isabella era aún más descarada en su enfoque.

—Isabella —dije, sin ocultar mi frustración. Había temido que esto pudiera suceder, pero esperaba que ella pudiera mantener su compostura profesional si yo me mantenía firme el tiempo suficiente.

Ella dio un paso más cerca, su perfume me envolvió. —Lo digo en serio, Ethan. Sin sentimientos de por medio. Solo pensé que podríamos divertirnos un poco.

Levanté una ceja, poco convencido. —¿Es así?

Isabella asintió enfáticamente, pero la conocía lo suficiente como para ver a través de la apariencia. No se trataba solo de mí, se trataba del estilo de vida, del prestigio que conllevaba estar cerca de un Valentine. Ya había pasado por todo esto varias veces.

Respiré hondo y elegí mis siguientes palabras con cuidado. —Muy bien, Isabella. Si realmente no hay sentimientos involucrados, entonces no debería ser un problema para nosotros mantener una relación puramente profesional, ¿verdad?

Observé su rostro de cerca y noté el destello de decepción en sus ojos antes de que lo ocultara con una sonrisa fría.

—Por supuesto —respondió con voz tensa—. Soy excelente en mi trabajo, Ethan. Lo sabes.

La tensión en la habitación era palpable.

—¿Y podrás hacer tu trabajo en el futuro sin dramas? —pregunté seriamente.

Observé cómo Isabella respiraba profundamente, sus hombros subían y bajaban mientras visiblemente intentaba recuperar la compostura. Sus ojos, normalmente tan seguros y seductores, ahora mostraban un atisbo de vulnerabilidad que rápidamente trató de ocultar.

—Sí, jefe —dijo, su voz fría pero con un tono de amargura que no pude ignorar.

Asentí. A pesar de su reputación de reina del drama, Isabella se estaba conteniendo por una vez. Se lo agradecía. Lo último que necesitaba esa mañana era una escena caótica en mi oficina.

—Aprecio eso, Isabella —dije con voz tranquila. Agarré un montón de archivos de mi escritorio y los deslicé sobre la mesa pulida hacia ella—. Haz copias dobles de todos los archivos y pásalos a Marcus y al departamento legal. Necesito los papeles de vuelta para mañana por la mañana.

La mirada de Isabella se movió hacia los archivos y luego de vuelta a mí. Extendió la mano, sus dedos manicurados agarrando el borde de la carpeta.

—Por supuesto —respondió secamente—. ¿Hay algo más?

—¿Cómo le va a la nueva pasante? —La pregunta salió de mis labios antes de que pudiera detenerme.

Un destello de celos brilló en sus ojos y entendí inmediatamente por qué Isabella me había molestado con sus sentimientos.

—Está aprendiendo. No rápido, pero está aprendiendo —respondió Isabella—. Ya veremos cuánto aguanta.

—¿Crees que no está a la altura de la presión? —insistí.

—No. Quien quiera trabajar aquí debe estar hecho de otra madera —canturreó llena de confianza.

—Entonces dedícale más tiempo. Quiero que Lindsey aprenda todo lo que hay que aprender.

Isabella tardó un segundo en procesar mis palabras. Su expresión se volvió rígida y fría antes de asentir.

—Por supuesto, jefe —dijo con voz cortante. Luego giró sobre sus talones, apretando los archivos contra su pecho y dirigiéndose a la puerta. Por una fracción de segundo, pensé que podría decir algo más cuando se detuvo en la puerta.

Pero entonces, sin una palabra más, abrió la puerta de golpe y salió precipitadamente, cerrándola con un fuerte portazo.

Siempre insistía en dejar esta puerta entreabierta; era un pequeño detalle, pero me hacía parecer más accesible para mis empleados.

Cuando el eco se desvaneció, me recliné en mi silla y me froté las sienes. Esta situación con Isabella era todo menos ideal. Y la situación con Lindsey era un completo desastre.



¡Rápido, rápido!



Capítulo 8 - Lindsey

Torre Valentine, frente a la oficina de Ethan, Boston, un momento después.

EL SILENCIO DE LA oficina vacía solo era interrumpido por el suave zumbido de la impresora, un monótono murmullo que se había convertido en la banda sonora de mi mañana. Me removía en la incómoda silla, intentando encontrar una posición que no me lastimara la espalda.

De repente, la puerta de la oficina de Ethan se abrió de golpe con un estruendo que me hizo sobresaltar. Isabella salió como una tromba, con el rostro enrojecido. Arrojó un montón de archivos sobre su escritorio con tanta fuerza que me pregunté si la mesa no se vendría abajo.

—¡Tú! —me espetó, girándose hacia mí con fuego en los ojos—. Copia esto. Todo. Dos veces.

Abrí la boca para responder, pero antes de que pudiera articular palabra, Isabella me interrumpió.

—¿Acaso he tartamudeado? —siseó, su voz destilaba veneno—. ¡A trabajar! ¡Rápido, rápido!

Mis mejillas ardían de humillación, pero me mordí la lengua. Era mi primer día y no iba a permitir que la crueldad de Isabella arruinara mi oportunidad en Valentine Industries. Agarré los archivos y me dirigí a la fotocopiadora, mis manos temblaban ligeramente mientras comenzaba a escanear los documentos.

Mientras trabajaba, mi mente iba a toda velocidad. ¿Por qué Isabella estaba tan decidida a hacerme la vida imposible? ¿Me veía como una amenaza? ¿O trataba así a todos los becarios?

Le lancé una mirada de reojo. Estaba tecleando furiosamente algo en su ordenador, sus largas uñas repiqueteaban contra las teclas. La tensión en el aire era tan densa que se podía cortar con un cuchillo.

Respiré hondo e intenté recomponerme. Miré con anhelo mi termo lleno de chocolate caliente que asomaba de mi bolso. Podría tomar un sorbo para calmar mis nervios. Pero sabía que era mejor no dejar de trabajar ni por un momento.

—¡Más rápido! —ladró Isabella sin levantar la vista de su pantalla—. A este ritmo, mañana aún estarás aquí copiando.

Me contuve de responder y en su lugar me concentré en la tarea que tenía delante. La fotocopiadora zumbaba y chasqueaba, escupiendo página tras página. Las ordenaba metódicamente, decidida a hacer un buen trabajo a pesar de la hostilidad de Isabella. Por suerte, mi universidad había tenido un generoso donante que había regalado un modelo similar. De lo contrario, no habría tenido ni idea de cómo manejar este aparato.

Mientras trabajaba, no pude evitar preguntarme qué habría ocurrido en la oficina de Ethan para poner a Isabella de tan mal humor. O si él también querría hacerme la vida imposible.

Pero aparté esos pensamientos. Tenía una tarea que hacer y la haría bien. No importaba lo que Isabella me echara en cara, yo aguantaría. No permitiría que nadie, y menos Isabella, me pusiera piedras en el camino.

Así que mantuve la cabeza gacha y las manos ocupadas, dejando que el rítmico sonido de la fotocopiadora ahogara los insultos murmurados de Isabella. Este era solo el primer obstáculo, me dije. Podía superarlo. Tenía que hacerlo.

Un carraspeo detrás de nosotras, brusco y repentino. Casi salto de mi piel, mi pulsera casi se enreda en mi pelo al girarme bruscamente. Allí estaba Ethan Valentine, su imponente figura llenaba el marco de la puerta. Mi corazón se saltó un latido.

—¿Qué está pasando aquí? —la voz profunda de Ethan era tranquila, pero había un filo en ella que me hizo estremecer.

Isabella abrió la boca, pero Ethan levantó un dedo y la silenció al instante.

—No te he preguntado a ti, Isabella. Le he preguntado a Lindsey.

Sus intensos ojos marrones se clavaron en mí, y sentí que mis mejillas se sonrojaban. Tropecé con mis palabras, intentando ser diplomática. —Yo, eh, estoy copiando estos archivos, como Isabella me indicó, señor Valentine.

La atmósfera en la habitación cambió perceptiblemente. El aire se sentía cargado, tenso. Jugué nerviosamente con el colgante de mi collar, un hábito que nunca había logrado abandonar del todo.

La mirada de Ethan se entrecerró. —¿Isabella te ha instruido en algo, Lindsey?

—No, señor, no realmente —respondí con voz queda.

Frunció el ceño, su barba incipiente lo hacía parecer aún más severo. —Llevas aquí unas horas. ¿Qué te ha enseñado Isabella exactamente en este tiempo?

Su tono era frío, su postura distante. ¿Dónde estaba el hombre encantador y amable que había conocido anoche? Parecía imposible que pudiera ser la misma persona que despertaba tanto miedo y rabia en sus empleados.

Tragué saliva con dificultad. —Me dijo que me quedara junto a la impresora para archivar inmediatamente los papeles que salieran. Y ahora me ha pedido que copie estos archivos.

—¿Has estado todo el tiempo esperando a que la impresora escupiera papeles? —inquirió Ethan.

—Sí, señor. —Asentí. Y sentí cómo Isabella me lanzaba miradas asesinas. Pero, ¿qué otra cosa podía decir?

—¿Al menos te explicó de qué tratan los papeles? —continuó Ethan.

—No, yo... no tengo idea de lo que estoy copiando —admití, sintiéndome estúpida.

La expresión de Ethan se oscureció cuando se volvió hacia Isabella, su mirada era una mezcla de severidad y odio apenas disimulado. No pude evitar preguntarme qué habría ocurrido entre ellos para generar tanta hostilidad.

Mientras la tensión aumentaba, deseé poder desaparecer dentro de mi jersey favorito de talla grande. En su lugar, me quedé allí, atrapada entre dos fuegos, sintiéndome muy pequeña y fuera de lugar.

Isabella abrió la boca para hablar, pero Ethan la cortó con un gesto brusco. Su voz era tan fría como el invierno de Boston allá fuera cuando dijo: —Isabella, recoge tus cosas. Pregunta a Lance o Ryan si necesitan una asistente. —Hizo una pausa y reconsideró—. Espera, olvida a mis hermanos. Baja con Marcus al piso 71. A partir de ahora, le asistirás a él.

No pude evitar estremecerme ante el tono gélido en la voz de Ethan. Se estaba comportando como un imbécil, pero una parte de mí sintió un escalofrío al ver a Isabella recibir su merecido. A pesar de su dureza, de alguna manera Ethan se había puesto frente a mí de forma protectora. ¿O me lo estaba imaginando y solo estaba tan enfadado porque Isabella obviamente disfrutaba montando grandes dramas?

Los ojos de Isabella se abrieron de sorpresa. —¡No puedes hacer esto, Ethan! ¡No puedes deshacerte de mí así sin más!

—Agradece que solo te esté trasladando y no despidiendo directamente —respondió Ethan, su voz carente de toda emoción.

El comportamiento de Isabella cambió repentinamente. Batió las pestañas, su voz adquirió un tono meloso. —Vamos, Ethan. No encontrarás un reemplazo tan rápido. Me necesitas. Te llevará

una eternidad tener una asistente que conozca todo tan bien como yo.

Ethan se volvió entonces hacia mí, y la intensidad de su mirada hizo que todo mi cuerpo temblara. Mi corazón latía con fuerza, y sentí un calor que se extendía dentro de mí, que nada tenía que ver con el sistema de calefacción del edificio. Sus ojos marrones parecían atravesarme directamente, y me sorprendí deseando que Ethan recordara nuestra última noche. La mirada era tan intensa, tan llena de algo que no podía nombrar exactamente. Era como si me estuviera viendo por primera vez, realmente viendo.

Aferré los papeles de la impresora que tenía en la mano desde que Ethan apareció, agradecida de tener algo a lo que agarrarme mientras intentaba calmar mis nervios.

La mirada de Ethan se detuvo un momento más en mí antes de hablar. —¿Puedes leer, enviar y clasificar correos electrónicos?

—Sí —respondí, mi voz sorprendentemente firme a pesar de mis nervios agitados.

—¿Tienes experiencia con hojas de cálculo de Excel? —continuó preguntando.

—Absolutamente —asentí, mis dedos jugueteando con el colgante de mi pulsera.

—¿Y puedes organizar calendarios? —Ethan me miró expectante.

—Sí, tomé varios cursos adicionales durante mis estudios para mejorar mis habilidades de organización —añadí, enderezándome. Sentí una gota de sudor deslizarse por mi espalda, mi ropa de repente se sentía demasiado cálida en la oficina cargada de tensión.

Mientras Ethan disparaba sus preguntas, no pude evitar preguntarme a dónde llevaría todo esto. ¿Me estaba poniendo a prueba? ¿Estaba tratando de encontrar una razón para despedirme como a Isabella? Respiré profundamente e inhalé el aroma de la tinta de impresora, mezclado con el perfume demasiado generosamente aplicado de Isabella.

Ethan asintió, un destello de satisfacción cruzó su rostro por lo demás estoico. —Bien. Entonces a partir de ahora tú eres mi asistente personal.

Mi mandíbula cayó.

—Pero... solo estoy aquí para las prácticas —balbuceé, retorciendo nerviosamente un mechón de mi cabello ondulado—. *Solo* estoy aquí para ganar experiencia.

La expresión de Ethan se endureció y se volvió calculadoramente fría. —Como asistente personal, obtendrás una visión mucho más profunda y precisa que como pasante. Y el salario también es mejor.

Lo miré completamente confundida. Este frío y calculador CFO frente a mí simplemente no podía ser el hombre con el que había pasado la última noche. El hombre de ayer había sido gentil y afectuoso. Solo por eso había dejado mi número. Con la esperanza de que me llamara. Pero parecía haberme olvidado por completo.

—¿Qué estás esperando, Isabella? El piso 71 te espera —dijo Ethan, mirando hacia los ascensores.

Los ojos de Isabella se abrieron desesperadamente mientras hacía un último intento por salvar su trabajo.

—Ethan, por favor —suplicó, su voz temblando—. No puedes simplemente...

—Suficiente —la interrumpió Ethan con un gesto desdeñoso—. O vas ahora mismo con Marcus al piso 71, o recoges tus cosas y te vas del todo. Tú eliges.

Se me cortó la respiración. Estaba conmocionada por la rapidez con la que había despachado a Isabella. Cierto, ella no había sido amable conmigo, pero la frialdad en la voz de Ethan me provocó un escalofrío por la espalda.

Mientras Isabella recogía sus cosas y nos fulminaba con la mirada a ambos, me pregunté si este hombre despiadado y calculador era su verdadero yo.

—Espero que estos archivos estén listos para mañana —dijo Ethan fríamente, volviéndose hacia mí como si nada hubiera pasado. Su rostro era una máscara ilegible, libre de cualquier emoción.

Asentí en silencio, mis dedos jugando inconscientemente con las esquinas de los papeles que sostenía. Mientras Isabella se alejaba furiosa hacia los ascensores, sentí cómo se formaba un nudo en mi estómago. ¿En qué me había metido?

La mirada de Ethan se detuvo un momento más en mí, y podría jurar que vi un destello de... algo en sus ojos. Pero antes de que pudiera descifrarlo, se dio la vuelta y volvió a su oficina, dejándome sola con una montaña de archivos y una cabeza llena de preguntas.

Capítulo 9 - Lindsey

Torre Valentine, frente a la oficina de Ethan, Boston, el mismo día.

HOJEABA LA PILA DE papeles en mi escritorio, intentando clasificar qué copias eran para el departamento legal, cuáles para el vicepresidente de finanzas y cuáles necesitaba procesar todavía. Mis ojos se desviaban constantemente hacia la impresionante vista del horizonte de Boston a través de las ventanas de piso a techo al otro lado de la habitación. El sol invernal brillaba sobre el vidrio y el acero de los rascacielos vecinos, haciendo que el frío exterior pareciera mucho más soportable. En Florida, me había preparado para el invierno de la costa este con películas neoyorquinas de invierno, o al menos eso pensaba. Pero desde que llegué a Boston, no había habido ni un solo día con temperaturas por encima del punto de congelación.

El agudo repiqueteo de zapatos de vestir sobre baldosas llamó mi atención. Levanté la vista y vi a un hombre alto y delgado que se acercaba desde los ascensores. Su traje gris antracita a medida gritaba caro, pero su cálida sonrisa me tranquilizó. Al acercarse a mi escritorio, extendió su mano.

—Tú debes ser Lindsey —dijo. No tuve tiempo de preguntar cómo sabía mi nombre, pues continuó hablando—. Soy Marcus Whiteman, vicepresidente de finanzas. Encantado de conocerte.

Estreché su mano nerviosamente.

—¡Oh! Señor Whiteman, encantada de conocerle también. Lo siento mucho, pero su expediente aún no está completo. Faltan algunos documentos, pero si me da unos minutos, puedo... —

empecé a decir, juntando los papeles aún más rápido.

Él descartó mis preocupaciones con una risa.

—No te preocupes, Lindsey. No estoy aquí por ningún expediente. En realidad, necesito hablar con Ethan sobre algo.

—Oh. —Dejé escapar un suspiro que no sabía que estaba conteniendo—. Por supuesto, señor Whiteman.

—Por favor, llámame Marcus —dijo, sus ojos azules brillando. Se apoyó casualmente en mi escritorio—. Entonces, Lindsey, ¿qué hizo Isabella para que Ethan la desterrara al piso 71?

Sentí el calor subir a mis mejillas, el rubor probablemente contrastaba horriblemente con mi blusa amarillo brillante.

—Oh, eh... —balbuceé, jugando nerviosamente con una de mis pulseras. ¿Cómo podía explicar esto? Lo último que quería era verme envuelta en chismes de oficina en mi primer día. Eso vendría de todas formas, Isabella se encargaría de ello.

Marcus debió haber sentido mi incomodidad, porque hizo un gesto de rechazo.

—Ah, no importa, estoy seguro de que Ethan tenía sus razones.

Asentí, agradecida por la salida.

—Estoy segura de que sí —concordé, tratando de mantener mi voz tranquila—. Todavía estoy aprendiendo cómo funcionan las cosas aquí.

—Bueno, si necesitas consejos de un experto, soy tu hombre —me guiñó Marcus—. Conozco todos los secretos de Valentine Industries.

No pude evitar reír, algo de la tensión abandonó mis hombros.

—Lo tendré en cuenta —dije sonriendo. Me sentí aliviada de que al menos había una persona normal en los pisos superiores que no me trataba como basura o como si fuera invisible.

Marcus se inclinó hacia adelante, su voz bajando a un susurro conspiratorio.

—Pero tienes que decirme una cosa, Lindsey. ¿Cómo conseguiste el trabajo de Isabella tan rápido? Debes tener algunas habilidades serias para impresionar así a Ethan.

Tragué saliva con dificultad, mis dedos jugando nerviosamente con el dobladillo de mi falda. Este era otro tema que gritaba chisme de oficina, pero no quería rechazar a Marcus nuevamente.

—En realidad, solo era la pasante —admití, sintiendo un revoloteo de inseguridad en mi estómago—. No estoy segura de cuánto durará este arreglo. Es... temporal, creo.

La palabra *«temporal»* quedó suspendida en el aire, cargada de implicaciones. No pude evitar

imaginar la cara de Isabella cuando apareció en el piso de Marcus. Me pregunté si algún día sufriría el mismo destino. ¿Qué pasaría si Ethan decidía que no era apta para este trabajo? ¿Qué pasaría si cometía un error y también terminaba en el piso 71? ¿O más abajo?

Necesitaba este trabajo, una buena recomendación de Valentine Industries me abriría las puertas que necesitaba para valerme por mí misma.

Marcus asintió pensativamente, sus ojos examinándome con renovado interés.

—Ah, ¿así que así fue como sucedió? Interesante —murmuró—. Bueno, sea temporal o no, tienes una gran oportunidad aquí.

Antes de que pudiera responder, echó un vistazo a su reloj y se enderezó.

—Hablando de oportunidades, es hora del almuerzo. ¿Qué te parece ir a comer al piso 12? Hay una cafetería con comida decente y mucho mejor café que el que sirven en el piso ejecutivo. De hecho, esa cosa es horrible. —Hizo una mueca dramática—. Valentine Senior insiste en esa mezcla amarga. Es prácticamente un crimen contra los amantes del café. Pero lo que el jefe quiere, el jefe obtiene.

Me reí, a pesar de mi agitación interna.

—Gracias por la oferta, pero tendré que declinar el café —dije, alcanzando el cajón de mi escritorio. Saqué mi posesión más preciada: un termo ridículamente caro que mi abuela me había regalado para mi graduación—. Soy más bien una chica de chocolate caliente.

Marcus alzó una ceja, una sonrisa jugando en las comisuras de sus labios.

—¿Chocolate caliente, eh? No te hubiera tomado por golosa.

Me encogí de hombros.

—En realidad no lo soy. Pero necesito algo que reemplace al café.

La sonrisa de Marcus se ensanchó, sus ojos azules brillando divertidos.

—Bueno, ese chocolate caliente combinaría perfectamente con el pastel de chocolate que sirven abajo. —Se inclinó de manera conspiradora y bajó la voz—. Y si quieres ver caras más amigables que las del piso 72, la cafetería es el lugar indicado.

Sentí un cálido aleteo ante su invitación, pero lo reprimí rápidamente. Lo último que necesitaba era verme envuelta en política y drama de oficina, especialmente después del fiasco de Isabella. Me forcé a sonreír cortésmente.

—Eso es muy amable de tu parte, Marcus. Agradezco la oferta, pero creo que me quedaré en mi escritorio por ahora. Estos archivos no se organizarán solos, ¿sabes?

Él asintió, luciendo ligeramente decepcionado, pero no desanimado. —Por supuesto, entiendo. La oferta sigue en pie si cambias de opinión.

Justo cuando estaba a punto de responder, la puerta de la oficina de Ethan se abrió de golpe. Se me cortó la respiración cuando salió, su imponente figura llenando el marco de la puerta. Sus ojos oscuros se fijaron inmediatamente en Marcus y en mí, estrechándose ligeramente.

Por un momento, Ethan simplemente se quedó allí, su rostro una máscara de neutralidad. Pero había algo en sus ojos, un destello de... ¿era ira?

—Marcus —dijo Ethan fríamente—. No te esperaba.

—Lo sé —respondió Marcus relajadamente. La calma de Marcus pareció molestar aún más a Ethan. Al menos, el destello en sus ojos se intensificó. De repente, sentí mucho calor bajo mi blusa.

—Lindsey, retén mis llamadas. —El tono de Ethan era áspero.

—Por supuesto, señor Valentine —dije, presionando inmediatamente el botón del teléfono que dirigía todas las llamadas para Ethan hacia mí. No podía sacudirme la sensación de que acababa de caer en medio de una complicada política de oficina. Pero hey, al menos la vista hacia afuera era bonita.

La mirada de acero de Ethan atravesó a Marcus antes de volver a mí.

—Ah, ¿y Lindsey? —continuó Ethan, su voz calmada pero con un filo que me hizo estremecer —. Sé tan amable de llevar esos archivos al departamento legal.

Parpadeé sorprendida. —Oh, um, por supuesto. Pero los archivos aún no están completamente terminados...

—Lleva lo que esté listo abajo ahora mismo —me interrumpió Ethan, su tono no dejaba lugar a discusión—. El resto puede seguir después.

La urgencia en su voz me hizo estremecer. ¿Qué le pasaba? No podía sacudirme la sensación de que su repentina aparición tenía algo que ver con la presencia de Marcus en mi escritorio.

Asentí rápidamente, mis manos ya alcanzando la pila de papeles en mi escritorio. —Sí, por supuesto, señor Valentine. Enseguida.

Mientras reunía los archivos, no pude evitar notar que la mirada de Ethan seguía fija en Marcus, su mandíbula apenas perceptiblemente tensa. La tensión en el aire era palpable, como una goma elástica estirada al límite.

Ethan se volvió hacia su oficina, su voz cortante. —Marcus, a mi oficina. —Sin un segundo más, Ethan dio media vuelta y regresó a su oficina.

Miré a Marcus, esperando ver una incomodidad que igualara la mía. Pero para mi sorpresa, parecía completamente imperturbable ante el tono frío de Ethan. Incluso tuvo la audacia de inclinarse hacia mí y mirarme con picardía.

—Parece que el jefe no está muy contento de que nos llevemos tan bien —susurró con una sonrisa—. Ten cuidado, Lindsey, o podrías terminar en mi departamento antes de que puedas decir *finanzas*.

Abrí la boca para protestar, pero antes de que pudiera decir algo, la voz de Ethan tronó desde su oficina.

—Lindsey, el departamento legal está esperando. Ahora.

La orden severa en su voz no dejaba espacio para discusiones. Abracé los archivos contra mi pecho y me apresuré hacia el ascensor, mi cabeza dando vueltas. Mientras las puertas se cerraban, no pude evitar la sensación de que Marcus podría tener razón. Pero ¿por qué le importaría a Ethan con quién hablaba yo?

Sacudiendo la cabeza, intenté concentrarme en la tarea que tenía por delante. Pero mis pensamientos seguían volviendo a Ethan.

¿Había sido realmente celos lo que había percibido en él? Pero si era así, ¿por qué? Después de todo, parecía no recordar nada de la otra noche. ¿Qué le pasaba? ¿Y qué me pasaba a mí que seguía pensando en ello?

Eso suena a algo que diría tu hermano pequeño, no tú.

Capítulo 10 - Ethan

Torre Valentine, oficina de Ethan, Boston, unos días después.

NO PODÍA CONCENTRARME EN el informe trimestral frente a mí. Mis ojos se desviaban constantemente hacia la puerta entreabierta, donde podía ver a Lindsey en su escritorio, con el ceño fruncido por la concentración mientras procesaba una pila de archivos. La luz del sol que se filtraba por los ventanales de piso a techo golpeaba los colgantes dorados de su pulsera, enviando pequeños destellos de luz sobre su área de trabajo.

Mi mandíbula se tensó. ¿Cómo podía ella estar sentada allí tan tranquila, fingiendo que nada había pasado entre nosotros? El recuerdo de nuestro baile en el baile de máscaras, su cuerpo presionado contra el mío, su embriagador aroma... y luego su desaparición justo después. Mi ego aún estaba herido. Debería estar por encima de estas cosas, pero maldita sea, simplemente no podía. No en este caso específico.

Forcé mi mirada de vuelta a la pantalla, pero los números se difuminaron. La voz de mi padre interrumpió mis cavilaciones.

—Ethan, ¿tienes un momento? —Mi padre entró por el marco de la puerta sin esperar mi respuesta. Él era el gran jefe, no necesitaba pedir permiso a nadie. Su presencia me pilló por sorpresa; rara vez bajaba del piso 73 a menos que fuera un asunto urgente. Normalmente hacía subir a su oficina a cualquier persona con la que quisiera hablar.

—Por supuesto, papá. Toma asiento. —Señalé uno de los sillones de cuero frente a mi escritorio —. ¿Qué te trae por aquí?

Papá asintió, pero se quedó de pie junto a la puerta, ajustándose distraídamente el alfiler de la corbata. —Nada urgente. Solo quería pasar y ver cómo iban las cosas.

Levanté una ceja. —Todo va bien. ¿O hay algo específico que te preocupe?

—¿Acaso un padre no puede simplemente querer ver a su hijo? —Se rió, pero había una tensión subyacente en su voz.

—Por supuesto —respondí con suavidad, cayendo en mi papel habitual de mediador familiar—. ¿Cómo te va a ti? ¿Algún incendio del que deba estar al tanto?

Hizo un gesto desdeñoso. —Nada fuera de lo común. Solo las travesuras habituales de tus hermanos.

Asentí, esperando a que llegara al verdadero motivo de su visita. William Valentine no hacía visitas de cortesía, mucho menos en medio de un día normal de trabajo.

Dudé, pero luego decidí profundizar en el asunto. —Me preguntaba si tenía algo que ver con la discusión entre tú y Lance en la gala Valentine.

Para mi sorpresa, la expresión de mi padre cambió de un semblante neutral a una genuina perplejidad. —¿Qué discusión? No recuerdo haber tenido ningún desacuerdo con Lance esa noche. Al menos no más de lo habitual.

—Por supuesto —insistí, sintiendo una extraña mezcla de incertidumbre y alivio—. Lance parecía bastante tenso. Pero no tuve tiempo de hablar con él.

Papá negó con la cabeza, su mano alcanzando inconscientemente el reloj de bolsillo dorado en su chaleco. —Ethan, te aseguro que no hubo ninguna discusión entre Lance y yo. ¿Quizás malinterpretaste algo?

Me recliné en mi silla, confundido. ¿Me lo había imaginado todo? Si era así, ¿por qué Lance no había dicho nada cuando le pregunté? Mi hermano pequeño estaba tramando algo, evidentemente.

—Supongo que tienes razón y solo me lo imaginé —admití, no del todo convencido, pero agradecido de dejar el tema. Me alegraba de cualquier conflicto que no tuviera que resolver.

Los ojos de mi padre se estrecharon ligeramente, y pude ver los engranajes girando en su cabeza.

—En realidad, hijo, hay otra cosa de la que quería hablar —dijo, cerrando la puerta detrás de él y finalmente entrando por completo en mi oficina—. Tu madre mencionó que parecías... ausente durante el café del domingo.

Sentí una punzada de irritación. Por supuesto que nada había escapado a los ojos vigilantes de mamá. —No estaba "ausente", papá. Todo está bien.

—Llegaste tarde —afirmó con naturalidad—. Tú nunca llegas tarde, Ethan.

Papá tenía razón. Mamá organizaba invariablemente un café dominical cada segundo fin de semana del mes, y yo nunca había llegado tarde. Pero papá aún no había terminado.

—Y si no recuerdo mal, también llegaste tarde al trabajo ese día, al menos eso mencionó Lance.

Reprimí el impulso de poner los ojos en blanco. Por supuesto que mi hermano pequeño no había podido mantener en secreto que me había quedado dormido. Mi mirada se desvió hacia Lindsey, cuya presencia frente a la puerta de mi oficina era demasiado evidente. Estaba al teléfono, enrollando un mechón de su largo cabello rubio oscuro alrededor de su dedo mientras hablaba. La visión envió una oleada de deseo a través de mí, seguida de frustración.

Esto tenía que parar. Ahora. Necesitaba volver a concentrarme, centrarme en el trabajo y olvidar el efecto enloquecedor que Lindsey Carter tenía sobre mí. Más fácil decirlo que hacerlo, pero yo no era nada si no determinado.

—Simplemente fue una mañana extraña. Nada de qué preocuparse —expliqué con expresión neutral.

Mi padre arqueó una ceja escéptica. —¿Una mañana extraña que te hace llegar tarde dos veces en un mismo día? Eso no suena a ti, hijo mío.

Suspiré y me pasé la mano por el pelo. —¿Recuerdas el apagón? Mi teléfono no estaba cargado y la alarma no sonó.

Las cejas de papá se dispararon hacia arriba, sus labios temblaron ligeramente. —¿Un despertador roto? Eso suena a algo que diría Lance, no tú.

Interiormente, me estremecí ante la comparación con mi hermano menor. —Es la verdad, papá. Pero tienes razón, simplemente fue un mal día. La gala de los Valentine me desestabilizó un poco.

—¿La gala? —Los ojos de papá se entrecerraron levemente—. ¿Fue porque te arrastraron a la pista de baile?

Mi corazón se saltó un latido. Lo miré fijamente, apenas logrando evitar que mi mandíbula cayera. —¿Viste eso?

Asintió, con un toque de diversión en sus ojos. —Por supuesto. No es común ver a mi hijo del medio mover el esqueleto. Ella debe ser alguien muy especial.

Intenté recuperar la compostura, sin querer revelar la verdadera razón de mi distracción.

—Y probablemente no volverás a verme en la pista de baile —murmuré, evitando su mirada. *Al menos no con Lindsey*, añadió una parte cínica de mí en mis pensamientos.

Mientras esperaba la respuesta de papá, destellaron imágenes. El baile de máscaras, los labios de Lindsey sobre los míos, la cama vacía a la mañana siguiente. Pero aparté estos pensamientos y me concentré en mantener la compostura frente a mi padre.

Papá se rio y se reclinó en su silla. —No tienes que avergonzarte, hijo. Es bueno ver que de vez en cuando te ocupas de algo más que el trabajo. Es suficiente con que tu hermano mayor trabaje como un burro.

Aproveché la oportunidad para cambiar de tema. —Hablando de trabajo, ¿cómo van los informes trimestrales? Pensé que podríamos revisarlos juntos a finales de esta semana.

Pero mi padre no se dejó llevar por el cambio de tema. Hizo un gesto desdeñoso con la mano. —Los informes pueden esperar, Ethan.

—¿Pueden? —insistí, dándole la oportunidad de saltar a mi cambio de tema. Pero se mantuvo firme.

Se inclinó hacia adelante, su expresión se suavizó. —Siempre te mueves en terreno neutral, hijo. Siempre el mediador, siempre el tranquilo. Quizás sea hora de que tomes una dirección diferente y hagas algo que no surja de tu naturaleza.

Se levantó, se acercó a mí y me dio una palmada en la espalda antes de dirigirse a la puerta. —Corre algún riesgo de vez en cuando, Ethan. Podrías sorprenderte de lo que sucede.

Apreté los dientes y luché contra el impulso de reírme de lo absurdo del consejo de mi padre. *Si él supiera.* Si realmente me soltara, saldría ahora mismo, agarraría a Lindsey por la cintura y la besaría hasta que recordara cada ardiente detalle de nuestra noche juntos.

En su lugar, me aclaré la garganta y me puse de pie, ajustando mi corbata. —Aprecio tu consejo, papá, pero realmente tengo mucho trabajo que atender ahora.

Papá asintió, un toque de decepción cruzó su rostro. —Por supuesto, por supuesto. Yo también debería volver. —Se volvió para irse, pero se detuvo en la puerta, con la mirada fija en el escritorio vacío frente a mi oficina—. Dime, ¿dónde está Isabella? Siempre fue una presencia tan encantadora. No es que la chica en recepción no sea encantadora.

Me quedé helado. Difícilmente podía contarle sobre el drama con Isabella, o peor aún, sobre Lindsey.

—Oh, ¿Isabella? —respondí, tratando de que mi voz sonara casual—. Ahora está trabajando con Marcus. Necesita una asistente experimentada para el proyecto actual.

Era una mentira descarada, pero de ninguna manera iba a lavar nuestra ropa sucia frente a mi padre.

Papá arqueó una ceja, evidentemente sorprendido. —¿Es así? Bueno, estoy seguro de que Marcus aprecia sus habilidades.

—Lo hace. —Asentí—. Y Lindsey encaja bien aquí como reemplazo. Se ha adaptado rápidamente.

Papá asintió y su mirada volvió al escritorio de Lindsey, que se podía ver parcialmente a través

de la puerta abierta de la oficina.

—Muy bien, hijo. Si me necesitas, sabes dónde encontrarme. —Papá me estudió por un momento, sus ojos marrones —que había heredado de él— escrutando mi rostro. Mantuve mi expresión neutral, años de práctica me permitieron mantener mi máscara incluso cuando mi pulso se aceleró.

—Sabes que puedes hablar conmigo si algo te preocupa, ¿verdad? —dijo, su tono más suave de lo habitual.

Por un fugaz momento, estuve tentado de abrirme, de compartir el tumulto de emociones que rugía dentro de mí. Pero los viejos hábitos son difíciles de romper.

—Gracias, papá —dije en su lugar, ofreciendo una pequeña sonrisa—. Lo aprecio.

Asintió, aparentemente satisfecho con mi respuesta. —Ah, ¿y hijo? No olvides la reunión de la junta directiva la próxima semana.

—No, papá —respondí, viendo cómo papá abría completamente la puerta y desaparecía en el pasillo.

Exhalé profundamente y me dejé caer en mi silla. Crisis evitada, ¿pero a qué precio? Las mentiras se estaban acumulando, y tarde o temprano, inevitablemente se derrumbarían a mi alrededor si no tenía cuidado.

Incluso después de que papá se había ido hacía mucho, me quedé sentado aturdido. Las palabras de mi padre resonaban en mi cabeza, revolviendo emociones que había intentado suprimir. Inevitablemente pensé en Lindsey, en el momento eléctrico que habíamos compartido en la pista de baile.

Pero no. Sacudí la cabeza, intentando aclarar mis pensamientos. No podía permitirme correr riesgos. No solo porque mi ego estaba herido, sino también porque tenía una reputación que perder.

Sin embargo, al mirar hacia el escritorio de Lindsey, no pude evitar la sensación de que mi padre quizás, solo quizás, tenía razón.

Con un profundo suspiro, me volví hacia mi computadora y me obligué a concentrarme en las tareas pendientes que había estado postergando todo el día. Pero incluso mientras tecleaba, no podía deshacerme por completo de la sensación de la presencia de Lindsey justo afuera de mi puerta, una tentación constante a la que no estaba seguro de cuánto tiempo más podría resistir.

Miré mi taza de café vacía, luego el escritorio desierto de Lindsey. La oficina se sentía anormalmente silenciosa sin su alegre presencia. Con un suspiro, me levanté de mi silla. Si quería sobrevivir el resto del día, necesitaba cafeína. Mucha cafeína.

El camino a la cocina era corto, pero mi mente trabajaba a toda velocidad con cada paso. ¿Dónde estaba Lindsey? ¿En su descanso? ¿En la cafetería? No la había visto irse, pero por otro lado,

había estado distraído por la inesperada visita de mi padre.

Al doblar la esquina hacia la cocina, me quedé paralizado. Allí estaba ella, de pie frente a la cafetera de última generación, de espaldas a mí.

La cocina en sí era un testimonio del éxito de Valentine Industries: todo acero inoxidable brillante y encimeras de mármol pulido. Pero Lindsey eclipsaba todo eso. Llevaba una blusa amarillo sol atada con un delicado lazo en el cuello, y una falda lápiz ajustada que acentuaba sus curvas. Su largo cabello ondulado estaba recogido con un brillante clip de mariposa, y pulseras doradas adornadas con pequeños dijes tintineaban suavemente con cada uno de sus movimientos.

—¡Oh! —exclamó Lindsey, girándose al oír mis pasos. Sus ojos azules se abrieron con sorpresa —. Señor Valentine, no lo oí entrar. Estaba a punto de preparar una cafetera fresca.

—Muy atenta —me aclaré la garganta, tratando de recuperar la compostura—. Y por favor, llámame Ethan.

¿De dónde salió eso? Cerca de Lindsey, mi cerebro simplemente era impredecible.

Ella sonrió, una expresión cálida y sincera que hizo que mi corazón se saltara un latido. —De acuerdo, Ethan. ¿Cómo te gustaría tu café hoy?

—Negro, con dos de azúcar —respondí, acercándome al mostrador.

—Entendido, jefe —gorjeó Lindsey alegremente—. Ahora solo necesito alcanzar las tazas.

Se estiró de puntillas, intentando alcanzar el estante superior del armario. Incluso con sus tacones altos, no llegaba del todo. Sin pensarlo, me coloqué detrás de ella, mi pecho casi rozando su espalda mientras alcanzaba sin esfuerzo dos tazas del estante.

—Aquí tienes —murmuré, mi voz inesperadamente ronca.

Lindsey se dio la vuelta, y de repente estábamos cara a cara, a solo unos centímetros de distancia. Podía oler su ligera fragancia floral y ver las delicadas pecas en su nariz. Sus ojos se encontraron con los míos, y por un momento, el mundo pareció detenerse.

—Gracias —susurró ella, sus mejillas tiñéndose de un suave rosa.

Mi cuerpo reaccionó instantáneamente a su cercanía. Mi corazón se aceleró, mis palmas se humedecieron, y sentí cómo cada fibra de mi ser se sentía atraída hacia Lindsey. No deseaba nada más que cerrar esa pequeña distancia entre nosotros y sentir sus labios contra los míos.

La respiración de Lindsey se entrecortó, y vi cómo su mirada se desviaba por un momento hacia mi boca. ¿Lo sentía ella también? ¿Esa atracción irresistible, esa tensión eléctrica que crepitaba entre nosotros?

—Lindsey —murmuré, mi voz profunda y ronca.

Ella me miró interrogante, sus labios ligeramente entreabiertos. —¿Sí, Ethan?

Me incliné hacia adelante, mis labios a apenas un suspiro de los suyos. Los ojos de Lindsey se cerraron suavemente, y pude sentir su suave respiración en mi piel.

Mi corazón martilleaba en mi pecho mientras estaba a punto de ceder a este abrumador deseo. Habría sido tan fácil cerrar esa última distancia, capturar sus labios con los míos y perderme en su calidez.

Pero mientras estaba allí, a punto de hacerlo, la realidad cayó como un martillazo. Lindsey era mi asistente personal, una pasante. Besarla abriría una caja de Pandora llena de complicaciones para las que no estaba preparado.

Con un esfuerzo hercúleo, me aparté y me aclaré la garganta. —Debería volver al trabajo.

Los ojos de Lindsey se abrieron de golpe, una mezcla de confusión y decepción cruzó su rostro antes de que se recompusiera.

—Por supuesto. Y le llevaré el café enseguida —respondió Lindsey sin aliento.

Asentí y di un pequeño paso atrás. —Suena bien.

Mientras Lindsey se ocupaba de la cafetera, volví a mi oficina, tratando de controlar mis pensamientos acelerados. ¿Qué estuve a punto de hacer? Esta era exactamente el tipo de complicación que había intentado evitar. Y sin embargo, no podía negar cómo mi cuerpo reaccionaba ante ella, cómo mi alma parecía alcanzar la suya.

Este era un terreno peligroso, y lo sabía. Pero incluso antes de llegar a mi oficina, me di cuenta de que tal vez ya estaba demasiado involucrado para dar marcha atrás.

Capítulo 11 - Lindsey

Torre Valentine, frente a la oficina de Ethan, Boston, en ese mismo momento.

ME QUEDÉ ALLÍ, SUMIDA en mis pensamientos, mientras la fotocopiadora ronroneaba como un gatito. El recuerdo de cómo casi besé a Ethan mientras preparaba el café antes seguía reproduciéndose en mi cabeza. Cómo su cálido aliento había rozado mis labios y cómo su oscura mirada me había fijado. Por un segundo, creí que Ethan me recordaba. Pero luego, de repente, se había retirado.

Suspiré y recordé que Ethan me daba la espalda por una buena razón. Obviamente, nuestra aventura de una noche no significaba nada para él. Era mejor simplemente olvidarlo y seguir adelante, aunque quedara un dolor sordo en mi pecho.

—Contrólate, Lindsey —murmuré y sacudí la cabeza.

La fotocopiadora pitó, indicando que había terminado. Tomé los cálidos papeles en mis brazos, el olor a tinta fresca me hacía cosquillas en la nariz. Solo faltaban unas pocas grapas y podría llevarlos a la oficina de Ethan.

Me giré sobre mis talones, mi falda girando alrededor de mis piernas, cuando de repente - ¡PUM! Choqué contra algo que se sentía como un muro de ladrillos. Los papeles se deslizaron de mi agarre mientras perdía el equilibrio y se esparcieron como confeti por todo el suelo.

—Lindsey, tienes que tener más cuidado —gruñó una voz profunda, mientras unos fuertes

brazos me rodeaban.

Se me cortó la respiración cuando miré a los intensos ojos marrones de Ethan, nuestros cuerpos apretados uno contra el otro. El calor irradiaba de su amplio pecho a través de mi fina blusa. Su colonia me envolvía y me hacía dar vueltas la cabeza.

—Y-yo... lo siento —balbuceé con las mejillas ardiendo—. No me fijé por dónde iba.

—Evidentemente. —Los brazos de Ethan se apretaron imperceptiblemente—. ¿Estás bien?

Asentí, muy consciente de cada punto de contacto entre nosotros. Sus musculosos muslos contra los míos. Sus grandes manos extendidas sobre mi espalda. La rápida subida y bajada de mi pecho presionando contra su torso.

—Gracias por atraparme —logré decir.

Un músculo en la mandíbula de Ethan se crispó cuando su mirada se dirigió a mis labios. —Por supuesto.

Nos quedamos paralizados por un momento, el aire estaba cargado de tensión no expresada. Luché contra el impulso de trazar la línea de su sombra de barba con las puntas de mis dedos o de presionarme aún más contra él e inhalar su aroma.

Tragué con dificultad, mi corazón latía con fuerza mientras el rostro de Ethan se acercaba al mío. Su cálido aliento rozó mis mejillas, y me incliné involuntariamente hacia adelante, como atraída por un imán. Justo cuando nuestros labios estaban a punto de tocarse, unos pasos resonaron por el pasillo y el hechizo se rompió.

Con visible esfuerzo, Ethan me soltó y dio un paso atrás. —Deberíamos recoger estos papeles.

—Cierto —dije y me deslicé sobre mis rodillas para recoger los documentos dispersos. Simplemente no podía llegar al suelo de otra manera con estos tacones altos. Ethan también se arrodilló frente a mí para ayudarme.

Cuando alcancé una sola hoja, la mano de Ethan rozó la mía. Al contacto, una corriente eléctrica subió por mi brazo. Levanté la vista y vi que me observaba atentamente, sus pupilas dilatadas.

Dios mío. Olvidar a Ethan iba a ser más difícil de lo que pensaba si continuaba mirándome *así*.

—Vaya, vaya, ¿qué tenemos aquí? —sonó la voz de Marcus, rebosante de diversión, al vernos en el suelo.

Me sobresalté y casi me caí hacia atrás en mi prisa por poner distancia entre Ethan y yo. Ethan se enderezó tan rápido que podría jurar que su espalda crujió.

—Marcus —dijo Ethan con tono cortante—. ¿Qué te trae por aquí?

Me ocupé recogiendo los papeles restantes y mantuve la cabeza baja para ocultar mis mejillas ardientes. Mientras estaba arrodillada en el suelo, no pude evitar notar cómo las miradas de

ambos hombres se deslizaban hacia mí. Los ojos de Ethan se oscurecieron, mientras que los labios de Marcus se curvaron en una sonrisa.

—Tengo algunos documentos urgentes para que los revises —respondió finalmente Marcus, apartando su mirada de mí y agitando una carpeta—. Pensé en traerlos yo mismo.

La mandíbula de Ethan se tensó. —Para eso tienes una asistente.

—Es cierto, pero así es más rápido. —Marcus se encogió de hombros, su actitud relajada contrastaba fuertemente con la postura tensa de Ethan.

—Has estado subiendo aquí bastante últimamente —observó Ethan con los ojos entrecerrados.

Terminé de recoger los papeles y me puse de pie, observando el intercambio con creciente incomodidad. La tensión entre los dos hombres era palpable.

Marcus siguió sonriendo, aparentemente ajeno al enojo de Ethan. —Hay mucho que hacer, jefe. El tiempo es oro y el oro escasea.

—En efecto —respondió Ethan secamente. Se volvió hacia mí, su expresión ilegible—. Lindsey, por favor lleva estos archivos a mi oficina.

Asentí y apreté los papeles contra mi pecho como un escudo. —Por supuesto, señor Valentine.

En secreto, deseaba que Ethan me pidiera de nuevo que lo llamara por su nombre, pero no lo hizo. Aunque en ese momento no estaba ocupado conmigo, sino lanzando miradas furiosas a Marcus.

Mientras me apresuraba a pasar junto a ellos, no pude sacudirme la sensación de que acababa de presenciar algo más que una simple discrepancia profesional. La forma en que Ethan había mirado a Marcus... ¿había sido celos lo que había brillado en sus ojos?

Me deslicé en la oficina de Ethan, con el corazón aún acelerado. Mientras ordenaba los papeles en su escritorio, escuché la voz profunda de Ethan detrás de mí.

—Lindsey, cuando hayas organizado los archivos, tráenos algo de café, por favor.

Me di la vuelta y vi a Ethan guiando a Marcus a la habitación, con la mano firmemente apoyada en el hombro de Marcus, como si lo estuviera dirigiendo. O controlando.

Marcus se dejó caer en uno de los sillones de cuero y estiró sus largas piernas.

—Oh, no ese brebaje de ejecutivos que llamas café, Ethan. Es horrible.

Me mordí el labio para ocultar una sonrisa. No estaba equivocado: esa cosa olía como goma quemada.

La ceja de Ethan se crispó.

—¿Entonces nada de café para ti?

—No me digas que realmente disfrutas de ese lodo —Marcus se rio con incredulidad.

—El café no necesita saber bien —respondió Ethan bruscamente—. Es puramente funcional.

—Entonces este café debe ser condenadamente funcional para justificar ese sabor —replicó Marcus, haciendo una mueca.

Me mordí el labio con más fuerza para no sonreír ante este intercambio. Nunca había probado el café porque nunca lo bebía. Pero el olor por sí solo era suficiente para hacerme enroscar los dedos de los pies.

—¿A qué estás esperando? —preguntó Ethan, mirándome—. Tienes una tarea que hacer.

—Por supuesto, señor —respondí y salí disparada de la oficina antes de que la situación se volviera aún más incómoda para mí.

Quince minutos después, regresé balanceando una bandeja con dos tazas humeantes de café y, de manera espontánea, dos trozos de pastel de chocolate que había conseguido en la cafetería del piso 12. El aroma era celestial, muy diferente de la mezcla acre de los ejecutivos.

El rostro de Marcus se iluminó como el de un niño en la mañana de Navidad.

—¡Esto sí que es servicio! —exclamó, alcanzando un café y mirando el pastel con ansia.

Me volví hacia Ethan y le ofrecí la bandeja con una sonrisa. Pero su expresión era sombría.

—Lindsey —dijo con voz baja y controlada—. Seguramente tienes cosas mejores que hacer que corretear por Valentine Industries repartiendo pasteles, ¿no?

Mi sonrisa vaciló.

—Yo... solo pensé...

—Es un gesto amable, Ethan —intervino Marcus, que ya había comido la mitad de su trozo—. Relájate, hombre.

—¿Hombre? —Ethan miró a Marcus como si acabara de declararle la guerra.

—Relájate, *jefe* —se corrigió Marcus, aunque no parecía consciente de haber cometido ninguna falta.

Me quedé paralizada, la bandeja de repente se sentía muy pesada en mis manos. La mirada de Ethan me taladraba, y sentí que mis mejillas se enrojecían de vergüenza. ¿En qué estaba pensando? Por supuesto que mi jefe frío e inaccesible no se ablandaría con un gesto tan pequeño.

Tragué saliva con dificultad e intenté mantener mi voz tranquila.

—Me disculpo, señor Valentine. Pensé que podría... quiero decir, solo quería ser útil.

La mandíbula de Ethan se tensó, sus ojos marrones aún fijos en mí.

—Tu trabajo es apoyarme profesionalmente, no jugar a ser anfitriona —dijo fríamente. Tan frío que sentí un escalofrío recorrer mi espalda. Y eso que solo unos momentos antes me había sostenido y susurrado mi nombre de una manera que me había hecho sentir acalorada.

Asentí, luchando contra las lágrimas que amenazaban con brotar.

—Por supuesto. No volverá a suceder.

Dejé la bandeja en su escritorio y salí de la oficina tan calmadamente como pude. Mi corazón latía con fuerza y sentí un nudo formándose en mi garganta. Solo había querido hacer algo agradable. Tal vez para superar la incomodidad entre nosotros después de nuestro *casi beso*. Pero evidentemente había ido demasiado lejos.

De vuelta en mi escritorio, me ocupé con el trabajo de copiado que había dejado antes. El monótono archivo de papeles era reconfortante y me daba algo en qué concentrarme en lugar del dolor y la vergüenza que arremolinaban dentro de mí.

Podía sentir la mirada de Ethan sobre mí a través de la puerta abierta de su oficina. El calor de su mirada parecía quemar mi espalda, haciendo difícil concentrarme. Una parte de mí quería darse la vuelta para ver si podía leer algo en su expresión. Pero mantuve la cabeza baja, decidida a no dejarle ver cuánto me habían afectado sus palabras.

Algún día, me dije, tendría mi propia línea de joyería. Esto era solo un trampolín.

Respiré hondo, enderecé mis hombros y seguí trabajando. No iba a permitir que los caprichos de Ethan Valentine me descarrilaran. Era más fuerte que eso. Mucho más fuerte. Sin embargo, un mal presentimiento me invadió, de que no era lo suficientemente fuerte para protegerme contra esas miradas oscuras cuando los labios de Ethan estuvieran de nuevo cerca de los míos... y con mi suerte, era solo cuestión de tiempo antes de que eso volviera a suceder.

Me importa un bledo la política de la empresa ahora mismo, jefe.

Capítulo 12 - Ethan

Torre Valentine, oficina de Ethan, Boston, esa misma noche.

MIRABA FIJAMENTE EL TROZO de pastel de chocolate sobre mi escritorio, cuyo rico aroma se mezclaba con el olor del café recién hecho. Maldita fuera Lindsey y su consideración. Cada día se hacía más difícil ignorarla, especialmente si seguía haciendo cosas como esta.

—Está realmente bueno —murmuró Marcus con la boca llena—. Tu nueva asistente tiene talento, Ethan. Isabella ni siquiera soñaría con traerme pastel.

Gruñí sin comprometerme, intentando no pensar en lo cerca que había estado de besar a Lindsey. Si Marcus no hubiera entrado... Sacudí la cabeza para desterrar el pensamiento. —¿Querías hablar de negocios?

—Cierto. —Marcus dejó su tenedor a un lado y sacó su teléfono—. Bueno, sobre las cifras trimestrales... —comenzó Marcus, pero solo escuché a medias. Mi mirada se desviaba constantemente hacia el escritorio de Lindsey frente a mi oficina. Estaba inclinada sobre algunos documentos, un mechón de su ondulado cabello le caía sobre el rostro. Mientras la observaba, Lindsey se apartó distraídamente el mechón detrás de la oreja, revelando unos pendientes brillantes.

—¿Ethan? ¿Me estás escuchando? —La voz de Marcus me sacó de mis pensamientos.

—Sí, lo siento. Continúa. —Me obligué a concentrarme en Marcus, pero mis pensamientos seguían divagando. Marcus había estado viniendo sospechosamente a menudo a mi oficina en los

últimos días para discutir algo conmigo. Más a menudo de lo normal y ciertamente más de lo necesario. ¿Y por qué charlaba constantemente con Lindsey? Nunca le había prestado tanta atención a Isabella. Probablemente ni siquiera ahora que le había endosado a Isabella.

Una revelación me golpeó como un puñetazo en el estómago. Estaba celoso. Maldita sea, estaba celoso de que Marcus hablara con mi asistente.

—Estas proyecciones se ven prometedoras —estaba diciendo Marcus justo cuando volví a mirar a Lindsey.

En ese momento, Lindsey se levantó y alisó su falda lápiz. Se dirigió al archivador, y no pude apartar la mirada de su andar cadencioso.

—¿Ethan? —preguntó Marcus, agitando la mano frente a mi cara—. ¿Estás bien, amigo? Pareces distraído.

Me aclaré la garganta. —Solo estoy pensando en las implicaciones de estas cifras.

Pero cuando Marcus continuó con su explicación, solo podía pensar en Lindsey y en cuánto quería volver a probar esos suaves labios.

Sin embargo, la razón me obligó a volver a seguir la explicación de Marcus. Tenía que concentrarme en el trabajo pendiente, porque iba retrasado en mi programa. Posiblemente podría recuperar algo de tiempo y volver a encaminarme con esta reunión. Mientras Marcus profundizaba en las cifras trimestrales, noté cómo me iba absorbiendo lentamente en los detalles. Examinamos tablas y proyecciones, y los números se fueron aclarando gradualmente.

—Estos márgenes de beneficio son impresionantes —comenté, anotando algunas cifras. Luego presioné el botón del intercomunicador integrado en el escritorio de Lindsey.

—Lindsey, ¿podrías anotar que necesitamos actualizar el informe de los accionistas con estas nuevas proyecciones?

—Por supuesto, señor Valentine —respondió ella, su voz cálida y profesional. Intenté no reaccionar a cómo pronunciaba mi nombre.

Parecieron pasar horas mientras Marcus y yo desmenuzábamos cada aspecto de la situación financiera de Valentine Industries. Mantuve una lista en curso de tareas para Lindsey, sabiendo que las abordaría con su eficiencia habitual.

—Muy bien —dije finalmente, estirando los brazos por encima de mi cabeza—. Creo que hemos cubierto todo. Marcus, ¿puedes dejar estos papeles en el departamento legal de camino a la salida?

Marcus bostezó y miró su teléfono. —La mayoría de ellos probablemente ya están de camino a casa. O en la cama. Es bastante tarde.

Parpadeé y de repente me di cuenta de la oscuridad fuera de mis ventanas del suelo al techo.

¿Cuánto tiempo llevábamos en esto? Mi mirada se posó en el escritorio de Lindsey, donde ella seguía trabajando diligentemente. Una punzada de culpa me invadió; podría haberse ido hace horas.

—Si no hay nada más —dijo Marcus, reprimiendo otro bostezo—, creo que también me iré a casa.

Asentí, sintiendo de repente el peso del largo día. —Sí, adelante. Podemos continuar mañana si es necesario.

Mientras Marcus recogía sus cosas, no pude evitar echar otro vistazo a Lindsey. Parecía cansada, pero seguía trabajando, su dedicación era tanto admirable como preocupante. Tendría que compensarla de alguna manera por mantenerla aquí hasta tan tarde.

Me levanté para acompañar a Marcus fuera de mi oficina cuando se detuvo en el escritorio de Lindsey. Mi cuerpo se tensó involuntariamente.

—Oye, Lindsey —dijo Marcus, mostrando sus dientes perfectamente blancos—. Es bastante tarde para que una dama ande sola por ahí. ¿Qué te parece si te llevo a casa en mi *Diva*?

—¿Tu *Diva*? —preguntó Lindsey, pareciendo divertida.

—Mi Diva es una joya, un Porsche 911 Turbo S, para ser exactos: de cero a cien en 2,6 segundos —explicó Marcus con orgullo. Siempre había tenido debilidad por los coches rápidos y caros.

Otra oleada de celos me golpeó. Apreté los dientes y forcé mi rostro a permanecer neutral.

—En realidad —interrumpí, mi voz sonando tensa incluso para mis propios oídos—, Lindsey tiene que quedarse. Aún tenemos algunas cosas que terminar. —Me volví hacia Lindsey, evitando su mirada inquisitiva—. Te llamaré un taxi más tarde.

Marcus se encogió de hombros y lanzó un despreocupado —Como quieras— por encima del hombro mientras salía despreocupadamente. Pero se volvió hacia Lindsey una vez más. —Ya conocerás a mi diva en otra ocasión.

Observé a Lindsey detenidamente. Mantuvo su actitud profesional, pero pude ver la duda en sus ojos cuando me miró. Dios, esperaba que no pudiera notar lo celoso que estaba.

Tan pronto como Marcus estuvo fuera del alcance del oído, Lindsey me miró. —¿Qué más hay que hacer?

La miré fijamente por un largo momento, sabiendo que me había pillado. No tenía sentido mentir.

—Nada —admití—. Simplemente no quería que te fueras con Marcus.

Sus cejas se arquearon. —¿Por qué no?

Busqué desesperadamente una explicación racional. —Conduce ese coche deportivo como un

loco. No es seguro. —Eso era solo la mitad de la verdad. Incluso si fuera el conductor más decente del mundo, me habría disgustado ver a Lindsey en su coche.

Los ojos de Lindsey se agrandaron, una mezcla de emociones cruzó su rostro: sorpresa, confusión y algo más que no pude descifrar completamente. Abrió la boca para hablar, luego la cerró de nuevo, pareciendo buscar las palabras adecuadas.

—Gracias por la preocupación —murmuró finalmente—. Pero soy perfectamente capaz de decidir cómo llegar a casa por mí misma.

Sentí que había visto a través de mis excusas débiles. La verdad era que no podía soportar la idea de que Marcus le diera vueltas la cabeza a Lindsey con su charla suave y su coche ostentoso. La usaría y la dejaría de lado como a todas las demás, y la idea de que Lindsey pudiera salir herida hacía que me doliera el pecho.

Pero no podía decirle eso. Así que simplemente me quedé allí sintiéndome como un idiota mientras los brillantes ojos azules de Lindsey buscaban en mi rostro respuestas que aún no estaba preparado para dar.

—¿O se trata de otra cosa? —preguntó Lindsey después de que la mirara en silencio.

—No puedo permitirme el lujo de formar a una nueva asistente si te ves involucrada en un accidente —respondí secamente. La respuesta rozaba la verdad sin revelar mis verdaderos sentimientos detrás de ella.

—Oh. Por supuesto. —La decepción se extendió por el rostro de Lindsey, lo que me dolió físicamente.

Me aclaré la garganta e intenté recuperar la compostura. —Simplemente terminemos por hoy. Te llamaré un taxi cuando estemos abajo.

Lindsey asintió, juntó ordenadamente los papeles esparcidos frente a ella y se levantó. Nos dirigimos hacia los ascensores, el repiqueteo de sus tacones en el suelo pulido resonando en el pasillo vacío.

Cuando entramos en el ascensor, sentí el familiar tirón cuando comenzó su descenso. De repente, se sacudió violentamente, haciendo que Lindsey tropezara. Su brazo rozó el mío mientras recuperaba el equilibrio, y sentí un tirón que no tenía nada que ver con el movimiento del ascensor.

—Vaya por Dios —jadeó Lindsey, sus ojos azules muy abiertos—. Eso fue casi tan fuerte como en el Hotel Royal Empire.

La mención de esa noche —la noche que compartimos en la Gala de San Valentín— hizo que mi cabeza diera vueltas. La respiración de Lindsey se entrecortó cuando nuestras miradas se encontraron, y vi mi propio deseo reflejado en sus ojos.

En ese momento, algo se rompió dentro de mí. Toda la tensión, todo el anhelo que había estado

conteniendo, salió a la superficie. Ya no podía resistirme. Ya no quería hacerlo.

Sin pensar, empujé a Lindsey contra la pared del ascensor, mi cuerpo presionando contra el suyo. Sus labios se abrieron con sorpresa, pero antes de que pudiera hacer otro movimiento, ella se abalanzó y capturó mi boca con la suya.

El beso fue electrizante, salvaje y hambriento. Mis manos encontraron su cintura y la acercaron más, mientras sus dedos se enredaban en mi cabello. Podía saborear la dulzura de su cacao en sus labios, mezclada con algo únicamente *Lindsey*.

—Ethan —gimió contra mi boca, el sonido enviando escalofríos por mi espalda. Profundicé el beso, mi lengua explorando la suya, mientras mis manos recorrían su cuerpo, trazando las curvas que había anhelado tocar durante una eternidad.

Los dedos de Lindsey jugueteaban con mi corbata, aflojándola mientras besaba a lo largo de mi mandíbula.

—He querido esto durante tanto tiempo —susurró, su voz ronca de deseo.

—Dios, Lindsey —gemí, presionándola más fuerte contra la pared—. Me vuelves loco, ¿lo sabes?

Nuestra respiración se volvió irregular mientras nos perdíamos el uno en el otro, el resto del mundo se desvanecía. Todo lo que importaba era Lindsey en mis brazos, su suave piel bajo mis dedos, sus labios sobre los míos.

—Tú también me vuelves loca —respondió Lindsey.

—Ya no puedo resistirme a ti. Me he contenido durante mucho tiempo —murmuré contra los labios de Lindsey, mi voz áspera de deseo—. Pero mi disciplina se ha agotado.

Su respuesta fue un suave gemido que me puso duro al instante. Estaba a punto de profundizar el beso cuando un agudo *›Ding‹* cortó el aire. Las puertas del ascensor se abrieron, revelando el vestíbulo vacío.

Nos separamos de un salto, ambos respirando con dificultad. Pasé mi mano por mi cabello despeinado, la frustración fluyendo a través de mí. Odiaba la pérdida de contacto, el frío repentino donde el cuerpo de Lindsey había estado presionado contra el mío.

Los ojos de Lindsey encontraron los míos, brillantes y excitados. Sin decir una palabra, extendió la mano y presionó el botón del piso ejecutivo. Mientras las puertas se cerraban, se volvió hacia mí con una sonrisa que hizo que mi corazón se acelerara.

—Este beso no tiene por qué terminar todavía —susurró, volviendo a mis brazos.

No dudé en atraerla hacia mí y capturar sus labios nuevamente. Mientras continuábamos nuestro apasionado abrazo, un recuerdo cruzó por mi mente: el Hotel Royal Empire, nuestra primera noche juntos. Lindsey había dicho las mismas palabras que yo le dije a ella. Pero esta vez era

Lindsey quien tomaba la iniciativa, sus manos recorrían mi pecho mientras me besaba con pasión desenfrenada.

—Lindsey —susurré, separándome por un momento—. Sabes que esto va en contra de la política de la empresa, ¿verdad?

Ella asintió, sus dedos jugueteando con los botones de mi camisa. —En este momento, me importa un bledo la política de la empresa, jefe.

Mierda, y a mí me importaban aún menos las reglas.



Te he echado de menos, Lindsey.



Capítulo 13 - Ethan

Valentine Tower, oficina de Ethan, Boston, un momento después.

CERRÉ LA PUERTA DE la oficina tras nosotros, el suave clic resonando en el silencio. Esta puerta no solía estar cerrada. Al darme la vuelta, vi la mirada fija de Lindsey sobre mí, sus labios aún entreabiertos e hinchados por nuestro apasionado beso en el ascensor. El aire crepitaba con tensión, denso y palpable entre nosotros.

—Lindsey —suspiré y di un paso más cerca, ajustando mis gemelos por costumbre. Mi pulso se aceleró mientras levantaba la mano y mis dedos acariciaban suavemente su mandíbula y luego su cuello. Incliné su cabeza ligeramente hacia atrás y dejé que mi pulgar descansara sobre su clavícula.

Ella tembló bajo mi toque, un suave jadeo escapó de sus labios.

—Ethan —susurró, sus ojos grandes y oscuros de deseo.

No podía apartar la mirada de ella, absorbiendo cada detalle: cómo su largo cabello ondulado caía sobre sus hombros o cómo se mordía el labio inferior con expectación.

—No deberíamos —murmuró Lindsey, incluso mientras se inclinaba hacia mi toque.

—¿Quieres que pare? —pregunté, mi voz profunda y ronca.

Ella negó con la cabeza. —No, yo... cielos. ¿Qué estamos haciendo?

No pude evitar sonreír ante su adorable *no-maldición*. Era tan típico de Lindsey. Sin otra palabra, salvé la última distancia entre nosotros, mi mano deslizándose hacia su nuca mientras la atraía hacia un beso profundo y absorbente.

Esta vez dejé caer mi reserva y puse todo mi deseo reprimido en el beso. Mi boca se movía hambrienta y desesperadamente sobre la suya.

Las manos de Lindsey se deslizaron por mi pecho, su toque ligero y exploratorio mientras trazaba los contornos de mis músculos a través de mi camisa. Un gruñido surgió de mi garganta. Sus caricias iban más allá de lo visible. Pero sentí cómo los dedos de Lindsey se grababan a fuego en mi memoria a través de mi piel.

Ella se acercó más, el calor de su cuerpo encendiendo cada terminación nerviosa. Sus dedos encontraron el botón superior de mi camisa y lo desabrocharon lentamente. El ritmo deliberado de sus movimientos me estaba volviendo loco, cada roce de sus dedos en mi piel enviando descargas eléctricas a través de mí.

—Maldita sea, Lindsey —gemí contra sus labios.

Ella se apartó ligeramente, un brillo travieso en sus ojos.

—Tú lo has dicho —suspiró.

Mis manos se deslizaron por los costados de Lindsey, trazando las curvas de su cintura bajo su blusa. Su piel se sentía como fuego, incluso a través de la tela. La atraje más cerca, anhelando más contacto.

—Oh, cielos —jadeó Lindsey cuando la levanté ligeramente y la presioné contra mi escritorio.

Nuestras manos cobraron vida propia mientras continuábamos besándonos. Sentí los dedos de Lindsey agarrando mi camisa con más fuerza, como si pudiera desaparecer. La idea de que nunca quisiera soltarme me hizo estremecer. ¿Por qué entonces simplemente se había ido?

Rompí el beso, necesitando ver el rostro de Lindsey. Mi respiración salía en jadeos entrecortados mientras la miraba: esos labios hinchados, mejillas sonrojadas y ojos azules, oscuros de deseo, maldición. Todo eso haría flaquear a cualquier hombre hecho y derecho. Lindsey me devolvió la mirada, su cuerpo arqueándose ligeramente, suplicando silenciosamente por más.

—Eres tan hermosa —murmuré y deslicé mis manos bajo su blusa.

La reacción de Lindsey fue instantánea. Se estremeció, sus ojos revolotearon cerrados mientras un suave gemido escapaba de ella.

—Oh, por todas las estrellas y planetas, voy a arder —suspiró.

—¿Está bien esto? —pregunté, mis dedos trazando patrones en su suave piel y aventurándose en territorios sensibles.

Ella asintió enfáticamente. —Más que bien. Es simplemente celestial, Ethan.

Me reí suavemente y me incliné para presionar un beso en su cuello. —Bien, porque estoy a punto de hacerte ver las estrellas.

Ya no podía contenerme más. Me incliné hacia adelante y dejé que mis labios vagaran desde el cuello de Lindsey hasta su clavícula. Su piel era increíblemente suave y tenía un ligero sabor a vainilla. Mientras exploraba su torso con mi boca, mis manos se deslizaron hacia su cintura para trazar sus curvas.

La cabeza de Lindsey cayó hacia atrás, dándome mejor acceso. Sus dedos se entrelazaron en mi cabello, sus uñas rascando ligeramente mi cuero cabelludo.

—Ethan —suspiró, su voz apenas más que un susurro.

La atraje más cerca, presionándola firmemente contra el escritorio. Mi exploración continuó, manos y labios trabajando al unísono para memorizar cada centímetro de ella. La respiración de Lindsey se aceleró, cada suave exhalación avivando aún más las llamas de mi deseo.

Su cuerpo se arqueó hacia el mío, igualando mi intensidad. El calor entre nosotros se hacía cada vez más fuerte, más intenso.

—Me estás volviendo loco —murmuré contra su piel.

Lindsey se rió sin aliento.

Mis manos se deslizaron más arriba y ahuecaron sus pechos a través de la delgada tela de su sujetador. Ella tembló bajo mi toque, su cuerpo respondiendo instantáneamente.

Lentamente, subí su blusa y la fui descubriendo centímetro a centímetro. Los ojos de Lindsey estaban fijos en mí. Sus labios estaban ligeramente entreabiertos, la anticipación se leía claramente en su rostro. Levantó los brazos para que pudiera quitarle la blusa completamente y acepté la invitación.

Su blusa aterrizó en el suelo y me embriagué con aquella visión.

El suave subir y bajar de su pecho, el leve rubor que se extendía por su piel, cómo su cadena plateada con estrellitas y una luna descansaba justo sobre su escote... todo era embriagador.

—Me estás mirando fijamente —dijo Lindsey en voz baja, con un toque de timidez en su voz.

Le devolví la mirada y vi mi propio deseo reflejado en ella. —¿Puedes culparme? Eres impresionante.

Su rubor se intensificó, pero no apartó la mirada. En su lugar, extendió la mano y jugó con mi corbata. —Tú tampoco te ves mal, ¿sabes? Aunque creo que estás un poco demasiado elegante para la ocasión.

Sonreí y me incliné para capturar sus labios nuevamente.

—Bueno —murmuré contra su boca—, deberíamos hacer algo al respecto, ¿no?

Sentí las manos de Lindsey recorrer mi pecho, su toque suave pero firme, mientras comenzaba a desabotonar mi camisa.

Sus dedos dejaban rastros de calor en mi piel.

—Oh, vaya —suspiró Lindsey y se mordió el labio inferior mientras contemplaba mi torso a través de la camisa abierta. Su mirada era intensa, todo su cuerpo temblaba ligeramente de excitación.

No pude evitar sonreír. Evidentemente, le gustaba lo que veía. Había trabajado duro para conseguir este cuerpo, pero por primera vez sentía que el entrenamiento realmente había valido la pena.

Lindsey se inclinó y plantó un suave beso en mi pecho. Luego otro. Sus labios me estaban volviendo loco. La atraje más cerca, porque para mi gusto aún había demasiado aire entre nosotros. Y cuando vi en su mirada que ella tampoco podía contenerse más, dejé caer mi control.

Con un movimiento rápido, levanté a Lindsey sobre mi escritorio y empujé su torso hacia atrás, de modo que se apoyara con la espalda sobre la superficie de la mesa. Su largo cabello rubio y ondulado caía sobre sus hombros. Era increíble lo hermosa que se veía Lindsey mientras devastaba mi normalmente impecable lugar de trabajo.

Los ojos de Lindsey brillaban de anticipación cuando separé más sus piernas.

—He querido hacer esto desde hace mucho tiempo —gruñí con voz ronca.

Subí la falda de Lindsey y dejé al descubierto sus muslos. Empezando por su rodilla, comencé a plantar suaves besos en su piel y fui subiendo cada vez más. La respiración de Lindsey se entrecortó, su cuerpo se tensaba con cada roce de mis labios.

—Oh —jadeó cuando me acerqué a su centro—. Ethan, por favor...

Sus palabras se perdieron en un gemido cuando alcancé mi objetivo. Me tomé mi tiempo, disfrutando cada momento y cada reacción. Los dedos de Lindsey se enredaron en mi cabello, su cuerpo se arqueó sobre el escritorio mientras continuaba con mis caricias. Hasta que llegué a la tela de sus bragas.

Aparté el delicado encaje de Lindsey y mi aliento hizo cosquillas en su piel. Ella jadeó suavemente cuando comencé a explorar su suave piel con mi lengua. Hasta que encontré su sensible perla.

Miré hacia arriba. La cabeza de Lindsey estaba echada hacia atrás, revelando la elegante línea de su cuello.

Redoblé mis esfuerzos, alternando entre suaves lamidas y presión firme. Las caderas de Lindsey comenzaron a ondular contra mi rostro.

Una y otra vez me suplicaba que no me detuviera. Y no lo hice, porque apenas estaba empezando. Solo cuando Lindsey hubiera gritado mi nombre, cuando mi nombre se hubiera grabado en cada terminación nerviosa, estaría dispuesto a parar. Esta vez no dejaría que Lindsey se escapara tan fácilmente. Intensifiqué los movimientos circulares con los que trabajaba el punto más sensible de Lindsey. Sus muslos, a ambos lados de mi cabeza, comenzaron a temblar. Mi propia excitación era casi dolorosa y presionaba contra mis pantalones a medida.

Deslicé dos dedos en el calor de Lindsey y los curvé mientras seguía acariciando su punto más sensible. Lindsey gritó y arqueó la espalda sobre el escritorio.

Estaba cerca, muy cerca. Podía sentirla contraerse alrededor de mis dedos. Aumenté la presión y la velocidad de mi lengua, decidido a llevarla al orgasmo.

El cuerpo de Lindsey se tensó como la cuerda de un arco. Por un momento, se quedó completamente quieta. Luego se deshizo en un agudo grito, oleadas de placer recorrieron su delicado cuerpo. La ayudé a atravesar las réplicas con suaves caricias y mimos. Cuando finalmente se calmó, le di un tierno beso en la cara interna del muslo.

El pecho de Lindsey subía y bajaba mientras recuperaba el aliento.

—Wow —jadeó—. Eso fue...

—Wow —respondí, sin poder evitar ver los paralelismos con nuestra primera noche juntos. Le di un beso en el muslo mientras Lindsey me miraba, intensa y aún ardiendo de deseo.

—¿Qué te parece si ahora nos ocupamos de tu corbata? —Los ojos de Lindsey se encontraron con los míos mientras su mano se deslizaba hacia mi corbata y me atraía hacia ella. Por un momento, sus dedos rozaron el alfiler de la corbata mientras me besaba y saboreaba su propio placer en mis labios.

Mientras intensificábamos nuestro beso, desabroché mis pantalones y liberé mi dureza.

No podía esperar más. La visión de Lindsey, sonrojada y temblorosa, extendida sobre mi escritorio, era demasiado para mí. Me coloqué entre sus piernas.

Lindsey inhaló expectante y separó un poco más las piernas cuando me posicioné en su entrada.

—Lindsey —dije, con la voz ronca por el deseo—. Dime que quieres esto.

—Sí —susurró ella, con la voz temblorosa—. Lo quiero. Te quiero a ti, Ethan.

Con una respiración profunda, me introduje lentamente en ella, dándole tiempo para adaptarse a mi tamaño. Sus paredes me envolvían tan estrechamente que podría haber terminado en ese mismo instante.

La última vez, había querido que Lindsey cerrara los ojos. Pero esta vez, quería que me mirara a los ojos mientras la follaba.

—Mírame —gruñí, esperando a que abriera los ojos. Cuando lo hizo, nuestras miradas se encontraron y me puse aún más duro.

—Buena chica.

Al principio, comencé a moverme lentamente, aumentando mi ritmo de manera tortuosamente lenta. Con cada embestida, los gemidos de Lindsey se hacían más fuertes, sus uñas se clavaban en mi espalda a través de mi camisa.

Cuando Lindsey se acostumbró a mi tamaño, agarré sus caderas y la follé más fuerte. Tan fuerte que sus gemidos se convirtieron en gritos que resonaron por todo el piso. Por mí, el mundo entero podía escuchar lo que le estaba haciendo a Lindsey. Una parte de mí incluso lo quería, porque significaba que todos los hombres sabrían que Lindsey era mía. Aunque solo fuera por esta noche.

Se sentía tan correcto que solo podía ser incorrecto. Pero no me importaba. No me importaban las consecuencias si podía seguir teniendo a Lindsey. Quería que me sintiera en todas partes, que recordara esta noche, que nos recordara a *nosotros*.

Cuando la respiración de Lindsey se aceleró, supe que estaba cerca de llegar al clímax. Redoblé mis esfuerzos, desesperado por llevarla al borde para poder atraparla de nuevo. Sus caderas se movían hacia mí, sus sonidos de placer me animaban.

—Ethan, yo... yo... —gritó Lindsey, mientras su cuerpo temblaba cada vez más violentamente.

—¿Qué pasa, cariño? —gruñí, acelerando el ritmo.

—Yo... yo... voy a...

—Córrete para mí —le susurré, embistiendo aún más fuerte.

Eso fue todo lo que necesitó. Con un grito ronco, el cuerpo de Lindsey se contrajo alrededor del mío, su orgasmo sacudió su frágil cuerpo. La sostuve con fuerza, disfrutando de la sensación de cómo se apretaba a mi alrededor mientras su clímax la arrasaba. Se corrió con fuerza y estaba casi seguro de que por un momento realmente solo vio estrellas.

—Oh, Ethan —jadeó Lindsey sin aliento.

El sonido de mi nombre en sus labios también me llevó al límite, y me derramé dentro de ella. Una explosión de sensaciones incandescentes recorrió mis venas. Me apoyé un momento sobre Lindsey, descansando mi cabeza sobre su torso.

El pecho de Lindsey aún subía y bajaba rápida e irregularmente mientras yo recuperaba lentamente el aliento.

Te he echado de menos, Lindsey.

La había echado de menos desde nuestra primera noche juntos, pero no me atreví a decirlo en

voz alta.

En lugar de eso, me apoyé de nuevo en mis brazos y aparté un mechón de pelo de su frente húmeda.

Lindsey me sonrió, su rostro sonrojado y hermoso. Me imaginé que su mirada decía que ella también me había echado de menos. Pero no era más que una ilusión, un deseo de que las cosas hubieran sido diferentes en aquel entonces.

Pasaron unos momentos antes de que me apartara completamente de la mesa y empezara a vestirme de nuevo. A Lindsey le llevó un momento más deslizarse de la mesa e intentar alisar su blusa arrugada.

—Deberíamos... limpiar —dijo Lindsey, con las mejillas sonrojadas mientras miraba el desorden que habíamos creado.

Asentí. —Sí, deberíamos. —En realidad, no me importaba el caos, pero no sabía qué más decir. Lindsey era la primera mujer que había puesto mi vida patas arriba. Y no parecía que fuera algo temporal. Cerca de ella, el caos mental en mi cabeza era un invitado permanente.

Intercambiamos una larga mirada, el peso de lo que acababa de suceder se asentaba.

—¿Deberíamos hablar de esto? —preguntó Lindsey mientras recogía papeles y carpetas. Con eso, Lindsey me había pasado hábilmente la pelota, para no tener que expresar ella misma lo que acababa de ocurrir.

—¿Hay algo que decir al respecto? —repliqué con otra pregunta, mi voz sonaba ronca.

Lindsey dudó por un segundo antes de negar con la cabeza. —No lo creo, señor Valentine.

Ya no me llamaba Ethan. Y con eso, Lindsey había marcado claramente las líneas. Nunca un *"señor Valentine"* se había sentido tan doloroso, casi como un puñetazo en el estómago.

—Bien —respondí, tratando de mantener mi máscara—. Entonces te llamaré un taxi ahora.

Capítulo 14 - Lindsey

Torre Valentine, piso 72, unas semanas después.

ME ENCONTRABA EN EL ascensor, rodeada por los persistentes aromas de las costosas lociones y perfumes de los accionistas que acababan de subir con Ethan y conmigo. Mis ojos inevitablemente se desviaron hacia Ethan, cuya gran figura llenaba el espacio a mi lado. La tensión entre nosotros era palpable, chisporroteando como electricidad en el aire.

Los accionistas estaban ocupados alabándose mutuamente y no me dirigían ni una mirada. Yo era *solo* la asistente. Menos mal que ninguno de ellos sabía que hace unas semanas yo era *solo* la pasante.

—Día largo —dije, rompiendo el silencio mientras descendíamos. Apreté con más fuerza el abrigo entre mis manos.

Ethan asintió, su expresión indescifrable. —En efecto.

Jugueteé nerviosamente con mi pulsera, hoy de oro rosado con dijes florales y perlas. Las últimas semanas habían sido... desafiantes, por decirlo suavemente. Desde nuestra noche juntos en su oficina, todo entre nosotros se había vuelto estrictamente profesional. No más miradas furtivas, ni coqueteos juguetones. Solo eficiencia fría y sonrisas corteses. Pero sobre todo, no más viajes en un ascensor vacío.

Y me estaba volviendo loca.

Cuando el ascensor sonó y las puertas se abrieron, me preparé para despedirme. Los accionistas pasaron junto a nosotros hacia la salida y ya habían desaparecido cuando Ethan me cedió el paso y salí del ascensor.

Justo cuando estaba a punto de abrir la boca para despedirme, mi estómago emitió un gruñido vergonzosamente fuerte.

Las cejas de Ethan se alzaron. Miró su reloj y luego de vuelta a mí. —¿Cuándo fue la última vez que comiste?

Hice un gesto desdeñoso. —Está bien, estoy bien. Simplemente tomaré una barrita de cereal de la máquina expendedora de camino a la salida.

—Una barrita de cereal no es una cena, Lindsey —dijo Ethan, su tono severo, pero sus ojos suaves de preocupación.

No pude evitar sonreír ante su instinto protector. —De verdad, está bien. Estoy acostumbrada a las noches largas y los bocadillos rápidos.

Y lo estaba, en la universidad ese había sido prácticamente el estado normal.

—Eso no es saludable —insistió él, continuando su camino por el vestíbulo. Lo seguí, mis tacones repiqueteando en el suelo pulido. —Sin discusiones, vas a comer algo.

—¿Y qué sugieres entonces, jefe? —pregunté provocativamente, antes de poder detenerme.

Ethan vaciló, y por un momento vi un destello de algo en sus ojos, ¿deseo? ¿arrepentimiento? Pero desapareció tan rápido como había aparecido, reemplazado por su habitual expresión serena.

—Hay un buen restaurante a dos manzanas de aquí —dijo finalmente.

Mi corazón se saltó un latido. ¿Estaba sugiriendo...?

—Puedes llegar caminando —añadió Ethan, dejando claro que no estaba proponiendo llevarme.

Por supuesto que no. Este era Ethan Valentine, el hombre que había dejado cristalino que nuestra noche juntos fue algo de una sola vez. Y la noche después de esa noche, aún más. Ethan Valentine era el hombre que ahora me trataba con nada más que fría profesionalidad.

Suspiré, mis hombros hundiéndose ligeramente. —De acuerdo, pasaré por allí. Buenas noches, Ethan.

Eso era una mentira. No estaba de humor para compadecerme de mí misma sola en un restaurante. Me había prohibido el tour de autocompasión después del mensaje de ruptura de Jake en San Valentín. Pero eso es exactamente lo que pasaría si me sentaba en un restaurante elegante, tal vez incluso romántico, y tenía que observar a docenas de parejas a mi alrededor en su felicidad.

Ethan asintió, su expresión indescifrable. —Bien. Deberías probar la sopa de almejas, es la mejor de todo Boston.

—Lo haré —respondí, mordiéndome los labios. No tenía idea de qué me había recomendado Ethan y me propuse buscar el plato en Google cuando estuviera fuera de su vista.

—Buenas noches, Lindsey —dijo Ethan finalmente.

Mientras me alejaba, no pude evitar sentir una punzada de decepción. Una parte de mí había esperado que Ethan y yo nos acercáramos de nuevo... pero no. Era mejor así. Más seguro.

Aunque cada fibra de mi ser gritaba por su tacto.

Estaba pasando justo frente a la recepción cuando la voz de Ethan me detuvo.

—Lindsey, espera.

Me di la vuelta, mi corazón dando un salto traicionero en mi pecho. Ethan estaba allí, molestamente atractivo en su traje a medida, su frente arrugada con preocupación.

—No vas a ir a comer, ¿verdad? —No era realmente una pregunta, sino una afirmación.

—No. Para ser honesta, ni siquiera sé qué es una *sopa de almejas* —respondí con sinceridad.

—Es una sopa de almejas, con verduras y tocino —explicó Ethan—. Perfecta para días fríos y lluviosos como hoy.

Lo admito, una sopa caliente sonaba tentadora. Durante días, el clima había estado gris y frío durante el día.

—¿Qué me delató, por cierto? —pregunté.

—Te muerdes el labio inferior cuando dices algo que no es lo que realmente quieres decir, pero no quieres contradecir —respondió Ethan diplomáticamente.

—¿Es así? —Alcé una ceja inquisitivamente, sintiéndome secretamente pillada. Mi cara de póker no era ni de lejos tan buena como la de Ethan.

—Sí —dijo él diplomáticamente—. Realmente deberías comer algo decente. Como tu jefe, debo asegurarme de que hagas un buen trabajo. Y si eso significa que tengo que arrastrarte al restaurante, que así sea.

Dudé, dividida entre mi estómago rugiente y mis instintos de autopreservación. Estar a solas con Ethan era un terreno peligroso.

—Está lloviendo —objeté débilmente.

—Eso no será un obstáculo —respondió él, dirigiéndose al mostrador de recepción y pidiéndole un paraguas a la recepcionista—. ¿Nos vamos?

Antes de que pudiera encontrar otra excusa, Ethan había abierto el paraguas, me había ayudado a ponerme el abrigo y me había guiado hacia afuera. La lluvia primaveral caía a cántaros. Nos apretujamos bajo el paraguas y percibí un toque de la colonia de Ethan, especiada y masculina. Me hizo dar vueltas la cabeza.

—Bueno —dije, desesperadamente tratando de romper la tensión mientras sorteábamos los charcos—. ¿Qué hay de esos informes trimestrales en los que el señor Valentine padre ha estado insistiendo estos últimos días?

Ethan sonrió, un gruñido profundo que sentí más que oí.

—Siempre trabajando, señorita Carter.

Mi estómago se contrajo, y no era de hambre.

—¿De qué más podríamos hablar si no es de los números trimestrales o del inminente acuerdo Johnson?

Ethan hizo una pausa antes de recomponerse y seguir caminando.

—Tiene razón —continuó—. El acuerdo Johnson se cerrará más rápido de lo esperado. Gracias a usted.

—¿Gracias a mí? —Parpadeé sorprendida mirando a Ethan. Al hacerlo, se desprendieron algunas gotas de lluvia que se habían quedado atrapadas en mis pestañas.

—Sí. —Ethan asintió—. Se está superando realmente, Lindsey. Ambos nos beneficiamos de ello. Después de todo, como asistente tiene una mejor visión general.

Asentí, sin atreverme a hablar. Ahí estaba yo, caminando bajo la lluvia con el hombre que deseaba desesperadamente, y todo de lo que podíamos hablar era trabajo. La montaña rusa emocional era mareante. Una parte de mí se regodeaba en sus elogios, mientras que otra parte quería gritar de frustración.

No quería ser su asistente estrella. Quería que me empujara contra la pared más cercana y me besara hasta dejarme sin sentido. Quería sus manos sobre mi cuerpo, sus labios en mi cuello. Yo quería...

—¿Lindsey? ¿Está todo bien? —La voz de Ethan interrumpió mis pensamientos cada vez más acalorados.

Me di cuenta de que me había detenido, con los puños apretados a los costados.

—Todo perfecto —mentí, forzando una sonrisa—. Solo estoy... muy hambrienta, supongo.

Los ojos de Ethan se entrecerraron ligeramente, pero no insistió. Seguimos caminando, y traté de concentrarme en la fría lluvia sobre mi piel, que ráfagas ocasionales soplaban sobre nosotros, en lugar de en el calor del cuerpo de Ethan tan cerca del mío.

Cuando llegamos frente al restaurante, Ethan se detuvo y sacudió el paraguas. Perlas de agua bailaron en el aire y me estremecí en mi abrigo húmedo. Ethan me miró, sus ojos escrutando mi rostro por un momento.

—¿Lista para la mejor sopa de almejas de la costa este? —preguntó.

—Lista —respondí.

Ethan abrió la puerta del restaurante y el olor a mariscos y pescado me golpeó como una bola de demolición.

Mi estómago dio un vuelco y me giré bruscamente, con una mano presionada sobre la boca.

—¿Lindsey? —La voz de Ethan estaba llena de preocupación—. ¿Qué sucede?

Tragué con fuerza, luchando contra la oleada de náuseas.

—Estoy bien —logré decir—. Es solo que nunca he sido una gran fan del pescado, pero hoy huele especialmente... *a pescado*.

Ethan frunció el ceño.

—Debería haberlo dicho antes.

—Pensé que no sería tan malo. No quería ser maleducada —murmuré.

—Podemos ir a otro restaurante —ofreció Ethan.

Negué con la cabeza, avergonzada. La idea de decepcionarlo me hacía doler el pecho, pero la perspectiva de sentarme en ese olor a pescado durante toda una comida era insoportable.

—En realidad, ¿le importaría si caminamos un poco más? El aire fresco podría ayudar.

—Por supuesto —dijo Ethan, cerrando la puerta del restaurante. Puso suavemente su mano en la parte baja de mi espalda y me guió lejos del olor ofensivo. El calor de su toque envió un escalofrío a través de mí, y maldije en silencio a mi cuerpo por esta traición.

Paseamos por las calles lluviosas de Boston, las luces de la ciudad reflejándose en los charcos como estrellas dispersas. Mis náuseas comenzaron a disminuir, reemplazadas por un vacío persistente en mi estómago.

—¿Se siente mejor? —preguntó Ethan, sus ojos oscuros escudriñando mi rostro.

Asentí y ofrecí una pequeña sonrisa.

—Mucho mejor, gracias. Lo siento, realmente no quería causar problemas.

Él descartó mi disculpa con un gesto.

—No se preocupe. ¿Hay algo más que quiera comer? ¿Algún lugar que no le haga sentir mal?

Abrí la boca para responder, pero mis palabras murieron cuando vi algo al otro lado de la calle. Un puesto de perritos calientes desgastado al borde de un pequeño parque, protegido bajo un enorme roble. Inmediatamente se me hizo agua la boca.

—En realidad —dije, tirando de la manga de Ethan y señalando—, me encantaría un perrito caliente.

Las cejas de Ethan se dispararon hacia arriba, su expresión normalmente estoica cediendo ante la sorpresa.

—¿Un perrito caliente? ¿De verdad quiere atiborrarse de comida rápida?

No pude evitar sonreír, sintiéndome un poco traviesa.

—No solo tengo ganas de perritos calientes, tengo un antojo extremo de perritos calientes. —Eso no era mentira, el antojo me había invadido y no podía hacer nada al respecto.

Ethan suspiró, pero pude ver el indicio de una sonrisa tirando de las comisuras de su boca.

—Muy bien, entonces un perrito caliente para usted.

Cruzamos la calle, esquivando charcos mientras nos dirigíamos al puesto. El vendedor, un hombre rechoncho con un bigote poblado y ojos brillantes, nos saludó con una risa retumbante.

—¡Vaya, vaya! ¿Qué trae a una pareja tan elegante a mi humilde establecimiento? —preguntó, señalando nuestra ropa de oficina con una espátula.

—Me gustaría un perrito caliente —dije, prácticamente balanceándome sobre la punta de mis pies—. Por favor, con extra, extra, extra de pepinillos. —Normalmente comía mi perrito caliente bastante sencillo. Pero hoy los pepinillos me sonreían.

El vendedor me guiñó un ojo.

—¡Una dama de mi gusto! ¿Y para usted, señor?

Ethan negó con la cabeza y le puso unos billetes en la mano al vendedor. —Nada para mí, gracias.

Mientras el vendedor preparaba mi perrito caliente, no pude evitar notar que Ethan me observaba con una expresión indescifrable. El aroma de las salchichas cocidas y el pan caliente llenaba el aire, haciendo que se me hiciera aún más la boca agua.

—Aquí tiene, señorita —dijo el vendedor, entregándome el perrito caliente cargado—. ¡El mejor perrito caliente de Boston, se lo garantizo!

Di un gran mordisco y disfruté de la explosión de sabores en mi boca. La acidez de los pepinillos, el mordisco de la salchicha, la suave calidez del pan... era el cielo.

—Santo perrito caliente con extra de pepinillos —murmuré con la boca llena—. Este no es el mejor perrito caliente de Boston, es el mejor perrito caliente que he comido en mi vida. ¡Podría comerme otro ahora mismo!

El vendedor sonrió de oreja a oreja mientras nos alejábamos lentamente del puesto. Mientras yo disfrutaba de mi perrito caliente, Ethan seguía sosteniendo el paraguas sobre nosotros.

Levanté la mirada y vi que Ethan aún me miraba fijamente, sus ojos oscuros intensos.

—¿Qué? —pregunté, de repente consciente de mí misma—. ¿Por qué me mira así?

Él parpadeó, como si saliera de un trance.

—No estoy mirando —dijo, su voz un poco demasiado casual.

Tragué saliva, mi corazón acelerado. —Totalmente estaba mirando.

—Solo estoy sorprendido —admitió—. Nunca había visto a nadie tan entusiasmado por un perrito caliente.

Me reí y sentí un calor que no tenía nada que ver con la comida.

—Bueno, tal vez debería probar uno. Viva un poco, Ethan.

Por un momento, pensé que había visto un destello de algo en sus ojos. Pero tan rápido como apareció, desapareció. La máscara profesional volvió a su lugar, y me pregunté si alguna vez entendería realmente el enigma que era Ethan Valentine.

Devoré el último bocado de mi perrito caliente y me sentí instantáneamente mejor. El hambre persistente que me había acosado toda la noche finalmente se había calmado. Me giré para agradecerle a Ethan por ceder a mi antojo cuando noté que su mirada seguía fija en mí.

Antes de que pudiera decir algo, su mano se movió hacia mi cara. Mi respiración se detuvo cuando su pulgar rozó suavemente la comisura de mi boca.

—Tenías un poco de salsa ahí —murmuró, su voz profunda y ronca.

El breve contacto envió escalofríos por mi espalda. Los recuerdos me inundaron: las manos de Ethan sobre mi cuerpo, sus labios dejando besos por mi cuello, la forma en que me había apretado contra él después de follarme. Luché contra el impulso de atraerlo hacia mí y besarlo justo allí en la calle húmeda por la lluvia.

—Gracias —logré decir, mi voz vergonzosamente sin aliento.

Ethan se aclaró la garganta y dio un paso atrás. El momento se rompió como un cristal frágil.

—Yo, eh, debería irme a casa —dije, esforzándome por recuperar mi alegría habitual—. Se está haciendo tarde.

—Tiene razón —asintió Ethan, su expresión indescifrable—. Probablemente sea lo mejor.

Levantó la mano y detuvo sin esfuerzo un taxi que pasaba. Cuando se detuvo en la acera, dudé, esperando desesperadamente que cambiara de opinión. Que me atrajera hacia él, al diablo con las consecuencias.

Pero Ethan solo abrió la puerta del taxi y me indicó que entrara. —Buenas noches, Lindsey —dijo en voz baja.

—Buenas noches —susurré de vuelta, deslizándome en el taxi. Ethan pareció dudar un momento, luego rodeó el taxi. Mi corazón latía salvajemente contra mis costillas. ¿Acaso iba a subir? ¿Una noche juntos en mi casa? ¿En la suya?

Pero en lugar de entrar al taxi, Ethan solo colocó el paraguas en el espacio para los pies del otro lado. —Aquí. Para que no te mojes demasiado cuando te bajes.

—Gracias —murmuré decepcionada.

Mientras el taxi arrancaba, observé a Ethan a través de la ventana trasera. Se quedó allí por un momento, la lluvia brillando sobre sus anchos hombros, antes de darse la vuelta y alejarse sin mirar atrás.

Me hundí en mi asiento, mi anterior euforia reemplazada por una sensación de vacío.

¿Cuánto tiempo más podría continuar este baile con Ethan antes de explotar de frustración?

He oído que Florida es hermosa en esta época del año.

Capítulo 15 - Lindsey

Torre Valentine, Boston, al día siguiente.

LAS PUERTAS DEL ASCENSOR se abrieron y entré en el piso 72 de la Torre Valentine, donde una ráfaga de aire cálido golpeó mis mejillas congeladas. Malabareaba con mi termo lleno de chocolate caliente y mi voluminoso abrigo de invierno, mis dedos rígidos por el frío mordaz del exterior. Incluso después de meses en Boston, aún no me había acostumbrado a este clima.

Es tu culpa por cambiar el sol de Florida por un clima más frío que los pies de un pingüino. Mi subconsciente iba al grano. Aunque la nieve del invierno había dado paso a la lluvia primaveral, no se sentía ni un poco más cálido. Sin embargo, no quería irme de aquí. Estaba aprendiendo mucho en Valentine Industries. Y luego estaba... Ethan.

Me froté las manos para calentarlas. Mi grueso abrigo de lana hacía poco para protegerme del frío, y mis orejas se sentían como carámbanos.

Camino a mi escritorio, escenas de ayer se repetían en mi mente: paseando por Boston con Ethan, devorando un perrito caliente. Cómo él me limpió suavemente una mancha de salsa de la comisura de los labios, y su toque provocó chispas en mí. Y luego... nada. Prácticamente me empujó a un taxi y me envió a casa. Ni siquiera hubo un beso de buenas noches. Simplemente no entendía a Ethan y sus señales contradictorias.

Anoche apenas pude pegar ojo. En su lugar, me revolví de un lado a otro intentando darle sentido a todo. En un momento había suficiente tensión sexual como para alimentar toda la ciudad, y al siguiente él era el Sr. Inaccesible. ¿Qué significaba todo esto?

Sumida en mis pensamientos, seguí caminando hacia la oficina de Ethan cuando escuché voces al otro lado del pasillo. Me congelé a mitad de paso al reconocer la voz profunda y tranquila de Ethan... y el tono coqueto de Isabella.

—Ay, Dios mío —susurré, mordiéndome el labio. Sabía que no debía escuchar a escondidas, pero la curiosidad ganó. Lentamente me desenrollé la bufanda y me esforcé por oír su conversación.

—Ethan, cariño, no puedes seguir evitando esto para siempre —ronroneó Isabella—. Lo que pasó aquella noche...

—Isabella, basta —la interrumpió Ethan bruscamente—. Te dije que fue un error. No volverá a suceder.

Mi corazón se hundió. ¿Qué noche? ¿Qué error? Apreté mi termo con más fuerza mientras una sensación de malestar se extendía por mi estómago.

—No seas tan frío, Ethan —dijo Isabella—. No puedes mezclar negocios y placer y esperar que no haya consecuencias.

Tragué saliva con dificultad, mis pensamientos se aceleraban. ¿Ethan e Isabella habían...? No, no podía ser. Pero la forma en que ella hablaba...

—Esta discusión ha terminado —dijo Ethan con firmeza—. Si me disculpas, tengo trabajo que hacer.

—¡Un momento, no te voy a dejar escapar tan fácilmente, Ethan! —protestó Isabella.

Escuché pasos acercándose y entré en pánico, tratando apresuradamente de parecer ocupada. Justo cuando estaba a punto de huir a mi escritorio, una voz alegre detrás de mí llamó:

—¡Buenos días, Lindsey! Vaya, qué tiempo de perros hace hoy, ¿eh?

Me di la vuelta y vi a Marcus sonriéndome, ajeno al drama que se estaba desarrollando. Las voces de Ethan e Isabella se callaron de inmediato.

—¡Oh! Eh, buenos días Marcus —balbuceé, mi cara se puso roja—. Sí, hace mucho frío hoy. ¡Brr!

Marcus frunció el ceño y me miró de arriba abajo. —¿Estás bien? Te ves un poco pálida.

—¿Yo? ¡Oh, estoy bien! —dije, con demasiada alegría—. Solo estaba pensando en, um, el frío. Afuera. Ya sabes, ¡siendo una chica de Florida no estoy acostumbrada a temperaturas por debajo de los 20 grados!

Me reí forzadamente y me maldije internamente. *Muy bien, Lindsey. Realmente brillante.*

Marcus arqueó una ceja, obviamente no me creyó, pero no insistió. —Claro, ¿qué te parece si te calentamos con algo de chisme de oficina? —Me sonrió.

Jugué nerviosamente con la pulsera en mi muñeca, un hábito que nunca había logrado superar del todo.

Mis pensamientos corrían mientras trataba de procesar lo que acababa de escuchar. Ethan e Isabella... ¿estaban juntos? La idea hizo que mi estómago se revolviera. Recordé cómo Ethan me había besado tiernamente en el ascensor, cómo sus fuertes brazos me habían envuelto haciéndome sentir segura y deseada. Ahora ese recuerdo se sentía manchado.

Apreté mi termo con más fuerza, obligando a mis manos a dejar de temblar.

—Tierra llamando a Lindsey —se rió Marcus, agitando su mano frente a mi cara—. ¿Estás segura de que todo está bien?

Dios, acababa de ignorar completamente a Marcus.

Me forcé a sonreír. —Lo siento, solo estaba... perdida en mis pensamientos. Tenemos un día muy ocupado por delante, ¿sabes?

Mientras nos acercábamos a la oficina de Ethan, no pude evitar preguntarme si yo solo había sido otra conquista para él. ¿Era esa la razón por la que había estado tan distante últimamente? La cita del perrito caliente, limpiar la salsa de mis labios... ¿todo había sido solo un juego para él? ¿Me trasladaría a otro departamento cuando se cansara de mí también?

Doblamos la esquina y ahí estaban: Ethan e Isabella. La tensión entre ellos era palpable. La mano de Isabella descansaba sobre el brazo de Ethan, pero él la apartó, con la mandíbula apretada.

—Ethan, necesito... —comenzó Marcus, pero Ethan lo interrumpió.

—Ahora no. Dame 5 minutos —gruñó, irrumpiendo en su oficina y cerrando la puerta de golpe tras él. Ethan nunca cerraba su puerta, y mucho menos la azotaba. ¿Qué estaba pasando aquí?

Me quedé allí, como si me hubiera caído un rayo. Había pensado que Ethan era diferente. Pero quizás era simplemente como cualquier otro tipo rico que usaba su poder para seducir a las mujeres y luego descartarlas cuando se aburría. E incluso si no fuera así, Ethan nunca me había indicado que lo nuestro pudiera convertirse en algo serio. Al contrario, siempre había enfatizado que lo nuestro era casual, algo de una sola vez.

Me quedé paralizada, mi cabeza daba vueltas.

Marcus se dirigió a Isabella, su habitual actitud despreocupada había sido reemplazada por algo más afilado. —Isabella, deberías volver al piso 71. Hay mucho que hacer para el trato Johnson.

Cuando Isabella pasó junto a mí en silencio, capté una bocanada de su caro perfume. Me habría empujado si no hubiera dado un paso a un lado.

Mi pecho se contrajo. ¿Qué oportunidad tenía yo contra alguien como ella?

—Parece que Isabella tampoco está teniendo un buen día —murmuró Marcus.

—Evidentemente —respondí, tratando de mantener la calma. No quería echar más leña al fuego, la situación ya estaba bastante tensa sin chismes de oficina.

—Sabes —dijo en voz baja—, si Isabella no fuera tan condenadamente buena en su trabajo, la habría enviado al departamento legal hace siglos.

Parpadeé, sorprendida por su franqueza. —¿Qué quieres decir?

Suspiró. —No puedo hacer nada hasta que se cierre el trato Johnson. No hay tiempo para formar a una nueva asistente. —Sacudió la cabeza—. Pero entre nosotros, ¿Lindsey? Esa mujer significa problemas.

Asentí, pero no me atreví a hablar. Si él supiera cuántos problemas podría significar realmente.

Recorrí los últimos metros hasta mi escritorio y Marcus me siguió. Se apoyó casualmente contra la mesa. Casi como si hubiera dejado el caos de hace un momento simplemente atrás en el pasillo.

—¿Cómo estás, Marcus? —pregunté, para romper el incómodo silencio que se había instalado en el área de recepción.

Se encogió de hombros, su caro traje moviéndose con él. —No me puedo quejar. Aunque en algún momento tengo que pillar a Ethan. Esperemos que con mejor humor que ahora. —Miró su teléfono y luego volvió a mirarme—. Entonces, ¿cómo va tu imperio de joyas? ¿Hay nuevas colecciones que debería conocer?

Sentí que una sonrisa genuina se dibujaba en mis labios. —Oh, apenas es un imperio. Solo un pequeño sueño.

—No te menosprecies —insistió Marcus—. La mitad de la torre no puede dejar de hablar de tus joyas. ¿Ese collar que llevas? Impresionante.

Negué con la cabeza, avergonzada. —Solo lo dices por decir.

—Lo digo en serio —dijo, inclinándose de manera conspiratoria—. Cualquiera que no note tus joyas es un idiota. Presentes excluidos, por supuesto.

Toqué el colgante inconscientemente, mientras una calidez se extendía dentro de mí ante el cumplido. —Gracias, Marcus.

Mientras charlábamos, me preguntaba involuntariamente qué había pasado realmente entre Isabella y Ethan, y sobre todo cuándo. La incertidumbre me carcomía, pero la aparté y me concentré en la charla ligera de Marcus y el reconfortante peso de mi cacao en mis manos.

En algún momento, el tema volvió al clima.

—Entonces, Lindsey —dijo Marcus, sus ojos azules brillando—, ¿algún plan para escapar de este frío de Boston? Oigo que Florida es hermosa en esta época del año.

—Sí, lo has oído de mí, hace unos cinco minutos. —Me reí, aunque incluso a mis oídos sonó un poco forzado—. Unos días de sol serían agradables, pero tengo que concentrarme en mi trabajo.

—Bueno, Lindsey, ¿alguna vez has pensado en trabajar en un clima más cálido? Oigo que el piso 71 es prácticamente tropical comparado con aquí arriba. —Marcus dejó que su mirada se desviara hacia la puerta de la oficina de Ethan para enfatizar la insinuación.

—El frío es el mismo en cada piso, Marcus. Además, estoy aquí por la experiencia, ¿recuerdas? —respondí, sabiendo que estaba defendiendo a Ethan. Cuando no era como hace un momento, podía ser diferente. Más cálido. Encantador. ¿O eso había sido solo un truco para conquistarme? El pensamiento hizo que mi pecho doliera. Jugueteé con la pulsera hecha a mano en mi muñeca, intentando mantenerme centrada.

—Además —continué, forzando una sonrisa—, solo estoy aquí por la experiencia. Tan pronto como aprenda lo que necesito, me iré.

"O tan pronto como Ethan se canse de mí", añadió mi subconsciente cínico.

Poco a poco, nuestra charla se desvió hacia una dirección menos opresiva. Marcus tenía un talento para difundir el buen humor, lo había notado también en las reuniones. Incluso hacía sonreír a los accionistas y miembros de la junta de mal humor. Para mí, Marcus se había convertido en otro mentor aquí. Un poco como un hermano mayor.

—Sabes, Lindsey, he estado pensando en comprarme un coche nuevo. Uno que realmente se ajuste a mi estilo de vida —comentó Marcus casualmente.

Levanté las cejas con interés. —¿Ah, sí? ¿Vas a cambiar tu diva? ¿Qué tienes en mente?

Marcus sonrió ampliamente. —Un coche de alquiler.

Tuve que reírme en voz alta. —Dios, qué chiste tan malo.

—Pero te has reído —respondió Marcus sonriendo.

En ese mismo momento, Ethan salió como una tormenta, su rostro era una máscara de irritación apenas contenida. Su mirada nos rozó, y sentí que mi corazón se saltaba un latido. Pero en su mirada no había calidez, ni un atisbo de la ternura que había visto ayer. En su lugar, su mandíbula se tensó cuando miró a Marcus.

—¡Whitman! —ladró, su voz resonando por la oficina—. A mi despacho. Ahora.

Me estremecí ante su tono y contuve la respiración. Marcus se enderezó, su actitud relajada se desvaneció. No era una buena señal, porque normalmente los cambios de humor de Ethan no afectaban a Marcus.

—El deber llama —murmuró, guiñándome un ojo antes de dirigirse a la oficina de Ethan.

Cuando desaparecieron tras la puerta que se cerraba, no pude evitar preguntarme qué le había

pasado a Ethan. ¿Tendría que ver con lo que fuera que hubiera ocurrido con Isabella? El recuerdo de su conversación, que yo había escuchado a escondidas. Preguntas y más preguntas daban vueltas en mi cabeza, y estaba casi segura de que nunca obtendría respuesta a ninguna de ellas.

Capítulo 16 - Ethan

Torre Valentine, Boston, unos días después.

NO PODÍA APARTAR LA mirada de ellos, por mucho que me retorciera las entrañas. Lindsey y Marcus estaban sentados demasiado juntos en la larga mesa de conferencias, sus hombros casi se tocaban mientras reían de un chiste. Los demás miembros de la junta y abogados dispersos a nuestro alrededor se difuminaban en un ruido de fondo mientras me concentraba en su despreocupada familiaridad.

¿Cuándo terminaría este estúpido descanso? Teníamos que esperar a papá, que había salido de la sala por una llamada urgente de Nueva York.

Marcus gesticulaba salvajemente, su cabello perfectamente peinado apenas se movía mientras le contaba a Lindsey su última historia de Europa.

—Así que ahí estaba yo, en ese yate en el Mediterráneo, cuando de repente el capitán empieza a gritar en italiano...

Los ojos de Lindsey se iluminaron, una sonrisa encantada se extendió por su rostro.

—¡Vaya! Siempre he querido ver Italia. Florencia, Venecia, Roma. Debe haber sido increíble. ¡Y la pizza!

—Fue impresionante —asintió Marcus, regalándole una sonrisa radiante—. Casi tan impresionante como lo estás tú hoy, Lindsey.

Apreté mi taza de café con más fuerza, la cerámica casi se rompió bajo la presión. Lindsey bajó la cabeza, un ligero rubor tiñó sus mejillas mientras jugueteaba con el colgante hecho a mano alrededor de su cuello.

—Oh, para ya, adulador —se rio y le dio un golpecito juguetón en el brazo—. Mejor cuéntame más sobre Italia.

Mientras Marcus comenzaba otra historia, me sorprendí escaneando el rostro de Lindsey, absorbiendo cada pequeña reacción. La forma en que sus ojos se arrugaban cuando sonreía. Cómo se inclinaba hacia adelante, pendiente de sus labios. El sonido melodioso de su risa resonando por la habitación.

—... ¡y entonces accidentalmente derramé la copa de champán sobre el CEO! —Marcus terminó su historia con un giro teatral de ojos.

Lindsey estalló en risitas y se cubrió la boca con la mano.

—¡Oh, no, Marcus! ¿Y qué hiciste entonces?

No pude contenerme. Las palabras salieron de mi boca antes de que pudiera detenerlas.

—Qué gracioso. Especialmente porque no sabía nada de este accidente con el champán, Marcus. Espero no tener que recordarte que, como vicedirector financiero de Valentine, representas a una empresa multimillonaria y debes causar una buena impresión.

La risa se detuvo abruptamente. Marcus y Lindsey se giraron y me miraron fijamente, con expresiones idénticas. Disfruté del momento de silencio atónito, aunque ya comenzaba a sentirme culpable. ¿En qué estaba pensando al ser tan obviamente grosero?

Me aclaré la garganta y me forcé a sonreír neutralmente.

—Bueno, ¿volvemos al acuerdo Johnson?

Me recliné, mi silla raspó el suelo.

—El señor Valentine aún no ha regresado —respondió Lindsey en voz baja, mirando hacia la puerta. Pude ver que le hubiera encantado salir corriendo para escapar de la incómoda atmósfera. Lindsey podría haberse ahorrado esto si no hubiera caído en el tonto coqueteo de Marcus.

—Tenemos que terminar esto. Cuanto antes, mejor. El acuerdo Johnson no se resolverá solo —dije secamente.

Marcus se reclinó, con una ligera arruga en su frente.

—Vamos, Ethan. Nunca hemos cerrado un trato tan rápido. ¿Por qué tanta prisa de repente?

Apreté los dientes y evité la mirada de Lindsey. Los celos seguían ahí, burbujeando justo bajo la superficie.

—Por eso mismo. Estamos avanzando bien. Quiero que siga así. El tiempo es dinero, Marcus.

Eché un vistazo a las notas que había tomado durante la reunión y las levanté.

Lindsey se puso de pie de un salto, sus ojos azules grandes y atentos.

—¿Quiere que las procese y las registre?

Asentí.

—Exacto. —Cuanto más lejos estuviera Lindsey de Marcus, mejor—. Y después puedes repartir las previsiones para los próximos trimestres.

—Por supuesto, señor Valentine. —Lindsey evitó mi mirada y se sintió terrible. No me gustaba avergonzarla así. Pero me gustaba aún menos que otro tipo coqueteara descaradamente con Lindsey.

Mientras se apresuraba por la sala, repartiendo papeles y haciendo copias, intenté concentrarme en la tarea que teníamos entre manos. Pero mis ojos seguían desviándose hacia su esbelta figura, la forma en que sus ondas rubio oscuro se balanceaban con cada movimiento.

Justo cuando se dirigía de nuevo hacia el asiento libre junto a Marcus, me aclaré la garganta.

—Lindsey, ¿podrías grapar estos informes? —pregunté, mi voz más áspera de lo que pretendía.

—¡Enseguida! —Me dedicó una tímida sonrisa que hizo que mi corazón se saltara un latido.

Me obligué a mirar los documentos frente a mí, pero las palabras se difuminaban. Todo en lo que podía pensar era en la risa de Lindsey, en la forma en que había mirado a Marcus.

Incluso cuando papá regresó y la reunión continuó, apenas capté la mayor parte. Estaba demasiado ocupado tratando de mantener a raya mis celos recién despertados.

Contrólate, Valentine.

Lindsey había dejado claro que no estaba interesada en mí. A estas alturas, especialmente desde ayer, debería tenerlo claro. Probablemente ni siquiera había notado la chispa en el aire. De lo contrario, me habría arrastrado al taxi con ella, me habría llevado a su apartamento o me habría pedido que la llevara al mío. Pero nada de eso había sucedido. Lindsey simplemente se había subido al taxi y se había ido a casa sola.

La suave voz de Lindsey interrumpió mis pensamientos.

—¿Debo añadir estas notas al margen?

Parpadeé y me di cuenta de que había estado mirando fijamente la misma página durante quién sabe cuánto tiempo.

—Sí, gracias —murmuré, intentando volver a centrar mis pensamientos en el trabajo.

Mientras la reunión se alargaba, me sorprendí a mí mismo dándole a Lindsey tareas cada vez más triviales, solo para mantenerla cerca de mí. Y cada vez que se levantaba de un salto para cumplir mis instrucciones, sentía una mezcla de culpa y satisfacción que me dejaba aún más confundido que antes.

Después de una eternidad interminable, la reunión finalmente llegaba a su fin y sentí una ola de alivio que me invadía. Los miembros de la junta recogían sus papeles y comenzaban a salir de la sala. Estaba a punto de exhalar aliviado cuando Gerald Hawthorne, uno de nuestros miembros más antiguos de la junta, se acercó a mí.

—Ethan, muchacho —dijo, y su bigote canoso se movió mientras hablaba—. Tengo algunas preguntas sobre las proyecciones para el tercer trimestre.

Asentí e intenté concentrarme en el rostro curtido de Gerald y no en Lindsey, que todavía estaba en la sala con Marcus. —Por supuesto, ¿qué puedo explicarle?

Mientras Gerald divagaba sobre fluctuaciones del mercado y márgenes de beneficio, capté fragmentos de la conversación de Marcus con Lindsey.

—Voy a un evento de networking este fin de semana. Quedan algunos lugares libres, por si te interesa —decía Marcus justo entonces, con su voz suave como la seda.

Mi estómago se contrajo. Apenas escuché la siguiente pregunta de Gerald cuando los celos volvieron a surgir en mí. ¿Lindsey y Marcus pasando todo un fin de semana juntos? La idea me daban ganas de golpear algo.

—¿Ethan? —Las cejas pobladas de Gerald se fruncieron—. ¿Ha estado escuchando?

Me aclaré la garganta. —Sí, disculpe. ¿Decía algo sobre los mercados asiáticos?

Mientras terminaba mi conversación con Gerald, mi mente trabajaba a toda velocidad. Tenía que hacer algo, cualquier cosa, para evitar que Lindsey pasara todo un fin de semana con Marcus. Pero ¿qué?

Gerald simplemente no dejaba de hablar. Tanto que me aclaré la garganta para interrumpirlo.

—Son buenas preguntas, pero las respuestas requieren tiempo. ¿Qué le parece si continuamos esto en mi oficina? ¿Digamos mañana por la mañana?

—Gracias, comunícale a mi asistente la hora —dijo Gerald, dándome una palmada en el hombro —. Ha sido un placer.

Logré esbozar una sonrisa forzada. —Igualmente, Gerald. Que tenga un buen día.

Tan pronto como se fue, me dirigí con determinación hacia Marcus y Lindsey. Mi mandíbula se tensó involuntariamente mientras me acercaba. Marcus seguía hablando sobre el evento de networking, del que no me había dicho ni una palabra.

—¿Entonces qué piensas? —le preguntaba Marcus a Lindsey en ese momento—. Será una gran oportunidad para conocer a algunos actores importantes de la industria.

Lindsey enroscaba un mechón de su cabello ondulado y parecía pensativa.

—Suena interesante —dijo lentamente—. Pero no estoy segura de si tendré el tiempo...

Contuve la respiración y esperé su respuesta. En mi cabeza ya estaba haciendo planes para mantenerla ocupada durante todo el fin de semana, incluso si eso significaba inventar trabajo de la nada. Porque estábamos adelantados a nuestro cronograma.

—Aún hay mucho por hacer —dije, interrumpiendo así la conversación entre ambos.

Marcus asintió y miró la pila de archivos en sus manos. —Es cierto. Me pondré a trabajar de inmediato.

—Bien —respondí asintiendo—. Nos vemos luego.

Marcus desapareció por la puerta y se dirigió a su oficina. Mi mirada se posó entonces en Lindsey, que estaba recogiendo sus cosas de la mesa de conferencias. Verla hizo que mi corazón latiera más rápido. Hoy llevaba el pelo recogido a medias hacia atrás, con un delicado pasador dorado.

—Lindsey —llamé, y mi voz sonó tensa incluso para mis propios oídos—. Volvamos a mi oficina. Tengo algunas notas que necesito que revises.

Ella asintió, su rostro profesional y sin emociones. —Por supuesto, señor Valentine.

Señor Valentine. Lindsey siempre me llamaba señor Valentine frente a otros empleados, pero normalmente cambiaba a Ethan cuando estábamos solos.

Mientras caminábamos lado a lado por el pasillo, noté de inmediato lo distante que parecía Lindsey. La calidez y la risa despreocupada que había compartido antes con Marcus habían desaparecido. Ahora sus respuestas eran breves y formales.

—Aquí —dije, entregándole una pila de papeles cuando llegamos a mi oficina—. Quiero que revises esto y trabajes en todos los puntos pendientes.

—Por supuesto —respondió Lindsey, sus ojos azules encontrándose brevemente con los míos antes de desviar la mirada—. Me pondré a trabajar en ello de inmediato.

Cuando se volvió para irse, me sorprendí a mí mismo preguntando: —¿Está todo bien, Lindsey? Pareces... diferente.

Se detuvo en la puerta, con la mano en el pomo. —Todo está bien, señor Valentine. ¿Hay algo más que pueda hacer?

Negué con la cabeza, sintiendo cómo se formaba un nudo en mi estómago. —No, eso es todo por ahora. Gracias.

Tan pronto como Lindsey salió de la oficina, me dejé caer pesadamente en mi silla y me froté las sienes.

¿Qué me pasaba? Me estaba comportando como un adolescente celoso, no como el director financiero de una empresa multimillonaria.

Miré fijamente el horizonte de Boston e intenté despejar mi mente. Pero todo lo que podía ver era la sonrisa de Lindsey mientras se reía de los chistes de Marcus. La forma en que se inclinaba hacia adelante cuando él hablaba. La relación relajada entre ellos.

Yo quería eso también. Lo quería con Lindsey.

—Contrólate, Ethan —murmuré para mí mismo—. Eres su jefe, maldita sea. Esto es totalmente poco profesional.

Pero incluso mientras intentaba convencerme a mí mismo, sabía que era inútil. La imagen de Lindsey y Marcus juntos en ese evento de networking me perseguía. ¿Cuánto tiempo más podría fingir que mis sentimientos por Lindsey eran puramente profesionales?

Me volví hacia mi escritorio, sintiendo cómo la determinación se apoderaba de mí. Encontraría la manera de mantener a Lindsey aquí este fin de semana, lejos de Marcus. No era lo correcto, y lo sabía. Pero no podía soportar la idea de verlos juntos.

¡Por todos los santos!, estaba metido hasta el cuello en algo de lo que ya no podía zafarme.

Respiré hondo y me calmé antes de presionar el botón del intercomunicador. —Lindsey, ¿podrías venir un momento, por favor?

Mi pulso se aceleró cuando oí sus pasos ligeros acercándose. Entró y me pareció que mi oficina se volvió un poco más cálida.

—¿Sí, señor Valentine? —Su voz era profesional, carente del calor que había mostrado antes hacia Marcus.

Me recliné en mi silla, intentando adoptar una postura relajada. —He revisado los documentos de hoy y creo que tendremos que hacer algunas horas extra este fin de semana para finalizarlo todo.

Algo centelleó en los ojos azules de Lindsey, ¿era alivio? Seguramente me lo había imaginado. A nadie le gustaba hacer horas extras, a nadie en absoluto.

—Por supuesto —respondió rápidamente—. Estaré encantada de ayudar. ¿Se trata solo del sábado?

Sentí una punzada de satisfacción, inmediatamente seguida de culpa. —Probablemente necesitaremos ambos días, solo para asegurarnos de que todo esté cubierto en el acuerdo Johnson.

Lindsey asintió, con una pequeña sonrisa en los labios. —No hay problema. Ajustaré mi agenda.

Cuando se volvió para marcharse, no pude evitar preguntar: —Espero no haber arruinado tus planes para el fin de semana.

Se detuvo, con la mano en el pomo de la puerta. —No pasa nada. Este acuerdo es importante.

La observé marcharse, dividido entre la euforia y el odio hacia mí mismo. ¿Qué estaba haciendo?

Eso es... extrañamente encantador.

Capítulo 17 - Lindsey

Torre Valentine, Boston, el mismo fin de semana.

REPRIMÍ UN BOSTEZO MIENTRAS sacaba el último montón de papeles de la fotocopiadora. Mis dedos se movían por sí solos, clasificando y grapando los documentos en un pulcro archivo. Cuando cerré la carpeta con un suave chasquido, suspiré audiblemente y dejé vagar mi mirada por el piso vacío.

La lluvia golpeaba contra las ventanas, convirtiendo el perfil de Boston en una acuarela borrosa. Las luces de la ciudad brillaban tenuemente a través del aguacero, recordándome lo tarde que se había hecho. Me froté los ojos y sentí cómo el peso de todo el día de trabajo se asentaba en mis huesos.

—Al menos no tuve que ir a ese evento de networking con Marcus —murmuré, estirando mis hombros rígidos. No es que me hubiera entusiasmado un fin de semana lleno de trabajo, pero al menos tenía una excusa válida.

Marcus era un buen tipo: divertido, despreocupado, siempre dispuesto a ir a tomar algo después del trabajo. Pero últimamente, su atención se sentía un poco... excesiva. Como un cachorro que constantemente busca aprobación. Yo prefería con creces nuestra relación relajada y fraternal. Mi interés estaba definitivamente en otro hombre. Incluso si Ethan se mostraba distante, no podía simplemente deshacerme de mis sentimientos por él.

Tomé el archivo terminado y me dirigí a la oficina de Ethan. Al acercarme a su puerta, que como siempre estaba entreabierta, respiré hondo y enderecé los hombros.

—Aquí está el informe final, señor Valentine —dije al entrar.

Ethan levantó la vista de su portátil, todavía pareciendo un modelo de catálogo. Cada cabello en su lugar, su camisa a medida aún sin arrugas, la corbata perfectamente anudada. ¿Cómo lograba siempre verse tan impecable? Yo, por mi parte, ya no tenía una postura disciplinada y ni siquiera quería empezar a hablar de mis ojeras.

—Gracias, Lindsey —respondió con voz neutra mientras tomaba el archivo—. Aprecio mucho tu duro trabajo hoy.

Me quedé torpemente de pie junto a su escritorio. —¿Hay algo más que pueda hacer?

Ethan miró su reloj, frunciendo ligeramente el ceño. —No, eso sería todo. Ya es bastante tarde, debería llevarte a casa.

Mi corazón dio un salto ante su oferta, aunque al mismo tiempo la decepción se extendió por mi pecho. Su tono era frío, profesional, muy diferente de la calidez que anhelaba, los tiernos besos que habíamos compartido no hace mucho tiempo.

Mientras Ethan cerraba su portátil y se ponía de pie, me sorprendí buscando en su rostro alguna señal del hombre que había vislumbrado bajo su fachada controlada. Pero su expresión permaneció impasible mientras me guiaba hacia la puerta.

—Realmente no es necesario —protesté a medias, mientras la esperanza se agitaba en mi estómago—. Puedo llamar un taxi...

—Tonterías —dijo Ethan con firmeza—. Está lloviendo a cántaros ahí fuera y es tarde. Insisto.

Me mordí el labio, dividida entre el deseo de pasar más tiempo con él y el temor de otro viaje en coche incómodo. Pero cuando la mano de Ethan rozó fugazmente mi espalda baja, guiándome hacia el ascensor, supe que no podía negarme. Al salir, agarré mi bolso de la mesa e intenté no volverme loca con su toque.

Luché por mantener la calma mientras caminábamos hacia el ascensor, extremadamente consciente de cada punto de contacto entre nosotros.

—Día largo —comentó Ethan en voz baja.

Asentí, luchando por dar una respuesta coherente. —Sí, lo fue... pero productivo. ¿No es así, señor Valentine?

—Ethan —replicó él.

—De acuerdo, Ethan —respondí. No me gustaba llamarlo por su nombre de pila, pues daba la impresión de familiaridad. Eso hacía que la distancia de Ethan doliera aún más a veces.

Al entrar en el ascensor, no pude evitar lanzar una mirada furtiva al reflejo de Ethan en las puertas pulidas. Él miraba al frente con expresión neutral y me pregunté qué estaría pensando.

¿Estaría pensando en mí? Probablemente no. ¿Por qué lo haría? Yo, por mi parte, solo podía pensar en que acababa de tener su mano en mi espalda y que ahora ese lugar se sentía extrañamente frío.

—El trato Johnson va bien —dijo Ethan, rompiendo el silencio cuando el ascensor comenzó su descenso—. Estás haciendo un buen trabajo.

—Oh, eh, gracias —respondí, jugueteando con uno de mis pendientes—. Me alegro de haber podido ayudar.

Observé el rostro de Ethan en el reflejo, buscando algún indicio de emoción más allá de su habitual expresión neutra. Pero como siempre, era imposible de leer.

—Parece que la lluvia no va a parar —me aventuré a decir, por decir algo.

Ethan asintió, con la mirada fija en los números cambiantes de los pisos. —Las lluvias de abril son así.

Me mordí el labio, frustrada por la charla trivial y torpe. Una parte de mí quería confrontarlo por su comportamiento caliente y frío, exigir respuestas sobre por qué había estado tan distante últimamente. Pero otra parte temía perderlo por completo. Ethan odiaba el drama y odiaba las confrontaciones.

Mientras el ascensor seguía bajando, no pude evitar recordar lo diferentes que se habían sentido las cosas aquella noche en la gala de Valentine. Cómo Ethan me había mirado entonces, como si fuera la única persona en la habitación. Ahora apenas parecía notarme.

De repente, Ethan se volvió hacia mí, su mirada se posó en mis orejas. —Esos pendientes —dijo con voz profunda y suave—. Son realmente hermosos. Eso mismo pensé la primera vez que los vi.

Mi corazón se saltó un latido. ¿Cuando la vio por primera vez? No había usado los pendientes desde... eso solo podía significar una cosa y esa realización me asustó.

Me estremecí internamente e intenté mantener mi rostro neutral. La gala de San Valentín. Él lo recordaba. Realmente lo recordaba, pero por alguna razón lo estaba ocultando de mí.

—Gracias —logré decir, mi voz sonando extrañamente aguda en mis propios oídos.

Las cejas de Ethan se elevaron ligeramente. —De nada —murmuró.

El aire en el ascensor de repente se sintió denso, cargado de una innegable tensión. Solo unos pocos centímetros nos separaban en este espacio confinado. No había nadie más aquí. Probablemente todo el edificio estaba vacío.

El lento viaje parecía prolongarse interminablemente, cada piso tardaba una eternidad.

Cerré los ojos brevemente y forcé a mi corazón acelerado a latir más despacio.

«Esto es ridículo, Lindsey», me regañé a mí misma. *«Él quiere una relación profesional. Eso es todo. Acéptalo de una vez»*.

Pero mi cuerpo no escuchaba a la razón. Cada terminación nerviosa se sentía viva, sintonizada con la proximidad de Ethan. Le lancé otra mirada furtiva, solo para descubrir que su mirada seguía fija hacia adelante.

El silencio entre nosotros se expandió, pesado con palabras no dichas y anhelos reprimidos, al menos de mi parte. Apreté con más fuerza la correa de mi bolso, mis nudillos se volvieron blancos mientras luchaba contra el impulso de extender la mano hacia él, para romper esa fachada irritantemente tranquila.

—Así que —dije, desesperada por llenar el silencio con algo—. ¿Algún plan emocionante para el resto del fin de semana?

—Trabajar —respondió Ethan, su voz más áspera de lo habitual.

—Ah, sí. Claro. —Respiré hondo y me obligué a no decir nada más. Prefería dejarme aplastar por el incómodo silencio que intentar otra vez una charla trivial tan vergonzosa.

Cuando salimos del ascensor, la mano de Ethan encontró su camino de vuelta a la parte baja de mi espalda, guiándome a través del garaje débilmente iluminado. La suave presión de su toque me envió escalofríos por la espalda.

Nos acercamos a un elegante Tesla Model S azul medianoche, y no pude evitar sonreír. Por supuesto que este era el auto de Ethan: de última generación, innovador e innegablemente elegante. Justo como él.

—Bonito coche —murmuré con aprobación.

Los labios de Ethan se curvaron en una rara media sonrisa mientras me abría la puerta del pasajero.

—Gracias —dijo, esperando hasta que me senté antes de cerrar suavemente la puerta.

Cuando se deslizó en el asiento del conductor, el auto cobró vida con un suave zumbido. El interior era de cuero suave y superficies brillantes, el tablero era un arreglo futurista de pantallas y controles.

Salimos del garaje en silencio, el golpeteo de la lluvia contra el parabrisas era el único sonido entre nosotros. Lancé miradas furtivas al perfil de Ethan, admirando la fuerte línea de su mandíbula, la intensidad en sus ojos mientras se concentraba en la carretera.

Me estrujé el cerebro buscando algo que decir, algo para romper este silencio opresivo, pero no se me ocurría nada. Por primera vez en mi vida, me quedé sin palabras. Pero entonces Ethan giró en la esquina y vi el letrero luminoso del nuevo restaurante de sushi.

Respiré hondo y decidí lanzarme.

—Así que, eh... ¿ya has probado el nuevo restaurante de sushi en Congress Street? —pregunté, haciendo una mueca internamente por lo forzado que sonó.

Los ojos de Ethan se deslizaron hacia mí brevemente antes de volver a la carretera. —Aún no. Pero he oído cosas buenas.

—¡Oh, es fantástico! —exclamé, agradecida de tener una respuesta—. Tienen este rollo con mango y aguacate... —comencé, pero Ethan me interrumpió.

—Pensé que odiabas el pescado —replicó Ethan frunciendo el ceño.

—Es mayormente el olor lo que me molesta —corregí a Ethan—. Pero aparte de eso, de todos modos prefiero el sushi vegetariano.

—Ya veo. —Ethan asintió—. Entonces, ¿cómo es el sushi vegetariano?

—Es simplemente... santos peces, es increíble.

Un destello de diversión cruzó el rostro de Ethan ante mi elección de palabras. —¿Santos peces?

Sentí que mis mejillas se calentaban. —Sí, bueno... intento mantener mi lenguaje apto para toda la familia. Nunca se sabe cuándo hay oídos pequeños cerca.

—Eso es... extrañamente adorable —dijo Ethan, su voz más suave de lo habitual.

Animada, continué. —Entonces, ¿cuál es tu pedido de sushi preferido? Déjame adivinar: ¿algo súper tradicional y sofisticado?

Ethan se rió, un sonido profundo y rico que hizo saltar mi corazón. —De hecho, tengo debilidad por el rollo Philadelphia. Hay algo en esa combinación de salmón y queso crema...

—¡No puede ser! —exclamé, girándome en mi asiento para mirarlo—. ¿El Sr. Elegante le gusta los rollos Philly?

—Soy versátil —respondió secamente, pero había una calidez en sus ojos que no había visto en mucho tiempo.

—Me cuesta creerlo —repliqué con el mismo tono seco.

Ethan alzó una ceja. —Hay muchas cosas que no sabes sobre mí, Lindsey.

La forma en que dijo mi nombre me envió un escalofrío por la espalda.

—Bueno —respondí, tratando de mantener mi voz tranquila—, tal vez deberías iluminarme.

Su mirada se encontró con la mía, intensa e ilegible. —Tal vez lo haga.

Mientras continuamos charlando sobre preferencias alimentarias y restaurantes favoritos, sentí que la tensión en el auto disminuía. Las respuestas de Ethan se volvieron más largas, más

animadas. Absorbí cada detalle: la forma en que sus manos se movían expresivamente cuando hablaba, el raro destello de sus dientes blancos cuando realmente sonreía.

Me recordó aquella noche en el Royal Empire Hotel, cuando hablamos durante horas en el bar. La misma electricidad crepitaba ahora entre nosotros, haciendo que mi piel hormigueara de conciencia.

Estaba tan absorta en nuestra conversación que casi no me di cuenta de las señales de tráfico que pasaban por las ventanas empapadas de lluvia. Frunciendo el ceño, miré alrededor y de repente me di cuenta de que no estábamos cerca de mi barrio.

—Eh, ¿Ethan? —me aclaré la garganta, mi corazón acelerándose—. Creo que te has equivocado de camino. Esta no es la ruta hacia mi apartamento.

Sus manos se tensaron ligeramente en el volante, pero su voz permaneció tranquila.

—Este es el camino correcto, Lindsey. No voy a tu apartamento. —Había una determinación en su voz que me hizo estremecer.

—Pero... ¿adónde vamos entonces? —pregunté con voz ronca.

La mirada de Ethan se desvió hacia mí brevemente antes de volver a la carretera. —A mi casa.

Esas palabras me golpearon como un cubo de agua helada.

—¿A tu casa? —chillé, con la cabeza dando vueltas—. ¿Por qué demonios vamos a tu casa?

Nos detuvimos en un semáforo en rojo, y Ethan se giró completamente hacia mí. La luz roja del semáforo proyectaba sombras sobre su rostro, haciendo que su expresión fuera aún más intensa de lo habitual.

—Porque —dijo en voz baja—, ya no puedo seguir mintiéndome a mí mismo.

Mi boca se secó. —¿Sobre qué exactamente?

Ethan se pasó la mano por el pelo, un gesto poco común de inseguridad en él.

—Sobre querer mantener las cosas entre nosotros estrictamente profesionales. —Su mirada se clavó en la mía, y sentí que apenas podía respirar—. No soy un hombre de relaciones, Lindsey. No me comprometo a largo plazo. Pero... —Hizo una pausa, su mandíbula se tensó—. Quiero explorar lo que sea que haya entre nosotros. Ya no puedo ignorarlo.

Mi corazón latía tan fuerte que estaba segura de que él podía oírlo. Las palabras de Ethan enviaron un escalofrío por mi cuerpo, mezclado con una buena dosis de aprensión. Había soñado durante tanto tiempo con escuchar algo así de él, pero ahora que estaba sucediendo, me quedé paralizada, insegura de cómo reaccionar.

Cuando el semáforo cambió, su mirada volvió a la carretera. Aun así, sentía que no podía respirar.

—¿Lindsey? —La voz de Ethan era suave, casi vulnerable—. Si no sientes lo mismo, solo dilo. Te llevaré a casa inmediatamente y podemos fingir que esta conversación nunca sucedió.

Lo miré fijamente, notando la tensión en sus hombros, la forma en que sus nudillos se blanqueaban en el volante. Por primera vez, la máscara cuidadosamente construida de Ethan se había deslizado, revelando un atisbo de incertidumbre debajo.

Tomé una respiración profunda, mi corazón acelerado.

—Yo... siento lo mismo, Ethan —finalmente logré decir, mi voz apenas un susurro.

Los hombros de Ethan se relajaron visiblemente, y una sonrisa se dibujó en las comisuras de su boca.

—Buen momento —dijo con voz ronca—. Porque acabamos de llegar.

A esto podría acostumbrarme fácilmente.

Capítulo 18 - Lindsey

Apartamento de Ethan, Boston, un momento después.

ENTRÉ EN EL APARTAMENTO de Ethan, mi corazón latía con emoción. La vista que me esperaba no era lo que había imaginado, y aun así era típica de Ethan.

La sala de estar abierta, que se fusionaba con una cocina bien equipada, estaba decorada en tonos cálidos de marrón, beige y crema. Elegantes tapizados de cuero adornaban los muebles de madera estilizados, y alfombras marrones de aspecto suave cubrían el suelo. Ventanales del suelo al techo ofrecían una vista impresionante del río Charles, con las luces de Boston brillando detrás.

Pero lo que cautivó mi mirada fueron los árboles bonsái, delicados y perfectamente podados.

—Vaya —suspiré, absorbiéndolo todo—. Esto es... no lo que esperaba.

Los labios de Ethan se curvaron en esa casi sonrisa suya. —¿Oh? ¿Y qué esperabas?

Me reí, jugueteando con mi pulsera. —No lo sé. ¿Más acero y vidrio quizás? Ya sabes, el típico aspecto de millonario. Esto es tan... cálido.

—Prefiero la comodidad en casa —dijo Ethan simplemente. Su mano rozó suavemente mi espalda baja mientras me guiaba más adentro.

Me detuve junto a uno de los árboles bonsái, admirando su diminuta perfección.

—Es hermoso —murmuré, inclinándome para verlo más de cerca.

—He estado cuidando este durante ocho años —dijo Ethan, su voz suave de orgullo.

Me giré para mirarlo, con los ojos muy abiertos. —¿Ocho años? ¡Pero es tan pequeño!

Sus ojos marrones se fijaron en los míos, intensos e indescifrables. —A veces hay que ser paciente para que la belleza se revele.

—¿Ah sí? —pregunté sin aliento.

—Sí —Ethan asintió—. Y a veces también lleva tiempo reconocer la belleza que ya está presente.

Un escalofrío me recorrió, y no era por el frío de la primavera de Boston. Las palabras de Ethan parecían tener un significado más profundo, y me pregunté si aún estaba hablando del bonsái.

—Eso es... bastante profundo —dije, mi voz apenas un susurro.

La mirada de Ethan se suavizó, y por un momento vi al hombre detrás de la fachada controlada. Mi corazón se saltó un latido, y tuve que resistir el impulso de extender la mano hacia él.

En su lugar, volví mi atención al bonsái. ¿Quién hubiera pensado que Ethan Valentine, el tranquilo y compuesto hijo del imperio Valentine, escondía un alma tan poética bajo sus trajes a medida y alfileres de corbata dorados?

Sentí el calor de Ethan antes de que sus brazos me rodearan por detrás. Sus dedos encontraron los botones de mi chaqueta y los abrieron uno por uno.

—¿Puedo? —murmuró, su aliento haciéndome cosquillas en el oído.

—Por favor —susurré, mi cuerpo ya respondiendo a su cercanía.

Suavemente deslizó la chaqueta de mis hombros, luego sus manos se movieron a los botones de mi blusa rojo brillante. Me estremecí cuando el aire fresco tocó mi piel, erizando los vellos de mis brazos. Los dedos de Ethan bajaron hasta mi falda, abriéndola y dejándola caer a mis pies.

Me quedé allí, solo en ropa interior, sintiéndome expuesta pero a la vez seductora. Los ojos de Ethan me recorrieron, bebiendo cada curva y peca.

—Eres impresionante, Lindsey —dijo con voz ronca—. No puedo tener suficiente de tu cuerpo. Es tan hermoso.

El calor subió a mis mejillas ante su elogio. Lo dejé mirar un momento más, disfrutando del deseo que veía en sus ojos. Luego, sintiéndome valiente, me arrodillé frente a él.

Mis dedos encontraron la cremallera de sus pantalones y la bajé lentamente. Miré a Ethan a través de mis pestañas, disfrutando cómo su respiración se entrecortaba.

—Es hora de que te devuelva el favor del otro día en la oficina —dije suavemente, liberando su dureza de la confina de sus pantalones.

Lo tomé en mi boca, saboreando la brusca inhalación de Ethan. Mi lengua rodeó su punta. La mano de Ethan se enredó en mi cabello, no guiando, sino simplemente sosteniéndose.

Mientras continuaba, escuché cómo la respiración controlada de Ethan comenzaba a entrecortarse. Sus caderas se sacudieron ligeramente, empujando más profundo en mi boca. Murmuré en aprobación, las vibraciones haciéndolo gemir.

Mi propio cuerpo estaba en llamas, cada terminación nerviosa hormigueando. Apreté mis muslos, buscando algo de alivio para el latido que se acumulaba entre ellos.

—Lindsey —gruñó Ethan, su voz tensa—. Me estás volviendo loco.

Me retiré, dejando que la dureza de Ethan saliera lentamente de mi boca.

—Bien —dije, sonriéndole—. Esa es exactamente mi intención.

Luego lo tomé de nuevo, decidida a descomponer completamente al siempre controlado Ethan Valentine.

Tomé su dureza más profundamente, centímetro a centímetro, mi determinación creciendo con cada respiración que Ethan dejaba escapar. Llenaba mi boca mientras trabajaba para tomar más. Quería sentir a Ethan completamente dentro de mí. Y no me di por satisfecha hasta que la punta de mi nariz rozó su vientre.

Los dedos de Ethan se tensaron en mi cabello. Miré hacia arriba y capté un vistazo de su rostro normalmente estoico, observándome con una mirada ardiente. Envió un escalofrío por mi cuerpo verlo así - me gustaba cuando perdía el control por mí.

Chupé con más fuerza, decidida a alcanzar mi objetivo. Mi nariz presionaba con más firmeza contra el vientre de Ethan, con toda su longitud enterrada en mi garganta. Me quedé quieta un momento, deleitándome con la plenitud, antes de retirarme lentamente.

—Dios mío, Lindsey —gimió Ethan, su voz más ronca de lo que jamás la había oído.

El sonido envió una corriente eléctrica por mi cuerpo. Mi centro ardía, mi clítoris palpitaba al ritmo de mi corazón acelerado.

Miré hacia arriba a Ethan, que aún estaba completamente vestido, mientras yo estaba de rodillas frente a él en ropa interior. El desequilibrio de poder debería haberme hecho sentir vulnerable, pero en su lugar era embriagador.

—Esto te gusta, ¿verdad? —preguntó Ethan, su voz tensa pero aún con un tono conocedor.

Asentí con un murmullo alrededor de su longitud, lo que le hizo gruñir.

—Qué buena chica —murmuró, el elogio envió otra ola de calor a través de mí.

Redoblé mis esfuerzos, decidida a llevarlo al límite. Quería ver a Ethan Valentine perder completamente el control, y no me detendría hasta lograrlo.

Así que intensifiqué mis movimientos, tomándolo profundamente una y otra vez, mientras mi lengua se frotaba contra la parte inferior de su dureza.

—Lindsey, yo... —comenzó a advertir, pero lo interrumpí con un gemido de protesta.

—No más contención, Ethan —supliqué, mirándolo intensamente—. Ambos nos hemos contenido demasiado tiempo, ¿no crees?

Ethan gruñó de nuevo, el sonido primitivo y electrizante. Su agarre en mi cabello se intensificó y su mirada se oscureció. Había logrado mi objetivo. Ethan me empujó de vuelta contra su dureza, empujándose más profundamente en mi boca. Gemí de nuevo, mis uñas se clavaron en los muslos de Ethan mientras trataba de tomarlo por completo.

Agarró mi cabello, sus caderas empujando hacia adelante y hacia atrás con creciente urgencia. Lo miré fijamente, agradecida y al mismo tiempo suplicando por más.

—Lindsey —gimió Ethan, su voz ronca—. Yo...

No pudo terminar su frase. Se puso aún más duro dentro de mí, embistió una última vez y se corrió. Tragué su esencia y disfruté de la forma en que Ethan me miraba.

Su agarre en mi cabello se aflojó y me retiré.

—Maldita sea —dijo Ethan entre respiraciones jadeantes. Ethan me tendió la mano para ayudarme a levantarme.

Me puse de pie y me incliné para darle un beso en la mejilla.

—Sí, *maldita sea* —dije, mi voz ronca por la excitación.

—Tú nunca maldices —dijo Ethan, levantando una ceja.

—Y tú nunca pierdes el control —contraataqué, sonriendo—. Además, lo disfruté mucho.

Ethan se rió, aunque sonó más como un jadeo. —Me di cuenta —dijo secamente y me atrajo hacia él para otro beso. Sus labios tomaron posesión de los míos con hambre. Me derretí en el beso, mi cuerpo acurrucándose contra el suyo.

Sin separarnos, tropezamos hacia el sofá. Parecía estar a kilómetros de distancia, pero el dormitorio se sentía tan lejos como si estuviera en otro planeta. Los ágiles dedos de Ethan hicieron un rápido trabajo con los botones de su camisa, mientras yo me deshacía de mi sujetador y bragas.

El cuero frío tocó mi espalda cuando Ethan me empujó suavemente hacia el sofá. Se cernía sobre mí, alto y masculino e increíblemente guapo. Luego se inclinó sobre mí y cubrió mi cuello de besos. Mi respiración se entrecortó cuando sentí su dureza en mi entrada.

—Ethan, por favor —gemí, arqueándome hacia él.

Sonrió, una rara expresión juguetona cruzando sus rasgos habitualmente estoicos.

—Paciencia, Lindsey —murmuró, continuando sus movimientos tortuosamente lentos.

Me retorcí debajo de él, desesperada por más contacto. —Por todos los cielos, Ethan Valentine, si no... ¡oh!

Mis palabras fueron interrumpidas por un jadeo cuando finalmente entró en mí. Comenzó con embestidas lentas y controladas que me hicieron aferrarme a su espalda.

—¿Es esto lo que querías? —la voz de Ethan era profunda y ronca en mi oído.

—Sí —jadeé—. Más, por favor.

Cumplió con la petición, su ritmo aumentando constantemente. Envolví mis piernas alrededor de su cintura y lo atraje más profundamente. El sofá crujió debajo de nosotros mientras nuestros movimientos se volvían más frenéticos.

Me perdí en las sensaciones: el deslizamiento de piel contra piel, la respiración pesada de Ethan, la presión acumulándose en lo profundo de mi vientre.

Las manos de Ethan encontraron mis pechos, su toque encendiendo chispas en mi piel. Los acunó suavemente, sus pulgares circulando alrededor de mis pezones hasta que se endurecieron. Me arqueé hacia su toque, anhelando más. Sus manos me habían incendiado y solo más caricias podían apagar el fuego.

—Eres tan hermosa —murmuró, bajando su cabeza para tomar uno de mis pezones en su boca.

Jadeé ante la sensación, mis dedos hundiéndose en el cuero debajo de mí. —¡Oh cielos, Ethan!

Alternaba entre lamer suavemente y succionar gentilmente, enviando olas de calor a través de mi cuerpo. Su otra mano continuaba amasando y acariciando mi otro pecho, pellizcando ocasionalmente el pezón con suavidad.

La doble estimulación era abrumadora. Me sentía como si estuviera flotando. Mi piel hormigueaba por todas partes, hipersensible a cada punto de contacto entre nosotros.

—Ethan —gemí, mi voz sin aliento y desesperada—. Por favor, necesito...

Soltó mi pezón, sus ojos oscuros encontrándose con los míos.

—¿Qué necesitas, Lindsey? Dímelo. —Me miró lleno de deseo.

—Más —jadeé—. Más fuerte. Quiero sentirte en todas partes.

Un gruñido profundo vibró en su pecho. Las embestidas de Ethan se volvieron más poderosas y penetraron más profunda y duramente. El cambio de ritmo me hizo gritar, mis manos se

movieron a los hombros de Ethan para apretarlo más contra mí, mientras mis uñas se clavaban en sus músculos. Él enterró su rostro en mi cuello, su barba raspaba deliciosamente mi piel sensible.

Todo mi cuerpo temblaba y se balanceaba al borde de la locura. La respiración de Ethan se volvió áspera, su habitual compostura se desvanecía. Verlo perder el control solo aumentaba mi excitación. Me encantaba cuando dejaba caer su expresión neutral y mostraba lo que realmente pensaba o sentía.

—Lindsey —gimió—. Se siente increíble. Tan estrecha, tan perfecta.

Sus palabras enviaron una nueva ola de calor a través de mí. Estaba tan cerca, la presión se acumulaba a un nivel casi insoportable. Cada embestida me llevaba más alto, más cerca de esa gloriosa cima.

—Ethan —jadeé—. Voy a... Estoy tan cerca...

Él levantó su cabeza y capturó mis labios en un beso ardiente. —Déjate ir, Lindsey.

Ya no pude contenerme más. Con un fuerte gemido, me deshice. Mi cuerpo se tensó alrededor de la dureza de Ethan, atrayéndolo aún más profundo.

—Oh, Dios —gemí, mis caderas presionándose contra las suyas.

El ritmo de Ethan se volvió errático, sus músculos se tensaron. Con un gemido profundo, me siguió al abismo, su longitud pulsando dentro de mí. La sensación de su calidez llenándome prolongó mi propio clímax, dejándome sin aliento y temblorosa.

Cuando las réplicas disminuyeron, la frente de Ethan descansó contra la mía. Nuestras respiraciones jadeantes se mezclaron en la habitación silenciosa.

Quería decir algo, pero simplemente no podía encontrar las palabras adecuadas para describir lo que estaba pasando dentro de mí. Estaba completamente exhausta, pero al mismo tiempo totalmente exaltada. Mi corazón latía salvajemente y estaba tan inundada de endorfinas que casi me sentía mareada.

Ethan se acostó de lado y me atrajo hacia su pecho. Exactamente como lo había hecho la noche de la gala de San Valentín. El recuerdo dibujó una sonrisa en mi rostro. Ethan alcanzó una suave manta que colgaba sobre el respaldo del sofá y nos cubrió a ambos con ella.

Me acurruqué más cerca de él, disfrutando del calor de su piel y el latido constante de su corazón. Mis dedos trazaban perezosamente las líneas de su pecho y me maravillaba de lo correcto que se sentía esto.

—Podría acostumbrarme a esto —murmuré, sintiéndome más contenta de lo que había estado en años.

Los brazos de Ethan me rodearon con más fuerza. —Yo también, Lindsey. Yo también.

Capítulo 19 - Lindsey

Valentine Tower, Boston, algunas semanas después.

ENTRÉ EN LA OFICINA de Ethan, mi corazón revoloteaba como siempre que estaba cerca de él. Miraba su portátil con expresión neutral, probablemente revisando los correos que yo había clasificado para él. Desde hacía unas semanas éramos un equipo bien engranado. Para ser exactos, desde que Ethan me llevó a su apartamento. No sabía exactamente qué había pasado entre nosotros esa noche, pero desde entonces las cosas eran diferentes. Mejores. No solo el frío primaveral de Boston había desaparecido dando paso al verano, sino que la máscara fría y neutral de Ethan también se había vuelto más cálida. Al menos cuando estábamos solos. Y para mi alegría, desde que se cerró el trato Johnson, habíamos estado bastante a menudo solos... y sin ropa.

Coloqué una taza de café humeante sobre el escritorio de Ethan. El aroma del café me llegó a la nariz y contuve la respiración.

—Buenos días, Ethan —dije, tratando de mantener mi voz tranquila a pesar de la oleada de náuseas que amenazaba con abrumarme.

Ethan levantó la mirada, sus ojos marrones se suavizaron al encontrarse con los míos.

—Lindsey —dijo con voz suave y familiar—. Gracias por el café.

Me forcé a sonreír y esperé que no notara lo pálida que estaba. —De nada. ¿Necesitas algo más?

Se reclinó en su silla y me examinó. —¿No te sientes bien? Pareces algo desmejorada.

—Oh, no es nada —dije, haciendo un gesto de despreocupación—. Probablemente solo sea una gripe de verano.

La frente de Ethan se arrugó con preocupación. —¿Estás segura? No pareces estar en tu mejor momento desde hace unos días.

Si él supiera. No había dormido bien en semanas, atormentada por náuseas constantes y una inexplicable inquietud. Pero no podía dejarle ver lo terrible que me sentía realmente. No quería que se preocupara.

—De verdad estoy bien —insistí—. Nada que un poco de descanso no pueda curar.

Ethan asintió, aunque no parecía completamente convencido. Sus ojos recorrieron mi figura y una pequeña sonrisa se dibujó en las comisuras de sus labios. —Por cierto, esa es una bonita blusa. El color te sienta bien.

Bajé la mirada hacia la blusa color burdeos que tuve que comprar porque ninguna de mis prendas antiguas me quedaba bien. Probablemente había lavado las blusas a una temperatura demasiado alta debido a mi falta de concentración en las últimas semanas.

—Oh, gracias —dije, tratando de ocultar la decepción en mi voz—. ¿Necesitas algo más antes de que me vaya?

—No, eso es todo por ahora —dijo Ethan—. Gracias, Lindsey.

Asentí y me di la vuelta para irme, dejando la puerta entreabierta. Tan pronto como estuve fuera de su vista, me desplomé contra la pared y luché contra las lágrimas. Odiaba esta ropa nueva y odiaba lo ajustada e incómoda que se sentía. Pero ¿qué opción tenía si nada más me quedaba bien?

Mis pensamientos se aceleraron mientras regresaba a mi escritorio. ¿Podría ser realmente solo la lavadora la que encogió todo? ¿O había otra explicación para que mis faldas ya no cerraran y mis blusas se tensaran sobre el pecho? Si las cosas seguían así, las blusas que acababa de comprar dejarían de quedarme bien en una o dos semanas. Porque cuando me probé las blusas en la tienda, hubiera jurado que me quedaban más sueltas.

Sacudí la cabeza, tratando de alejar esos pensamientos. Las cosas iban tan bien con Ethan últimamente. No éramos una pareja oficial, pero definitivamente se estaba gestando algo entre nosotros. Las miradas ardientes, los toques constantes, los viajes a casa de Ethan... Me estremecí al recordar nuestro último encuentro en la sala de café.

Tanto mayor era mi miedo de que nuestra delicada conexión se rompiera. La discusión entre Isabella y Ethan volvió a aparecer en mi mente. Afortunadamente, Isabella rara vez estaba en el piso ejecutivo desde que se cerró el trato Johnson. Sin embargo, no podía negar que a veces me sentía presionada por haber escuchado a escondidas, tal vez por eso me sentía tan mal. Y tal vez últimamente había comido demasiado helado como para caber en mis viejas blusas.

Me mordí el labio y giré nerviosamente mi brazalete alrededor de la muñeca. No podía soportar la idea de perder lo que Ethan y yo teníamos, fuera lo que fuese.

Con un profundo suspiro, me obligué a concentrarme en el trabajo. Pero cuando otra ola de náuseas me invadió, no pude sacudirme la sensación persistente de que esto era más que simples inseguridades.

Eché un vistazo a mi bolso, donde la prueba de embarazo estaba escondida bajo un montón de barras de chocolate y barritas de cereales. La prueba llevaba unos días en mi bolso, pero simplemente no había tenido el valor de hacerla. Mi corazón se aceleró mientras intentaba concentrarme en la tabla frente a mí, pero los números se difuminaban entre sí.

—Santo tarta de queso con canela extra —murmuré, frotándome las sienes—. Es solo la gripe. Contrólate, Lindsey.

Pero cuando las náuseas no mejoraron, supe que no podía ignorarlo por más tiempo. Agarré mi bolso y me apresuré hacia el baño, rezando por no encontrarme con nadie en el camino, pues era un desastre emocional.

Una vez dentro, me encerré en un cubículo, mis manos temblaban mientras abría la prueba.

—Está bien, tú puedes hacerlo —susurré, tratando de calmar mis nervios—. Es solo una simple prueba.

Los siguientes minutos fueron los más largos de mi vida. Caminé de un lado a otro en el pequeño espacio. Cada sonido del pasillo me hacía quedar paralizada, temiendo que alguien pudiera entrar.

—Por favor, por favor, por favor —susurré en voz baja, alternando entre mirar fijamente la prueba y mi reloj—. ¡Muéstrame el resultado de una vez!

Cuando se acabó el tiempo, cerré los ojos con fuerza, respiré hondo y miré hacia abajo.

Dos líneas rosas me devolvían la mirada.

—Oh, Dios mío —jadeé, y mis rodillas se debilitaron. Me desplomé sobre el asiento del inodoro, una mano se movió instintivamente hacia mi vientre. Aún estaba relativamente plano, pero ahora me imaginaba sentir una ligera curvatura.

—¿Puede ser esto real? —susurré, invadida por una mezcla de asombro y terror—. ¿Un pequeñito Valentine?

Tan pronto como el pensamiento cruzó mi mente, supe que tenía que hablar con Ethan. Esta prueba positiva lo cambiaba todo. Con piernas temblorosas, salí del baño y me dirigí hacia su oficina, mis pensamientos se atropellaban unos a otros.

¿Qué diría él? ¿Cómo afectaría esto a nuestra incipiente relación? Y lo más importante, ¿qué quería yo?

Al acercarme a su puerta, con el corazón latiendo tan fuerte que estaba segura de que él podría oírlo, me di cuenta de que no tenía idea de cómo empezar esta conversación.

«Oye Ethan, ¿recuerdas la noche de la gala? ¿Esa sin consecuencias? ¡Sorpresa, la consecuencia está creciendo ahora en mi vientre!», formulé una posible respuesta en mis pensamientos. Negando con la cabeza, me obligué a seguir caminando.

—Vaya, esto va a ser interesante —murmuré mientras ponía la mano en el pomo de la puerta de Ethan.

Respiré hondo, puse mi mejor *sonrisa de todo-está-bien* y llamé a la puerta de Ethan.

—¿Sí? —llamó su voz profunda y entré.

Ethan levantó la vista de su portátil, sus ojos marrones se suavizaron al encontrarse con los míos.

—Ethan —comencé, con la voz ligeramente temblorosa. Y entonces me detuve y deseché mi plan. Una prueba de embarazo positiva aún no tenía por qué significar nada. Tal vez la prueba era un falso positivo y solo estaba incubando una gripe. Una que llevaba semanas durando y por la que no soportaba el olor a pescado en un radio de tres manzanas.

—¿Lindsey? —preguntó Ethan, mientras yo permanecía de pie frente a él, en silencio y con la boca abierta.

—Tienes razón, Ethan. No me siento muy bien. ¿Estaría bien si me tomo el resto del día libre para ir al médico? —pregunté. Primero tenía que estar completamente segura de que realmente había un pequeño Valentine creciendo dentro de mí antes de hablar con Ethan al respecto.

Inmediatamente, la preocupación se dibujó en sus atractivos rasgos. Se puso de pie, su gran figura se alzaba sobre su escritorio. —Por supuesto, Lindsey. ¿Qué pasa?

Hice un gesto de despreocupación e intenté mantener un tono ligero. —Oh, como dije antes. Probablemente sea solo un molesto virus de verano. Realmente nada de qué preocuparse.

Ethan rodeó su escritorio, acortando la distancia entre nosotros.

—Yo mismo te llevaré al médico —ofreció, alcanzando su chaqueta.

Mi corazón se saltó un latido ante su atención, pero el pánico se encendió en mi pecho.

—¡No, no! Eso no es necesario —insistí, quizás demasiado rápido—. Estoy segura de que no es nada serio. Solo quiero asegurarme. —Omití que estaba bastante segura del resultado de la prueba. O que se trataba de una prueba de embarazo positiva de la que quería asegurarme.

La frente de Ethan se arrugó, su cara de póker se deslizó lo suficiente como para revelar una preocupación genuina.

—Al menos déjame organizar un chófer para ti —dijo en un tono que no admitía réplica.

Me mordí el labio, sopesando mis opciones. Rechazarlo solo lo haría más sospechoso.

—De acuerdo —cedí con un pequeño asentimiento—. Eso es muy amable de tu parte.

Mientras él tomaba su teléfono para hacer los arreglos, no pude evitar sentir un calor que se extendía por mi pecho. A pesar de mi ansiedad por el embarazo, la preocupación de Ethan por mi bienestar hizo que mi corazón se acelerara.

—El coche estará esperando abajo en cinco minutos —dijo Ethan, dejando a un lado su teléfono —. Y Lindsey, quiero que vayas a ver a mi médico personal. La consulta del Dr. Harris es la mejor de Boston. El chófer te llevará allí y te esperará.

Abrí la boca para protestar, pero las palabras murieron en mis labios cuando vi la determinación en los ojos de Ethan. Discutir solo provocaría más preguntas. En su lugar, asentí y ofrecí una débil sonrisa.

—Está bien —murmuré.

Cuando me volví para irme, la mano de Ethan sujetó suavemente mi brazo.

—Cuídate, Lindsey —dijo en voz baja, sus ojos buscando los míos—. Y llámame si necesitas algo, ¿de acuerdo?

Tragué saliva con dificultad, luchando contra las emociones que amenazaban con desbordarse.

—Lo haré —prometí, mi voz apenas un susurro.

—Y llámame también cuando sepas qué te pasa. —Una sincera preocupación se reflejaba en sus ojos.

—Por supuesto. —Asentí.

Mientras salía de su oficina, mi cabeza era un torbellino de pensamientos y sentimientos contradictorios. ¿Cómo diablos iba a manejar esto?

Capítulo 20 - Lindsey

Consultorio del Dr. Harris, Boston, el mismo día.

ESTABA SENTADA EN LA acogedora sala de espera del consultorio del Dr. Harris, con los dedos hundidos en el dobladillo de mi falda lápiz. La recepción estaba tranquila, salvo por la conversación en voz baja de la secretaria al teléfono y el suave crujir del papel. A diferencia de la mayoría de las consultas médicas estériles, esta estaba pintada en tonos verdes y no olía a desinfectante, sino a cera de abeja y limón. A pesar del ambiente relajante, mis pensamientos estaban lejos de ser pacíficos.

¿Debería habérselo dicho a Ethan? La pregunta rebotaba en mi cabeza como una bola de pinball, negándose a calmarse. Por un lado, tenía derecho a saberlo. Por otro, ¿y si no quería escuchar esas palabras? ¿Y si destruía todo lo que habíamos construido en las últimas semanas? ¿Y si me rechazaba como a Isabella?

Mordisqueé mi labio y sentí el ligero sabor a cereza de mi bálsamo labial. En ese momento, la puerta se abrió, interrumpiendo mi debate interno. Una mujer de unos cuarenta y tantos años, con ojos marrones cálidos y una sonrisa tranquilizadora, salió.

—¿Lindsey Carter? —llamó.

Me levanté y alisé mi blusa. —Soy yo —dije, intentando mantener la voz calmada.

—Soy la Dra. Amanda Stevenson —dijo, extendiendo su mano. Su apretón era firme y reconfortante—. Pase, por favor.

La seguí al consultorio y noté un elegante vestido floreado bajo su bata blanca. Algo en ella me tranquilizó casi de inmediato. Esperaba que tanto la Dra. Stevenson como el Dr. Harris respetaran la confidencialidad médica. De lo contrario, Ethan se enteraría de mi posible embarazo más rápido de lo que me gustaría. Por eso había enfatizado tres veces en la recepción que nadie debía saber de mi visita a la Dra. Stevenson, la ginecóloga de la clínica.

—Bien, Lindsey —dijo la Dra. Stevenson, mirándome expectante—, ¿qué la trae por aquí hoy?

Respiré hondo. —Yo... creo que podría estar embarazada —logré decir. Se sentía surrealista pronunciar esas palabras en voz alta. La Dra. Stevenson me escuchó pacientemente mientras le hablaba sobre las náuseas, las *escapadas de perros calientes con extra-extra pepinillos* y la prueba de embarazo positiva.

La Dra. Stevenson asintió, su expresión neutral pero amable.

—De acuerdo, vamos a echar un vistazo. —Señaló una camilla—. Por favor, recuéstese y descubra su vientre para el examen.

Asintiendo, me acosté en la camilla y subí mi blusa. Luego, aplicó el gel frío sobre mi vientre. Me estremecí ligeramente, tanto por la temperatura como por la anticipación.

—Esto podría sentirse un poco extraño —advirtió, mientras presionaba el transductor contra mi vientre—. Pero no se preocupe, es completamente seguro.

Intenté leer su expresión mientras movía el aparato sobre mi vientre, pero su rostro permaneció impenetrable. El silencio se extendió, interrumpido solo por el suave zumbido del ecógrafo.

Finalmente, la Dra. Stevenson se volvió hacia mí con una sonrisa. —Bien, Lindsey, puedo confirmar que efectivamente está embarazada.

Santo cielo. Las palabras me golpearon como una ola. Me quedé sin aliento y sentí que una extraña mezcla de terror y alegría me invadía. Mi mano se movió instintivamente hacia mi vientre, y sentí lágrimas acumulándose en las esquinas de mis ojos.

—Oh, santa bandeja de galletas Snickerdoodle —susurré con voz temblorosa—. ¿De verdad estoy... voy a ser madre?

La cálida sonrisa de la Dra. Stevenson se ensanchó mientras me felicitaba. —Sí, lo será. Felicidades, Lindsey.

Me quedé sin palabras, mi cabeza daba vueltas con mil pensamientos a la vez. Mi mano permaneció en mi vientre, como si de alguna manera pudiera sentir la diminuta vida que crecía dentro de mí.

—Sabe —continuó la Dra. Stevenson con voz suave—, muchas mujeres ni siquiera se dan cuenta de que están embarazadas en esta etapa. Su cuerpo está pasando por tantos cambios, es completamente normal sentirse un poco abrumada. Y créame, en un abrir y cerrar de ojos, las náuseas desaparecerán por sí solas.

Asentí, todavía incapaz de formar palabras.

—¿Le gustaría ver a su bebé? —preguntó la Dra. Stevenson con una sonrisa, poniendo una mano en el monitor de ultrasonido.

Mi corazón dio un salto. —Sí, por favor —logré susurrar.

La Dra. Stevenson giró el monitor hacia mí. Señaló la pantalla.

—Ahí está su pequeño tesoro.

Miré fijamente la pantalla, hipnotizada. Para ser honesta, esperaba ver una pequeña burbuja, pero lo que vi fue un bebé diminuto, minúsculo. Mi bebé.

Un sentimiento abrumador de amor y instinto protector me invadió. Las lágrimas corrían por mis mejillas. ¿Así que mi bebé era el responsable de que no pudiera soportar el olor a pescado en las últimas semanas? ¿O de que llorara con prácticamente todas las series de televisión, sin importar si eran comedias o dramas?

—Oh, santa piñata —murmuré, usando una de mis expresiones favoritas—. Ese... ese es *mi* bebé.

La doctora asintió sonriendo. —¿Tiene alguna pregunta?

Asentí. —¿De cuánto estoy?

La Dra. Stevenson miró el ultrasonido y luego el calendario en la pared. —Bueno, basándome en lo que veo aquí... Diría que probablemente tuvo un San Valentín bastante romántico.

Jadeé, mis pensamientos volaron inmediatamente a la Gala de San Valentín. Ethan. Nuestra noche juntos.

Durante mi relación con Jake, había tomado la píldora y la dejé... cuando llegué a Boston. Sin mencionar que Jake y yo nunca habíamos tenido la chispa que Ethan y yo tuvimos desde el primer día.

—Por su expresión, parece que di en el clavo —dijo la Dra. Stevenson guiñándome un ojo.

—Podría ser —susurré, mi corazón latía aceleradamente y mis pensamientos apenas podían seguir el ritmo.

La voz de la Dra. Stevenson interrumpió mis pensamientos arremolinados. —¿Le gustaría una foto del ultrasonido?

—Sí, por favor —dije de inmediato, con la voz temblorosa por la emoción. Mientras imprimía la imagen, añadió con una cálida sonrisa—: Sin duda el padre estará encantado de verla. Dele mis felicitaciones, ¿de acuerdo?

Se me cortó la respiración. Ethan. El padre. ¿Cómo iba a decírselo? Cuando la Dra. Stevenson me entregó la pequeña imagen en blanco y negro, me quedé mirándola fijamente mientras mi

mente daba vueltas.

¿Debería decírselo a Ethan? La idea de ocultárselo me provocaba dolor de estómago, pero la perspectiva de contárselo me asustaba aún más. No teníamos una relación. Nunca habíamos hablado de un futuro juntos, y mucho menos de tener hijos. ¿Y si no quería este bebé? ¿Y si me guardaba rencor por cambiarlo todo?

—¿Está todo bien? —preguntó la Dra. Stevenson con suavidad mientras me limpiaba el líquido frío del vientre con una toalla.

Asentí y me obligué a sonreír. —Sí, gracias. Solo estoy asimilando todo esto.

Luego, pasé los dedos por mi vientre aún plano, pensando en la diminuta vida que crecía dentro de mí. Nuestro hijo. De Ethan y mío.

Mientras la Dra. Stevenson me bombardeaba con docenas de folletos sobre clases de preparación al parto, exámenes necesarios y otras cosas, solo podía pensar en Ethan. No podía decírselo a Ethan. Aún no. Quizás nunca. No nos habíamos comprometido el uno con el otro, y él nunca había insinuado que quisiera formar una familia. Este bebé era mi responsabilidad, mi alegría y mi desafío al que tenía que enfrentarme.

No te preocupes, mini Valentine. Mami cuidará bien de ti. Saldremos adelante juntos.

Mis ojos se llenaron de lágrimas, de miedo, determinación y amor por este diminuto ser que acababa de descubrir. Respiré hondo y enderecé los hombros. Podía hacerlo. Tenía que hacerlo. Por mi bebé. De alguna manera, idearía un plan. ¿Para qué servían esas clases de preparación al parto si no era para prepararme para todas las eventualidades? Pero antes de hacer más planes, necesitaba una reserva familiar de helado de chocolate.

Capítulo 21 - Lindsey

Apartamento de Lindsey, Boston, esa misma tarde.

ESTABA TUMBADA EN MI sofá, abrazando un cojín contra mi pecho, mientras pensamientos sobre mi inesperado embarazo daban vueltas en mi cabeza. El sol de la tarde se filtraba a través de las cortinas transparentes de mi pequeño apartamento de una habitación, proyectando un cálido resplandor sobre la mesa de café donde yacía la imagen de la ecografía. Mis ojos se vieron atraídos hacia ella, un aleteo de sentimientos maternales se agitó en mi pecho.

—Esto es una locura —murmuré mientras alcanzaba la imagen. Mis dedos trazaron los contornos de la pequeña mancha que se convertiría en mi hijo.

Exhalé un profundo suspiro, mi mirada vagó hacia el techo, donde grietas y manchas de agua formaban patrones a través de la habitación. Ciertamente, el apartamento no era el Four Seasons, pero lo había amueblado de manera acogedora. No podía permitirme más con mi salario de becaria. Y hasta hace poco, creía que me mudaría de vuelta a Florida en unos meses.

Pero mi empleo como asistente de Ethan y el embarazo habían echado por tierra todos mis planes. Por supuesto, no había perdido de vista mi objetivo. Pero para ser honesta, me gustaba bastante trabajar con Ethan.

¿Seguiríamos llevándonos tan bien cuando supiera de mi embarazo? Ethan merecía saber la verdad, ¿no? Siempre era tan tranquilo y racional; tal vez sabría qué hacer.

—Muy bien, Lindsey —me dije a mí misma, enrollando un mechón de mi cabello rubio oscuro

alrededor de mi dedo—. Puedes hacerlo. Solo díselo. Todo saldrá bien. Probablemente. Tal vez. —Miré fijamente mi smartphone que yacía sobre la mesa. Ethan me había pedido que lo llamara cuando supiera más. Pero no había sido capaz de hacerlo.

Tres palabras simples. Estoy embarazada. Pero esas palabras cambiaban tanto. No solo para mí, sino también para Ethan. Solo le había enviado un breve mensaje diciendo que necesitaba el resto del día libre.

Un golpe me sacó de mis pensamientos y me sobresalté. Alguien estaba en mi puerta. Me quedé paralizada, preguntándome quién podría ser. Otro golpe siguió, esta vez más insistente. Como no esperaba visitas, supuse que alguien se había equivocado de puerta. E incluso si no, no tenía nervios para tipos que intentaran venderme mejor internet, un contrato de teléfono o seguros.

Pero los golpes no cesaron. Así que decidí ir de puntillas hasta la mirilla y echar un vistazo. Pero cuando intenté levantarme, mi pie se enredó en la manta con la que me había acurrucado. El tiempo pareció ralentizarse mientras perdía el equilibrio y agitaba salvajemente los brazos.

Un suave chillido se me escapó cuando caí de rodillas con un golpe sordo. El impacto envió ondas de choque a través de mi cuerpo, y me estremecí mientras me frotaba las rótulas. —Genial, Lindsey, muy grácil. Y súper silenciosa.

Soplé un mechón de cabello rebelde fuera de mi cara y sentí que mis mejillas se calentaban de vergüenza. Ahí estaba yo, en el suelo, como un dócil perro salchicha, mientras quienquiera que estuviera en la puerta ahora sabía con certeza que yo estaba en casa.

—¿Lindsey? ¿Está todo bien ahí dentro? —la voz preocupada de Ethan se filtró a través de la puerta, haciendo que mi corazón se saltara un latido. ¡Ethan estaba en la puerta!

—¡Estoy bien! —respondí apresuradamente, tratando de liberarme de la traidora manta—. Yo... eh, ¡solo estoy moviendo algunos muebles! —Me encogí ante mi propia excusa lamentable, molesta por haberme delatado de manera tan torpe.

Me puse de pie, maldiciendo mis pobres habilidades de coordinación. Una parte de mí realmente quería ver a Ethan, abrazarlo, besarlo. Pero otra parte apenas podía mirarlo a los ojos, con este enorme secreto que literalmente llevaba conmigo.

Respiré hondo, me pasé la mano por el cabello y puse la mano en el pomo de la puerta. Solo entonces me di cuenta de que la foto de la ecografía seguía sobre la mesa. Rápidamente, caminé de puntillas hasta la mesa, tomé la foto y la metí en el cajón de los cubiertos porque no se me ocurrió un mejor escondite. La necesidad agudiza el ingenio.

Luego, me forcé a poner una expresión neutral y abrí la puerta. Ahí estaba él. Ethan, impresionantemente guapo, con el ceño fruncido de preocupación. En sus manos sostenía un recipiente con sopa de pollo china y un paquete de helado de chocolate.

—No estaba seguro si preferirías sopa o helado —dijo con su voz profunda que me provocó un escalofrío por la espalda—. Para que te recuperes pronto.

Mi corazón se derritió ante este gesto. Aquí estaba este hombre poderoso y exitoso trayéndome comida reconfortante como un caballero de reluciente Armani.

—Oh, Ethan —suspiré y sentí un calor extendiéndose en mi pecho que no tenía nada que ver con mi condición actual—. Eso es muy dulce de tu parte.

—Con gusto —respondió Ethan, sosteniendo ambos recipientes en alto—. Entonces, ¿qué te apetece?

—Me quedo con ambos —dije y me hice a un lado para dejarlo entrar. Mientras entrábamos en mi diminuto apartamento, sentí una punzada de inseguridad sobre su tamaño en comparación con su lujosa oficina y su aún más lujoso loft.

—¿Cómo te sientes? —preguntó Ethan, sus ojos marrones examinando mi rostro con genuina preocupación.

—Mejor —respondí, frotándome el antebrazo con vergüenza—. Solo necesito descansar un poco, eso es todo.

—Me alegra oír que estás bien. —Los hombros de Ethan se relajaron visiblemente.

No pude evitar sonreír, aunque protesté: —No tenías que venir, Ethan. Estoy segura de que tienes un montón de trabajo que hacer.

Él colocó la comida en mi mesa de café y me miró seriamente.

—Tenía que venir —admitió en voz baja—. No habría podido concentrarme sin saber que estabas mejor. Y te echaba de menos.

Mi corazón se aceleró con sus palabras, y me pregunté cómo iba a decirle a este hombre que se convertiría en padre. La idea me hizo agarrar el helado, buscando desesperadamente una distracción.

Saqué dos cucharas del cajón de la cocina, donde yacía la prueba de nuestra noche juntos en la gala de San Valentín.

—Toma —dije, ofreciéndole una de las cucharas a Ethan—. ¿Te sientas conmigo?

Se dejó caer en el sofá, su gran figura haciendo que mis pequeños muebles parecieran diminutos. Me acurruqué a su lado, muy consciente de su calor y del leve aroma de su loción para después del afeitado.

Tomé unas cucharadas de la sopa antes de volverme hacia el helado de chocolate y le pasé la sopa a Ethan.

—¿Te apetece *Netflix and Chill*? —pregunté, sonrojándome inmediatamente por la insinuación —. Quiero decir, ¿solo Netflix? Ya sabes, ¿simplemente ver algo?

Las cejas de Ethan se alzaron ligeramente y las comisuras de sus labios se curvaron con

diversión.

—En realidad, nunca he usado Netflix —admitió.

Jadeé con fingido horror. —¿Qué? Entonces deberías tomarte las próximas semanas libres, porque tenemos que llenar algunos vacíos serios en la cultura estadounidense.

Se rio, un sonido raro que hizo revolotear mi interior. —De acuerdo, profesora. ¿Qué hay en el plan de estudios?

—Hmm —reflexioné mientras revisaba las opciones—. ¿Drama, ciencia ficción o comedia? Y para que lo sepas, el terror está prohibido. Soy demasiado cobarde.

Los labios de Ethan se curvaron en una sonrisa, y sentí que mis mejillas se calentaban.

—¿Qué? —murmuré avergonzada.

En lugar de responder, dejó la sopa en la mesa, pasó un brazo por mis hombros y me acercó más a él. Prácticamente me derretí contra él, olvidando mis náuseas anteriores mientras inhalaba su tranquilizadora presencia.

—Comedia —dijo en voz baja—. Creo que ambos podríamos usar algo de qué reírnos.

Asentí y elegí *Plan B* con Jennifer Lopez. Amaba esta película. Cuando comenzaron los créditos iniciales, me acurruqué aún más cerca de Ethan. Mi corazón latía con fuerza, y me pregunté si podía sentirlo latir.

—Lindsey —murmuró Ethan, su aliento cálido en mi oído.

Me volví hacia él, nuestros rostros a solo centímetros de distancia. —¿Sí?

Sus ojos, normalmente tan reservados, estaban suaves con una emoción que no pude nombrar del todo. —Realmente me alegro de que te sientas mejor.

Mientras la película avanzaba, me concentré más en las reacciones de Ethan que en la trama. Su brazo permaneció alrededor de mí, un peso reconfortante que hacía hormiguear mi piel. En la pantalla, Jennifer Lopez acababa de descubrir que estaba embarazada, y sentí que mi corazón se saltaba un latido.

—Oh —dijo Ethan, su voz sonaba casual—. Se trata de un embarazo. No lo sabía.

Miré a Ethan, buscando algo en su rostro que no encontré. —¿Alguna vez has pensado en tener hijos?

La expresión de Ethan permaneció neutral, pero sentí que se tensaba ligeramente.

—Podría imaginarlo —dijo con cautela—. Tal vez algún día. Pero en este momento, hay tanto que hacer en Valentine Industries. Una familia sería... —Hizo una pausa, eligiendo sus palabras —. Sería difícil equilibrarlo todo.

Mi corazón se hundió. Había esperado entusiasmo, o al menos apertura a la idea. En cambio, su respuesta diplomática se sentía como un rechazo cortés que casi aplastó mi corazón.

—Ya veo —dije, forzando una sonrisa. Alcancé el helado, buscando desesperadamente una distracción. Mientras tomaba otra cucharada, me di cuenta de una cosa. No podía contarle sobre el embarazo. No quería arriesgarme a perder lo que estábamos construyendo.

Para distraerme, me acurruqué aún más cerca de Ethan, disfrutando del calor de su cuerpo.

—Este helado es fantástico —dije, ofreciéndole un bocado—. ¿Quieres probar?

Ethan declinó diplomáticamente. —No, gracias, estoy bien con la sopa.

Me reí y en su lugar me metí otra cucharada de helado en la boca. Una gota aterrizó en mi barbilla. Sin pensarlo, Ethan extendió la mano para limpiarla y luego lamió su pulgar. Nuestras miradas se encontraron, y por un momento, el aire entre nosotros crepitó con tensión.

Me aparté, mis mejillas ardiendo por su toque.

—Lo siento —murmuré, jugueteando con un cojín—. Yo... todavía estoy un poco... ya sabes.

Ethan tomó mi mano, su pulgar trazando círculos en mi palma.

—Lindsey —dijo suavemente—. No tienes que disculparte.

Asentí, incapaz de hablar más allá del nudo en mi garganta. Mientras volvíamos a la película, intenté concentrarme en el momento presente: la sensación de Ethan a mi lado, el sabor del chocolate en mi lengua. Pero mis pensamientos seguían desviándose hacia el futuro, hacia el secreto que crecía dentro de mí y las decisiones que tendría que tomar.

Admitidamente, una parte de mí había deseado que Ethan reaccionara un poco más como Alex O'Loughlin cuando se enteró del embarazo de J.Lo. No es que necesitara un cochecito personalizado para gemelos, pero un poco menos de neutralidad podría haberme quitado el miedo de contarle la verdad a Ethan.

Mi visión se nubló, las lágrimas se acumularon en mis ojos sin querer. Parpadeé rápidamente, tratando de contenerlas, pero algunas escaparon y rodaron por mis mejillas.

—¿Lindsey? —La voz de Ethan estaba teñida de preocupación. Extendió la mano y giró suavemente mi rostro hacia él—. ¿Estás bien?

Asentí y me obligué a sonreír. —Sí, todo está bien. Es solo... la película. Es tan hermosa.

La frente de Ethan se arrugó, su pulgar limpiando una lágrima. —¿Estás segura de que es solo eso?

Por un momento, vacilé. La verdad flotaba en la punta de mi lengua, suplicando ser dicha. Pero entonces recordé sus palabras de antes, sobre cómo una familia no encajaría en este momento. Tragué saliva con dificultad.

—Por supuesto —dije, mi voz apenas un susurro—. Ya sabes, este tipo de películas, combinadas con helado de chocolate, simplemente hacen que mis hormonas se vuelvan locas.

Ethan me acercó más, sus brazos envolviéndome en un cálido abrazo. Enterré mi rostro en su pecho e inhalé su aroma familiar. Era reconfortante y desgarrador al mismo tiempo.

—Está bien —murmuró, acariciando mi cabello—. Déjalo salir hasta que te sientas mejor.

Tomé aire temblorosamente y me obligué a calmarme. Esto era ridículo. Tenía que controlar mis emociones antes de revelar todo.

Mientras presionaba mi rostro contra el pecho de Ethan, agradecí que no pudiera ver mi expresión. Probablemente me habría descubierto de inmediato.

«Solo unas semanas más», pensé. «Pronto estos cambios de humor habrán pasado y podré pensar con claridad de nuevo».

Capítulo 22 - Ethan

Valentine Tower, Boston,

unos días después, por la mañana.

RESPIRÉ HONDO UNA VEZ más e intenté concentrarme de nuevo en los informes financieros esparcidos sobre mi escritorio. Pero mis ojos seguían desviándose hacia Lindsey. Algo en ella era diferente. Desde hacía unos días, irradiaba una luz que la hacía lucir aún más hermosa de lo habitual. Debería alegrarme de que finalmente se hubiera recuperado de su gripe, pero algo al respecto me inquietaba. Lindsey transmitía una inquietud que me ponía nervioso. Constantemente jugueteaba con sus joyas o con los bolígrafos hasta desarmarlos. Evidentemente, me faltaba una pieza del rompecabezas para entender qué le pasaba.

Me pasé la mano por el pelo e intenté apartar estos pensamientos ridículos. Probablemente todo era producto de mi imaginación, porque simplemente no sabía lidiar con este tipo de sentimientos que Lindsey despertaba en mí. Era muy posible que Lindsey siempre hubiera sido así, pero que yo recién ahora me diera cuenta de estas peculiaridades.

Presioné el botón del intercomunicador. —Lindsey, ¿podrías traerme otro café, por favor?

—¡Por supuesto, Ethan! Voy enseguida.

Momentos después, se oyó un suave golpe en mi puerta. Lindsey entró con una taza humeante en las manos. El aroma del café fuerte y oscuro llenó el aire.

—Aquí tienes —dijo, colocando la taza sobre mi escritorio. El café se balanceó peligrosamente cerca del borde de la taza. Sus dedos rozaron los míos, enviando una descarga eléctrica por todo mi cuerpo.

Levanté la mirada y examiné su rostro. Sus mejillas estaban ligeramente sonrojadas y parecía... inquieta. Sus dedos jugueteaban con las cuentas de colores de su collar, un hábito nervioso que ya había notado antes.

—¿Está todo bien, Lindsey? —pregunté, esforzándome por sonar tranquilo y neutral a pesar de la preocupación que me carcomía.

Me dedicó una sonrisa radiante, pero no llegó del todo a sus ojos.

—¡Por supuesto! Todo perfecto. ¿Por qué lo preguntas?

Me recliné en mi silla y mantuve el contacto visual.

—Hoy pareces un poco... distraída.

La sonrisa de Lindsey vaciló brevemente antes de recomponerse. —Oh, ya me conoces y mi apetito voraz. Además, se me han ocurrido nuevas ideas para joyas, apenas puedo esperar para llevarlas a cabo.

Asentí lentamente, pero no le creí ni por un segundo. —¿Fue por eso que no tenías tiempo anoche?

—Eh. Sí. —Lindsey asintió—. Exactamente por eso no tenía tiempo.

—Ya veo —dije. Pero no le creía ni una palabra. Lindsey me ocultaba secretos. Para no delatarme, mantuve mi expresión neutral. Para ser sincero, el rechazo de Lindsey me había afectado más de lo que quería admitir. Le había preguntado después del trabajo si quería cenar conmigo, pero ella se había negado diciendo que estaba ocupada. *Ocupada*. Ni siquiera había podido darme una razón concreta. En mi opinión, esta era otra pieza del rompecabezas que contribuía más a la confusión que a ayudar a entender el panorama general.

—¿Hay algo más que pueda hacer por ti, Ethan? —preguntó Lindsey.

—No —respondí, mirándola fijamente a los ojos.

Lindsey no logró sostener mi mirada, por lo que se giró hacia la puerta. —Llámame si necesitas algo.

Cuando cruzó la puerta y volvió a su asiento, suspiré profundamente. Era evidente que me ocultaba algo, y esa revelación dolía más de lo que quería admitir.

Intenté concentrarme en mi trabajo y forcé mi atención de vuelta al interminable flujo de correos electrónicos que inundaban mi bandeja de entrada. Estaba decidido a vaciar mi bandeja de entrada antes del almuerzo.

Pero mis pensamientos seguían divagando, reproduciendo en bucle los gestos nerviosos de Lindsey y sus respuestas evasivas.

Miré hacia Lindsey. El suave tecleo de su teclado llegaba hasta mí, interrumpido ocasionalmente por clics de su ratón. Sacudí la cabeza y me obligué a volver a la tarea.

Después de unos veinte minutos de productividad a medias, levanté la vista de mi portátil. Se me cortó la respiración cuando descubrí a Lindsey junto al dispensador de agua al otro lado de la oficina, conversando con Marcus.

Marcus estaba apoyado contra la pared, su cabello perfectamente peinado brillaba. Decía algo y gesticulaba animadamente con sus manos bien cuidadas. Y Lindsey... se reía. Realmente se estaba riendo del comentario que acababa de hacer.

Una oleada de celos me invadió, más intensa que cualquier cosa que hubiera sentido en años. Mi mandíbula se tensó tanto que podía oír el rechinar de mis dientes. Agarré los reposabrazos de mi sillón. Mis nudillos se pusieron blancos mientras luchaba contra el impulso de ir hacia allá y... ¿qué? No tenía ningún derecho sobre Lindsey. No éramos pareja. No tenía derecho a decidir con quién hablaba o de quién se reía.

Pero maldita sea, cuánto lo deseaba.

Lindsey prácticamente resplandecía, sus ojos azules brillaban mientras se reía de sus bromas. Quería que me mirara así a mí, que se riera así de mis palabras.

Observé cómo Marcus se inclinaba más cerca de ella y decía algo en voz baja que hizo que los ojos de Lindsey se abrieran de par en par. Ella le dio un golpecito juguetón en el brazo, sus mejillas se sonrojaron. Su sonrisa de un millón de dólares, que le dedicó a Lindsey, fue como un cuchillo retorciéndose en mis entrañas.

—Contrólate, Ethan —murmuré para mí mismo y forcé mi mirada de vuelta a la pantalla. Pero no podía concentrarme en los correos electrónicos en lo más mínimo.

Normalmente no era una persona celosa. Pero algo en Lindsey sacaba a relucir ese lado posesivo y protector en mí que apenas reconocía. Quería ir allá y dejar claro que ella estaba fuera de límites. Pero no podía.

Debajo del escritorio, cerré mis manos en puños. No podía oír su conversación, pero tampoco lo necesitaba. El lenguaje corporal de Marcus lo decía todo: cómo se inclinaba hacia ella, cómo sus ojos nunca abandonaban su rostro. Y Lindsey... Dios, no podía soportar terminar ese pensamiento.

Me obligué a respirar profundamente y relajé mis dedos uno por uno.

Sin embargo, la lógica hacía poco para aplacar el fuego posesivo en mi pecho. Mi mandíbula se tensó al ver a Marcus extender la mano y tirar juguetonamente de uno de los collares de Lindsey. Ella apartó su mano, pero su sonrisa no desapareció.

Una vez más, me recordé a mí mismo que no había compromisos entre Lindsey y yo, y que ella podía coquetear con quien quisiera.

Aun así, requirió cada onza de autocontrol no marchar hacia allá y meterme entre ellos. Para reclamar a Lindsey como mía frente a toda la oficina.

La parte racional de mi cerebro lo sabía. Pero ver a Marcus encantándola con su sonrisa despreocupada y su caro traje... casi me hacía perder la cabeza por no intervenir.

Hasta que mi energía se agotó y no pude soportar más esa visión. Mi dedo presionó el botón del intercomunicador con más fuerza de la necesaria.

—Lindsey, ¿podrías enviar a Marcus a mi oficina, por favor?

Escuché una breve pausa en su conversación mientras se acercaba a su escritorio para responder.

—Por supuesto, enseguida —respondió con voz alegre.

Momentos después, Marcus entró paseando, irradiando su habitual energía confiada.

—¡Ethan! ¿Qué puedo hacer por ti? —Se dejó caer en la silla frente a mí, con las piernas cruzadas casualmente y una sonrisa relajada en su rostro.

—Eso te pregunto yo —dije, mirándolo expectante—. ¿Qué te trae a la oficina ejecutiva?

Marcus se acomodó. —Los números trimestrales están listos.

Miré el calendario. —¿No deberían haber estado listos ayer?

—Buena observación, jefe —dijo Marcus—. Desafortunadamente, surgió algo y no pude terminar la preparación anoche.

—¿Qué fue tan importante como para descuidar tu trabajo? —pregunté con una ceja levantada. Marcus podía ser resbaladizo, con todo su optimismo y la ostentación que mostraba. Pero no se había convertido en mi CFO adjunto sin motivo. Normalmente, Marcus se tomaba su trabajo muy en serio.

—Sabes... —comenzó Marcus y luego se aclaró la garganta—. No es tan importante como para hablar de ello. Un asunto *privado*.

—¿Privado? —Me recliné y mantuve mi expresión neutral—. He notado que tú y Lindsey parecían tener una conversación bastante interesante allá afuera. ¿De qué hablaban ustedes dos? Supongo que no era sobre asuntos *privados*, ¿verdad?

No pude ocultar el cinismo en mi voz. Mi máscara neutral se había deslizado considerablemente.

Las cejas de Marcus se elevaron ligeramente, y miró de vuelta hacia el escritorio de Lindsey. —Oh, ya sabes, solo estábamos charlando un poco.

—¿Sobre qué? —insistí, luchando por mantener mi tono ligero.

Se encogió de hombros, su sonrisa nunca flaqueando. —Esto y aquello. Nada importante.

Sentí que mi mandíbula se tensaba. Sus respuestas vagas eran frustrantes, pero no podía mostrar cuánto me molestaba. —Ya veo —dije con voz cuidadosamente controlada—. Parece que ustedes han estado hablando bastante últimamente.

—Bueno, ella es un rostro amigable por aquí —respondió Marcus—. ¿No es así?

Asentí rígidamente, mientras mis pensamientos corrían. ¿Había algo entre ellos? La forma en que interactuaban, tan cálida y relajada... hacía que mi estómago se retorciera.

Marcus se inclinó hacia adelante, sus penetrantes ojos azules estudiándome atentamente.

—Dime, Ethan, ¿por qué te interesa tanto de qué hablamos Lindsey y yo? Normalmente no eres del tipo que se mete en chismes de oficina.

Hice un gesto desdeñoso, tratando de parecer indiferente. —Solo tenía curiosidad. Es bueno saber qué está pasando en la oficina.

Pero Marcus no lo dejó pasar. Inclinó la cabeza, una sonrisa conocedora jugando en sus labios.

—¿Hay algo entre tú y Lindsey?

Mi corazón se aceleró, y luché por mantener mi rostro inexpresivo.

—Lindsey es una asistente valiosa para mí —dije cuidadosamente, evitando una respuesta directa—. Aparte de eso, deberíamos mantenernos alejados de este tipo de chismes de oficina.

Marcus mantuvo mi mirada por un largo momento, luego se reclinó con una suave risa.

—De acuerdo, de acuerdo. Puedo captar una indirecta.

—Creo que no tienes idea de lo que estás hablando —repliqué.

La tensión en la habitación era palpable. Podía sentir un músculo en mi mandíbula palpitando mientras luchaba por mantener la compostura. Mis dedos me picaban por aflojar mi corbata; la oficina de repente se sentía sofocantemente caliente.

Gruñí suavemente y lancé una mirada al escritorio de Lindsey. Estaba inclinada sobre su computadora, el ceño fruncido en concentración, un mechón de su ondulado cabello rubio oscuro cayendo sobre su rostro. La visión de ella me atravesó como una descarga eléctrica, una mezcla de deseo y frustración que no podía sacudirme.

Me volví hacia Marcus y me aclaré la garganta. —Querías hablar sobre los números trimestrales.

Ahora tienes la oportunidad.

Capítulo 23 - Lindsey

Torre Valentine, Boston, la misma mañana.

INTENTABA CONCENTRARME EN EL trabajo mientras Ethan y Marcus revisaban las cifras trimestrales. Pero mi estómago tenía otros planes. Gruñó tan fuerte que podría jurar que todo el piso 72 de la Torre Valentine lo había escuchado. Bajé la mirada hacia los envoltorios vacíos de barras de cereales esparcidos en mi escritorio, junto a mi fiel termo de chocolate caliente. Cinco barras habían desaparecido y aún sentía como si no hubiera comido en días.

—Cálmate ahí dentro —susurré, dando palmaditas a mi vientre—. Sé que tienes hambre, pero tenemos que ser sutiles con todo este asunto de *comer por dos*.

Al menos las náuseas constantes finalmente habían disminuido. Pequeñas victorias, ¿no? Aunque el mero pensamiento del pescado aún me daba ganas de vomitar.

Eché otro vistazo furtivo a través de la puerta entreabierta de la oficina de Ethan. Estaba sumido en una profunda conversación con Marcus, con el ceño fruncido de esa manera adorablemente seria. Mi corazón dio un pequeño salto.

Basta ya, Lindsey, me regañé a mí misma. No puedes seguir suspirando por tu jefe como una adolescente enamorada.

Pero entonces recordé cómo Ethan había aparecido en mi apartamento hace unos días con sopa y helado cuando me sentía peor. El recuerdo de su tierno cuidado hizo que mi pecho se apretara.

Suspiré y enrosqué un mechón de mi cabello rubio oscuro alrededor de mi dedo. ¿Cómo iba a decírselo? No solo sobre el bebé, sino también sobre el hecho de que me estaba enamorando de él. Y con fuerza.

En mi ingenuidad, había creído que asistir a una clase de preparación para el parto me motivaría a finalmente decirle la verdad a Ethan. Pero para ser honesta, mi visita allí ayer había sido más bien desalentadora. En realidad, sabía tan poco como antes sobre si debía decirle la verdad a Ethan o no.

Mientras intentaba volver a concentrarme en mi trabajo, mis ojos seguían desviándose hacia la gran figura de Ethan, sus anchos hombros llenando su traje impecablemente cortado. No pude evitar imaginar cómo sería estar realmente con él. Tener sus fuertes brazos a mi alrededor, despertar cada mañana junto a ese hermoso rostro...

Metí la mano en el cajón de mi escritorio y saqué la imagen de la ecografía. Mi inseguridad se desvaneció mientras miraba fijamente el pequeño punto que era mi bebé. Mis dedos trazaron los contornos, una sonrisa se extendió por mi rostro.

Mientras contemplaba la imagen granulada, me pregunté cómo se vería nuestro hijo. ¿Tendría mi cabello rubio ondulado? ¿Los llamativos ojos marrones de Ethan? ¿Su temperamento tranquilo o mi personalidad vivaz?

Cerré los ojos e imaginé un futuro en el que tenía mi propia acogedora tienda de joyas. En mi imaginación, me vi inclinada sobre un banco de trabajo, mostrando a mi hijo cómo doblar el alambre en formas delicadas o cómo pulir correctamente los anillos de oro, justo como mi madre me había enseñado. Y como mamá lo había aprendido de la abuela.

—Algún día —murmuré—, te enseñaré todo lo que sé. Crearemos cosas hermosas juntos, justo como-

—¡Te pillé con las manos en la masa!

Me sobresalté, mi corazón saltó a mi garganta cuando la voz de Marcus sonó directamente frente a mí. En pánico, empujé la imagen de la ecografía bajo una pila de papeles, rezando para que no la hubiera visto.

—¡Yo- yo no estaba haciendo nada! —balbuceé, sintiendo que mis mejillas se acaloraban.

Marcus se apoyó en mi escritorio. Levantó una ceja, una sonrisa juguetona jugando en sus labios.

—¿Ah, sí? Porque para mí parecía que alguien estaba soñando despierta en lugar de trabajar.

Me forcé a reír, tratando de mantener mi voz calmada. —Solo estaba... pensando, eso es todo. Me asustaste.

—Mhmm —murmuró Marcus, obviamente no convencido. Pero para mi alivio, cambió de tema —. Oye, ¿el jefe está teniendo un mal día o algo así?

Fruncí el ceño, confundida. —¿Ethan? No, no que yo haya notado. ¿Por qué lo preguntas?

Marcus se encogió de hombros, su frente ligeramente arrugada. —No lo sé. Se ha estado comportando... extraño últimamente. Distraído. No del todo él mismo. Y hoy ha estado haciendo preguntas raras.

—¿En serio? —miré hacia la oficina de Ethan, donde apenas podía distinguir su silueta a través de la puerta entreabierta—. A mí me parece bastante normal.

—Créeme —dijo Marcus, bajando la voz de manera conspirativa—. Conozco a Ethan desde hace años. Algo no anda bien con él. Ha estado así durante semanas.

Me mordí el labio, insegura de cómo responder. ¿Se había estado comportando Ethan de manera diferente? No había notado nada, pero por otro lado, había estado tan ocupada con mi propio drama últimamente...

—¿Tal vez solo está estresado por el trabajo? —sugerí débilmente.

Marcus negó con la cabeza. —No, desde que se cerró el trato de Johnson, prácticamente no tenemos nada que hacer. Pero bueno, estoy seguro de que se le pasará.

Mientras Marcus seguía especulando, me perdí en mis pensamientos. ¿Qué podría estar preocupando a Ethan? ¿Y por qué no lo había notado?

Marcus seguía hablando y hablando, mientras yo asentía ocasionalmente y fingía escuchar. En cambio, estaba reflexionando sobre si Ethan se estaba comportando de manera extraña y si eso era una buena o mala señal.

Marcus hizo una breve pausa, luego puso su típica sonrisa.

—¿Sabes qué? Tal vez solo me lo estoy imaginando. Quizás en mi aburrimiento invento problemas solo para tener algo que resolver.

No pude evitar mirarlo con incredulidad. —Eso es ridículo. ¿Quién se crea sus propios problemas?

—Oye, no juzgues antes de haberlo probado —se rio Marcus—. Isabella solía hacerlo por mí todo el tiempo.

Al mencionar el nombre de Isabella, mi estómago se contrajo. Mis manos se movieron instintivamente para cubrir mi vientre, como si de alguna manera pudiera proteger a mi hijo nonato de los recuerdos de mi predecesora.

Marcus debió haber notado mi reacción, porque su expresión se suavizó.

—Lo siento, sé que no fue muy amable contigo.

Intenté mantener mi rostro neutral, pero por dentro mis emociones estaban en tumulto.

—Está bien —dije, mi voz apenas un susurro—. No la he visto en mucho tiempo.

—Yo tampoco, desde que la envié al departamento legal —respondió Marcus, guiñando un ojo de manera cómplice.

—¿En serio? —pregunté con la boca abierta. Luego me aclaré la garganta e intenté sonar menos eufórica—. Quiero decir, seguro que puede ayudar a los abogados con su profesionalismo.

—Aprecio lo discreta que estás siendo al respecto —dijo Marcus, apoyándose en mi escritorio—. La mayoría de la gente todavía se quejaría.

Me obligué a sonreír, pero mi mente estaba acelerada. La verdad era que a menudo pensaba en Isabella, o más bien en su partida. Una parte de mí tenía un miedo terrible de que Ethan me despidiera, justo como a Isabella, si se enteraba de mi embarazo o de mis crecientes sentimientos por él.

—Bueno, todo eso es pasado ahora —dije, tratando de mantener mi voz calmada. Ordené algunos papeles en mi escritorio, esperando que Marcus no notara cómo temblaban mis manos.

—Probablemente deberíamos volver al trabajo.

—Suena como un plan —asintió Marcus.

Justo cuando Marcus estaba a punto de irse, mi estómago emitió un gruñido vergonzosamente fuerte. Sentí que mis mejillas se sonrojaban mientras él se giraba, con una ceja levantada y una sonrisa traviesa en los labios.

—Parece que alguien tiene hambre —se rio—. ¿Qué te parece si bajamos a la cafetería del piso 12? Yo invito.

Negué con la cabeza, tratando desesperadamente de encontrar una excusa. —Oh no, está bien. Tengo tanto trabajo que hacer y...

—Vamos, Lindsey —me interrumpió Marcus, sus ojos azules brillando—. El trabajo puede esperar. Necesitas comer algo.

—De verdad, estoy bien —insistí, incluso cuando mi traicionero estómago gruñó de nuevo. Me estremecí, sabiendo que estaba librando una batalla perdida.

Marcus sonrió triunfante. —Tu estómago parece estar en desacuerdo. Vamos, será rápido.

Suspiré, dándome cuenta de que no tenía opción.

—Está bien —cedí, levantándome de mi escritorio—. Pero solo un bocadillo, ¿de acuerdo? Y no te hagas ideas equivocadas, ¿eh?

Marcus levantó las manos en una fingida rendición.

—Nunca me lo permitiría —dijo, su tono ligero pero sincero—. Solo dos colegas comiendo un

bocado. Nada más y nada menos.

Mientras caminábamos hacia el ascensor, no pude evitar sentir una mezcla de alivio y ansiedad. Por un lado, agradecía la distracción y la oportunidad de calmar mi estómago gruñón. Por otro lado, no podía sacudirme la preocupación persistente de dejar mi escritorio, y mis secretos, aunque fuera por un momento. Pero cuando las puertas del ascensor se cerraron detrás de nosotros, respiré hondo y me recordé a mí misma que era solo un bocadillo rápido. ¿Qué podría salir mal?

Esto no es un paraíso vacacional, sino una empresa de miles de millones de dólares.

Capítulo 24 - Ethan

Torre Valentine, Boston, poco después.

NO PODÍA CONCENTRARME EN las cifras trimestrales esparcidas sobre mi escritorio. A través de la puerta entreabierta de mi oficina, atrapaba vistazos de Lindsey hablando animadamente con Marcus, gesticulando con las manos mientras conversaba. La vista de ella era demasiado distractora. ¿Acaso Marcus no tenía nada mejor que hacer que distraer constantemente a mi asistente personal del trabajo? ¿Y, por extensión, distraerme a mí?

Con un suspiro, me aparté de mi escritorio y me dirigí hacia los ventanales que llegaban hasta el suelo. Desde el piso setenta y dos, el horizonte de Boston se extendía ante mí: un mar de cristal y acero que brillaba bajo el sol de verano. Pero ni siquiera la impresionante vista podía calmar el torbellino de pensamientos en mi cabeza.

Tenía que decírselo a Lindsey. No podía seguir fingiendo que no había nada entre nosotros.

Mis dedos tamborileaban inquietos contra el marco de la ventana mientras lidiaba con esta realización. Durante semanas —no, si era honesto conmigo mismo, desde la gala de Valentine— había estado luchando contra mis crecientes sentimientos por Lindsey. Me había convencido de que era solo un inofensivo enamoramiento. Que ella no me veía como nada más que su jefe.

Pero la verdad era que Lindsey se había convertido en la parte más hermosa de mi día. Su optimismo y calidez eran como un bálsamo que aliviaba el estrés y la presión que venían con el cargo de director financiero de Valentine Industries. Cómo sus ojos azules se iluminaban cuando sonreía. O el suave roce de su mano contra la mía al entregarme informes. Eso despertaba en mí

mucho más de lo que jamás había conocido.

Me pasé la mano por el pelo.

Maldita sea, yo era el hermano Valentine tranquilo y racional. El mediador. El diplomático. No tenía arrebatos emocionales ni arriesgaba mi corazón. Pero Lindsey... ella me hacía querer ser más valiente. Dejar de jugar sobre seguro. Lindsey me hacía querer tomar partido, el suyo.

Realmente necesitaba decírselo antes de que me volviera loco. Incluso si significaba arriesgar nuestra relación laboral. Incluso si significaba hacer el ridículo.

Concéntrate, Ethan. Necesitaba un plan.

Regresé a mi escritorio, mis dedos tamborileando sobre la madera pulida mientras consideraba cómo abordar el asunto con Lindsey. Un restaurante elegante parecía demasiado formal, demasiado rígido para su personalidad vivaz. Pero tampoco era una conversación para tener en el ascensor.

—Probablemente preferiría algo más informal —reflexioné en voz alta—. Tal vez ese puesto de perritos calientes en el parque donde está prácticamente todos los días.

Podía imaginar a Lindsey allí, riendo por uno de los chistes malos del vendedor de perritos calientes, con una mancha de mostaza en la barbilla. La imagen me hizo sonreír.

—Y después podríamos ver una de esas comedias románticas cursis que tanto le gustan. En Netflix —continué, calentándome a la idea—. Por ella soportaría cualquier película cursi.

Pero tan rápido como llegó la cálida sensación, se desvaneció. ¿Y si decía que no? ¿Y si estaba malinterpretando todo y ella solo me veía como su jefe? Un tipo para pasar el rato sin compromiso.

—Dios, soy un idiota —gemí, hundiendo mi rostro entre mis manos. El asunto podría ser tan simple, pero era el problema más complicado que jamás había tenido que resolver. Por un lado, mis sentimientos por Lindsey eran cristalinos, pero Lindsey se comportaba tan diplomáticamente como yo solía hacerlo. Y luego estaba esa mentira. Que anoche no había tenido tiempo para mí.

No importaba, finalmente tenía que confesarle mis sentimientos a Lindsey y luego ya vería. Si le demostraba que iba en serio, tal vez ella se abriría conmigo y me revelaría su secreto.

Me aparté de la ventana. Era hora de ser un hombre y-

Las palabras se me atascaron en la garganta cuando me di cuenta de que Lindsey y Marcus ya no estaban a la vista a través de la puerta. Una sensación incómoda se extendió por mi estómago. ¿Adónde habían ido? La idea de que estuvieran solos juntos hizo que se me helara la sangre.

Me acerqué a la puerta de la oficina y me asomé al área de recepción. Vacía. Mi corazón se aceleró mientras consideraba dónde podrían haber ido. ¿La sala de descanso? ¿La oficina de Marcus?

De repente, me sentí tan incómodo que salí de mi oficina y me dirigí al ascensor. La necesidad de aire fresco era abrumadora, como si las paredes de la Torre Valentine se estuvieran cerrando a mi alrededor. Presioné impacientemente el botón del ascensor, deseando que llegara más rápido. Mis pulmones necesitaban oxígeno. Ahora.

Cuando las puertas finalmente se abrieron, entré y presioné el botón del vestíbulo. El ascensor comenzó su descenso, pero mi alivio fue de corta duración. En el piso 12, se sacudió hasta detenerse.

Isabella entró despreocupadamente, sus ojos oscuros brillando con una irritación apenas disimulada. Justo lo que necesitaba: más drama.

—Ethan —ronroneó, su voz goteando sarcasmo—. Qué coincidencia encontrarte aquí.

—No realmente, ambos trabajamos aquí —respondí, esperando que lo dejara así. Pero Isabella, como siempre, hizo honor a su reputación.

—Veo que Lindsey te ha superado rápidamente —dijo, mientras examinaba su manicura.

Mi cabeza se alzó de golpe. —¿Qué acabas de decir? —Instintivamente, presioné el botón que forzaba al ascensor a mantener las puertas abiertas.

Los labios de Isabella se curvaron en una sonrisa cínica. —Vamos, Ethan. No eres tan tonto. La alejaste, y ahora se está echando en los brazos de Marcus. Es típico de ti, de verdad. No deberías sorprenderte cuando las mujeres buscan consuelo en otra parte después de que las desechas. Como a mí. Pero déjame decirte algo, Ethan Valentine. Ya te he *superado por completo*.

¿Realmente había alejado a Lindsey? ¿Era demasiado tarde y Marcus ya la había envuelto alrededor de su dedo?

—Estás diciendo tonterías —mi compostura habitual se desmoronaba.

Isabella arqueó una ceja. —¿Ah sí? ¿Entonces por qué están acurrucados en la cafetería ahora mismo, compartiendo pastel y riendo como adolescentes enamorados?

El caos en mi cabeza se intensificó. Imágenes de Lindsey y Marcus destellaron a través de mi mente, cada una más dolorosa que la anterior. Me sentía como si me estuviera ahogando, jadeando por aire en un mar de celos y arrepentimiento.

—Estás equivocada —logré decir con dificultad, pero incluso en mis propios oídos sonaba débil.

La idea de ellos dos juntos envió una punzada de celos a través de mí. Y luego vino la realización. Tanto Marcus como Lindsey habían estado ocupados ayer. ¿Habían salido ayer? ¿Era esa la razón por la que Lindsey parecía tan distraída durante nuestra reunión de la mañana? Mis pensamientos corrían, conjurando imágenes de Marcus haciendo reír a Lindsey, tocando su brazo, inclinándose hacia ella...

—Deja de difundir chismes de oficina —gruñí y salí del ascensor. Necesitaba encontrar a

Lindsey y verlo con mis propios ojos. Incluso si eso significaba enfrentar una verdad para la que no estaba preparado.

Caminé rápidamente por la cafetería. Había pasado una eternidad desde la última vez que había entrado. El lugar se veía diferente —mesas nuevas y elegantes, iluminación moderna— pero apenas noté los cambios. Mis ojos escaneaban frenéticamente la habitación, buscando a Lindsey y Marcus.

Intenté calmar mi respiración y recordé mi posición. Yo era Ethan Valentine, CFO de Valentine Industries. Necesitaba mantener la calma y la compostura. Ser diplomático. Pero tan pronto como pensaba en Lindsey, mi resolución se desmoronaba. Con ella, no podía mantener esa fachada de neutralidad. Había demasiadas emociones en juego, demasiados sentimientos no expresados.

Entonces los vi.

Lindsey estaba sentada con Marcus en una mesa de la esquina, cada uno con un trozo de pastel frente a ellos.

Mientras observaba, ella echó la cabeza hacia atrás y se rió de algo que Marcus había dicho. El sonido no me llegó, pero podía imaginarlo —cálido, melodioso, el tipo de risa que te hace querer unirte.

Me dirigí hacia ellos, con la mandíbula apretada. Verlos juntos así, tan familiares, tan... íntimos, se sentía como un golpe en el estómago. ¿Estaban a punto de acostarse? ¿O ya lo estaban haciendo? El pensamiento me enfermaba.

Intenté recomponerme. Pero mientras me acercaba a su mesa, supe que era inútil. Cuando se trataba de Lindsey, estaba lejos de estar compuesto.

Lindsey levantó la vista de su pastel, la sorpresa brilló en sus ojos azules cuando me cernía sobre su mesa. Su sonrisa se desvaneció, se aclaró la garganta y alcanzó su termo.

—Ethan —dijo suavemente, después de tomar un sorbo de chocolate caliente—. ¿Quieres sentarte?

No respondí, mi mirada fija en Marcus. Él se reclinó en su silla, luciendo demasiado relajado para mi gusto.

—El pastel está realmente bueno —ofreció Marcus, su cabello perfectamente peinado captando la luz—. La nueva chica que dirige la cafetería es una pastelera celestial.

—No me interesa el pastel —dije, mi voz sonando más dura de lo que pretendía. Me volví hacia Lindsey—. Te necesito en la oficina principal ahora mismo. Tenemos trabajo que hacer.

La frente de Lindsey se arrugó, la confusión claramente visible en su rostro. Odiaba ver esa expresión, sabiendo que yo era la causa. Pero no podía detenerme ahora.

Fijé a Marcus con una mirada dura. —Y tú. Quiero las proyecciones de ganancias trimestrales para el cuarto trimestre en mi escritorio al final del día. Si no, puedes empezar a buscar un nuevo trabajo.

Por primera vez, Marcus pareció quedarse sin palabras. Asintió brevemente, todo rastro de su habitual despreocupación desaparecido.

Lindsey se puso de pie, sacudiendo la cabeza. —Ethan, ¿qué te pasa?

—Nada —gruñí. Cerré los puños, forzándome a mantener la calma—. Esto no es un resort vacacional, Lindsey. Es una empresa multimillonaria. Puedes tener tus reuniones sociales en tu tiempo libre.

—De acuerdo, señor Valentine —dijo Lindsey sin emoción, poniéndose de pie y sin mirarme más. Pasó junto a mí, el aroma de su perfume flotando en el aire. Mientras la veía alejarse, la culpa me carcomía por dentro. Me había comportado como un completo idiota, ¿y para qué? ¿Celos? ¿Inseguridad?

Me sentía terrible, pero no sabía cómo podría haber reaccionado de otra manera. Todo lo que podía hacer era esperar que Lindsey no me guardara rencor y lo entendiera una vez que supiera mis verdaderos sentimientos por ella.



Solo me estoy adaptando a algunos cambios en mi vida.



Capítulo 25 - Lindsey

Valentine Tower, Boston, un momento después.

ENTRÉ COMO UNA TROMBA al ascensor en el piso 12, con la sangre hirviendo. ¿Qué demonios le pasaba a Ethan? El tipo se estaba comportando como un completo idiota. Golpeé el botón del piso 72 y deseé poder golpear a Ethan en su lugar. Porque se lo habría merecido con creces.

Mi mente trabajaba a toda velocidad tratando de entender su extraño comportamiento. ¿Por qué Ethan había amenazado con despedir a Marcus? ¿Y luego tuvo el descaro de enojarse conmigo por tomar un descanso? ¿En serio? ¡Una chica necesita su tiempo de pastel!

Jugué con mi pulsera, lo que normalmente me calmaba. Pero hoy ni siquiera mis joyas podían apaciguar la tormenta de confusión y rabia dentro de mí.

Mi corazón se hundió cuando Ethan entró antes de que las puertas pudieran cerrarse. Su rostro era una máscara ilegible. Genial. Simplemente genial.

Me mordí el labio con fuerza, decidida a no decir una palabra. Pero cuando las puertas se cerraron y comenzamos a subir, las palabras brotaron de mí como un volcán en erupción.

—¿Cuál es tu problema? —estallé, mi voz vibrando de ira. Las cejas de Ethan se alzaron, pero antes de que pudiera hablar, continué—. Siempre he sido una buena asistente. ¿Es realmente mucho pedir disfrutar de un trozo de pastel durante mi descanso? —Sabía que no era realmente yo quien estaba enojada. Era la Lindsey con bajo nivel de azúcar, con las hormonas del embarazo

bailando samba. Pero no contuve la ira, sino que le di rienda suelta.

La mandíbula de Ethan se tensó, un músculo se crispó en su mejilla. Sus manos se cerraron en puños a los costados, y pude ver la lucha por el control en sus ojos.

—Lindsey —comenzó, su voz baja y controlada.

Pero yo no había terminado. —Quiero decir, por el amor de Dios, ¿qué he hecho para merecer este trato? ¡Actúas como si hubiera cometido un crimen horrible al tomar mi descanso legalmente establecido!

Las aletas de la nariz de Ethan se dilataron, y vi un destello de algo —¿frustración? ¿ira?— en sus ojos antes de que su máscara volviera a su lugar.

—No se trata del descanso —dijo bruscamente.

—¿Entonces de qué se trata? —exigí, con las manos en las caderas—. Porque estoy completamente perdida aquí, jefe.

El ascensor continuó su ascenso, la tensión entre nosotros era palpable. Esperé, con el corazón latiendo con fuerza, la respuesta de Ethan.

Los ojos de Ethan se entrecerraron, su mirada intensa mientras me estudiaba.

—Siento que estás distraída —dijo finalmente—. No puedes hacer tu trabajo correctamente en este estado. Quiero saber qué está pasando.

Sentí que se me caía la mandíbula. ¿Había oído bien?

—¿Disculpa? —balbuceé, sintiendo cómo la indignación crecía en mi pecho—. Puedo hacer mi trabajo perfectamente. Tal vez tú tienes expectativas que no puedo cumplir porque son irrazonables y, además, ¡poco saludables!

Las palabras salieron a borbotones antes de que pudiera detenerlas, y vi cómo los hombros de Ethan se tensaban. Seguí hablando, desesperada por hacerle entender.

—¿Cuál es exactamente tu problema? Porque no creo que sea mi ética de trabajo. Cumplo con cada tarea meticulosamente y cumplo con todos los plazos, como siempre.

Los dedos de Ethan tamborilearon contra su muslo, una rara muestra de agitación de mi normalmente compuesto jefe.

—No se trata solo de las tareas, Lindsey —dijo, su voz baja y tensa.

Alisé mi blusa con dedos temblorosos. Estaba tan furiosa que no podía mantener la calma.

—¿Entonces de qué se trata? ¡Por el amor del cacao celestial, simplemente sé honesto conmigo!

La mandíbula de Ethan se tensó, y por un momento pensé que tal vez no respondería. Luego

habló, sus palabras entrecortadas y precisas. —No me gusta cómo coqueteas constantemente con Marcus. Es una distracción. Para ti, para Marcus, para mí y para el resto del edificio, porque los chismes siempre se propagan como un incendio.

Parpadeé, atónita. —¿Coquetear? ¿Con Marcus? —Negué con la cabeza, confundida—. No estamos coqueteando. ¡Él simplemente es amable!

Ethan resopló, un sonido tan atípico de él que me hizo estremecer.

—¿Amable? Él coquetea descaradamente contigo, y tú lo disfrutas completamente. —La voz de Ethan era neutral como siempre, pero detecté un matiz de ira, tal vez incluso celos.

—¡Eso es ridículo! —protesté, sintiendo cómo el calor subía a mis mejillas—. Marcus es simplemente amigable. No hay... tensión sexual o lo que sea que creas que está pasando. Él hace bromas, yo me río. Fin de la historia.

Pero cuando miré el rostro de Ethan, su incredulidad era evidente. Sus ojos marrones estaban turbulentos, su postura rígida. Me di cuenta de golpe que realmente creía lo que estaba diciendo.

Y esa realización encendió una confusa mezcla de emociones en mí: ira por su acusación, frustración por su terquedad, y debajo de todo, un pequeño destello de... algo más. Algo que necesitaba examinar más de cerca, solo para asegurarme de que no me lo estaba imaginando. ¿Estaba Ethan celoso?

Respiré hondo, tratando de calmar mi corazón acelerado.

—¿Qué me estás ocultando entonces? —preguntó Ethan. Su mirada dejaba claro que no tenía ninguna duda sobre sus palabras.

Mi corazón se saltó un latido porque me sentí atrapada. Intenté respirar lo más calmadamente posible y no dejar que se notara que había dado en el clavo.

—¿Por qué piensas que tengo algún otro secreto? —pregunté, mi voz más aguda de lo normal.

Sus ojos se clavaron en los míos, escrutadores. —¿No lo tienes? Algo no está bien contigo últimamente, Lindsey. Puedo sentirlo.

Mi mano se movió instintivamente hacia mi vientre antes de que detuviera el gesto. El secreto de mi embarazo pesaba sobre mí, pero no podía obligarme a decírselo. No así, no en medio de una discusión acalorada. Si Ethan se enteraba de nuestro hijo, sería porque era el momento adecuado. No estaba lista para poner a mi hijo en medio del fuego cruzado.

—No hay ningún secreto —mentí, odiando cómo sabían las palabras en mi lengua—. Solo... me estoy adaptando a algunos cambios en mi vida. Eso es todo. —Al menos la segunda parte de mi respuesta era verdad. Había cambios, grandes cambios.

Ethan se acercó más, su presencia abrumadora en el espacio limitado del ascensor. —¿Qué cambios? Habla conmigo, Lindsey.

Me mordí el labio, dividida entre el deseo de confesarlo todo y el saber que no era el momento adecuado.

—No puedo. No estoy lista para hablar de ello. —No podía darle más. No en el calor del momento.

Un destello de frustración cruzó su rostro. —Maldita sea, Lindsey. ¿Por qué no confías en mí?

Antes de que pudiera responder, se movió repentinamente y me presionó contra la pared del ascensor. Su cuerpo estaba tan cerca que podía sentir el calor que emanaba. Mi respiración se entrecortó mientras miraba hacia sus intensos ojos marrones.

—¿Qué estás ocultando? —murmuró, su voz profunda y áspera.

La tensión entre nosotros cambió, chisporroteando con un tipo diferente de energía. Mi corazón latía con fuerza al darme cuenta de lo cerca que estaban sus labios de los míos. Una parte de mí quería empujarlo, gritarle por ser tan frustrante. Pero otra parte —una parte que se hacía más fuerte con cada segundo— quería atraerlo más cerca.

Me mordí el labio inferior nerviosamente y observé cómo la mirada de Ethan seguía el movimiento.

—No estoy... —comencé, pero las palabras murieron en mi garganta cuando se inclinó aún más cerca.

Nuestros labios estaban ahora a solo un suspiro de distancia. Podía oler su loción para después del afeitado, que me hacía dar vueltas la cabeza. Mi cuerpo vibraba con una confusa mezcla de deseo y rabia. Quería besarlo y estrangularlo a partes iguales.

No pude soportarlo más. La tensión, la rabia, el deseo... todo explotó cuando cerré el último milímetro entre nosotros. Nuestros labios se encontraron en un beso que era cualquier cosa menos suave. Era desesperado, hambriento, lleno de toda la frustración y anhelo acumulados que ambos habíamos estado conteniendo.

Las manos de Ethan rodearon mi cintura y me atrajeron hacia él, mientras yo enterraba mis dedos en su cabello. El beso se profundizó, y me perdí en la sensación. Se sentía como volver a casa y saltar de un acantilado al mismo tiempo: familiar y aterradoramente nuevo.

Su aliento se mezclaba con el mío, caliente y urgente.

El toque de sus labios encendió un fuego profundo dentro de mí que rompió toda barrera racional. Mis dedos se deslizaron sobre los hombros de Ethan, clavándose en sus músculos y sosteniéndolo cerca. Este beso era perfecto. ¿Por qué entonces se sentía tan definitivo? ¿Como si fuera la última vez que sentiría algo así? Cómo mi corazón latía más rápido, cómo la voz áspera de Ethan vibraba contra mis labios, cómo cada fibra de mi cuerpo hormigueaba.

Cuando finalmente nos separamos, ambos jadeando, Ethan apoyó su frente contra la mía.

—Lindsey —susurró, su aliento cálido sobre mis labios—. Por favor, dime qué está pasando.

Mi corazón se encogió. Quería decírselo, compartir la noticia que cambiaría nuestras vidas para siempre. Pero no así, no en el calor de una discusión en un ascensor.

—Realmente no puedo, no ahora, Ethan —murmuré, odiando el dolor que brilló en sus ojos.

Ethan se tensó y luego abruptamente puso distancia entre nosotros. La repentina pérdida de su calor me dejó fría y sola. Lo observé retirarse al otro lado del ascensor y pasarse la mano por el cabello, que estaba despeinado por nuestro beso.

El ascensor sonó, señalando nuestra llegada al piso 72. Cuando las puertas se abrieron, Ethan se volvió hacia mí, su expresión ilegible. —Deberías tomarte el resto del día libre. —La voz de Ethan sonaba ronca y extrañamente débil.

No podía creer lo que Ethan estaba haciendo. —¡Eso no es justo, Ethan! No puedes simplemente...

—¿Justo? —me interrumpió, saliendo del ascensor—. Nada de esto se siente justo en este momento, Lindsey.

Mientras lo miraba, pude ver la lucha en sus ojos. Su mandíbula estaba tensa, sus hombros rígidos. A pesar de su compostura exterior, me di cuenta de que Ethan estaba tan desgarrado como yo. Me dolía el corazón saber que yo era la causa de su dolor.

—Ethan, yo... —comencé, pero él negó con la cabeza.

—Solo... tómate un tiempo. Averigua lo que quieres. Porque si no quieres contarme lo que te pasa, supongo que tengo un lugar mucho menos importante en tu vida de lo que esperaba. —Con eso, se dio la vuelta y se alejó, dejándome en el ascensor sintiéndome más perdida que nunca.

Mis pies se sentían como si estuvieran arraigados en el suelo del ascensor mientras veía a Ethan alejarse. El pasillo detrás de él parecía extenderse interminablemente, una brecha que crecía entre nosotros con cada uno de sus pasos. Quería gritar, cerrar esa brecha, pero las palabras se quedaron atascadas en mi garganta.

Ethan se detuvo una vez más y se volvió hacia mí con una mirada expectante. Sus ojos marrones, normalmente tan cálidos, ahora contenían una mezcla de dolor y confusión que me oprimía el pecho. Podía ver la sutil tensión de su mandíbula, la ligera arruga en su frente: signos reveladores de la agitación interna que tanto intentaba ocultar.

—Ethan, yo... —comencé, pero me detuve. Me mordí el labio, luchando contra las lágrimas.

Él esperó, su mirada nunca dejando la mía. El silencio entre nosotros estaba cargado de palabras no dichas y sentimientos enredados. Casi podía sentir aún el calor de sus labios sobre los míos de hacía un momento.

Mi mano se movió inconscientemente hacia mi vientre, y vi cómo los ojos de Ethan seguían el

movimiento, un destello de algo —¿curiosidad? ¿preocupación?— cruzó por su rostro.

—Lo siento —susurré, las palabras se sentían lamentablemente inadecuadas.

La expresión de Ethan se suavizó por un momento, luego volvió a una cuidadosa neutralidad. Asintió ligeramente, luego se dio la vuelta.

Las puertas del ascensor comenzaron a cerrarse, y no hice ningún intento de detenerlas. Mientras la abertura se estrechaba, nuestras miradas se encontraron una última vez. En ese fugaz momento, vi un reflejo de mi propio dolor y anhelo en la mirada de Ethan.

Entonces, con un suave susurro, las puertas se cerraron. La finalidad me golpeó como un impacto físico. Me apoyé contra la pared, mis piernas de repente débiles.

Cuando el ascensor comenzó su descenso, sentí como si estuviera dejando un pedazo de mi corazón en el piso 72.

Capítulo 26 - Ethan

Torre Valentine, Boston, esa misma tarde.

¿QUÉ HABÍA HECHO? Las palabras que le había lanzado a Lindsey resonaban en mi cabeza, cada sílaba una daga en mi corazón. Había querido decirle cómo me sentía, revelar mi alma. En su lugar, la había alejado y permitido que mis miedos e inseguridades tomaran el control.

Miraba fijamente a través de las ventanas de piso a techo de mi oficina. La ciudad se extendía ante mí, pero no podía apreciar su belleza. Mi estómago se retorcía de remordimiento, mis hombros se hundían bajo el peso de mis errores.

Mi mano temblaba mientras alcanzaba la garrafa de cristal que se encontraba en una pequeña vitrina detrás de mi escritorio. Me serví un generoso trago de bourbon y lo bebí de un solo golpe.

En realidad, quería beber otro trago, pero una sola copa de bourbon antes de terminar el día de trabajo ya era demasiado. Así que volví a colocar la garrafa de cristal y me concentré en el ardor que el alcohol había provocado en mi garganta.

Un suave golpe en la puerta me sacó de mi autocompasión. Antes de que pudiera responder, se abrió revelando a Isabella. Sus labios se curvaron en una sonrisa conocedora mientras entraba con paso desenvuelto, sus caderas balanceándose en un ajustado vestido rojo que realzaba cada curva.

—Vaya, vaya —ronroneó, sus ojos oscuros brillando—. Veo que nuestra pequeña Lindsey no duró mucho. Sabía que no estaba a la altura de este trabajo.

Apreté los dientes, luchando por mantener una expresión neutral. —¿Hay algo que necesites, Isabella?

Se apoyó contra mi escritorio, su perfume flotando hacia mí.

—No. Solo quería hacerte saber que no guardo rencor y que no soy rencorosa. Estaría más que feliz de volver a asumir mi posición como tu asistente personal.

Estudié su rostro, notando el maquillaje perfectamente aplicado y el calculado calor en sus ojos. Cada instinto me gritaba que no podía creer ni una palabra de lo que decía. Mis dedos apretaron con más fuerza el vaso vacío.

—Eso no será necesario —logré decir, con la voz tensa. Cualquier cosa que Isabella interpretara, no era así. No podía ser así. Lindsey seguía siendo mi asistente personal.

La sonrisa de Isabella vaciló por un momento antes de volver con toda su fuerza.

—Éramos un gran equipo, tú y yo. Odiaría verte trabajar sin el... apoyo adecuado.

Me puse de pie, necesitando poner algo de distancia entre nosotros. —Te aseguro que soy perfectamente capaz de manejar mis asuntos.

Se enderezó, sus ojos se estrecharon ligeramente. —Si tú lo dices. Pero recuerda, Ethan, siempre estoy aquí si me necesitas. Para lo que sea.

Mientras se giraba para irse, no pude evitar compararla con Lindsey. Donde Isabella era solo bordes afilados y movimientos calculados, Lindsey era calidez suave y sonrisas genuinas. Dios, qué no daría por ver una de esas sonrisas ahora.

Respiré profundamente. Las palabras de Isabella habían dejado un sabor amargo, y sabía que no podía dejar que esto continuara así.

—Isabella —llamé, mi voz plana y sin emoción. Se dio la vuelta, un atisbo de sorpresa cruzó su rostro.

—Hay algo más que debemos discutir —dije.

Regresó con paso despreocupado, sus caderas balanceándose con cada paso. —¿Oh? ¿Y qué podría ser eso, Ethan?

Le sostuve la mirada sin vacilar. —Estás despedida.

La mandíbula de Isabella se desencajó, sus ojos se abrieron de golpe. —¿Qué? ¿Por qué demonios deberías...?

—Has causado suficiente caos en esta empresa —la interrumpí, mi voz tranquila a pesar del tumulto en mi interior—. Tu comportamiento, coqueteando con cada empleado, causa disrupciones internas. Y tu hostilidad hacia las otras mujeres ha provocado suficientes incendios. No podemos tener alborotadores en Valentine Industries.

Las uñas perfectamente manicuradas de Isabella se clavaron en sus palmas mientras cerraba los puños.

—¿Hablas en serio? —siseó, su compostura desmoronándose.

Asentí, manteniendo mi fachada fría. —Muy en serio.

Soltó una risa sin humor y sacudió la cabeza. —Esto es el colmo, viniendo precisamente de ti. Apuesto a que no tuviste ningún problema cuando Lindsey se te insinuó, ¿verdad?

Las palabras me golpearon como un puñetazo en el estómago, pero mantuve mi rostro inexpresivo.

—Lindsey nunca se me insinuó —respondí, mi voz gélida. Apenas había pronunciado las palabras cuando me di cuenta de lo ciertas que eran. Lindsey nunca se me había impuesto, nunca había manipulado o intrigado. Nuestra relación se había basado en la reciprocidad desde el principio. Se había sentido tan natural como... bueno, respirar. Esta realización hizo que nuestra reciente pelea fuera aún más dolorosa.

Todo lo que había querido era entender qué la afligía, confesar mis propios sentimientos. En su lugar, la había alejado, y ahora...

Tragué con dificultad y aparté esos pensamientos.

—Esto no se trata de Lindsey. Se trata de tu comportamiento y su impacto en la empresa. Tu empleo termina con efecto inmediato.

Los ojos de Isabella destellaron de ira, sus labios se curvaron en un gruñido. —No puedes hacerme esto, Ethan. ¡Siempre he sido leal a esta empresa!

—No, siempre has sido leal solo a ti misma —respondí. Me recliné en mi silla, con los dedos entrelazados bajo mi barbilla.

—Aun así, no puedes hacer eso sin más —replicó Isabella, sin negar mi nueva acusación.

—Puedo y lo haré. Si no te vas ahora, haré que seguridad te acompañe a la salida.

Por un momento, pensé que se lanzaría sobre mí por encima del escritorio. Su pecho subía y bajaba, sus fosas nasales se dilataban y sus ojos atravesaban mi pecho. Pero entonces, tan rápido como había llegado, el espíritu de lucha pareció abandonarla. Sus hombros se hundieron y se enderezó, alisando su vestido ajustado.

—Muy bien —escupió—. Pero déjame decirte una cosa, Ethan Valentine. ¡Nunca encontrarás una asistente como yo!

—Eso espero —respondí, abandonando realmente mi neutralidad por un segundo.

Isabella me miró furiosa durante un segundo, luego dio media vuelta negando con la cabeza. Observé en silencio cómo salía precipitadamente, sus tacones repiqueteando en el suelo. La

puerta se cerró de golpe tras ella, el sonido resonó por la oficina, dejando un satisfactorio silencio.

Exhalé lentamente. Por fin un momento de tranquilidad para ordenar mis pensamientos y considerar cómo podría arreglar las cosas con Lindsey,

Pero el destino, al parecer, tenía otros planes.

La puerta se abrió de nuevo y la imponente figura de mi padre llenó el marco. Sus ojos se movieron de mí al pasillo donde Isabella acababa de desaparecer, su frente arrugada en confusión.

—¿Todo bien, hijo? —preguntó, su voz profunda resonando en la habitación.

Suspiré y me pasé la mano por el pelo. —Todo perfecto, papá. Solo acabo de despedir a Isabella.

Las cejas de mi padre se alzaron.

—Ya veo —dijo, entrando en la oficina y cerrando la puerta tras de sí—. ¿Y puedo preguntar por qué?

Me encogí de hombros, intentando mantener mi voz neutral. —Estaba causando problemas. Era hora de que se fuera.

Papá se hundió en la silla frente a mi escritorio, su mirada penetrante fija en mí. Interiormente, me retorcí, sintiéndome de nuevo como un niño bajo su escrutinio.

—¿Qué te pasa últimamente, Ethan? —preguntó, su tono más suave de lo que esperaba.

Me tensé, mis muros se alzaron automáticamente.

—No me pasa nada —respondí, quizás demasiado rápido—. Todo está perfectamente bien.

Mi padre no dijo nada, simplemente siguió mirándome con esa mirada conocedora. Sentí que mi determinación comenzaba a desmoronarse bajo el peso de su silencio.

Finalmente, no pude soportarlo más. Me levanté abruptamente y empecé a caminar de un lado a otro detrás de mi escritorio. —Está bien, de acuerdo. ¿Quieres saber qué pasa? Tu consejo fue malo, papá. De hecho, fue desastroso.

Las cejas de papá se alzaron de nuevo. —¿Mi consejo? ¿De qué consejo estamos hablando?

Me pasé las manos por el pelo, la frustración burbujeando en mi interior.

—¡El consejo de arriesgarme! ¡De abrirme! —dije, mi voz elevándose aunque me esforzaba por mantener la calma—. Bueno, lo hice, ¡y mira a dónde me ha llevado!

Mi padre se inclinó hacia adelante, los codos sobre las rodillas. —¿Qué es exactamente lo que ha salido mal, Ethan?

Dejé de caminar, mis manos aferrando el respaldo de mi silla mientras miraba por la ventana hacia el horizonte de Boston. Normalmente no hablaba con papá sobre este tipo de problemas. Pero parecía correcto buscar otro consejo ahora. Tal vez papá sabría cómo podía salir de este lío.

—Lo he estropeado todo con Lindsey. La alejé cuando en realidad quería acercarla más a mí. Y ahora no sé si puedo arreglarlo.

—Hm. —Eso fue todo lo que dijo papá. Aparentemente esperando más explicaciones. Me volví hacia mi padre, sintiendo una mezcla de frustración y vulnerabilidad.

—¿Realmente tomé tu consejo a pecho, papá? ¿O solo lo seguí a medias?

Me lanzó una mirada conocedora, sus ojos marrones brillando con comprensión. —¿Tú qué crees, hijo?

Suspiré y me pasé la mano por el pelo. —Tal vez clasifiqué algunas cosas como demasiado arriesgadas para intentarlas.

—Probablemente las más importantes —dijo mi padre en voz baja, asintiendo.

Mientras lo miraba, la comprensión me golpeó como un puñetazo. Tenía razón. Las cosas que eran más importantes eran exactamente lo que había retenido. Si hubiera sido honesto sobre mis sentimientos desde el principio, nunca habría causado esa terrible escena en la cafetería.

Mi pecho se apretó cuando el peso de mis errores cayó sobre mí. Había tenido tanto miedo al rechazo, a la vulnerabilidad, que había alejado a la única persona que más importaba. El arrepentimiento era abrumador, dejando un sabor amargo en mi boca.

—Esto me recuerda el día que destrozaste el coche —dijo mi padre, sacándome de mis pensamientos.

Parpadeé, sus palabras me descolocaron por un momento.

—Papá. Déjame decirte dos cosas al respecto. Primero, solo fue un rayón en la pintura. Y segundo, no puedes comparar eso con esta situación.

Mis pensamientos se aceleraron, recordando cómo había defendido a Lance ese día. Ni siquiera había sido yo quien rayó el coche, sino mi hermano pequeño. Yo había asumido la culpa para protegerlo, un secreto que aún guardaba de nuestro padre. Lance estaba pasando por un momento difícil y como papá y yo siempre nos llevábamos bien, cubrí a mi hermano pequeño.

Papá se reclinó en su silla, juntando las puntas de los dedos frente a él. Sus ojos no dejaban mi rostro, y podía ver el trabajo detrás de ellos.

—¿Por qué no puedo comparar ambas cosas? —preguntó con una ceja levantada—. Me parece que en ambas situaciones estás ocultando algo. ¿Podría ser cierto?

Tragué saliva con dificultad y luché por mantener una expresión neutral. ¿Cómo lograba siempre

dar en el clavo?

Me pasé la mano por el pelo y sentí cómo la tensión en mis hombros aumentaba un nivel más.

—Papá, estás comparando manzanas con peras —intenté negarlo de nuevo de forma diplomática.

—Fruta es fruta, hijo mío. —Papá se inclinó hacia adelante, con los codos sobre las rodillas—. Ethan, estás tan decidido a mantener esta fachada de neutralidad que olvidas defender lo que realmente te importa.

La verdad de sus palabras me golpeó como un puñetazo en el estómago. Me hundí en mi silla, abandonando mi espíritu de lucha.

—Tal vez tengas razón —admití a regañadientes.

La expresión de mi padre se suavizó, una mezcla de preocupación y comprensión en sus ojos. —Entonces, ¿qué te retiene con Lindsey?

Suspiré y jugué con el puño de mi camisa. —No es tan simple, papá. Lindsey... tiene secretos conmigo. Y no puedo quitarme la sensación de que ella no corresponde mis sentimientos.

La frente de papá se arrugó. —¿Qué te hace pensar eso? ¿Ha hecho algo?

—No, es más bien la suma de pequeñas cosas lo que me lleva a esta conclusión. Se ha estado comportando de manera extraña últimamente. Ha estado inquieta, pasando sospechosamente mucho tiempo con Marcus —y Marcus sospechosamente mucho tiempo aquí en el piso 72— y ahora de repente no tiene tiempo por las noches, pero no me dice por qué.

—¿Esas son tus pruebas? Por favor, Ethan. —Papá me miró como si acabara de perder la cabeza —. Si no tienes nada más...

—Me dejó plantado después de la gala de San Valentín. —Tragué con dificultad, porque aunque habían pasado meses, seguía doliendo tanto como el primer día.

—¿Ella era la chica con la que bailaste? —Papá se inclinó hacia adelante con interés.

—Sí. —Asentí—. Y al amanecer había desaparecido y se mostró muy sorprendida cuando se presentó como la nueva pasante. —Para ser honesto, esperaba que papá me diera un sermón sobre no involucrarme con empleadas, pero para mi sorpresa, solo asintió y reflexionó sobre mis palabras.

—¿Te dijo por qué nunca habló del baile de máscaras?

—No. —Negué con la cabeza y tragué mi orgullo—. Actuó como si no me hubiera reconocido.

—¿Y tampoco dijo nada cuando le preguntaste al respecto? —continuó papá, entrecerrando los ojos.

Me di cuenta ahora de adónde quería llegar papá. —Nunca le pregunté.

Mi padre simplemente me miró, su mirada tranquila y sabia. No dijo nada y no necesitaba decirlo, porque yo mismo lo había entendido.

—Oh, Dios —gemí y hundí la cabeza entre mis manos—. He sido un completo idiota, ¿verdad?

Cuando levanté la vista, mi padre sonreía suavemente.

—No diría *completo* —bromeó—. Pero tal vez deberías considerar hablar realmente con Lindsey antes de sacar conclusiones precipitadas.

Mi padre se levantó y se acercó a donde yo estaba apoyado en mi escritorio. Puso una mano cálida y reconfortante sobre mi hombro.

—Hijo, te conozco. Al final tomarás la decisión correcta. Siempre lo haces. Así que ten el valor de confiar en tu instinto.

Sus palabras me envolvieron como un bálsamo calmante para mis nervios tensos. Por primera vez desde mi discusión con Lindsey, sentí una chispa de esperanza.

—¿De verdad lo crees? —pregunté, odiando lo inseguro que sonaba.

Los ojos de papá se arrugaron en las esquinas cuando sonrió.

—Lo sé. Tienes una cabeza inteligente sobre los hombros, Ethan. Y lo que es más importante, tienes un buen corazón.

Asentí y sentí un nudo en la garganta. —Gracias, papá.

Apretó mi hombro antes de dirigirse a la puerta.

—Cuando quieras, hijo. Solo... no esperes demasiado para arreglar las cosas, ¿de acuerdo?

Cuando la puerta se cerró detrás de él, me di la vuelta y miré por la ventana hacia el horizonte de Boston. Las palabras de mi padre resonaban en mi cabeza, mezclándose con recuerdos de Lindsey: su risa, su sonrisa, la forma en que me miraba cuando pensaba que no estaba prestando atención.

Quería creer que no era demasiado tarde. Que podría arreglar esto, explicarme y escuchar su lado de la historia. Pero quedaba una duda persistente. ¿Y si ya la había alejado demasiado? ¿Y si en mi obstinada insistencia en la neutralidad y la autoprotección había destruido algo irrecuperable entre nosotros?

Mi mano flotaba sobre mi teléfono. Una llamada podría cambiarlo todo. Pero cuando iba a cogerlo, dudé.

¿Estaba listo para correr ese riesgo?

blase



Tengo una extraña definición de comodidad.



Capítulo 27 - Lindsey

Apartamento de Lindsey, Boston, esa misma tarde.

MIRÉ FIJAMENTE LA CAJA medio vacía de helado de masa de galletas con chispas de chocolate que se derretía sobre mi mesa de centro, rodeada por el caos de mi fiesta de autocompasión. Cajas de pizza vacías, bolsas arrugadas de comida a domicilio y envoltorios desechados de galletas de la fortuna cubrían cada superficie de mi diminuto apartamento. El desorden reflejaba perfectamente cómo me sentía por dentro: dispersa, desordenada y completamente perdida.

—¿Qué voy a hacer? —susurré para mí misma, girando distraídamente una de mis pulseras alrededor de mi muñeca.

Hace un momento, mi vida estaba perfectamente en orden. ¿Y ahora? Ahora me enfrentaba al desafío más aterrador de mi vida, y la única persona que quería a mi lado se había... ido.

Me envolví más estrechamente con mi manta suave alrededor de los hombros, intentando ahuyentar un frío que ni siquiera las temperaturas veraniegas del exterior podían disipar. Los veranos de Boston solían ser bochornosos, pero hoy me sentía helada hasta los huesos.

Vamos, Lindsey. ¡Deja de sentarte aquí y lamentarte!

Mi subconsciente me reprendió duramente. Normalmente no era una persona pesimista y ciertamente no me regodeaba en la autocompasión. Pero la idea de enfrentarme a Ethan en el trabajo, de ver su hermoso rostro contorsionado por la ira o peor aún, indiferente, hizo que mi

estómago se revolviera. ¿Cómo podía decirle que iba a ser padre cuando apenas podíamos soportar estar en la misma habitación?

—Tiene derecho a saberlo —dije en voz alta, mi voz sonando pequeña e insegura en el silencioso apartamento—. Pero no así. No en medio de una pelea o... —Me interrumpí, imaginando cómo la noticia sacudiría la compostura habitualmente tranquila de Ethan. No, eso no funcionaría en absoluto.

Alcancé mi taza de chocolate caliente y fruncí el ceño al darme cuenta de que se había enfriado. Al dejarla, mi mirada se posó en un volante de color amarillo chillón que sobresalía de una pila de correo publicitario. *Preparación para el embarazo.* El volante llamó mi atención y de repente una idea comenzó a formarse.

—Tal vez... —reflexioné, sacando el volante y examinando la lista de clases. Había estado allí ayer para echar un vistazo, y el lugar me había parecido acogedor. Agradable. Cuanto más lo pensaba, más atractiva se volvía la idea de pasar mi tiempo libre allí. Al menos me sacaría de este apartamento y me distraería de Ethan. Y tal vez me sentiría menos sola si estuviera entre otras futuras madres.

Miré el reloj y me sorprendí al darme cuenta de que podría llegar a la sesión de la tarde si me daba prisa.

Un destello de esperanza se encendió dentro de mí. No era mucho, pero era algo a lo que aferrarme. Y eso era exactamente lo que necesitaba ahora mismo.

Me apresuré a tomar el siguiente autobús, mi corazón latiendo con una mezcla de anticipación y nerviosismo. Mientras rodábamos por las calles de Boston, apoyé mi frente contra la ventana fría y observé cómo la ciudad se desplegaba ante mí.

El río Charles brillaba bajo el sol de la tarde, su superficie salpicada de veleros y kayaks. Pasamos junto al exuberante verdor del Jardín Público, donde las parejas paseaban de la mano bajo árboles en flor. No pude evitar sentir una punzada de anhelo, deseando que Ethan estuviera aquí a mi lado.

Mientras el autobús serpenteaba por Back Bay, vislumbré el imponente edificio de Valentine Industries. Mi estómago se contrajo, sabiendo que Ethan probablemente estaba allí ahora mismo, completamente ajeno a cómo nuestras vidas estaban a punto de cambiar. O al menos la mía, porque no sabía si Ethan siquiera me querría en su vida. Me prohibí el pensamiento cínico de que tal vez Ethan nunca me había querido en su vida en absoluto.

Finalmente, llegamos a mi parada. Respiré hondo, alisé mi blusa y bajé del autobús. La clínica de embarazo estaba a un corto paseo, su alegre toldo azul definitivamente llamaba la atención.

Empujé la puerta y fui inmediatamente envuelta por el aroma relajante de lavanda. La sala de espera estaba pintada en colores suaves y calmantes, con carteles de bebés sonrientes y familias felices en las paredes.

—¡Hola! —me saludó una animada recepcionista—. ¿Está aquí para la clase de las 2?

Asentí, sintiéndome repentinamente tímida. —Sí, soy Lindsey. Estuve aquí ayer... pero es mi primera vez.

Ella sonrió cálidamente. —No se preocupe, cariño. Todo el mundo está nervioso el primer día. La sala de clases está justo al final del pasillo a la derecha.

Seguí sus indicaciones, mi corazón se hundió cuando entré en la habitación. Parejas estaban sentadas juntas en colchonetas de yoga, charlando y riendo. Yo era la única que estaba sola.

—Oh, cielos —susurré, sintiendo que mis ojos comenzaban a arder. En realidad, había querido dar media vuelta inmediatamente, pero cuando otra pareja apareció detrás de mí, no me dejaron otra opción que entrar en la sala. Parpadeé rápidamente y me forcé a sonreír mientras encontraba un lugar libre cerca de la parte trasera. Mientras me acomodaba en mi colchoneta, no pude sacudirme la sensación de ser una intrusa a la deriva en un mar de parejas felices.

Me animé a mí misma, aunque la repentina soledad amenazaba con abrumarme. Pero me aferré al pensamiento de que estaba haciendo esto por mi bebé y eso me dio el coraje para quedarme.

Cuando la instructora entró en la sala y comenzó a organizar a todos en parejas para los ejercicios, deseé con todo mi corazón que Ethan estuviera aquí a mi lado.

Respiré hondo y me senté en una gran pelota de gimnasia púrpura que me habían acercado rodando. Intenté parecer tan relajada como las otras mujeres a mi alrededor. La instructora, una mujer menuda con una sonrisa amable, primero se acercó a las otras parejas antes de dirigirse a mí.

—¡Hola! Soy Sarah. ¿Es tu primera clase? —preguntó cálidamente.

Asentí y jugué con la pulsera de cuentas de colores en mi muñeca. —Sí, soy Lindsey. Para ser honesta, estoy un poco nerviosa. Y obviamente vestida de forma inapropiada. —Mi mirada recorrió la sala. Casi todas las mujeres llevaban pantalones de yoga o chándal con tops a juego. Yo estaba sentada aquí con una blusa y vaqueros, porque aparentemente tenía una extraña definición de *cómodo*.

Sarah me dio una palmadita tranquilizadora en el hombro. —No te preocupes, te cuidaremos bien. Y ahora ya sabes cuál es nuestro código de vestimenta. —Me guiñó un ojo, mientras uno de sus rizos teñidos de rojo se soltaba de detrás de su oreja. —¿Dónde está tu pareja hoy?

Mi corazón se encogió. —Oh, eh... en la oficina —murmuré, mientras el calor subía a mi rostro.

—No hay problema —dijo Sarah con naturalidad y se colocó a mi lado—. Yo seré tu compañera para los ejercicios hoy.

Se aclaró la garganta y así captó la atención de todas las demás parejas. Nunca me había sentido tan observada.

—Bien, empecemos con unos suaves rebotes en la pelota para calentar nuestros músculos pélvicos.

Mientras empezaba a rebotar suavemente y seguía las instrucciones de Sarah, no pude evitar mirar alrededor de la sala. Dondequiera que mirara, los futuros padres tenían sus manos en la espalda de sus parejas, murmurando palabras de aliento o intercambiando sonrisas emocionadas.

Los ejercicios me distrajeron. Al menos hasta que Sarah pasó a ejercicios más íntimos.

—¡Muy bien, compañeros! —exclamó Sarah—. Vamos a practicar algunas posiciones de apoyo. Papás, colocaos detrás de vuestra pareja y poned las manos en sus caderas.

Mi garganta se cerró cuando Sarah demostró la posición detrás de mí. Solo podía pensar en lo mucho que deseaba que fueran las fuertes y familiares manos de Ethan las que me sostenían.

—El padre del bebé está muy ocupado, ¿eh? —preguntó Sarah en voz baja, probablemente para iniciar una conversación y calmarme.

Tragué saliva con dificultad. —Sí.

Las palabras se sentían huecas en mi boca. Ethan estaba en el trabajo, pero no tenía idea de que se estaba perdiendo esto. Y no tenía idea de que iba a ser padre.

A medida que la clase continuaba con ejercicios de respiración y técnicas de manejo del dolor, me resultaba cada vez más difícil contener las lágrimas. La pareja a mi lado intercambiaba constantemente miradas amorosas, sus manos entrelazadas siempre que era posible.

—Lo estás haciendo genial, Lindsey —me animó Sarah, pero sus amables palabras solo me hicieron sentir más sola. Las palabras eran correctas, pero venían de la persona equivocada.

Cerré los ojos e intenté concentrarme en mi respiración, pero todo lo que podía ver era el rostro de Ethan. Sus cálidos ojos marrones, la forma en que sus labios se curvaban en las comisuras cuando estaba divertido. La idea de pasar por este embarazo, el parto y la crianza de nuestro hijo, todo sin él a mi lado, era casi insoportable.

—Caramelo —susurré. Una de mis típicas *palabras no malsonantes* se me escapó mientras una lágrima rodaba por mi mejilla.

Un mundo sin Ethan me asustaba más de lo que quería admitir. Y sentada allí, rodeada de felices parejas embarazadas, me di cuenta con dolorosa claridad de cuánto lo necesitaba, no solo como el padre de mi hijo, sino como el hombre que amaba.

La voz de la instructora interrumpió mis pensamientos turbulentos. —Muy bien, todos juntos, pasemos a las técnicas de masaje en pareja. Esto puede ser increíblemente relajante durante el parto.

Me mordí el labio y observé cómo las otras mujeres se apoyaban en sus parejas. Mientras Sarah seguía explicando, se colocó detrás de mí, con sus manos suavemente sobre mis hombros.

—Bien, papás, deberíais hacer movimientos circulares firmes en la zona lumbar —explicó Sarah, demostrándolo en mí—. Lindsey, ¿cómo se siente eso?

—Es... agradable —logré decir, aunque mi voz temblaba. El contacto era reconfortante, pero solo enfatizaba la ausencia de Ethan. Me imaginé sus fuertes manos masajeando mi tensión, su calor envolviéndome. Mi corazón dolía.

Mientras Sarah seguía guiando a la clase, cerré los ojos y dejé que mi mano vagara hacia mi vientre. Nuestro bebé. De Ethan y mío. Él merecía saber, ser parte de este increíble viaje. Y yo quería tenerlo aquí a mi lado.

—Cielos —murmuré, de repente llena de determinación—. No puedo seguir con esto.

—¿Es demasiado fuerte? —preguntó Sarah, que había oído mis palabras.

—No, no —respondí rápidamente. Quería a Ethan de vuelta. No solo para esta clase de preparación, sino para siempre.

Cuando terminó la clase, tomé mi decisión. Era hora de decirle a Ethan toda la verdad, sin importar las consecuencias. Tenía que saber sobre nuestro hijo, sobre lo mucho que aún lo amaba.

Recogí mis cosas, mi cabeza ya dando vueltas con planes. En ese momento, mi estómago dejó escapar un gruñido impresionantemente fuerte.

Me di unas palmaditas en el vientre con una pequeña sonrisa.

—Lo sé, lo sé. Mami tiene que comer algo antes de embarcarse en cualquier gran misión romántica.

Mientras me dirigía a la puerta, no pude evitar sentir una chispa de esperanza. Quizás, solo quizás, Ethan y yo podríamos aclarar las cosas. Pero primero, parecía que nuestro pequeño insistía en una parada para obtener el alimento que tanto necesitaba. Después de todo, no podía vivir solo de pizza, helado, fideos chinos y galletas de la fortuna.

Para alguien tan inteligente, puedes ser notablemente obtuso.

Capítulo 28 - Ethan

Torre Valentine, Boston, esa misma tarde.

ESTABA SENTADO EN MI oficina, mirando fijamente el smartphone en mi mano, incapaz de reunir el coraje para llamar a Lindsey desde hacía horas.

Incluso después de que papá hubiera abandonado el piso hacía mucho tiempo, dejándome con un montón de trabajo y consejos, sus palabras seguían resonando en mi cabeza.

Ten el valor de confiar en tu instinto.

Sin embargo, las dudas me carcomían. Estaba tan confundido que no podía confiar en mi instinto de ninguna manera. ¿Y si el secreto de Lindsey realmente era una aventura con Marcus?

Alguien llamó a la puerta. *Hablando del rey de Roma.*

—Hola Ethan, te traigo las proyecciones trimestrales que querías —dijo Marcus, entrando con su habitual sonrisa arrogante—. ¿Dónde se ha metido la encantadora Lindsey?

Mi mente se bloqueó y me dejé llevar por mis emociones. Antes de que pudiera pensar, había agarrado a Marcus por el cuello y lo había empujado contra la pared. Sus ojos se abrieron de par en par por la conmoción.

—Solo la estás usando, ¿verdad? —gruñí, con mi cara a centímetros de la suya. Mis manos temblaban de una ira que no sabía que poseía.

Marcus levantó las manos.

—Vaya, tranquilo. Es cierto, pero...

Una furia incandescente explotó dentro de mí. Mi visión se tiñó de rojo mientras apretaba mi agarre sobre su cara camisa. Cada músculo de mi cuerpo se tensó, gritando por borrar esa mirada arrogante de su rostro. ¡Marcus incluso admitía descaradamente que solo estaba usando a Lindsey!

—Eres un miserable —dije—. Ella merece algo mejor que tus juegos.

—Ethan, tío, cálmate —dijo Marcus, su voz tranquila a pesar del miedo en sus ojos—. Hablemos de esto.

Odiaba esto. Odiaba la ira que corría por mis venas y odiaba perder el control. Pero no podía detenerme. El rostro de Lindsey bañado en lágrimas destelló en mi mente. Cuando respiré profundamente, Marcus se estremeció, probablemente esperando un puñetazo. Pero algo me detuvo. Este no era yo. Yo no resolvía los problemas con violencia. Ni siquiera cuando estaba tan enojado como ahora.

Mi respiración salía en bocanadas ásperas, incluso mientras me recordaba internamente que debía calmarme.

—¿Quieres hablar? Entonces habla —exigí, mi voz ronca—. Ahora mismo.

Marcus miró mis manos, que aún se aferraban a su traje.

—Mira, Ethan, creo que hay un malentendido.

—¿Un malentendido? —le interrumpí, apretando mi agarre—. Has admitido que estás usando a Lindsey. ¿Cómo es eso un malentendido?

Marcus suspiró.

—No es lo que piensas. He aprovechado la situación, no a Lindsey, ¿me oyes? *La situación*.

Ahora la confusión se mezcló con mi ira.

—¿Qué demonios significa eso?

—Significa —dijo Marcus con cautela— que solo buscaba una reacción. Pero no de la manera que piensas.

Mi mente corría, tratando de dar sentido a sus palabras. Quería creerle, pensar lo mejor de mi subdirector financiero, pero la duda persistía.

—Entonces explícamelo —dije bruscamente.

—Es difícil cuando me tienes contra las cuerdas —respondió Marcus, lo que hizo que lo agarrara

con más fuerza.

—¿Te parece gracioso? —pregunté sarcásticamente. Luego bajé mi voz—. Lindsey es... ella es especial. No se merece verse envuelta en cualquier juego que estés jugando. —La cruda honestidad que expresé me sorprendió incluso a mí. Tanto que no me contuve cuando las siguientes palabras salieron de mis labios.

—Lindsey es amable y brillante e ilumina cada habitación en la que entra. Su sonrisa podría derretir el corazón más frío, y su risa, Dios, su risa es como música. Ella ve lo mejor en todos, incluso cuando no lo merecen. Y yo... —Me detuve y tragué con dificultad—. La amo. La amo tanto que me asusta.

De repente, un aplauso lento llenó la habitación. Miré por encima del hombro, mi corazón saltó a mi garganta cuando vi a Lance apoyado en el marco de la puerta, con una sonrisa en los labios.

—Bravo, Ethan —dijo Lance arrastrando las palabras—. Esa fue una actuación conmovedora y hermosa.

—¿Qué demonios haces aquí, Lance? —La presencia de mi hermano avivó la ira en mí. No porque Lance me enojara, sino porque mis hermanos nunca me veían así de alterado.

Lance entró en la oficina con paso tranquilo, sus ojos oscuros brillando divertidos.

—Podría preguntarte lo mismo, *Brodiator*. ¿Desde cuándo el gran mediador amenaza a sus empleados con golpes y hace apasionadas declaraciones de amor en medio de la jornada laboral?

Odiaba cuando Lance me llamaba *Brodiator*, la poco ingeniosa mezcla de palabras entre "bro" y "mediator".

Apreté los puños, luchando por mantener mi voz calmada.

—Esto no es asunto tuyo, Lance. Marcus ha admitido que está usando a Lindsey.

—¿Oh, en serio? —interrumpió Lance, arqueando una ceja. Se volvió hacia Marcus, que todavía estaba siendo agarrado por el cuello por mí.

—¿Es eso cierto, Whitman? ¿Has estado jugando con los sentimientos de nuestra querida Lindsey? —La diversión en el rostro de Lance crecía por momentos.

Marcus sacudió la cabeza con vehemencia.

—No, eso no es...

Lance levantó una mano, cortándolo.

—Ya, ya —dijo, su sonrisa haciéndose más amplia mientras me miraba de nuevo—. Nuestro amigo Marcus aquí no ha estado jugando con Lindsey en absoluto. Ha estado jugando contigo, querido hermano.

Parpadeé, la confusión superó momentáneamente mi ira. —¿De qué estás hablando?

Lance se rio y se apoyó contra mi escritorio. —Oh, Ethan. Para alguien tan inteligente, a veces puedes ser notablemente lento. Marcus no estaba interesado en Lindsey. Estaba interesado en llamar tu atención. Y para eso necesitaba a Lindsey.

Miré de Lance a Marcus, mi mente luchando por procesar esta nueva información. Marcus exhaló un suspiro de alivio.

—Gracias a Dios —murmuró—. Pensé que tendría que deletreárselo para que lo entendiera.

Solté el cuello de Marcus y di un paso atrás, mi cabeza dando vueltas. —¿Qué quieres decir con llamar mi atención?

Lance sonrió y cruzó los brazos. —¿Por qué no se lo cuentas tú, Marcus? Estoy seguro de que a Ethan le gustaría escucharlo directamente de la fuente.

Marcus se ajustó la corbata y alisó las arrugas que había dejado en su camisa. Se aclaró la garganta, sus penetrantes ojos azules encontrándose con los míos.

—Mira, Ethan, eres un gran jefe, pero a veces... bueno, puedes ser un poco...

—¿Cortante? —sugirió Lance servicialmente.

Marcus le lanzó una mirada agradecida. —Sí, cortante. Estás tan enfocado en ser justo con tu tiempo para todos que a veces no te das cuenta cuando alguien necesita más de tu tiempo.

Fruncí el ceño. Lentamente, la confusión estaba siendo reemplazada por vergüenza. Y mi ira se había extinguido hace rato.

—¿Así que decidiste coquetear con Lindsey para llamar mi atención?

—Algo así —dijo Marcus, encogiéndose de hombros a modo de disculpa—. La primera vez que hablé con Lindsey, noté cómo reaccionaste. Me di cuenta de que podía usar eso para hacer que me llamaras a tu oficina con más frecuencia.

Lance intervino: —Y cualquiera con ojos podía ver lo celoso que te pusiste. Excepto tú, aparentemente.

—Gracias, Lance —respondí con sarcasmo.

—De nada —replicó sonriendo, como si no hubiera captado el sarcasmo.

Sentí que mi cara se calentaba al darme cuenta de lo estúpido que había sido. —Así que todo este tiempo solo estabas...

Marcus asintió. —Intentando tener más contacto personal con mi jefe. Por el bien de Valentine Industries, lo juro.

Me apoyé en mi escritorio, sintiéndome como un completo idiota. —No puedo creer que haya caído en esto.

Lance se rio. —Oh, sí, créelo. Estabas tan atrapado en tu *cosa de neutralidad* que no viste lo que estaba justo frente a tus narices.

Mientras la verdad se asentaba, quedaba una pregunta ardiente. —Pero ¿por qué no simplemente pediste más tiempo directamente, Marcus?

—Lo hice. Varias veces. Pero dijiste que no tenías tiempo. Sin embargo, desde que Lindsey está aquí, sí lo tienes. Y créeme, no es por su productividad —no es que quiera menospreciar sus logros— pero es solo porque ahora te tomas el tiempo, Ethan. Y si miras las cifras, te sorprenderá lo valioso que puede ser *nuestro tiempo*.

Sacudiendo la cabeza, repasé mentalmente las últimas semanas y ahora que conocía la verdad, no podía dejar de verla. Mi orgullo me había engañado. Pero necesitaba escuchar de su boca que él y Lindsey no estaban juntos.

Me volví hacia Marcus, mi voz baja y seria.

—¿Entonces no hay nada entre Lindsey y tú?

Los ojos azules de Marcus se ensancharon, y sacudió la cabeza enérgicamente. —Dios, no, Ethan. Lindsey es como una hermana pequeña para mí. Además, ella dejó muy claro varias veces que no está disponible. Solo somos amigos.

El alivio me inundó, mis músculos tensos finalmente se relajaron. Sentí como si un peso se levantara de mi pecho.

—De acuerdo, pero ¿qué pasó anoche? ¿Por qué no pudiste venir? —pregunté.

Marcus cambió incómodamente el peso de sus piernas, su habitual actitud despreocupada vacilando. Podía ver cómo luchaba, su orgullo en conflicto con la necesidad de aclarar las cosas.

Detrás de nosotros, Lance se aclaró la garganta. Sus ojos oscuros bailaban con diversión mientras miraba de uno a otro.

—Sé lo que estaba haciendo nuestro yuppie aquí. ¿Quieres que lo suelte, o prefieres tener el honor, Marcus?

Marcus suspiró teatralmente y se pasó la mano por la cara. —Está bien, se lo diré. *Mi diva* fue remolcada.

Parpadeé. —¿Qué?

—Mi coche —explicó Marcus—. Me estacioné en una zona prohibida y me llevó una eternidad averiguar a dónde se habían llevado a mi diva. Por eso no tuve tiempo.

Por un momento, solo me quedé mirándolo. Luego estallé en carcajadas. Lo absurdo de la

situación, el alivio y el puro ridículo de que básicamente había estado celoso del coche deportivo de Marcus, me golpearon de repente. Pronto Marcus y Lance se unieron, sus risas mezclándose con la mía en la espaciosa oficina.

Cuando nuestra hilaridad disminuyó, me sequé una lágrima del ojo. —Dios, fui un idiota.

Me volví hacia Marcus, mi expresión volviéndose seria.

—Lo siento, Marcus. Por dudar de ti, por no darte el tiempo que necesitabas. Y por casi golpearte hace un momento. No fue justo de mi parte.

Marcus hizo un gesto desestimando, su relajada sonrisa de vuelta en su lugar. —Oye, yo tampoco me comporté exactamente como un empleado modelo. Ambos la cagamos y ambos hemos crecido con esto.

Asentí, sintiendo que se desarrollaba un nuevo entendimiento entre nosotros.

—De ahora en adelante, si necesitas más tiempo para discutir las cosas, solo dilo. Prometo que escucharé.

Mientras Marcus y yo nos estrechábamos las manos, me di cuenta de que necesitaba prestar más atención a las cosas que tenía justo frente a mis narices.

Marcus echó un vistazo a Lance, sus ojos brillaban con picardía.

—Bueno, me voy a escabullir. Parece que ustedes dos tienen que hacer algo de unión fraternal —Marcus me guiñó un ojo antes de salir despreocupadamente de mi oficina, dejándonos a Lance y a mí solos.

Me volví hacia Lance y arqueé una ceja. —Entonces, ¿qué te trae a mi oficina, hermanito?

Lance se encogió de hombros, sus ojos marrón oscuro encontrándose con los míos. —Honestamente, ya no importa. Parece que tienes suficiente en tu plato.

Suspiré y me pasé la mano por el pelo. —Estaré bien.

—Claro que sí —dijo Lance, su tono sorprendentemente suave—. Pero, ¿cuántas veces has hecho de diplomático por mí? Déjame devolverte el favor.

Dudé, dividido entre mi instinto de manejar todo solo y la sincera oferta de ayuda. Finalmente, asentí. —Está bien.

Lance sonrió y se dejó caer en uno de mis sillones de cuero. —Así que, suéltalo. ¿Qué te tiene tan alterado que estás a punto de fundar un club de lucha con Marcus?

Comencé a caminar de un lado a otro detrás de mi escritorio. —Lindsey y yo tuvimos una pelea esta mañana. Se... se sintió casi como una ruptura.

Las cejas de Lance se dispararon hacia arriba. —Vaya. ¿Por Marcus?

—Indirectamente —admití, frunciendo el ceño—. Pero incluso si ella y Marcus no están juntos, todavía está ocultando algo. Puedo sentirlo.

Para mi sorpresa, Lance asintió pensativamente. Su fachada de playboy se desvaneció, y el hermano sensible y atento que sabía que se escondía debajo salió a la superficie.

—Escucha, Ethan —dijo, inclinándose hacia adelante—. Puede que yo no sea exactamente el mejor ejemplo de relaciones saludables, pero conozco a Lindsey. Te importa. Y tú le importas a ella. Sea lo que sea este secreto, te lo dirá cuando esté lista.

Dejé de caminar, la esperanza brotando en mi pecho. —¿De verdad lo crees?

—Claro —Los labios de Lance se curvaron en una sonrisa—. Solo dale tiempo.

Mirando a mi hermano menor, sentí una oleada de gratitud. Tal vez tenía razón.

Lance miró su reloj y se levantó de un salto. —Mierda, tengo que irme. Tengo que hacer *una cosa*.

Arqueé una ceja, divertido por su balbuceo. —¿*Una cosa*, eh? ¿Otra de *tus* cosas típicas?

—Podría ser —respondió Lance, su sonrisa había vuelto.

—Mientras no vuelvas a rayar el coche de papá, todo bien —respondí sonriendo.

Puso los ojos en blanco dramáticamente. —¡Eso fue hace años! Déjalo estar ya.

—Díselo a papá —me reí—. Esta misma mañana me recordó cómo arruiné su coche favorito. —Omití que el coche en realidad solo había servido como metáfora de otra cosa.

Lance sonrió y se dirigió a la puerta. —Los duros sacrificios del diplomático de la familia, *Brodiator*.

Lo seguí afuera, mi estado de ánimo más ligero que en todo el día. Cuando pasamos por el escritorio vacío de Lindsey, vi un archivo que necesitaba y lo cogí.

Al levantar la carpeta, un pequeño trozo de papel revoloteó hasta el suelo. Lo recogí y mis dedos se congelaron cuando me di cuenta de lo que tenía en la mano.

Una ecografía. Con el nombre de Lindsey claramente impreso en la parte superior.

La realización me golpeó como un tren de carga. El secreto de Lindsey. El comportamiento extraño. Los cambios de humor. Todo tenía sentido ahora.

Lindsey estaba embarazada. De mi hijo.

Me quedé mirando la imagen granulada, una mezcla de shock, alegría y miedo fluyendo a través de mí. ¿Por qué no me lo había dicho? ¿Tenía miedo de mi reacción? ¿Pensaba que no lo querría?

—¿Ethan? —La voz de Lance me devolvió a la realidad—. ¿Estás bien? Parece que hubieras visto un fantasma.

—No un fantasma —Tragué saliva con dificultad—. Mi hijo.

Lance me lanzó una mirada escéptica. —¿Tu hijo? ¿Cómo lo sabes? —Lance miró la imagen—. Ah, claro. El bebé tiene la frente típica de los Valentine.

—Idiota —Le miré sacudiendo la cabeza.

—¿Entonces cómo sabes que eres el padre? —insistió Lance, dejando que su mirada se deslizara sobre la fecha prevista del parto y el número de semanas de embarazo—. ¿Has calculado cuándo la dejaste embarazada?

—No —Di la vuelta a la ecografía—. Por esto.

En la típica caligrafía delicada de Lindsey, decía: *Nuestro pequeño milagro Valentine.*

Tuve que sonreír por la alusión de doble sentido. Porque después de hacer un cálculo aproximado de las fechas, llegué a la conclusión de que nuestro milagro Valentine nos estaba esperando desde la gala.

—Vale, esa es una alusión poco sutil. Tal vez no sea tan tonto por parte de Lindsey, últimamente pareces estar un poco espeso —se burló Lance. Luego su tono se volvió más fraternal—. Bromas aparte. Estoy seguro de que la paternidad te sentará tan bien como esos elegantes gemelos.

—Gracias —Apenas oía mi propia voz. Solo podía pensar en Lindsey y en la pequeña vida que crecía dentro de ella. *Nuestro hijo.*

Tenía que encontrarla. Ahora.

—Lance, discúlpame —dije, ya dirigiéndome al ascensor—. Nos vemos luego, ¿vale?

—Claro —Lance me guiñó un ojo—. Ah. Y felicidades, tío. Serás un padre estupendo.

Asentí, mi garganta apretada por la emoción. Luego, sin otra palabra, corrí hacia el ascensor. Mis pensamientos se aceleraban mientras presionaba repetidamente el botón, esperando que las puertas se abrieran más rápido.

Lindsey estaba embarazada. De mi hijo. Y yo casi lo había arruinado todo con mi estupidez.

Mientras el ascensor bajaba, me apoyé contra la pared, con el corazón latiendo con fuerza. Tenía que arreglar esto. Tenía que demostrarle a Lindsey que estaba completamente comprometido, que quería esto —a ella— más que nada en el mundo.

Capítulo 29 - Ethan

Torre Valentine, Boston, esa misma noche.

MI CORAZÓN LATÍA CON fuerza mientras me apresuraba por el estacionamiento subterráneo de la Torre Valentine, mis pasos resonando en las paredes de concreto. La idea de Lindsey sentada triste y sola en su apartamento me impulsaba a darme prisa. Tenía que arreglar esto. Tenía que decirle cuánto la amaba y lo emocionado que estaba por nuestro bebé. Para ser honesto, aún no había asimilado completamente la noticia del bebé, pero la idea de tener hijos con Lindsey se sentía tan correcta que no me preocupaba por el futuro.

Cuando me acercaba a mi Tesla, dejé caer las llaves por la prisa. Luego me obligué a calmarme.

Contrólate.

Entonces me deslicé en el asiento del conductor.

El cuero crujió cuando me senté y respiré hondo para calmarme.

Activé el piloto automático, sabiendo que mis emociones estaban demasiado caóticas para conducir de manera segura. Mientras el auto salía suavemente del estacionamiento, me recliné y cerré los ojos por un momento.

Me imaginé la cálida sonrisa de Lindsey y sus brillantes ojos azules. Pronto la vería de nuevo en persona, podría oler su aroma y sentir su abrazo.

El Tesla se deslizaba por las calles de Boston, las vistas familiares de la ciudad se difuminaban. La luz del sol brillaba en las fachadas de cristal de los rascacielos, y las aceras estaban llenas de multitudes vespertinas. Pero apenas notaba nada de eso, mi cabeza estaba llena de todo lo que tenía que decirle a Lindsey.

Repasé las conversaciones de antes y agradecí el apoyo de mi familia. Las sabias palabras de mi padre resonaban en mi cabeza y también las palabras de Lance, por simples que fueran, me habían ayudado a ver las cosas con más claridad.

Tenían razón. Todos ellos. Había sido un idiota y había permitido que mis reglas diplomáticas, basadas en inseguridades, tomaran el control. Pero ahora, mientras el auto navegaba por el tráfico, sentí un atisbo de determinación. Arreglaría esto. Le contaría todo a Lindsey.

Te amo, Lindsey.

La quería a ella, a nuestro bebé, a nuestro futuro. Todo ello.

La anticipación crecía con cada milla que pasaba. Mis palmas estaban sudorosas, mi corazón acelerado. Nunca había estado tan nervioso, ni siquiera en mis mayores acuerdos de negocios. Pero esto era mucho más importante que cualquier contrato o fusión.

Esto se trataba de amor. De familia. Del futuro que deseaba más que nada. Se trataba de algo que nunca había pedido, pero sin lo cual ya no podía vivir.

Cuando los edificios familiares del vecindario de Lindsey aparecieron a la vista, mi pulso comenzó a calmarse lentamente. Estaba listo. Listo para desnudar mi alma y luchar por nosotros.

El Tesla se detuvo suavemente frente al edificio de apartamentos de Lindsey, una discreta estructura de ladrillo que se integraba perfectamente en el paisaje residencial de este barrio de clase media de Boston. Salí del auto, mi corazón latía contra mi pecho mientras me dirigía a la entrada.

La escalera era típica de estos edificios más antiguos: ligeramente mohosa, con pintura descascarada en los pasamanos y tubos fluorescentes parpadeantes en el techo. Subí los escalones de dos en dos, mis pasos resonando en el estrecho espacio.

Cuando llegué al piso de Lindsey, me detuve un momento para recuperar el aliento. Luego llamé a su puerta.

Silencio.

La tensión en mi pecho se hizo aún más intensa mientras esperaba, esforzándome por escuchar algún sonido del interior. Nada. Llamé de nuevo, esta vez más fuerte.

—¿Lindsey? —llamé, mi voz temblando ligeramente—. Soy yo, Ethan. Por favor, ¿podemos hablar?

Silencio de nuevo. El pasillo de repente se sentía opresivamente tranquilo, la falta de respuesta

era agonizante. Me acerqué más a la puerta y presioné mi oreja contra la fría madera.

—Escucha, sé que fui un completo idiota —comencé, las palabras saliendo intuitivamente de mi boca—. No creerías el día que he tenido. Primero, papá estuvo allí y me hizo entrar en razón. Me dio el peor y al mismo tiempo el mejor consejo de todos, que era que escuchara a mi instinto.

Hice una pausa y escuché por una respuesta. Cuando no llegó ninguna, continué, una risa nerviosa escapando de mí.

—Vamos a la parte mala del consejo instintivo de papá. Casi golpeo a Marcus y él, ¿sabes qué? Simplemente me habría sonreído, ya sabes cómo es, todo traje de diseñador y actitud. En fin, ahora vamos a la buena parte del instinto.

Mi voz se quebró ligeramente, y tuve que respirar profundamente antes de continuar.

—Encontré la ecografía. —Presioné mi palma plana contra la puerta, imaginando a Lindsey al otro lado—. ¿Por qué no me lo dijiste, Lindsey? Vamos a tener un bebé. ¡Un bebé! Nunca había estado tan asustado y tan emocionado al mismo tiempo.

Esperé, con el corazón latiendo en la garganta, alguna señal de que estuviera escuchando. El silencio se extendió, volviéndose más insoportable con cada segundo que pasaba.

Apoyé mi frente contra la puerta y cerré los ojos.

—Lindsey, por favor —supliqué, mi voz baja y débil—. Te quiero a ti. Quiero a nuestro bebé. Yo fui el idiota, no tú. No hiciste nada mal. ¿Me oyes?

Todavía nada. La frustración burbujeba en mí, mezclada con un creciente sentimiento de desesperación. Mi garganta se cerró cuando me golpeó la realización: tal vez ella realmente no quería tener nada más que ver conmigo. El pensamiento fue como un golpe en el estómago que me quitó el aliento.

Tragué con dificultad y traté de mantener la compostura.

—Si... si no abres esta puerta ahora mismo, o me das alguna señal, nunca más volveré a molestarte. Nunca más —Las palabras se sentían como papel de lija en mi boca, cada una de ellas desgarrando mi corazón.

Tenía las palmas de las manos sudorosas y podía sentir cómo mi pulso se aceleraba de nuevo. La idea de dejar a Lindsey y a nuestro hijo me enfermaba físicamente. Contuve la respiración y escuché atentamente cualquier sonido proveniente del apartamento.

De repente, oí que se abría una puerta, pero no la de Lindsey. Venía de algún lugar a la izquierda. Confundido, me enderecé y me giré hacia el sonido.

Mi mirada se posó en una mujer diminuta de cabello plateado que se asomaba detrás de su puerta. Su rostro estaba enmarcado por una masa de rizos blancos y esponjosos que parecían desafiar la gravedad. Llevaba un suéter morado brillante estampado con gatos, y sus ojos

brillaban con picardía detrás de unas gafas de ojos de gato adornadas con piedras brillantes.

—Vaya, vaya —gorjeó, su voz sorprendentemente fuerte para una abuela que parecía que una brisa fuerte podría derribar.

—Si no es nada menos que el *Señor Alto-Oscuro-y-Desesperadamente-Romántico* en persona. Por cierto, soy Mildred, pero puedes llamarme Millie la Maestra Escucha.

Parpadeé, sin palabras por un momento. —Soy Ethan. Ethan Valentine.

—Oh, cariño, sé exactamente quién eres. Tu pequeña declaración de amor aquí afuera fue mejor que cualquier telenovela que haya visto jamás —Me guiñó un ojo—. Y déjame decirte, esas fueron palabras de primera clase, de alto calibre, dignas de un Emmy las que acabas de pronunciar. Realmente conmovedoras.

Sentí que la resignación se extendía dentro de mí. —Sí, bueno... parece que a Lindsey no le gustan mucho.

Millie agitó la mano en señal de rechazo, sus pulseras tintineando. —¡Pamplinas y tonterías con salsa! Por supuesto que a Lindsey le habrían gustado, cabecita de tornillo. Al menos, si hubiera estado aquí para escucharlas.

Mi corazón se saltó un latido. —¿Qué quiere decir?

—Quiero decir, bomboncito, que nuestra encantadora Lindsey salió de este edificio hace horas y no ha regresado.

Sentí como si me hubieran echado un cubo de agua helada. —¿Está segura?

Los ojos de Millie se entrecerraron. —¿Que si estoy segura? ¿Que si estoy segura? Escucha, *Alto-Oscuro-y-Dudoso*, estoy mil por ciento, absoluta, indudablemente segura. ¿Ves estas paredes? —Golpeó con los nudillos el marco de la puerta—. Son más delgadas que la trama de *The Bachelor*. Puedo oír cada crujido, cada gemido, cada palabra de cariño susurrada en todo este edificio. ¡Es mejor que la televisión por cable, te lo digo yo!

Mis pensamientos corrían. —¿Sabes adónde fue?

El rostro de Millie se suavizó. —Lo siento. Pero parecía bastante alterada. Prácticamente voló escaleras abajo como si estuviera haciendo una audición para el maratón de Boston.

Por un momento, el pánico me invadió. ¿Habría Lindsey volado de regreso a Florida? Lindsey podía ser impulsiva, pero ¿tan impulsiva?

Pero entonces un pensamiento me golpeó como un rayo.

—Gracias, Millie —dije, mientras ya me giraba hacia las escaleras—. Has sido increíblemente útil.

—¡Ve por ella, Romeo! —gritó Millie mientras yo bajaba corriendo las escaleras—. ¡Ya me

enteraré luego de cómo resultó todo!

Mientras salía corriendo del edificio hacia la cálida tarde de Boston, envié una silenciosa plegaria al cielo. Solo había un lugar donde Lindsey podía estar. Solo esperaba no llegar demasiado tarde.

Capítulo 30 - Lindsey

Dewey Square, Distrito Financiero, Boston, esa misma noche.

ESTABA SENTADA EN EL banco, con la mirada fija en el puesto de perritos calientes al otro lado de la calle, mientras devoraba uno de ellos. El aroma de las salchichas cocidas y los pepinillos picantes flotaba en el aire, haciendo que mi estómago gruñera aunque ya estuviera comiendo. Normalmente, me pondría a charlar con el vendedor, pero hoy simplemente no tenía la energía para hacerlo. Mis pensamientos estaban demasiado ocupados con Ethan.

Dios, qué lío. ¿Cómo pudieron las cosas volverse tan complicadas entre nosotros? En un momento estábamos coqueteando en el trabajo, y al siguiente teníamos una pelea que casi parecía una ruptura.

—¿En qué lío te has metido, Lindsey? —murmuré para mí misma—. Es solo un tipo. Un tipo estúpidamente guapo y molesto que hace que tu corazón se acelere cada vez que te mira. Y es el padre de tu hijo. No es gran cosa. ¡Para nada es gran cosa!

Estaba tan absorta en mis pensamientos que casi no me di cuenta de la gran figura que se acercaba al puesto de perritos calientes. Se me cortó la respiración cuando reconocí los anchos hombros de Ethan y su andar decidido. ¿Qué hacía aquí? Si odiaba los perritos calientes.

Nuestras miradas se cruzaron y él se congeló por una fracción de segundo antes de enderezar los hombros y venir directamente hacia mí. Con cada uno de sus pasos, mi pulso se aceleraba. Una parte de mí quería salir corriendo, pero una parte más grande quería desesperadamente escuchar lo que Ethan tenía que decir. En secreto, incluso me alegraba un poco de no tener que recorrer

toda la Torre Valentine. Ya era suficiente con que Isabella me hubiera sonreído con burla cuando me fui, no necesitaba más de sus comentarios mordaces.

Cuando Ethan se acercó, pude ver la tensión en su mandíbula, sus músculos firmemente apretados. Su rostro, normalmente tan neutral, era una mezcla de determinación y... ¿era eso nerviosismo? Ethan Valentine nunca estaba nervioso, nunca.

—Lindsey —dijo, su voz profunda enviando escalofríos por mi espalda—. Tenemos que hablar.

Abrí la boca para hablar, pero Ethan levantó la mano, sus ojos marrones serios. —Por favor, déjame hablar primero. He sido un completo idiota, y necesito decir esto antes de volverme loco.

Mi corazón latía con fuerza en mi pecho mientras asentía y me sacudía las últimas migas de perrito caliente de los vaqueros. Ethan respiró hondo y se pasó la mano por su pelo perfectamente peinado.

—De hecho, todo lo que voy a decir ahora ya lo he dicho una vez. Frente a tu apartamento —dijo, y una breve sonrisa se deslizó en su rostro—. Pero tu vecina Millie fue la única que escuchó mis palabras. Me dio un pulgar arriba, por si eso vale de algo.

Parpadeé, tratando de procesar esta información. ¿Millie? ¿Mi dulce vecina mayor que se entera de todo lo que pasa en ese edificio?

Ethan continuó, sus palabras brotando ahora más rápidamente. —Mira, he sido un completo idiota. He permitido que mis celos nublaran mi juicio y te he tratado injustamente. He pasado todo el día intentando ordenar este lío en mi cabeza, y me he dado cuenta de algo importante. —Hizo una pausa y su mirada se intensificó. Sentí que podría ahogarme en esos ojos.

—¿De qué te has dado cuenta? —pregunté en voz baja, apenas atreviéndome a respirar.

Los labios de Ethan se curvaron en una sonrisa arrepentida. —Me he dado cuenta de muchas cosas. Por ejemplo, que mis celos hacia Marcus eran completamente infundados y absolutamente estúpidos. Casi lo golpeo, ¿puedes creerlo?

Mis ojos se abrieron de golpe por la sorpresa. —¿Tú qué? Ethan Valentine, ¿realmente te metiste en una pelea por mí?

Se rio, el sonido me calentó desde dentro. —No exactamente. Digamos que las cosas se... calentaron. Y entonces Lance apareció y actuó como mediador.

Parpadeé, sorprendida. —¿Lance? ¿Tu hermano playboy, mujeriego, *"no podría importarme menos"* Lance?

Una pequeña sonrisa jugó en los labios de Ethan. —Ese mismo. No le gusta mostrarlo, pero tiene profundidades ocultas.

—Aparentemente —murmuré, todavía tratando de procesar esta información.

Ethan se pasó la mano por el pelo de nuevo, su expresión volviéndose avergonzada. —Resulta que Marcus solo estaba aprovechando mis celos para aumentar su productividad. Después de que Lance ayudara a aclarar el aire, pudimos resolver las cosas.

—Bien —respondí, asintiendo varias veces. Todavía no podía creer que Ethan, precisamente Ethan, casi hubiera iniciado una pelea.

La expresión de Ethan se suavizó, y dio un paso más cerca. —Todo este lío fue bueno. Porque me hizo darme cuenta de lo mucho que significas para mí, Lindsey. No puedo soportar la idea de perderte por algo tan ridículo.

Se me cortó la respiración. ¿Esto estaba pasando realmente? Busqué en su rostro algún signo de falta de sinceridad o al menos de duda, pero todo lo que vi fue cruda y honesta verdad.

Asentí lentamente, pero algo seguía molestándome.

—Ethan, eso es genial, pero... hay algunas cosas que todavía tenemos que aclarar.

—Di lo que tengas en mente. —Ethan me dio tiempo para recomponerme.

Respiré hondo y me armé de valor. —Por ejemplo, tenemos que hablar de cómo trasladaste a Isabella forzosamente solo porque tuvo un mal día. —Hice una pausa, mis mejillas se sonrojaron cuando añadí—: Y seamos honestos, el sexo contigo no es precisamente fácil de olvidar. No es justo esperar que cada mujer que dejas tirada después de follar simplemente... siga adelante.

Los ojos de Ethan se abrieron de par en par, una mezcla de sorpresa y algo más —¿era culpa?— cruzó por su rostro. Contuve la respiración y esperé su respuesta, mi corazón latiendo con fuerza en mi pecho.

Observé atentamente el rostro de Ethan mientras procesaba mis palabras. Su expresión normalmente serena vaciló por un momento, su frente se arrugó.

—Lindsey —dijo con voz suave pero intensa—. Creo que has malinterpretado la situación con Isabella.

Crucé los brazos, sintiendo un atisbo de frustración. —¿En serio? Sus reacciones me parecieron bastante claras. ¿Y la hostilidad? Era difícil de ignorar.

Ethan dio otro paso más cerca, sus ojos marrones intensos. —Sé cómo se veía, pero...

—Los escuché a los dos en el pasillo el otro día —solté de repente, arrepintiéndome inmediatamente de mi confesión.

Las cejas de Ethan se alzaron, pero no parecía enojado. En su lugar, dejó escapar un largo suspiro.

—Ah. Eso explica algunas cosas. —Se aflojó un poco la corbata—. Lindsey, lo que escuchaste... fue sobre un beso. Un beso que ni siquiera correspondí.

Mi boca se abrió de sorpresa. —¿Qué?

Asintió con firmeza. —Quiero dejarlo muy claro. Entre Isabella y yo no pasó nada más que ese beso no deseado.

Sentí una ola de alivio inundándome, seguida de vergüenza por mis suposiciones.

—Oh. —El rubor subió por mi cuello.

—Y en cuanto a Isabella —continuó Ethan, su voz adquiriendo un tono más duro—, ya no causará más problemas. La despedí hoy, y no por tener un mal día, sino por hacer un mal trabajo.

—Gracias a Dios. Realmente era terrible. —No pude contener la pequeña sonrisa que se deslizó en mi rostro.

La expresión de Ethan se suavizó, su loción para después del afeitado me envolvió y estuve a punto de cerrar la última distancia entre nosotros.

—Lindsey, hay algo más que debo decirte. —Hizo una pausa y respiró hondo—. No he podido olvidar nuestra noche en el baile de máscaras. Ni un solo día. Y debería habértelo dicho mucho antes.

Parpadeé, completamente atónita. —¿De verdad? —Mi voz salió como un susurro.

Asintió, sin apartar su mirada de la mía. —De verdad.

Mi corazón se aceleró y sentí un dolor punzante en el pecho.

—Entonces, ¿por qué... —Tragué con dificultad y finalmente hice la pregunta que me había estado atormentando—. ¿Por qué no me enviaste un mensaje? ¿Por qué actuaste como si no me conocieras cuando estuve frente a ti?

Ahora le tocó a Ethan parecer sorprendido. —¿A qué te refieres?

—Dejé mi número en la habitación del hotel —expliqué, sintiéndome vulnerable—. Pero nunca llamaste ni escribiste. Y cuando nos encontramos...

—Actué como si no te conociera porque estaba herido. —Los ojos de Ethan se abrieron con comprensión.

—¿Por qué estabas herido? —pregunté, alzando una ceja.

—Oh, Lindsey —dijo suavemente—. Me quedé dormido esa mañana. Cuando me di cuenta de que te habías ido, me puse el traje y salí del hotel apresuradamente. Sin mirar la mesita de noche. —Sacudió la cabeza, luciendo atormentado—. Pensé que para ti solo había sido algo de una noche.

No pude evitarlo: comencé a reír. Lo absurdo de la situación, las semanas y meses de tensión y malentendidos, todo estalló en una risa ligeramente histérica.

Me sequé una lágrima del ojo cuando mi risa se apagó.

—Oh, Dios mío, Ethan. Nunca dije nada sobre el baile de máscaras porque pensé que para ti solo había sido algo de una noche, ya que nunca te pusiste en contacto. —Sacudí la cabeza—. ¿Realmente hemos estado evitando mencionar el baile de máscaras por nuestro orgullo herido?

Los labios de Ethan se curvaron en una sonrisa melancólica. —La hemos fastidiado bastante, ¿verdad?

—Definitivamente —estuve de acuerdo, sacudiendo la cabeza—. Imagina cuánto drama podríamos haber evitado si hubiéramos hablado de esto desde el principio.

Ethan tomó mi mano, su toque envió un escalofrío a través de mí. —Tienes razón. Pero lo que importa ahora es que estamos aquí, juntos. —Sus ojos marrones buscaron en los míos, la vulnerabilidad claramente visible en su rostro normalmente estoico—. Es decir... si puedes perdonarme por haber sido tan idiota.

Mi corazón se hinchó. —Sí —dije en voz baja—. Te perdono. —Respiré hondo, repentinamente nerviosa—. Pero Ethan, hay algo importante que debo decirte...

Antes de que pudiera continuar, una sonrisa tierna se extendió por el rostro de Ethan. —Ya sé sobre nuestro hijo, Lindsey. Ese era tu secreto, ¿verdad?

Jadeé, mi mano libre voló a mi boca. —¿Tú... lo sabes? ¿Cómo?

—Había una ecografía en el archivo Henderson —dijo, apretando suavemente mi mano—. Pero el *cómo* realmente no importa. Lo que importa es que estoy aquí y no me voy a ninguna parte.

Busqué en sus ojos y no vi nada más que sinceridad y calidez. Mi corazón se aceleró al darme cuenta de que esto era real: Ethan sabía del bebé y quería estar conmigo. Incapaz de contener mis emociones por más tiempo, cerré la pequeña distancia entre nosotros, lancé mis brazos alrededor de su cuello y lo besé.

En el momento en que nuestros labios se encontraron, el mundo a nuestro alrededor desapareció. Los fuertes brazos de Ethan rodearon mi cintura, acercándome más mientras profundizaba el beso. Era apasionado, tierno y lleno de promesas al mismo tiempo. Lo sentí en cada fibra de mi ser, un beso que se grabó en mi memoria e incendió mi alma.

Cuando finalmente nos separamos, jadeando por aire, me sentí mareada de felicidad. Mis dedos trazaron la fuerte línea de la mandíbula de Ethan. Sus ojos marrones, normalmente tan reservados, estaban llenos de calidez y algo que se parecía mucho al amor.

—Eso fue... —comencé, pero no sabía cómo terminar la frase. En mi cabeza, había un caos emocional de proporciones épicas.

—Ya era hora —completó Ethan la frase, sus labios se curvaron en una sonrisa que hizo saltar mi corazón.

Asentí y sentí cómo una ola de optimismo me invadía. Todos los malentendidos, todo el drama, de repente parecían tan insignificantes en comparación con este momento. En ese instante, supe con una certeza que se asentó profundamente en mis huesos que Ethan y yo podríamos enfrentar cualquier cosa juntos.

—¿Sabes? —dije, guiñándole un ojo—. Creo que voy a necesitar muchos más besos como ese. Solo para recuperar el tiempo perdido.

La risa de Ethan fue profunda y plena. —Creo que eso se puede arreglar.

—Muy bien —asentí. Entonces mi estómago gruñó, lo que provocó una sonrisa en Ethan.

—¿Qué te parece si te compro un perrito caliente ahora? He oído que los pepinillos son fantásticos.

—Has oído bien, los pepinillos encurtidos son fenomenales —respondí riendo. Ethan me ofreció su brazo y me agarré a él mientras caminábamos hacia el puesto de perritos calientes. Pero a mitad de camino me detuve.

—¿Ethan? —pregunté sonriendo y entrelazando mis dedos con los suyos.

—¿Sí, Lindsey?

—No puedo esperar para verte como padre. Serás genial.

Ethan me dio un suave beso en la frente. —Seremos geniales juntos, Lindsey. Los tres.

Mientras estábamos allí, en los brazos del otro, supe que este era solo el comienzo de nuestra historia. Seguramente vendrían desafíos, pero en ese momento, con la promesa de nuestro futuro extendiéndose ante nosotros, no pude evitar sonreír. Fuera lo que fuera lo siguiente que viniera, lo enfrentaríamos codo con codo, mano con mano, más fuertes juntos de lo que jamás habíamos sido por separado.

Los perritos calientes son la única constante en mi vida.

Capítulo 31 - Ethan

Clase de preparación para el parto, Beacon Hill, Boston, unos meses después.

NUNCA PENSÉ QUE ENCONTRARÍA tan cautivadora a una mujer haciendo inclinaciones pélvicas en una pelota de ejercicios. Pero ahí estaba yo, fascinado por cada movimiento de Lindsey. Su vientre de embarazada, ahora innegable, se balanceaba suavemente mientras se mecía hacia adelante y hacia atrás. La lluvia de finales de otoño golpeaba contra las ventanas de la clase de preparación para el parto, pero en el interior hacía calor y estaba lleno de los suaves susurros y risas de los futuros padres.

—Lo estás haciendo genial, Lindsey —dije, colocando mi mano en la parte baja de su espalda. Sus pantalones de yoga se ajustaban a su cuerpo en todos los lugares correctos. Cada vez que la veía con esa ropa deportiva, no podía evitar sonreír. No por los pantalones de yoga, sino por la historia detrás de ellos. Lindsey me había contado que se había presentado a su primera clase con vaqueros.

Lindsey giró la cabeza, sus largas ondas rubio oscuro cayendo sobre su hombro.

—Gracias, Ethan. Pero mi espalda me está matando.

Comencé a masajear la parte baja de su espalda, atendiendo los músculos tensos. —¿Mejor?

Dejó escapar un suspiro de satisfacción. —Mucho mejor. Te estás volviendo bastante bueno en esto, Sr. Valentine.

Sonreí. —Bueno, hago lo mejor que puedo, futura Sra. Valentine. —Mi mirada se deslizó hacia el anillo de compromiso en su dedo.

Mientras Lindsey continuaba con sus ejercicios, me encontré pensando en la paternidad. ¿Sería tan buen padre como el mío? Estaba decidido a serlo, tal vez incluso mejor.

—Muy bien, todos —llamó Sarah, nuestra instructora—. Pasemos a las sentadillas suaves. Recordad, estas ayudan a fortalecer los músculos del suelo pélvico.

Me puse de pie, listo para ayudar a Lindsey mientras luchaba por levantarse de la pelota. Cuando agarró mis antebrazos, no pude evitar admirar lo hermosa que se veía; el embarazo le sentaba bien.

Sarah se acercó a nosotros, con una cálida sonrisa en su rostro. —¡Ustedes dos están haciendo un trabajo excelente en la preparación. Estoy impresionada!

Lindsey brillaba, sus ojos azules centelleando. —¡Ethan está realmente entusiasmado con todo esto!

Sentí una oleada de orgullo ante sus palabras.

—Solo intento ser el mejor compañero que puedo ser —dije, apretando la mano de Lindsey.

Sarah asintió con aprobación. —Es maravilloso verlo. Sigan así, ustedes dos.

Mientras Sarah se dirigía a la siguiente pareja, Lindsey se inclinó cerca de mí.

—Sabes —susurró, su aliento haciéndome cosquillas en el oído—, creo que somos la pareja modelo de Sarah.

La atraje más cerca, mi frente tocando la suya. —Mientras te tenga a mi lado, no me importa ser exhibido.

Las mejillas de Lindsey se sonrojaron mientras me sonreía. Nos pusimos en posición para las sentadillas, mis manos flotando cerca de su cintura para apoyarla.

—¿Lista? —pregunté en voz baja.

Asintió, sus largas ondas rubio oscuro balanceándose. —Tan lista como puedo estar. Solo no me dejes caer sobre mi trasero, ¿de acuerdo?

Sonreí. —Nunca. Te tengo.

Comenzamos el ejercicio, Lindsey bajando lentamente mientras yo le daba apoyo.

—¿Qué tal? —preguntó, con un ligero esfuerzo en su voz.

—Perfecto —respondí, admirando lo grácil que se movía a pesar de su vientre creciente—. Eres una natural.

Resopló. —Por favor, me siento como un pingüino bamboleante.

—El pingüino más hermoso que he visto jamás —repliqué, lo que me valió un giro de ojos y una sonrisa.

Mientras continuábamos, Lindsey frunció ligeramente el ceño.

—Oye. ¿Cómo va ese nuevo trato? ¿El que te tenía tan estresado la semana pasada? —preguntó.

La ayudé a enderezarse antes de responder. —De hecho, ahora va genial. Marcus tiene todo bajo control.

—¿En serio? —Las cejas de Lindsey se alzaron con sorpresa—. ¿Estás dejando que Marcus se encargue?

—Sí. Es el subdirector financiero, ese es su trabajo. —Asentí, recordando los tensos meses anteriores—. Y realmente puedo contar con él desde... bueno, ya sabes. Desde ese asunto del que ya no hablamos porque es tan vergonzoso.

Los ojos de Lindsey se suavizaron. —Eso es maravilloso, Ethan. Me alegro de que todo haya salido bien.

—Yo también —estuve de acuerdo—. Y me alegro de poder reducir mi carga de trabajo sin sentirme culpable. Porque quiero estar contigo durante tu embarazo, no hay discusión al respecto.

Se inclinó hacia delante y me dio un rápido beso en la mejilla. —Y lo aprecio más de lo que te imaginas.

No pude resistirme a añadir: —Pero sabes, ¿qué haría el trabajo aún más eficiente? Si volvieras a ser mi asistente.

Lindsey se echó hacia atrás y entrecerró los ojos juguetonamente. —¿Ah, sí?

—Absolutamente —dije con expresión seria—. Echo de menos verte merodear frente a mi oficina.

—¿Merodear? —jadeó con fingida indignación—. Debo informarte que siempre trabajé de manera confiable y eficiente.

—Por supuesto, por supuesto. —Sonreí, incapaz de contener mi risa—. Y estoy seguro de que todos esos videos de gatitos eran completamente necesarios para mantener alta la productividad, especialmente cuando pensabas que no estaba mirando.

—Absolutamente. —Lindsey intentó mantener su expresión indignada, pero pude ver cómo las comisuras de su boca temblaban. Finalmente se derrumbó, dejando escapar un resoplido poco elegante y estallando en risitas.

Cuando la vi reír, con los ojos arrugados en las esquinas, sentí un calor en el pecho. Dios, amaba

a esta mujer.

Mientras la risa de Lindsey se apagaba, sus ojos se iluminaron de emoción. Tomó mi mano, entrelazando sus dedos con los míos.

—Realmente me encantaría volver a ser tu asistente personal, pero sabes que tengo otros planes.

Asentí y le di un beso en la frente. —Lo sé. Y tú sabes que estoy dispuesto a darte cualquier espacio en la Torre Valentine que necesites.

Lindsey sacudió la cabeza, haciendo que su ondulado cabello rubio se moviera. —Eso es dulce de tu parte, pero no se trata solo del espacio. Se trata de la sensación, ¿sabes? —Puso su mano libre sobre su vientre abultado—. Quiero enseñarles el oficio a nuestros hijos correctamente, en un taller real. Y no quiero hacer colecciones enormes. Quiero crear cosas individuales y especiales. Porque cada persona es especial. Eso es exactamente lo que quiero que nuestros hijos aprendan de mí.

Sus palabras tocaron algo profundo dentro de mí. Sentí que mi pecho se apretaba de emoción y tuve que tragar fuerte antes de poder hablar. —Eso es hermoso, Lindsey. Serás una madre fantástica.

Se sonrojó, sus mejillas se tiñeron de un rosa suave. —¿De verdad lo crees?

—Lo sé —dije, inclinándome para besar su frente.

Cuando me retiré, no pude evitar maravillarme de lo radiante que se veía. El embarazo le daba a su piel un brillo saludable y a sus ojos un destello especial. Estaba impresionante.

—Muy bien, tortolitos —llamó Sarah, interrumpiendo nuestro momento—. Vamos a intentar el siguiente ejercicio. Papás, quiero que apoyen la espalda de su pareja mientras ella hace estiramientos suaves.

Me coloqué detrás de Lindsey y puse mis manos en la parte baja de su espalda. Cuando empezó a estirarse, pude sentir el calor de su piel a través de su fina camiseta de yoga. El aroma de su champú —algo floral y dulce— flotó hacia mí.

—¿Cómo está eso? —pregunté en voz baja. Lindsey se reclinó en mi toque.

—Perfecto —murmuró—. Siempre sabes exactamente dónde necesito apoyo.

Mientras continuábamos con los ejercicios, me maravillé de lo feliz que era. Aquí estaba yo, con la mujer que amaba, preparándonos para nuestro futuro juntos. No siempre era fácil, pero ¿momentos como este? Lo compensaban todo.

La clase terminó y ayudé a Lindsey a ponerse de pie. Tambaleó un poco, su equilibrio ligeramente afectado por su vientre en crecimiento. La sostuve, mi mano descansando en la parte baja de su espalda.

—Con calma —dije, sonriéndole—. No hay prisa.

Recogimos nuestras cosas y nos dirigimos lentamente hacia la salida. La mano de Lindsey encontró la mía, nuestros dedos se entrelazaron naturalmente. Cuando entramos en el pasillo, un fuerte gruñido resonó entre nosotros.

Los ojos de Lindsey se agrandaron y se rió avergonzada. —Ups.

Arqueé una ceja, una sonrisa jugando en mis labios. —¿Hambre?

—Tal vez un poco —admitió, dando palmaditas a su vientre con su mano libre.

—¿Qué te parece un perrito caliente? —sugerí, aunque ya sabía la respuesta.

Los ojos de Lindsey se iluminaron y me lanzó una mirada juguetona.

—Ethan Valentine, ¿por qué siquiera preguntas? Sabes que la respuesta siempre es sí. Siempre.

Me reí y la acerqué más a mí mientras caminábamos hacia la salida.

—Solo quería asegurarme. Tus antojos a veces cambian más rápido que el clima en Boston —respondí sonriendo.

—Te juro solemnemente: los perritos calientes son la única constante en mi vida —declaró con seriedad antes de estallar en risitas.

Cuando salimos, el aire húmedo y frío del otoño mordió nuestros rostros. Pasé un brazo por los hombros de Lindsey y la atraje hacia mi calor.

—Te amo —dije suavemente, las palabras saliendo tan naturalmente como respirar.

Lindsey me miró, sus ojos azules brillando de afecto. —Yo también te amo, Ethan. Muchísimo.

Compartimos un tierno beso antes de partir en busca del puesto de perritos calientes más cercano, ambos envueltos en el calor de nuestro amor, a pesar de la fría lluvia que caía a nuestro alrededor.

Capítulo 32 - Lindsey

Apartamento de Ethan y Lindsey, Boston, unos meses después, Día de San Valentín.

PASÉ LA MANO POR la parte delantera de mi vestido púrpura, la seda fresca contra mi piel. El escote en forma de corazón descendía profundamente, acentuando mis curvas en todos los lugares correctos. Mi collar de rubíes y diamantes hecho a mano brillaba bajo la suave luz del dormitorio, haciendo juego con el destello en los ojos de Ethan mientras me miraba.

—Te ves absolutamente impresionante —murmuró con voz ronca.

Me giré hacia él, disfrutando de la vista de mi marido en su esmoquin perfectamente ajustado. Mis dedos se extendieron para ajustar su pajarita, demorándose en la suave tela.

—Y tú, señor Valentine, te ves increíblemente guapo —respondí con un guiño coqueto—. Esos gemelos te quedan de maravilla. —Pasé mi pulgar sobre los intrincados diseños de plata que había creado especialmente para él.

Ethan tomó mi mano y besó mi palma.

—Siempre los atesoraré, al igual que te atesoro a ti.

Mi corazón se agitó ante sus palabras. Ethan me hacía sentir como la mujer más afortunada del mundo cada día. Me incliné para besarlo, pero un suave arrullo desde la cuna me detuvo.

Fui a ver a nuestro ángel dormido. Jewel yacía pacíficamente, su diminuta boca rosada ligeramente abierta. Tenía el cabello castaño de Ethan y mis ojos azules, la mezcla perfecta de ambos. Mi pecho se apretó al mirarla, dividida entre el amor maternal y la inminente separación.

Los fuertes brazos de Ethan rodearon mi cintura desde atrás.

—Es perfecta —susurró, su aliento cálido en mi oído—. Es fascinante cómo algo tan pequeño y dulce puede hacer un ruido tan infernal a las 3 de la mañana.

Reprimí una risita para no despertarla.

—Es un misterio eterno —coincidí en voz baja—. Pero no cambiaría ni una sola noche sin dormir.

Mientras estábamos allí, observando la suave respiración de nuestra hija, sentí una punzada de renuencia. La idea de dejarla, aunque fuera solo por una noche, hacía que mi corazón doliera.

Suspiré y me recliné en el abrazo de Ethan.

—No puedo explicarlo, pero me resulta increíblemente difícil dejarla, incluso por unas pocas horas. Sé que mis padres son excelentes niñeros, pero... —Me interrumpí, mordiéndome el labio.

Ethan me apretó suavemente. —Lo entiendo, cariño. Me siento igual.

Asentí, pensando en cómo mis padres habían dejado su vida en la soleada Florida para mudarse al fresco Boston. —Están tan emocionados de estar cerca de nosotros y de Jewel. Estoy agradecida, de verdad. Es solo que...

—Muchos cambios —terminó Ethan por mí, su voz suave y comprensiva.

Me giré en sus brazos y miré esos cálidos ojos marrones que tanto amaba.

—¿Recuerdas nuestra primera gala de San Valentín? —pregunté con un toque de nostalgia en mi voz.

Los labios de Ethan se curvaron en una pequeña sonrisa. —¿Cómo podría olvidarlo? Te veías absolutamente deslumbrante con ese vestido rojo.

Sentí que me sonrojaba. —Oh Dios, fui solo por autocompasión. Estaba tan convencida de que sería la chica triste y soltera en la fiesta.

Ethan rio suavemente. —Y yo estaba allí por obligación. Otro aburrido evento benéfico para el heredero Valentine.

—Mira lo lejos que hemos llegado —reflexioné, echando otra mirada a nuestra hija dormida.

La mirada de Ethan siguió la mía, y vi los mismos sentimientos encontrados que yo sentía reflejados en sus ojos.

—Lindsey —dijo lentamente—, ¿y si no fuéramos?

Parpadeé sorprendida. —¿No ir a la gala? Pero tu familia...

—Puede sobrevivir un año sin nosotros —terminó—. Jewel finalmente está durmiendo pacíficamente, después de lo que parece días. Y francamente, preferiría pasar el Día de San Valentín aquí, con los dos amores de mi vida.

Mi corazón se hinchó de afecto.

—¿Estás seguro? —pregunté, mientras el alivio y la emoción se extendían por mi cuerpo.

La respuesta de Ethan fue acercarme más y presionar un tierno beso en mi frente. —Absolutamente seguro.

Observé con una mezcla de diversión y deseo cómo los hábiles dedos de Ethan aflojaban su pajarita.

—Primero cancelaré con tus padres —dijo con voz profunda y ronca—. Luego pediré una pizza mientras tú eliges una película en Netflix.

Un brillo travieso apareció en su ojo. —Pero tiene que ser una de esas *películas de Hallmark*. Cuanto más cursi, mejor.

No pude evitar reírme.

—Oh no, no vamos a ver *'Plan B para el amor'* otra vez, la hemos visto como mil veces —protesté, golpeando juguetonamente su brazo.

La cara de Ethan se iluminó con fingida indignación. —¡Oye, es una buena película! Nunca se pueden ver demasiadas buenas películas.

—¿Ah, sí? —lo desafié, sintiendo una oleada de audacia. Sin romper el contacto visual, dejé que mi vestido de gala se deslizara lentamente de mis hombros y cayera a mis pies. Me quedé completamente desnuda frente a él, mi piel hormigueando de anticipación.

Los ojos de Ethan se oscurecieron de deseo y un gruñido profundo escapó de su garganta al ver que no llevaba ropa interior.

—Por otro lado —dijo con voz áspera—, mis planes están cambiando. —Dio un paso hacia mí, su mirada recorriendo mi cuerpo—. Primero, tengo que atender a mi hermosa esposa. Luego cancelaremos con tus padres, y después... pizza y Netflix.

Mi corazón latía con fuerza mientras Ethan cerraba la distancia entre nosotros. El aire crepitaba de tensión, y podía sentir el calor que emanaba de su cuerpo. Esto definitivamente se estaba convirtiendo en un San Valentín memorable.

Apenas tuve tiempo de tomar aire antes de que Ethan me levantara y me echara sobre su hombro con sorprendente facilidad. Solté un chillido de sorpresa y rápidamente lo ahogué contra su

espalda para no despertar a Jewel.

—¡Ethan! —susurré con urgencia, mi cuerpo desnudo presionado contra su esmoquin—. ¿Qué estás haciendo?

Caminó decididamente hacia la sala de estar, su voz baja y juguetona.

—El bebé está dormido, cariño. Y pretendo que siga así mientras aprecio a fondo a mi esposa.

Mi piel hormigueaba de anticipación cuando me depositó suavemente en el sofá. Los ojos de Ethan recorrieron mi cuerpo, llenos de amor y deseo. Tomó mi rostro entre sus manos y se inclinó para capturar mis labios en un beso ardiente.

Me derretí en él, mi cuerpo cobrando vida bajo su toque. Sus labios eran suaves pero insistentes, y tenían un ligero sabor a la menta que había comido antes. Mientras el beso se profundizaba, pasé mis dedos por su cabello, maravillándome de cómo este hombre aún podía hacerme sentir como una adolescente enamorada.

Las manos de Ethan comenzaron a vagar, trazando las curvas de mi cuerpo con toques reverentes.

—Eres tan hermosa, Lindsey —murmuró contra mi piel, cubriendo mi cuello de besos—. Tan perfecta.

Me arqueé hacia su toque, mi respiración entrecortada.

—Ethan —susurré, tirando de su camisa—. Llevas demasiada ropa.

Él se rio suavemente y rápidamente se deshizo de su chaqueta y camisa. Dejé que mis manos se deslizaran por su amplio pecho, sintiendo el latido constante de su corazón bajo mi palma.

Jadeé cuando los labios de Ethan descendieron por mi cuerpo, dejando un rastro de calor hormigueante. Mis dedos se enredaron en su cabello, guiándolo mientras adoraba cada centímetro de mí. La sensación era exquisita, cada toque enviaba chispas de placer a través de mi cuerpo.

—Oh —suspiré—. Se siente increíble.

Ethan levantó la mirada hacia mí, sus ojos marrones oscuros de deseo. —Tú eres increíble —murmuró con voz ronca.

Mientras continuaba con sus caricias, sentí la tensión acumulándose dentro de mí, una deliciosa presión que se apretaba cada vez más. Mis caderas se movían por sí solas, buscando más de su toque.

Con suave presión, Ethan separó mis piernas y se arrodilló entre ellas, su cuerpo cubriendo el mío. El peso de él, el calor de su piel contra la mía, se sentía como volver a casa. Lentamente, tortuosamente lento, Ethan entró en mí, dándome un momento para adaptarme a su tamaño. Pero

solo cuando envolví mis piernas alrededor de él exigentemente y lo atraje más cerca, me tomó con más entusiasmo.

El calor entre nosotros era electrizante mientras Ethan me sostenía y conquistaba mis labios con un beso exigente. Sus manos se deslizaban sobre mi piel, despertando cada terminación nerviosa. Su dureza palpitaba dentro de mí, enviando un dulce escalofrío por mi cuerpo.

Cada movimiento de Ethan hacía estallar fuegos artificiales dentro de mí. Mis caderas se elevaban para encontrarse con las suyas, ansiosas por más de esta embriagadora conexión.

La fricción entre nosotros era indescriptible, intensa y hermosa al mismo tiempo. Quería más, y necesitaba más... y obtuve más cuando Ethan notó mi mirada suplicante.

Cada empuje me acercaba más al precipicio al que tan desesperadamente quería saltar.

Su aliento en mi piel hacía que mi corazón latiera más rápido.

Cuando encontramos un ritmo que me llevó a otras esferas, no pude evitar pensar en lo afortunada que era de haber encontrado mi *para siempre* en Ethan Valentine.

Justo cuando estaba a punto de gritar, recordé a nuestro bebé dormido. Agarré un cojín cercano y lo presioné contra mi cara para ahogar mis gritos de éxtasis mientras las olas de placer me atravesaban. La intensidad me dejó sin aliento y temblando.

Ethan me siguió poco después, enterrando su rostro en mi cuello para ahogar sus propios gemidos. Por un momento, nos quedamos allí, entrelazados y jadeando suavemente.

—Guau —me reí, todavía un poco aturdida.

—Sí —asintió Ethan, con una sonrisa satisfecha en su rostro. Me besó tiernamente en la frente —. ¿Por qué no vuelves a la cama? Cancelaré con tus padres y pediré la pizza. ¿O prefieres un perrito caliente?

—¡Oh, Dios, Ethan! —Le arrojé un cojín del sofá—. Sabes perfectamente que no puedo ver otro perrito caliente en mi vida.

Sí, durante mi embarazo había comido perritos calientes a diario, a veces incluso varios seguidos. Pero con el nacimiento de Jewel, el encanto de los perritos calientes había desaparecido repentinamente.

—Entonces pizza —respondió Ethan sonriendo. Cuando se incorporó, lo atraje hacia mí para otro beso.

—Te amo —dije suavemente.

Su expresión se suavizó, sus ojos arrugándose en las esquinas. —Yo también te amo, Lindsey.

♥Fin.♥